ALEXANDER LERNET-HOLENIA

MAYERLING

MAYERLING Y OTRAS NARRACIONES

ALEXANDER LERNET - HOLENIA

LUIS DE CARALT
EDITOR

Ganduxer, 88 BARCELONA

Título de la obra original: MAYERLING (Erzählungen)
© *Alexander Lernet - Holenia, 1960*
Versión española de
MANUEL y AUGUSTO PARDO GARCÍA
Primera edición: enero 1969
Depósito legal, B. 45.422 − 1968

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS © LUIS DE CARALT, 1969

MAYERLING

En la siguiente narración he utilizado todo cuanto se ha notificado, explicado o supuesto sobre Mayerling; no me he limitado a recoger los datos auténticos, sino también los hipotéticos y legendarios. Porque con respecto a los citados hechos no debemos preguntarnos solamente si son verídicos, sino también — o mejor, sobre todo — cómo han sido posibles semejantes acontecimientos.

El día 28 de enero de 1889, hacia mediodía, un ligero coche abierto, de dos ruedas, al cual iba enganchado un solo caballo, un alazán, dejó el palacio imperial de Viena y tomó el camino de Hietzing y Rodaun hacia Breitenfurt. Llevaba las riendas un hombre de unos treinta años con el uniforme de piel de los lanceros y cubierto con la gorra de los oficiales austríacos. Otro, vestido con el abrigo propio de los cocheros y cubierto con un sombrero de copa, iba sentado a su lado con los brazos cruzados.

Saludaban los oficiales y soldados junto a los cuales pasaba el coche. Pero, además, hubieran tenido que subir a la acera y cuadrarse. No obstante, no identificaron al hombre vestido de lancero, aun cuando todo el mundo hablaba de él. Éste, por su parte, parecía no observarlos y apenas correspondía a los saludos. Sólo una o dos veces utilizó el látigo mientras su rostro conservaba una expresión distraída.

El lancero era el príncipe heredero de Austria, el archiduque Rodolfo. El que iba sentado a su lado era un cochero de la corte.

El príncipe heredero contaba poco más de treinta años, pero parecía bastante mayor. No gozaba de buena salud y tenía mal aspecto. Hacía poco tiempo llevó una barbita puntiaguda y luego una especie de barba marinera, con las cuales todavía estaba menos favorecido. Había ido por el mundo como tras la máscara de un leproso en la que destacaban dos ojos equívocos. Ahora su mirada era más tranquila y lucía únicamente un bigote, más o menos de la misma forma que lo llevarían su sucesor Francisco Fernando y el sucesor de éste. En Austria la afición a llevar barba era epidémica y aún sigue siéndolo. Todos los criados imitaban al emperador Francisco José, es decir, la barba del mismo, y quien se preciaba de pertenecer a la buena sociedad imitaba el bigote del príncipe Ulrich Kinsky.

El príncipe heredero tenía el rango de teniente mariscal de campo, pero a pesar de ello, en invierno, iba en coche y trineo con el uniforme del regimiento de ulanos, cuyo comandante era. Había una razón: al conducir el coche deseaba llevar el uniforme de lancero y no los abrigos sin forrar, porque no quería pasar frío.

El caballo trotaba ágilmente por el camino nevado. La nieve lo cubría todo, las carreteras y los grises e intransitables caminos de las afueras de la ciudad.

—Dígame usted — dijo el príncipe heredero repentinamente, dirigiéndose al hombre que iba sentado a su lado.

—¡Alteza imperial! — susurró éste.

—¿Le asusta a usted verdaderamente la muerte?

—¡Alteza imperial! — repitió el cochero, que no sabía qué contestar a semejante pregunta.

—Yo creo que si se asusta usted tanto de mis palabras es porque, efectivamente, teme la muerte.

—¿La muerte?

—¡Sí, la muerte! — gritó el príncipe heredero impaciente—¡No me pregunte más si se trata de ella y dígame de una vez si le asusta o no!

El cochero no fue capaz de responder hasta haber transcurrido un momento. Dirigió una mirada recelosa al príncipe heredero y a continuación dijo:

—Naturalmente, en el ejército nunca tuve miedo. Allí no me estaba permitido. Pero desde que soy

cochero temo otra vez a la muerte.

—¡Ah! ¿Sí? — exclamó el príncipe—. Pues yo le aseguro que es ridículo asustarse de ella, tanto si se está en el ejército como no. Pero que esto, lo que dejamos aquí, no tiene valor y que no merece la pena echarlo de menos, esto lo sabemos perfectamente.

Habló con tanto brío que parecía sintiese rencor hacia sí mismo. Luego calló bruscamente y se quedó mirando fijo ante sí, como si lo fascinase el caballo. El cochero, azorado, no se atrevió a decir palabra.

Eran las doce menos diez cuando cruzaron el barrio Margareten. Un agente de policía, entre los muchos distribuidos por todas partes con objeto de informar sobre las salidas, movimientos y acciones del príncipe, identificó el calesín. Por tanto, se dirigió apresuradamente al próximo puesto y expidió el siguiente telegrama:

«Su Alteza Imperial, el príncipe heredero Rodolfo, pasa en este momento por este distrito en dirección a Schönbrunn sin ninguna novedad. *Wiligut.*»

Pero como inmediatamente se dio cuenta de que en la Dirección de Policía no sabrían de qué distrito se trataba, añadió: «Margareten».

Exactamente a la misma hora se hacía anunciar al emperador la princesa Estefanía, nacida princesa de Bélgica, casada desde hacía unos años con el príncipe heredero y madre de una niña llamada Elisabeth, igual que la madre del príncipe. Fue admitida en seguida, caso completamente insólito, pues ningún miembro de la casa archiducal era introducido a presencia de Francisco José como no fuera a requerimiento del mismo.

Cuando la princesa entró en el cuarto de trabajo del emperador éste estaba de pie — pues había concedido audiencias toda la mañana — junto a su escritorio, sobre el cual apoyaba su brazo derecho. Para no tener que ofrecer asiento a nadie sistemáticamente recibía siempre de pie. Sobre una mesa cercana se veían su capa, sus guantes y su sable. Cada mañana, cuando llegaba de Schönbrunn, los colocaba cuidadosamente sobre la mesa. Así los tenía siempre al alcance de la mano en caso de tener que asomarse al balcón o de tener que hacer alguna salida.

La princesa se inclinó con el saludo protocolario, besó la mano del emperador y luego dijo:

—Ruego a vuestra majestad que me permita comunicarle una importante noticia.

—Querida Estefanía — interrumpió el emperador sonriendo y con la ligereza y el *charme* francés propio de la Casa de Lotaringia, que a la larga resultaba incómodo aunque alguna vez prescindiera de él—. Querida Estefanía, ¿qué puedo hacer por ti?

El hecho de tutearla le concedía a ella derecho para hablarle con mayor familiaridad. Lo que ella tenía que explicar esta vez era tan particular que no creía hubiera sucedido en muchas generaciones. Finalmente, la princesa creyó que debía dejar a un lado todo reparo y contóle al emperador que el príncipe heredero le había propuesto varias veces que se suicidase junto con él.

—¿A ti también? — preguntó Francisco José sin que pareciera alterársele el buen humor.

—¡Cómo! ¿Si a mí también? — replicó la princesa sorprendida al ver que su noticia no causaba mayor impresión.

—Desde luego. Porque ya anteriormente invitó a dos señores de su Estado Mayor, los tenientes Fritsche y Giesl. Sin contar a una tercera persona — explicó el emperador.

—¿Quién es el tercero?

—La tercera, querrás decir — le corrigió amablemente.

Se refería a la tiple Mizzi Kaspar, la constante amiga de Rodolfo, que tenía un hijo fruto de sus relaciones.

—Tendrías que ser para él — continuó—, digamos, una mujer más resignada. Quizá entonces no llegases a semejantes conclusiones. Por otra parte, ¿te ha dicho alguna vez por qué quiere morir acompañado?

—No. Esto no me lo ha dicho.

—Yo mismo, en todo caso, prescindiría de la vida en cualquier *suite* bien acondicionada.

—Así es, *papá*, que vos admitís que yo...

—¿Qué pasa?

—Me sorprende que toméis mi confidencia tan a la ligera.

—Cuando alguien — dijo el emperador — invita primero a Dios y luego al mundo entero a suicidarse conjuntamente, lo más seguro es que nunca se suicide, ni solo ni acompañado.

—¿Estáis seguro de ello?

—Sí. Además, ayer me reconcilié oficialmente con Rodolfo en la embajada alemana, a pesar de la reserva que él siempre ha mantenido conmigo. Debiste notar que le di la mano delante de todo el mudo. Ya no tiene ningún motivo para quitarse la vida, ni tan sólo el de haber levantado Hungría contra mí. La

rebelión de la aristocracia húngara podía considerarse, en efecto, un acto de alta traición, pero ha ocurrido únicamente por su incapacidad política y yo he perdonado a mi hijo.

Con estas palabras Estefanía tenía que considerarse despedida.

Cuando salió del gabinete de trabajo del emperador quedó desorientada por unos momentos. Luego decidió ir en busca de la emperatriz.

* * *

A la emperatriz se la había considerado en otros tiempos una de las mujeres más hermosas del reino. En la época del *affaire* de Mayerling, ya largamente cumplidos los cincuenta, ponía aún el mayor interés en conservarse joven y esbelta. En realidad lo había conseguido dentro de lo posible. Era una excelente amazona que superaba los obstáculos más difíciles sin ninguna falta, montando elegantemente sobre escogidos caballos de concurso, sobre todo el famoso *Stute Primrose*, mientras los ayudantes que estaban obligados a acompañarla — montados en caballos de peor calidad — caían frecuentemente a los fosos. Estando en Ischl, subía casi a diario al Jaintzen, una montaña cercana a la villa imperial. Por cierto, que realizaba la ascensión con una rapidez impresionante; las damas de la corte, tan compuestas y con tacones altos, se veían incapaces de seguirla e iban derrumbándose detrás suyo. En Viena había mandado construir en palacio, al lado de su dormitorio, una especie de gimnasio, donde se pasaba horas practicando en las barras, cuerdas y otros aparatos. También en el empleo de los cosméticos estaba muy adelantada a su época.

Todos los oficiales jóvenes seguían enamorados de ella, ya que cuando pasaba en su coche daba la impresión de poseer la belleza de antes y de siempre, una belleza eterna. No obstante, de cerca, su aspecto había cambiado. Ya no se reía espontáneamente. Sus dientes, sobre todo, se habían vuelto tan trágicamente feos que cuando hablaba con alguien sostenía constantemente el abanico ante la parte inferior del rostro. (Cincuenta años más tarde los dentistas americanos le hubieran hecho olvidar completamente este defecto.) Se sentía muy desgraciada junto al emperador, a pesar de que éste la quería tanto como le era posible. Por ello pasaba buena parte de su tiempo en su villa de la isla de Corfú. Compensaba la terrible fealdad de finales del siglo XIX vagando entre los esplendores de la belleza griega, y se consolaba con Heine cuyo pesimismo compartía. Su primo, Luis de Baviera, dio en su día evidentes señales de locura y ella misma, de no ser emperatriz, haría ya tiempo que estaría confinada en un establecimiento psiquiátrico.

Al entrar Estefanía había varias damas de la corte en la sala de gimnasia. La propia emperatriz, revestida con un ajustado *maillot* negro, que le daba apariencia de artista de circo, estaba muy cercana del techo dedicada a sus ejercicios gimnásticos.

Estefanía gritó mirando hacia arriba, manifestando que tenía que hablar urgentemente con la emperatriz y que estaba muy preocupada por Rodolfo. Aquélla contestó que Estefanía podía hablar cuanto quisiera y continuó con sus ejercicios. Estefanía le rogó que bajara, por favor, ya que lo que tenía que comunicarle era muy confidencial e importante. Finalmente, la emperatriz se deslizó como un acróbata y se quedó frente a Estefanía.

Su figura era espléndida y sus movimientos tan ágiles y graciosos como los de una muchacha de dieciocho años. Cogió el abanico que le tendía una de las damas de la corte y lo mantuvo delante de la boca.

Lo que Estefanía comunicó a la emperatriz era, en esencia, lo mismo que había contado al emperador. Pero aquélla pareció no tomárselo tan a la ligera como éste. Mientras escuchaba a la princesa tenía la mirada vaga, sin expresión, como ausente.

—Sí — murmuró detrás del abanico—, a lo mejor tendría que quitarse uno la vida en vez de ir perdiendo poco a poco todo cuanto poseemos: juventud, belleza y felicidad... Pero Rodolfo aún es joven; no tiene más que mover una mano para ver a todas las mujeres a sus pies. Sobre todo una, María Vetsera, está completamente loca por él...

—¡O él por ella! — exclamó irritada la princesa—. Seguro que le ha dado tales pruebas de cariño como no ha hecho con nadie. De otro modo, cómo esta individua, esta Baltazzi cubierta con todos los adornos de una judía levantina, se hubiera atrevido a referirse a mí motejándome de aldeana belga, o a mirarme fija y descaradamente. ¡Ayer noche, en la embajada alemana, cuando pasé por delante suyo se quedó tiesa como un poste y no pensó ni por asomo en hacerme una reverencia!

—Estás celosa—dijo la emperatriz—. Pero — añadió como en sueños—, ha de ser magnífico querer así y ser tan querida...

—Sí — gritó Estefanía—. ¡Amor! Rodolfo debe haber encontrado en ella la compañera con la cual quiere

abandonar esta vida.

—Esto no lo creo — objetó la emperatriz—. Todo lo más quizá intente casarse con ella.

—¡Casarse!

—Sí. Tan sólo si Rodolfo no se casa llegará ella a quitarse la vida. A nosotras, las princesas, nos casan nuestros padres con personas a las que no queremos. Pero ella quiere a Rodolfo y, a lo mejor, también la quiere él... ¿Por qué no han de casarse como cualquier pareja vulgar...? No. Matarse no se matarán porque se aman y aman la vida, y serán felices, felices, felices...

Acto seguido dejó a su nuera, sin terminar siquiera la conversación. Alargó el abanico a una de las damas y trepó ágilmente, como un acróbata, para volver nuevamente a sus ejercicios de gimnasia.

El telegrama expedido en Margareten por el agente Wiligut fue entregado al jefe de policía, barón Kraus, en el momento en que éste acababa de sentarse a su mesa escritorio para redactar el siguiente informe:

«Hoy, después de las doce del mediodía, la condesa María Larisch, nacida baronesa de Wallersee (hija de su alteza Real el duque Luis de Baviera, hermano de su majestad la emperatriz), que está domiciliada en Pardubitz y que actualmente reside en el Gran Hotel de Viena, se presentó en mi despacho para hacerme la siguiente comunicación confidencial:

»La condesa pasó a recoger en su coche a la baronesa María Vetsera, de diecisiete años de edad, por casa de su madre, baronesa Elena Vetsera, nacida Baltazzi, situada en el distrito III, Salesianergasse número 11. A continuación la llevó a una joyería situada cerca del mercado de hortalizas para satisfacer el importe de una pitillera de oro que la joven había regalado a cierto señor. Como que a la niña le resultaba penoso saldar la cuenta personalmente, la condesa se dirigió sola al establecimiento de Rodeck con el propósito de hacerlo ella mientras la baronesa María se quedaba en el coche. Pero la condesa vio en la joyería algo que le gustó extraordinariamente y quiso enseñárselo a la baronesa. A tal fin mandó a un dependiente del establecimiento al coche para rogar a la baronesa que tuviese la bondad de llegarse hasta la tienda. No obstante, la baronesa María no estaba ya en el coche y el cochero explicó que había subido a otro y desaparecido. La condesa se apresuró a cerciorarse por sí misma de la noticia y encontró sobre el asiento de su coche un papel en el que la baronesa anunciaba, con pocas palabras, su intención de quitarse la vida.

»La condesa creía que tales ideas suicidas no debían tomarse demasiado en serio, ya que había motivos para sospechar que la baronesa había hecho el trayecto hasta Rodeck, para desde allí desaparecer con alguien con quien previamente se habría puesto de acuerdo.

»Pero aun cuando no podía dar ciertos detalles, la condesa reconocía que los parientes de la baronesa sospechaban del príncipe heredero y que éste podía ser asimismo el destinatario de la antes mencionada pitillera.

»Después de descubierta la desaparición de la muchacha la condesa se dirigió apresuradamente a casa de un tío de la misma, Alejandro Baltazzi, domiciliado en Gieselstrasse número 9, y a continuación visitó a la baronesa Elena Vetsera. Según observaciones formuladas por ambos, podía suponerse fundadamente que el príncipe heredero tenía algo que ver con la evasión de María.

»La condesa Larisch estaba en una situación muy penosa y bochornosa porque la evasión o el rapto ocurrieron mientras la joven estaba bajo su responsabilidad y podía creerse que ella había tenido intervención en el acuerdo.

»Por tanto, se creía obligada a denunciar el incidente antes de que lo hiciera ningún pariente de la muchacha y, al propio tiempo, rogaba al cochero que la había conducido que se dejase interrogar porque a lo mejor, gracias a las declaraciones de éste, se obtendría alguna pista acerca del lugar adonde se había dirigido la baronesa María. Aun cuando todo había ocurrido con el mayor sigilo y discreción, era necesario averiguar con urgencia dónde se encontraba para impedir mayores desgracias.»

A continuación, y en presencia de la condesa Larisch, se redactó el siguiente atestado con las declaraciones del cochero Francisco Weber, nacido en Viena, soltero, de treinta y dos años de edad, religión católica, y domiciliado en Zieglesgasse número 10:

«Estando esta mañana en mi parada de Schwarzenbergstrasse me llamaron desde el *Gran Hotel* para que esperara allí a la señora condesa.

»La señora subió a mi coche cerca de las diez y cuarto. La llevé al distrito tercero, Salesianergasse número 11.

»Allí descendió la señora condesa y momentos después volvió al coche acompañada por una joven de la mencionada casa. Luego conduje a las dos señoras al centro de la ciudad, cerca del mercado de verduras, delante de la joyería Rodeck.

»Bajé del coche y, mientras estaba examinando un escaparate, vi que del lugar donde estaba mi carruaje partía un segundo coche. Miré entonces el mío y, con gran sorpresa, vi que la dama que hacía poco estaba

sentada en él se iba en el otro en dirección a Michaelerplatz.

»La joven iba sola. Yo no sé si era un coche de punto o no, pero creo que era un coche sin número. Por las apariencias no parecía de propiedad particular.

»Tampoco puedo decir el color de los caballos, porque una diligencia que pasó en aquel momento me impidió verlos. Así como tampoco me sería posible hacer una descripción del cochero.

»Cuando, al poco rato, la señora condesa envió al dependiente de la tienda en busca de la dama que había quedado en el coche, le dije yo al mismo que aquélla había partido hacía un momento en otro carruaje.

»Todo ello debió ocurrir entre las once menos cuarto y las once.

»Leído y conforme,

Franz Weber.»

»Después de haber indicado repetidamente a la condesa que la declaración no contenía ningún detalle ni punto de referencia que permitiera posteriores investigaciones y que emprenderlas sin poseer más datos y basándonos sólo en meras sospechas resultaría inútil e incluso contraproducente, la dama se retiró manifestando que, seguramente, los parientes de la baronesa Vetsera lo irían a visitar.»

Y habiendo quedado convencido el barón Kraus de que si el cochero Franz Weber no había podido determinar el color de los caballos del coche en que partiera la joven baronesa Vetsera es porque no había querido verlos, o bien porque no tenía ningún empeño en acordarse, y como que emprender «una investigación sería inútil» y «resultaría contraproducente», el jefe de policía suspiró y dejó la pluma a un lado.

* * *

Pero María Larisch no solamente era la sobrina preferida de la emperatriz, sino también una persona muy intuitiva y extremadamente perspicaz. Le había sido fácil, pues, concebir acertadas sospechas con respecto al príncipe heredero y a María Vetsera. Ella misma había preparado y facilitado la primera entrevista íntima entre María y su primo Rodolfo —por cierto no hacía más que dos semanas de ello, el día 13 de enero—, precisamente en sus propias habitaciones del Gran Hotel. Se hubiera atrevido también a asegurar quién era el cochero a cuyo carruaje subió la joven no lejos del mercado: indudablemente el famoso Bratfisch.

Éste, en efecto, condujo a la joven (que por cierto no tenía nada de inocente, como posteriormente se pudo averiguar: tuvo su primera aventura con un oficial inglés a los dieciséis años, estando en El Cairo, y a éste siguieron gran número de adoradores. Sus lecturas preferidas eran los libros eróticos e indecorosos, proporcionados por su doncella Agnes). Bratfisch, como decíamos, condujo a la joven a Breitenfurt, donde el príncipe heredero dejó su carruaje al cochero y subió en el que iba María. Con la pareja ya instalada en el coche partió Bratfisch hacia Mayerling, un castillo, propiedad privada del príncipe, situado en la Selva de Viena.

En el fondo del coche la pareja se fundió en un estrecho abrazo. Pero no fue Rodolfo quien tomó a María en sus brazos, sino ella quien se introdujo en los brazos de él. En el momento que iban ya a alcanzar el bosque de Mayerling se vieron detenidos por un grupo de tres o cuatro caballeros vestidos con trajes civiles, grupo que iba conducido por un hombre de buen aspecto y extrañas actitudes.

Se trataba de Enrique Baltazzi, hermano de Alejandro Baltazzi, a quien ya conocemos por el informe de la policía. Enrique no era solamente tío de María como este último, sino que además estaba enamorado de ella y deseaba hacerla su mujer. Mientras sus acompañantes cerraban el camino a los caballos, se acercó a la portezuela del coche, la abrió y descubrió a la pareja acurrucada en el interior.

—¡Naturalmente! — dijo al cabo de un momento—. Como ya suponía, su Alteza Imperial ha comprometido a mi sobrina. Por tanto, os invito, Alteza, a batiros conmigo. Y precisamente ahora mismo. Aunque yo sea griego y burgués, si su Alteza Imperial es verdaderamente tan democrático como da a entender, no podrá rehusarme este desquite.

Mientras hablaba se acercó a unos de los caballeros del grupo, le pidió dos pistolas de duelo e intentó meter una en la mano del príncipe heredero.

—¡Tío Enrique! — gritó María—. ¿Te has vuelto loco?

El príncipe Rodolfo conservó la calma y dijo:

—Mi querido Baltazzi; creo, mejor dicho, estoy seguro, que puede usted ahorrarse esta molestia. Si yo hubiera comprometido realmente a su sobrina, usted recibiría la satisfacción adecuada, aunque, de todos modos, sin llegar a batirse conmigo...

—¿Cómo he de entender semejantes palabras? — preguntó Baltazzi.

—Significan aproximadamente — explicó pacientemente el príncipe — que los archiduques no acostumbran a intervenir en duelos. A pesar de todo, es posible que yo dispare pero no sobre usted, sino sobre mí mismo.

—Puede tomárselo su Alteza Imperial como quiera — barbotó Baltazzi encolerizado—, pero no permitiré que lo haga junto con María.

—¿A usted qué le importa?

—¡Me importa muchísimo! — replicó Baltazzi.

—¿Más que a la emperatriz? — preguntó Rodolfo.

—Debe usted comprender — siguió Rodolfo — que cada ser humano es dueño de sí mismo. Pero nadie lo es de sus semejantes. Por consiguiente usted no tiene ningún poder sobre su sobrina. ¡Deje ya de hablar de duelos!

—¡No pienso dejarlo! — exclamó Baltazzi—. No tiene por qué hacerme más escenas. Decídase de una vez a batirse conmigo. Después podrá hacer cuanto le plazca si aún está en estado de hacerlo.

Y de nuevo intentó poner en las manos del príncipe heredero una de las pistolas.

—¡Retire usted sus pistolas — gritó el príncipe — o es usted hombre muerto!

—¡Así es! —gritó Baltazzi—. ¡Ahora empiezan a ir las cosas bien!

Intentó de nuevo hacer coger la pistola al príncipe, pero, al resistirse éste, sonó un disparo. Baltazzi, que recibió la bala en la rodilla, se dobló. Bratfisch espoleó a los caballos y partió del lugar.

* * *

Mientras los acompañantes de Baltazzi levantaban al herido, lo trasladaban a un lado del camino y allí el médico que llevaban consigo en previsión del duelo lo vendaba y luego todos juntos regresaban a Viena en dos coches, Bratfisch galopaba con el príncipe heredero y la baronesa Vetsera hacia Mayerling. Al llegar, acudieron a recibirle al portal el jardinero, su ayudante, el portero Zwerger, el ayuda de cámara de Rodolfo, Loschek, la vieja cocinera Mali y la criada Kathi. Rodolfo y María descendieron. Loschek tenía intención de notificar que todo estaba en orden, pero el príncipe heredero le quitó la palabra para dar la orden de cerrar el portal de entrada y no dejar pasar a nadie. Luego, se precipitó con María escaleras arriba, seguido de cerca por Loschek.

Al recorrer diversas estancias el príncipe heredero observó que el ambiente estaba helado.

—Como la orden se me ha dado inesperadamente esta misma mañana — explicó Loschek — no ha sido posible calentar las habitaciones de modo conveniente.

Rodolfo se encogió de hombros y se dirigió hacia una ventana murmurando:

—Desde luego hay circunstancias en las que uno debe pasar mucho más frío, si es que aún puede sentir algo.

María se le acercó, le pasó un brazo por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro. Rodolfo volvió a fijarse en ella, pues en los últimos minutos sus pensamientos huían de las personas y objetos que le rodeaban para centrarse en la muerte, la cual deseaba y al propio tiempo temía. Intentaba convencerse de que la muerte no era nada.

—¿Qué quería el loco de su tío? — exclamó impulsivamente rechinando los dientes—. Mira que intentar ponerme la pistola en... — Se interrumpió y echó una maldición, a la vez que miraba a través de los cristales—: ¡Están aquí! — gritó—. ¡La pandilla viene pisándonos los talones!

Lo cierto era que un coche cerrado acababa de detenerse junto al portal. Loschek bajó rápidamente y regresó a poco anunciando que no eran Baltazzi y compañía, sino la condesa Larisch. En aquellos momentos ésta entraba en la estancia.

—¡María! — gritó y, mientras Loschek abandonaba apresuradamente la habitación, se precipitó sobre la baronesa Vetsera y la sacudió por el brazo—. ¡Acaso te has vuelto loca! Mira que dejar un mensaje expuesto a todas las miradas diciendo que te ibas a quitar la vida.

—¡Yo no estoy loca en absoluto! —exclamó María y se soltó con vehemencia.

—¡El barón Kraus no sabe qué hacer!

—¿Qué barón Kraus?

—El jefe de policía.

—¿Fuiste a verlo? — preguntó Rodolfo indignado.

—¿Qué podía hacer si no? Elena Vetsera está fuera de sí y Alejandro Baltazzi ha dicho...

—¡A Alejandro Baltazzi, si se mezcla en mis asuntos, que se lo lleve el diablo, lo mismo que a Enrique

Baltazzi! — exclamó el príncipe—. María y yo podemos hacer lo que nos parezca sin que tengan que mezclarse estos malditos judíos levantinos.

—Si yo hubiera sabido esto— se quejó la condesa — no os hubiera ofrecido la menor oportunidad, ni en el Gran Hotel ni en ningún otro sitio...

—Querida prima — le interrumpió el príncipe heredero—, cuando se está tan decidido a algo como nosotros dos, no son necesarias torpes intervenciones ocasionales como la tuya.

—¡Rodolfo! — exclamó la condesa Larisch asustada—. ¿No estaréis «realmente» decididos a quitaros la vida?

—Sí. Ésta es nuestra intención.

—Pero, por el amor de Dios, ¿por qué?

—Porque resulta absurdo seguir viviendo.

—¡Rodolfo, tú aún eres joven! — gritó la condesa.

—Me parece como si tuviera cien años.

—¡Tienes un aspecto inmejorable!

—Me siento físicamente mortalmente enfermo y a lo mejor también...

—¿Qué significa a lo mejor también?

—No olvides el estado de mi madre.

—¡No te dejes influir por eso!

—Pero no deja de ser verdad.

—Rodolfo, eres el heredero de un gran imperio.

—Que se está hundiendo lo mismo que yo. Aunque yo lo herede, ¿quién lo heredará después? Mi padre, que con su inflexibilidad y su completa incomprensión para los nuevos tiempos lleva el país a la ruina, cuenta entre el pueblo con un inmenso crédito... Dios sabrá por qué. A lo mejor porque los pueblos sólo quieren a aquellos que los precipitan hacia su destrucción. Mira, por ejemplo, a nuestro primo Luis de Baviera. Pero yo, que he intentado sacar a la monarquía de su marasmo he perdido de tal modo la popularidad que casi resulta una suerte que ya no pueda tener ningún heredero.

—¿Por qué dices que no tendrás ningún heredero?

—Porque el médico me comunicó que el parto de Estefanía había sido tan difícil que ya no podría tener otros hijos. Elisabeth será nuestra única hija. El Papa, a quien me dirigí después de saberlo para pedirle que anulara nuestro matrimonio, se mostró muy incomprensivo: no sólo se negó a complacerme sino que comunicó a mi padre mi petición.

Presa de gran excitación, Rodolfo agregó:

—En cuanto intento intervenir en algo para mejorarlo, mi padre se echa sobre mí y se muestra conmigo peor de lo que nunca ha sido.

Luego permaneció silencioso unos momentos. En el pesado silencio se oía el viento invernal soplar contra las paredes. La condesa miraba al desdichado príncipe heredero. Finalmente éste dijo:

—¿Para qué, en realidad, tengo que seguir viviendo?

María Larisch buscaba una respuesta.

—Es posible — asintió al cabo de unos momentos — que tengas razón en alguna de las cosas que dices.

—No sólo es posible, sino que es cierto. Es lo único de lo que estoy verdaderamente seguro. Todo lo demás se tambalea en torno mío.

—¿Y de dónde sacas tú el derecho, no sólo de matarte a ti, sino también a otra persona?

—¿El derecho...?

—Sí. ¿Cómo puedes inducir a María a ello?

—Él no me arrastra consigo — intervino María—, soy yo quien va gustosa con él.

—Pero, ¿para qué? ¿Por qué?

—No lo puedo dejar solo — explicó la baronesa Vetsera — porque lo quiero.

—¡Cuando se ama — exclamó la condesa—se desea vivir y no morir!

—Pero casi siempre — interrumpió el príncipe—, únicamente se sigue viviendo porque no se tiene valor para morir. Todos nosotros, o por lo menos la mayoría, ya habríamos acabado si no fuéramos unos estúpidos a quienes la naturaleza ha conferido el temor a morir, porque sin miedo a la muerte no existiría ninguna vida. Pero si olvidamos a la naturaleza, si superamos el miedo a la muerte, entonces descubrimos por vez primera que aún cuando la muerte nos asuste, no es tan horrorosa como creíamos. Y llegado este momento, dejamos de ser esclavos de nuestra naturaleza para convertirnos en dueños y señores de nuestra muerte y de nuestra vida y podemos hacer con ellas lo que nos plazca.

—Quizá sí — replicó la condesa Larisch—. Quizá sea cierto con relación a la propia vida, pero no en

cuanto a las vidas de los demás.

A continuación, volviéndose hacia María Vetsera, exclamó:

—¡Te ruego, María, que no te dejes influir por estos razonamientos! Si en algo acierta es cuando afirma que es un hombre enfermo. ¡Regresa conmigo a Viena, María! ¡Te lo suplico! ¡Te juro que cargaré con toda la responsabilidad! ¡No tienes nada que temer! ¡Además, piensa que tu madre y tus tíos están desesperados!

Apenas había terminado de hablar cuando se presentó de nuevo el ayuda de cámara y anunció la presencia de una delegación de la Cámara de Magnates Húngaros, presidida por el conde Esteban Karolyi, que solicitaba ser recibida por el príncipe heredero.

* * *

Rodolfo, bruscamente arrancado de sus pensamientos, estaba desconcertado e indeciso. Ninguno de los tres, absortos en su charla, había advertido que llegaba un coche. Mientras María Larisch intentaba de nuevo convencer a la baronesa Vetsera para que fuese con ella, el príncipe heredero preguntó dónde esperaban los señores y acompañó sus palabras con un amplio gesto de la mano.

—En el salón de al lado — contestó Loschek. Como comprendió mal el gesto de Rodolfo, al propio tiempo abrió la puerta, de manera que el príncipe, que no deseaba fueran vistas las dos mujeres, no tuvo otra solución que penetrar en la habitación contigua.

La delegación iba protocolariamente vestida con sus uniformes. Esteban Karolyi adelantóse inmediatamente y explicó que era deseo de la delegación expresar al príncipe heredero el agradecimiento de toda la nación húngara.

—¿Por qué? — preguntó Rodolfo—. ¿Y por qué precisamente en Mayerling? ¿Cómo han sabido dónde estaba?

—En palacio — contestó Karolyi — están informados del más pequeño movimiento de Su Alteza, incluso de sus actos privados. En Viena es vigilada Su Alteza permanentemente por la policía y es considerada lo mismo que un preso, cosa que yo personalmente he comprobado con gran indignación. Su Alteza Real sólo puede considerarse libre en Hungría, lo cual, a pesar del cariño que le dispensa la nación húngara, aprovecha muy contadas veces.

Del grupo de magnates surgió un murmullo de asentimiento. Rodolfo pasó por alto los exagerados conceptos aduladores expresados en el lapso de unos minutos y volvió a preguntar nuevamente por qué razón se le querían dar las gracias precisamente a él. Tras lo cual, el conde Karolyi inició una larga charla en la que expresó lo siguiente:

—No solamente en Austria, sino también en Hungría, todo el mundo está seguro de que el pacto firmado entre Francisco José y el joven emperador Guillermo II, exige un refuerzo esencial del ejército si pretendemos ser un miembro en absoluta igualdad con Alemania y no queremos vernos constantemente acorralados por las exigencias alemanas. La oposición existente entre la Cámara de los Magnates y la del Pueblo ha sido causa de que no se apruebe la ley que preveía el rearme, sin contar con las disposiciones que tenían que haberse tomado ya mucho tiempo atrás. El orgullo y la conciencia que la nación tiene de su propia importancia no permiten que las fuerzas de combate húngaras continúen siendo consideradas como una parte accesoria del ejército austríaco. En Hungría se pide, cada vez con mayor insistencia, la creación de un ejército propio, con emblemas y banderas húngaras, y dirigido por voces de mando húngaras.

Las palabras de Karolyi fueron recibidas con muestras de vivo asentimiento por la delegación.

—Su Alteza, el príncipe heredero — continuó diciendo Karolyi—, el otoño pasado, con motivo de las cacerías organizadas en Gorgeny, hizo amplias promesas a los representantes de la nobleza húngara, promesas que, por mi parte, me tomé la libertad de resumir. Hace pocos días, justamente el día 25 del corriente mes, las notifiqué abiertamente a la nación en un discurso pronunciado en el Parlamento, lo cual ha sido acogido con gran júbilo tanto por la prensa como por el pueblo. Nos hemos presentado hoy para expresar a Su Alteza Real el agradecimiento de toda Hungría y para solicitar el cumplimiento de tan ansiadas promesas.

Una creciente y renovada aprobación de los miembros de la delegación acompañó en todo momento las palabras de Karolyi. Cuando éste calló, parecía que no iban a terminar las ovaciones dedicadas al príncipe heredero.

Rodolfo estaba pálido y se mordía los labios. Cuando por fin se hizo el silencio, estuvo un buen rato buscando las palabras adecuadas:

—Cierto es que pronuncié plenamente convencido las referidas promesas, no solamente en Górgeny, sino también en anteriores ocasiones. A pesar de todo, conde Karolyi, me veo obligado a censurarle por

haberlas hecho públicas anticipadamente, si es cierto que efectivamente las ha comunicado al pueblo húngaro.

—¿Por qué merezco censura? — preguntó Karolyi, ingratamente asombrado—. ¿Es que Su Alteza Real ha cambiado entretanto de parecer?

—No — respondió Rodolfo—. Pero aun cuando su discurso haya causado tan buena impresión en Hungría, en Viena la ha causado pésima. Su Majestad el emperador, o mejor dicho — se corrigió Rodolfo haciendo un movimiento involuntario con la mano—, el rey, me ha hecho personalmente responsable de los acontecimientos de Hungría.

—¿Pero no estaba Su Alteza Real dispuesto a responder de tan reiteradas promesas? — preguntó Karolyi.

—Naturalmente — contestó Rodolfo—. Naturalmente, conde Karolyi. Pero, ¿de qué me sirve responder de ellas si choco con la inflexible oposición de Su Majestad, cuando Su Majestad me ha echado en cara mi conducta calificándola de alta traición?

—¡Alta traición! — gritó Karolyi, y del grupo de los magnates surgieron toda clase de exclamaciones.

—Sí — dijo Rodolfo—. Alta traición, como la de cualquier oficial de nuestro ejército. Después de las desagradables explicaciones habidas con mi padre, dudo yo de que jamás, o al menos mientras el emperador de Austria siga siendo rey de Hungría, cuente este país con un ejército propio. En este aspecto, tendrán ustedes que contentarse con su milicia, los valientes *Honveds*. No tuve otra alternativa que aceptar que mi padre me dijera que si Hungría se separaba militarmente se separaría también políticamente y que Bohemia no dejaría de declararse independiente, y también Galitzia y Dios sabe cuántos países más. En resumen, que yo sería el responsable del total hundimiento de la monarquía.

—¿Pero no ha pasado desde entonces por la mente de su Alteza la idea federativa? Una unión de todos los pueblos bajo el cetro de los Habsburgo representaría una verdadera unión en lugar de un hundimiento.

—A lo mejor — replicó Rodolfo—. ¿Es usted capaz de hacerse responsable, mi querido conde Karolyi, de que al final no se desmembraría la nación? ¿O bien le sería igual el derrumbamiento de la monarquía si con él Hungría alcanza lo que desea?

—Su Alteza Real ha afirmado siempre que, en su forma actual, la monarquía no puede subsistir y que se tendría que transformar en unión de todos los pueblos de que ahora consta.

Al llegar a este punto el príncipe heredero se dejó llevar por los nervios.

—Sí — gritó—. ¡Esto ya lo sé! Pero desde entonces he llegado al convencimiento de que después de su transformación en un estado federal, tampoco podría seguir existiendo. Usted olvida que, cuando se convierta en dos medios reinos, también éstos se subdividirán: tanto la parte austríaca como la húngara. Y cuando se hayan hecho ustedes independientes, mis señores húngaros, verán ustedes cómo los croatas, checoslovacos, rumanos y todos los demás pueblos de que consta la corona húngara, que no tiene que ver nada con ella pero de los cuales se ha apoderado, se separarán de ustedes, al igual que los checos, polacos y triestinos de nosotros.

—¿Pero cómo ha podido Su Alteza Real cambiar de parecer en este asunto?

—Sencillamente he cambiado o, mejor dicho, no he tenido nunca otro parecer. Pero me costaba aceptar la verdad y traté de cerrar los ojos ante los hechos. Ahora no los cerraré más. La Federación en la que vivimos hace tiempo que está anticuada y se hundirá tal como es o de otra manera. Todos procuran salvarla mediante un Estado federal, pero su división la llevará aún con mayor rapidez al derrumbamiento. ¡Ahórreme su separatismo y su chauvinismo! Acuérdese de la lealtad hacia mi padre, a la cual no está menos obligado que yo mismo. Le ruego que me deje, pero antes de irse quiero decirle que mi último consejo es el siguiente: No cargue con la responsabilidad de haber sido quien enterró a la monarquía, sino déjeselo a los checos, o a los polacos, o a la Gran Alemania, en fin, a alguno de esos pueblos que están preparados para este trabajo de descuartizamiento político.

Con estas palabras dejó a la delegación y se apresuró a salir de la estancia. Los magnates se quedaron todavía unos momentos comentando entre sí y discutiendo la inaudita agresividad del príncipe heredero. Después descendieron la escalinata, montaron en su carruaje y partieron.

Entretanto, Rodolfo erraba por las oscuras habitaciones como huyendo de sí mismo. En ellas encontró a la baronesa Vetsera sola. La condesa Larisch, después de intentar en vano que María regresara con ella a la capital, se había ido antes que los nobles húngaros. Al llegar a Viena no se quedó en la ciudad. Después de mandar una desesperada y confusa carta al jefe de policía, casi huyó — como su primo Rodolfo por las estancias de Mayerling — hacia su posesión de Pardubitz.

La carta remitida por ella al jefe de policía, carecía de membrete y decía:

«No se podrá evitar investigar el futuro. Pero es conveniente que el pasado quede tan inexplorado como sea posible. Por favor, haga cuanto pueda en este sentido. Los sucesos pasados no sirven ya para nada y para los acontecimientos venideros no nos queda otra solución que seguir el camino normal.

»Mi petición atañe sólo a tratar discretamente el asunto hasta el día de hoy, porque no es necesario ni conveniente que personas totalmente inocentes se vean mezcladas en él. Pongo toda mi confianza en usted, mi querido barón. Yo no obro en mi propia conveniencia.

»Con los mejores saludos,

Su rendida Condesa L.»

El jefe de policía recibió la carta aquella misma noche, al regresar a su casa después de haber cenado con el archiduque Guillermo. En aquellos momentos estaba conversando con Elena Vetsera, la madre de María, y con el tío de ésta, Alejandro Baltazzi, que lo habían visitado y le informaban del encuentro entre Enrique Baltazzi y el príncipe heredero en el bosque de Mayerling y de la herida del primero. Le comunicaron también que María había sido vista en el coche del príncipe y que estaba fuera de toda duda de que la joven se encontraba ahora con él en Mayerling. Elena Vetsera conjuró al jefe de policía para que le devolviese su hija.

El barón Kraus respondió, como era su costumbre, que él no podía intervenir en todo este asunto. Prescindiendo incluso de que fue Enrique Baltazzi quien agredió al príncipe heredero, no podía él, simple jefe de policía, pedir cuenta de nada a ningún miembro de la casa imperial, ni mucho menos podía entrar a la fuerza en un edificio de la corte, entre los cuales podía contarse a Mayerling.

—Entonces — lo atajó Elena, desesperada — tendré que dirigirme al propio emperador.

—Les dejo en libertad para intentarlo — respondió el barón—, aunque la reputación de su hija ya está completamente perdida.

—¡No se trata solamente de la reputación! — exclamó Baltazzi, indignado—. ¡Se trata de la vida de la muchacha!

—A pesar de ello me es imposible intentar nada — manifestó el jefe de policía compasivo.

Mientras tenía lugar esta escena, soplaba un fuerte viento invernal en torno a las paredes de Mayerling. En el interior de la casa, donde el calor iba aumentando, la pareja decidida a la muerte intentaba olvidarse por unas horas de su decisión. «Bratfisch ha silbado maravillosamente» escribió María el día siguiente en la carta de despedida a su hermana. Las cosas parecen haber transcurrido del siguiente modo: Mientras la pareja cenaba y luego continuaba bebiendo, el cochero de Rodolfo cantó canciones del vino nuevo y silbó los estribillos, cosas que hacía admirablemente, sobre todo lo último. Todo junto constituía una más bien extraña, si no última, penúltima cena del heredero del trono del descendiente de Godofredo de Bouillon, quien, durante la primera cruzada, había conquistado Jerusalén y había sido rey de la Ciudad Santa, del sucesor de Rodolfo de Habsburgo, que había vinculado Austria a los dominios de su casa, de Carlos V, en cuyo reino el sol no se ponía nunca, y de María Teresa que había llevado la herencia a la casa de Lotaringia... La esposa de Rodolfo, «la aldeana belga», como la llamaba la Vetsera, no había compartido nunca la afición por las canciones preferidas de su marido. No ocurría lo mismo con su querida; ésta pasó la noche antes de su muerte escuchando alegremente las canciones del vino nuevo, igual que cualquier chica de los arrabales vieneses la noche antes de su seducción. Gracias a eso consiguió, veinticuatro horas más tarde, la gran distinción de morir junto con el príncipe heredero.

* * *

A la mañana siguiente, la de aquel siniestro 29 de enero, todavía acudieron visitas a Mayerling, aun cuando María no las vio ni fue presentada a ellas. Aparecieron, como huéspedes de caza o bajo el subterfugio de una partida de caza, el suegro de Rodolfo, Felipe de Coburgo, y José, conde de Hoyos.

Ambos habían viajado en tren hasta Badén y llegaron diez minutos antes de las ocho a Mayerling. Fueron introducidos en la sala de billar, a mano derecha del vestíbulo, donde se serviría el desayuno. Tras un momento de espera apareció el príncipe heredero en bata. Saludó cordialmente a sus huéspedes y se sentaron para desayunar copiosamente. Mientras consumían los manjares casi únicamente habló Rodolfo. Contó una larga historia a sus invitados. Que el día anterior había llegado a Mayerling a costa de superar innumerables dificultades. Que había tomado el camino de Breitenfurt y que no hubiera podido superar la helada subida de Gaaden de no contar con la ayuda del caballo de un campesino. Pero no aclaró que no se trataba de su calesín sino del coche de Bratfisch. Explicó también que se tuvo que quitar la chaqueta de piel para ayudar a subir la cuesta y que había sudado tanto que, después, al proseguir el viaje se acatarró. En cuanto a Bratfisch, quien recibió encargo de salir inmediatamente de Viena, no había llegado hasta las dos y

media de la tarde, cuando hacía ya mucho tiempo que el príncipe estaba en Mayerling.

Para el conde Hoyos la mayor parte de este informe resultaba incomprensible. A pesar de ello tuvo la impresión de que Rodolfo charlaba ininterrumpidamente para que nadie más, o cuando menos el príncipe Felipe, pudiera decir palabra. Cuando por fin terminaron las explicaciones y Felipe demostró la intención de decir algo, el príncipe heredero añadió rápidamente:

—De todas formas, no me encuentro muy bien, después de todo lo pasado el día de ayer. Así es que no tomaré parte en la batida en Glashütte. Será mejor que me quede en casa.

Luego se levantó y abandonó la sala de billar.

Los otros dos tuvieron que ir solos de caza. Se trataba de una batida dada en coto cerrado para la obtención de numerosas piezas de caza mayor. Pero lo único que lograron fue un animal, muerto por José Hoyos. Felipe Coburgo no consiguió nada. Hacia las dos volvió rápida y atropelladamente a Mayerling, con tanta precipitación que Hoyos no tuvo siquiera la oportunidad de despedirse de él. Posteriormente explicó que aún tuvo tiempo de tomar el té con el príncipe heredero y que luego se había dado prisa en volver a Viena para participar en la cena familiar que aquella noche ofrecía el emperador a los miembros de la casa archiducal y a sus parientes más próximos. Rodolfo le había rogado que disculpase su no asistencia a la cena, ya que aún no se encontraba bien.

En realidad, el té se había desarrollado de la siguiente manera:

Coburgo encontró al príncipe heredero en su escritorio, donde había pasado largo rato dedicado a escribir sus cartas de despedida. Coburgo se quedó en el umbral de la estancia mirando al príncipe. Éste también le miraba sin decir palabra.

—¿Tienes intención, Rodolfo, de regresar a Viena conmigo? — preguntó finalmente el príncipe de Coburgo.

—No. No tengo tal intención — respondió Rodolfo.

—¿Tienes, cuando menos, algo que decirme? — insistió el primero.

Al oír esto, el príncipe heredero se levantó del escritorio y se puso a pasear nerviosamente de un lado a otro de la estancia. Pasados unos momentos se decidió:

—Sí. Tengo que haceros una confidencia.

—Dime — le apremió Felipe interesado.

Rodolfo pareció buscar vanamente las palabras necesarias y finalmente sólo dijo:

—Os ruego simplemente que beséis en mi nombre la mano del emperador. Eso es todo.

—¡No! Esto no es todo — exclamó Coburgo—. Tú sabes que todos los archiduques te esperan hoy en Viena. ¿Por qué no tomas ninguna disposición para partir?

—Porque me he resfriado — replicó con calma el príncipe heredero—. Ya os lo he dicho.

—¡Un resfriado — gritó Felipe impetuosamente — no es motivo suficiente para un soldado ni para ti para excusarse de asistir a una reunión en la que se tratará de la felicidad o desdicha de toda una monarquía!

—Pero cuando no se la puede ayudar, entonces sí que hay excusa — replicó Rodolfo.

—¿Por qué?

—Porque existe motivo suficiente para no asistir a tal reunión. No tiene ningún sentido.

—¡Explícate de una vez! —exclamó el príncipe de Coburgo irritado.

Como Rodolfo, por única contestación se limitase a encogerse de hombros, añadió con extremada excitación:

—No creo una sola palabra de tu resfriado y tampoco te ha creído José Hoyos. ¡Se le notaba bien claramente!

Rodolfo, que se disponía a encender un cigarrillo, tiró colérico la pitillera de oro sobre la mesa.

—¡En tal caso — dijo enfadado — déjeme en paz!

Felipe cogió maquinalmente la pitillera de encima de la mesa y la abrió. En su interior había grabada la fecha «13 de enero de 1889».

La cerró otra vez.

—Si en lugar de haber grabado el 13 — observó—, fecha en la que al parecer has conquistado otra vez a una mujer, hubieras hecho poner el 29, habría sido mucho mejor. Por lo menos te serviría de recordatorio de las obligaciones que pesan sobre ti en el día de hoy.

El príncipe heredero se rió.

—Querido Felipe — dijo—, ignoráis cuántas verdades estáis diciendo.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no he olvidado, lo sabe Dios, la fecha de hoy. Y que todos vosotros tampoco la olvidaréis.

—¿Qué significan tus palabras?

—Quieren decir que considero imposible hacer lo que los archiduques esperan de mí.

—Pero, ¿por qué motivo?

—Porque he visto con claridad que sería un caso de tan alta traición como si me prestase a las reformas que los húngaros reclaman. Ayer se lo expliqué a los húngaros y hoy vos podréis decírselo en Viena a los archiduques, si no lo sacan en claro por sí mismos al ver que no aparezco en la cena familiar. Lo que se proponen provocaría la rebelión de toda la casa archiducal contra el emperador. Es posible que la forma en que lleva los asuntos de Estado no corresponda en verdad a las exigencias de la época. No ve, ni siquiera comprende, cuán diferentes son los nuevos tiempos. Sin embargo, está convencido de que incluso los trabajadores en sus míseros barrios y en sus desoladas fábricas saben que cuando dispara contra las gamuzas lo hace sólo con el fusil de baqueta. Y cuando la caballería, la que en Kóniggratz fue casi aniquilada por los prusianos, desfila ante él, le acuden lágrimas a los ojos al pensar en lo solemne del momento... Pero, a pesar de todo, os aseguro que quien sostiene la monarquía es únicamente él y que sin él se hubiera venido abajo hace ya tiempo. Dios sabe cómo ha conseguido tanto crédito y popularidad entre sus súbditos, pero los posee y nunca se le podrá cambiar por otra persona; en todo caso, mucho menos por mí mismo.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el príncipe de Coburgo—. ¿Cómo has llegado a perder de tal modo la confianza en ti?

—Porque he comprendido que no soy el hombre adecuado para intentar el experimento que todos esperáis de mí. Porque llegué a convencerme de que ni el propio emperador toma mis intentos de conspiración en serio. No puede darse mayor fracaso de una empresa antes de que ésta haya dado comienzo; un desgraciado fracaso de la reforma política. Anteayer por la noche, en la embajada alemana, me dio oficialmente la mano y me perdonó sin que yo se lo pidiera. Todo espectador dotado de algún entendimiento debería reconocer que, con ello, no sólo mis ambiciones, sino también las vuestras, han quedado frustradas. ¿Me entendéis?

—Sí. Lo entiendo perfectamente — asintió Felipe de Coburgo al cabo de un momento—. Pero si te has decidido a abandonar la partida, ¿no podrías haberlo hecho antes de comprometer a tanta gente?

—¿Quieres decir con esto que consideras una cobardía mi decisión de apartarme de vosotros?

—Sinceramente, sí.

—Bueno. Ya estoy preparado a sacar de ello las consecuencias necesarias.

—¿De qué forma?

—Dejad que me preocupe de ello personalmente.

—¿Quieres aludir con esto a que piensas suicidarte? Temo, querido Rodolfo, que ya has dado demasiadas vueltas al asunto y tus intenciones de suicidio se toman tan en serio como tus reformas políticas. Un hombre, y sobre todo el heredero del trono, que cuenta primero a todo el mundo que desea suicidarse y luego no lo hace, sólo consigue ponerse en ridículo.

Rodolfo se volvió y se acercó a la ventana. Tenía la cara desfigurada. Al cabo de poco logró serenarse nuevamente, miró otra vez hacia Felipe y le dijo intentando esbozar una sonrisa.

—Estas cosas únicamente pueden juzgarse cuando uno se ha sobrepasado a sí mismo.

—Es decir que te has probado ya.

—No. Pero vos tampoco.

—Yo no tengo semejantes intenciones.

—Por esto. Dejad que me preocupe yo de si me pongo en ridículo o no. A vos os pido únicamente que disculpéis mi no asistencia a la cena y a ser posible puntualmente. Aunque temo que si nos estamos aquí dándole vueltas al asunto, llegaréis con retraso. Así, pues, adiós y mis mejores deseos.

Y sin más abandonó al príncipe de Coburgo.

* * *

La cena familiar se celebraba en el *Amalientrackt* del palacio, precisamente en el llamado apartamento de Alejandro. Como casi toda la casa archiducal se había ya reunido y el príncipe heredero no había aparecido, el encargado del servicio quiso retirar el cubierto de aquél. El emperador, a quien pidió permiso para hacerlo, no lo consintió, añadiendo que el príncipe heredero podía presentarse aún en el último momento. Pero cuando llegó, con cierto retraso, el príncipe de Coburgo, disculpó al príncipe diciendo que estaba enfermo. Rodolfo, según él, se había acatarrado durante el viaje por Breitenfurt; también en Mayerling hacía frío: las estufas, en las pocas habitaciones que poseían una, daban muy poco calor. Casi era

de temer una congestión pulmonar.

Al oír las explicaciones del príncipe de Coburgo, todos se miraron. El archiduque Guillermo, que conocía los recientes acontecimientos por haber estado cenando la noche anterior con el jefe de policía, barón Kraus, se mordió los labios.

—No comprendo — observó — por qué razón el príncipe tiene que haber pasado precisamente por Breitenfurt.

—Seguramente pasó por allí — respondió Felipe de Coburgo — porque el camino a través del Helenental está en pésimo estado. Acabo de regresar por dicho punto y puedo confirmarlo.

—¡Ah! ¿Sí? — dijo, no obstante, el archiduque Guillermo—. A pesar de todo, tengo la seguridad de que el camino a través del Helenental si no es del todo bueno por lo menos es mejor que el de Breitenfurt.

—Todo esto — observó el archiduque Otto — es inútil, porque no logrará hacer venir al príncipe heredero.

El archiduque Alberto, que contaba entonces setenta y dos años y era el más popular de todos los archiduques, a quien el pueblo llamaba «el vencedor de Custozza, el león de Novara y el héroe de Mortara», sintió que debía expresar en pocas palabras su opinión sobre la ausencia de Rodolfo, tan trascendental y fatal para el Estado.

—Siento mucho la enfermedad del príncipe heredero — dijo, y añadió—. Lo hemos estado esperando inútilmente durante más de una hora para la concentración militar convocada para hoy. El príncipe heredero, siempre tan activo, debe estar muy enfermo. De otro modo no hubiera faltado a la concentración.

Siguieron hablando aún durante unos minutos y luego se sentaron a la mesa. En aquellos momentos daban las siete. Exactamente a la misma hora, en la sala de billar de Mayerling, se sentaba también a la mesa el príncipe heredero junto con José Hoyos, quien había regresado de la cacería y se había cambiado.

Como después pudo relatar Hoyos, la conversación se redujo a temas sin importancia. Al entrar en la estancia, Rodolfo se informó de si Hoyos había tenido suerte en sus andanzas cinegéticas. Cuando se enteró de que solamente habíase conseguido una pieza por parte de Hoyos y que Felipe de Coburgo marchóse de vacío, observó, no sin un dejo de sarcasmo:

—Seguramente habrá tenido otras cosas en la cabeza.

A continuación sonrió de modo ambiguo y añadió:

—Pero mañana, en la batida en el Schópflgitter, tendréis seguramente más suerte. Porque creo que Felipe volverá mañana otra vez. ¿No es así?

Hoyos contestó que creía que sí, aunque el príncipe no le había dicho nada al respecto a causa de su rápida partida para Viena.

—Si acaso viene — observó el príncipe heredero—, se asombrará.

Hoyos encontró que las palabras de Rodolfo no tenían ningún sentido, pero éste, sin dar más explicaciones, se sentó a la mesa. Hoyos era el único huésped de Rodolfo. Seguramente por esto se comía en la sala de billar, porque cuando había invitados se servía normalmente en el comedor. Quizá en esta ocasión se reservara para la baronesa Vetsera. Lo cierto es que ni el príncipe de Coburgo ni Hoyos llegaron a verla.

Rodolfo inició de nuevo la conversación explicando que había pasado el día escribiendo cartas y que no había salido en absoluto. Pero ya no hizo más observaciones sarcásticas o que resultaran incomprensibles para su huésped. Más pronto hizo gala de todo su encanto, de manera que Hoyos — como más tarde creía recordar — opinó que era una buena oportunidad para dar las gracias al príncipe heredero por todas las bondades que éste había tenido para con él. A lo mejor sólo lo pensó más tarde, es decir, cuando la catástrofe ya había ocurrido, aun cuando en su interior tuvo la intención de agradecérselo antes...

Desde luego, seguramente le agradeció la invitación a cazar en el bosque vienés, reunión que tuvo lugar los pasados meses de mayo y junio, y en la que él, el conde de Hoyos, cobró no menos de diez venados — si se trataba de ciervos o de gamos no lo dijeron — y además treinta moruecos.

—Sí, sí — respondió Rodolfo divertido—. La selva de Viena es maravillosa, realmente maravillosa...

Hoyos siguió hablando de caza y de perros de caza. Inesperadamente, el príncipe heredero mencionó al conde Karolyi y explicó sus intervenciones en el parlamento húngaro. Añadió que Karolyi le había llevado a una situación sumamente incómoda. Otra vez, sin ninguna transición, se puso a comentar la comida que estaban tomando en aquel momento y le preguntó al conde si éste la encontraba apetitosa. La cena consistía en sopa, pasta de hígado de ganso, *roastbeef*, venado y postre. Rodolfo aclaró que los manjares no estaban preparados por un cocinero, sino por la vieja Mali. Él, por su parte, los encontraba admirables. Además eran mucho más nutritivos y saludables que los que le servían otras veces, aun cuando no podían compararse con la comida destinada a su hijita Elisabeth. Sea como fuere, comió copiosamente y bebió también gran

cantidad de vino. A pesar de ello seguía quejándose de su resfriado. No obstante, tenía la esperanza de que pronto pasaran aquellas molestias.

—¿Tiene su alteza bastantes pañuelos consigo? — le preguntó José Hoyos—. ¿Quiere que le preste alguno?

—No. Gracias — contestó el príncipe heredero—. Creo que hasta mañana podré pasar con los míos.

Los dos se estuvieron hasta cerca de las nueve charlando y fumando. A esa hora, Rodolfo indicó que sería mejor marcharse a la cama y que el desayuno del día siguiente se serviría en cuanto Felipe de Coburgo hubiese regresado de Viena.

Luego deseó buenas noches al conde y se retiró.

* * *

Rodolfo entró en su dormitorio donde la baronesa Vetsera, que ya se había desvestido, le esperaba sentada en la cama. Ambos se miraron durante un buen rato sin pronunciar palabra. Finalmente, mientras cerraba la puerta tras sí, Rodolfo preguntó:

—María, ¿sabes que desde que te vi por vez primera en Freudenau, el pasado mes de abril, todo lo que no fueras tú perdió importancia para mí?

—Tal como yo esperaba, me gustaste inmediatamente — observó la joven.

—Desde luego, y tú a mí también. Pero, sobre todo, me recordaste el único amor verdadero que tuve en mi vida, antes de conocerte a ti. Espero que lo interpretes acertadamente. Se trata del amor que me inspiró una muchacha judía, muy bonita, a la que conocí en el ghetto de Praga cuando estaba de guarnición en dicha ciudad.

—Lo comprendo perfectamente — dijo María intentando reír—. Por lo menos por parte materna, y posiblemente también por la paterna, no estoy demasiado distanciada de los judíos.

Rodolfo la miró atentamente.

«Si admite — pensó — lo que la gente intenta ocultar por esnobismo, es que está realmente decidida a morir.»

—Pero, dime, Rodolfo — preguntó la baronesa—. ¿Qué clase de relaciones tuviste con aquella muchacha?

—Era hija de un cantante — explicó el príncipe heredero—. Me llamó la atención desde el primer momento. También a ella se le notaba de modo evidente que se había enamorado de mí. No llegamos tan siquiera a hablarnos una sola vez, pero sus padres la mandaron a Kolin, a casa de unos parientes, donde debía intentar olvidarme. No lo consiguió y volvió a escondidas a Praga. En pleno invierno pasó una noche entera bajo mis ventanas. A causa de ello enfermó y murió. Hasta pasados varios meses no me enteré de su muerte. Cuando llegué a saber que había fallecido por culpa de su cariño hacia mí, le entregué todo mi amor, a pesar de estar muerta. Ordené incluso al teniente Fritsche que todas las noches pusiera flores en su tumba. Pero como Fritsche es un notorio cobarde no se atrevió a ir al cementerio.

María Vetsera no pudo disimular una sonrisa.

—De todas maneras — añadió Rodolfo—, te pareces mucho a ella. Pero es imposible que seas la misma. Cuando ella murió tú ya habías nacido. A lo mejor sois algo así como una especie de hermanas.

—Sí —admitió la joven—. Y si no lo somos ya por el amor que a ambas nos inspiras, lo seremos porque las dos moriremos por ti...

El príncipe heredero la miró, se levantó y la besó.

* * *

Al día siguiente, a las seis y media de la mañana, Rodolfo salió completamente vestido del dormitorio y despertó a Loschek, el ayuda de cámara. Le comunicó que volvería a echarse un rato y le encargó que le llamase a las siete y media y tuviese preparado el desayuno para las ocho. Bratfisch, por su parte, debía tener dispuesto el coche a la misma hora.

A continuación pidió a Loschek una botella de coñac, botella que se puso bajo el brazo, y, según se aseguró posteriormente, regresó silbando a su habitación.

A la hora indicada, Loschek se dispuso a despertarlo, pero encontró la puerta cerrada por dentro. Entonces golpeó en ella durante largo rato sin ningún resultado. Empezó a sentirse preocupado y mandó al portero Zwerger en busca de José Hoyos, quien no vivía en el mismo castillo sino en la cercana posada. Como que el conde sabía que el desayuno se serviría alrededor de las ocho, hora en la que el príncipe de Coburgo regresaría de Viena, ya estaba vestido. No tuvo más que echarse la pelliza sobre los hombros y se

apresuró hacia el castillo.

Entretanto Loschek no había dejado de golpear la puerta del cuarto de Rodolfo, primero con la mano y después con un leño. También Hoyos estuvo un rato golpeando mientras llamaba al príncipe a gritos. Pero nada se movió en el interior, ni antes ni después.

—¿Acaso la habitación está caldeada con carbón? — preguntó el conde—. En tal caso el príncipe heredero puede haber perdido el conocimiento a causa de los gases desprendidos.

—No, no es posible — contestó Loschek—. En esta estancia sólo se emplea madera.

A continuación Hoyos ordenó que se abriese la puerta empleando la fuerza. Cuando Loschek rehusó tomar sobre sí tal responsabilidad, el conde replicó que él se hacía totalmente cargo de la misma.

En este momento confesó Loschek por primera vez que el príncipe Rodolfo no estaba solo, sino que «una tal baronesa Vetsera» estaba con él en la habitación. Sabiéndolo todavía resultaba más siniestro el completo silencio que reinaba en el dormitorio. El conde Hoyos miró el reloj desesperado. Eran las ocho y nueve minutos. Sí, como era de suponer, Felipe de Coburgo había tomado el mismo tren hasta Badén en que viajaron la víspera, su llegada era posible en cualquier momento. Precisamente en aquellos instantes acudió el ayudante del jardinero y comunicó que el príncipe acababa de llegar.

Hoyos recibió al príncipe en la sala de billar, lo puso al corriente en pocas palabras y terminó diciendo:

—Opino que es de temer lo peor. No habrá más remedio que abrir como sea la puerta del dormitorio del príncipe heredero.

Primero intentaron hacer saltar la cerradura con un hacha. A pesar de todos sus esfuerzos la puerta siguió resistiendo. Finalmente se vieron obligados a destruir todo el tablero de dicha puerta el cual cayó con un ruido estrepitoso en la estancia dentro de la cual nadie se atrevía a entrar, hasta que Loschek se decidió y penetró por la abertura practicada.

* * *

Alrededor de las nueve menos cuarto, Bratfisch galopaba hacia Badén, llevando a José Hoyos en el interior del coche, por la helada carretera que atraviesa el Helenental.

—¡Por el amor de Dios, señor! ¿Qué es lo que ocurre en Mayerling? — preguntó el cochero al conde.

Pero como Bratfisch iba sentado en el pescante y el segundo en el interior, no resulta fácil averiguar cómo pudo llevarse a cabo la conversación. Los coches de la época contaban con un tubo acústico que servía para dar órdenes al conductor sin necesidad de moverse. El cochero, en cambio, sólo podía contestar dándose completamente la vuelta e inclinándose hacia la abertura de dicho tubo. No es de suponer que Bratfisch intentase semejante maniobra, yendo como iba a toda velocidad. Únicamente tuvo ocasión de preguntar algo al conde antes de partir o después de la llegada a Badén. Desde luego el conde tenía otras cosas más importantes que hacer que dedicarse a dar explicaciones a Bratfisch.

—Dígame, cuando menos, qué explicación tengo que dar si alguien me pregunta — insistió el cochero.

—Ninguna — respondió Hoyos secamente. Y a continuación agregó—: Espere aquí al médico imperial, doctor Widerhofer, que vendrá de Viena, y condúzcalo a Mayerling.

Luego el conde se encaminó apresuradamente hacia la estación.

A las nueve y dieciocho minutos tenía que pasar por Badén el rápido procedente de Trieste que no tenía parada en dicha ciudad. El conde Hoyos explicó al jefe de estación quién era y le pidió que parase al rápido para un asunto urgentísimo. Así se hizo y el conde estaba ya en palacio cuando el reloj del *Franzenhofe* señalaba exactamente once minutos después de las diez.

Ahora el problema consistía en saber quién daría al emperador la horrible noticia. Nadie tenía valor suficiente para ello. Con unas y otras cosas pasaron aún dos largas horas antes de que Francisco José se enterase del desastre.

José Hoyos habló primeramente con el primer mayordomo de Rodolfo, el conde Bombelles, y los dos se dirigieron apresuradamente en busca del barón Nopcsa, mayordomo de la emperatriz. Deseaban que éste notificase a la soberana la muerte de Rodolfo y luego ella debería decírselo al emperador.

Nopcsa, un hombre de baja estatura, no se atrevía a enfrentarse con la emperatriz para darle la mala noticia. De todos modos, el acontecimiento le costó perder el cargo no mucho tiempo después. Sea como fuere, Hoyos y Bombelles no tuvieron más remedio que dirigirse al príncipe de Hohenlohe. Nopcsa se agregó a ellos. Hohenlohe se negó igualmente a dar la noticia pretextando que el príncipe heredero tenía la categoría de teniente de mariscal de campo, por lo que el general ayudante conde Paar era quien reglamentariamente debía dar la noticia al emperador.

Paar tampoco se dejó convencer. Según su parecer correspondía comunicar la desgracia al conde

Kalnoky. Éste era «ministro de la casa real e imperial y del exterior» y la misión entraba en sus obligaciones.

Pero a Kalnoky no fue posible encontrarlo.

Finalmente decidieron dar la noticia de la muerte de Rodolfo al emperador por medio de la emperatriz.

Buscaron a una de las damas de honor, a una tal condesa Festetics. En este instante la historia empezó a tomar un aspecto grotesco. La condesa Festetics arguyó que ella no estaba dispuesta en absoluto a participar a la emperatriz lo que había ocurrido. Era mejor que hablase con ésta su secretaria, la señorita de Ferenczy.

No era posible adivinar en qué momento la corte hallaría la cantidad de audacia suficiente para comunicar a los soberanos que el príncipe heredero había tenido el valor de dispararse un tiro.

La señorita Ferenczy, por su parte, pareció estar dispuesta a hacer lo que se esperaba de ella. Unos minutos antes de mediodía supo la emperatriz la muerte de su hijo.

Acogió la noticia con un maravilloso dominio de sí misma. En realidad, quizá se tratase de una especie de estupor. Pero tampoco se decidió a ir sola a enfrentarse con el emperador, sino que prefirió la acompañase su incondicional amiga la señora Schratt.

Se buscó a ésta y compareció al momento. En aquellos precisos instantes, Elena Vetsera, madre de María, deambulaba por el palacio con intenciones de encontrarse con la emperatriz. Deseaba decirle que María había desaparecido en compañía del príncipe heredero. Grande fue su sorpresa cuando se la requirió para que se presentase en los apartamentos privados de los soberanos.

Cuando Elena Vetsera entró el emperador ya sabía que Rodolfo había disparado sobre sí después de matar a María.

Francisco José acogió la noticia con el mismo dominio que demostrara la emperatriz. Tomó lo irremediable con la misma fortaleza con que sufriera todos los golpes que el destino infligió en su vida y como seguiría tomándolos en lo sucesivo.

Su única reacción fue solicitar hablar en privado con José de Hoyos para que éste le informase personalmente.

Según se desprendía de las primeras impresiones había ocurrido lo siguiente: El príncipe heredero dio muerte a María Vetsera hacia las diez y media de la noche, posiblemente cuando la joven estaba durmiendo. Ésta yacía apaciblemente y a pesar del tiro, que debió ser mortal, no estaba desfigurada. Por lo tanto, Rodolfo había pasado toda la noche al lado de la muerta. No se suicidó hasta las siete o siete y media de la mañana, después de haber hablado tranquilamente con Loschek y haberle pedido la botella de coñac. El príncipe heredero, por su parte, presentaba un aspecto espantoso ya que el disparo le arrancó parte del cráneo.

Después de oír el informe del conde Hoyos, el emperador todavía conservaba los nervios suficientemente firmes como para llevar a cabo un severo, atinado y exhaustivo interrogatorio.

En el intervalo acudió la princesa real y otros miembros de la familia imperial. La princesa, enterada a medias gracias a los rumores que empezaban a circular, demostraba haber perdido completamente la serenidad y estar al borde de un ataque de nervios. Repetía una y otra vez que ella había previsto y anunciado ya muchas veces lo que iba a ocurrir, pero que nadie se dignó nunca hacer caso de sus advertencias.

Mientras se desarrollaban tan trágicas escenas y como subrayándolas burlonamente sonaba la alegre marcha que todos los días entretenía a los vieneses de las doce a las doce y media, coincidiendo con el relevo de la guardia dentro del patio del palacio. La música se cortó súbitamente a mitad de un acorde. A alguien se le había ocurrido por fin dar orden de que cesara inmediatamente.

Aun cuando totalmente falsos, eran fatalmente lógicos los rumores que posteriormente corrieron entre el pueblo acerca de la reacción y conducta de la emperatriz. El emperador se preocupaba únicamente de interrogar a los cortesanos y nadie se ocupó de ella. Después del gran esfuerzo hecho para conservar el autodominio, de la tensión que representó para ella recibir dignamente la trágica noticia, algo se rompió en su interior. Se dice que penetró entonces en el dormitorio del emperador, donde había un lavabo oculto tras un biombo, e hizo un informe paquete con las toallas que junto a él estaban colgadas. Cogió el bulto cuidadosamente en sus brazos y con él se dirigió al encuentro del general ayudante conde de Paar. Levantó un poco la toalla de encima y, señalando el paquete, dijo:

—Esto es mi hijo.

Paar, atónito, no supo qué decir. Pero la emperatriz lo dejó inmediatamente, se deslizó en la habitación contigua y mostró el informe bulto a los que allí estaban de guardia, mientras les decía una y otra vez: «Esto es mi hijo». Recorrió luego todas las estancias imperiales enseñando el montón de toallas a todos los cortesanos con quienes se cruzaba. Con la voz entrecortada, perdido el aliento y como desgarrada por internos sollozos siguió gritando por las inmensas y entonces casi desiertas salas del palacio:

—¡Esto es mi hijo! ¡Esto es mi hijo...!

MONA LISA

Luis XII, rey de Francia, convocó a finales del año 1502 al señor de la Trémouille, uno de sus más valientes mariscales, y le ordenó se dirigiese inmediatamente a Milán para preparar allí un ejército y acudir en ayuda del gobernador francés de Nápoles, señor de Aubigny, y del duque de Nemours, que habían vuelto a ser derrotados por los españoles.

—Espero, señor mío — prosiguió diciendo el rey—, que sabréis llevar a buen término el encargo que os hago, actuando con vuestra acostumbrada destreza. No os faltará nada para conseguirlo. No sólo os despido con mi mayor benevolencia, sino que os otorgo permiso para que, a vuestro paso por Roma, os sea dada la bendición del Papa. En caso de que éste se negase a bendecir a nuestras tropas, tenéis asimismo mi autorización para obtener con la ayuda de las mismas, y aunque sea empleando la fuerza de las armas, la bendición del Padre Santo. Escoged de entre la corte a los nobles que prefiráis. Será un placer y un honor para mi nobleza serviros y conseguir armamento y pertrechos para vos y vuestros servidores. Igualmente, estará a vuestras órdenes un gran número de religiosos. Para el sustento de los mismos ya procurará la Iglesia. Os autorizo también para que, una vez en Milán, deis al señor de Amboise órdenes para fundir los cañones necesarios, bordar las banderas, estandartes y oriflamas que se precisen y fabricar los tambores, trompetas y atabales que hagan falta. La ciudad proveerá en cuanto al coste de fabricación de todo lo citado. Será ésta la que cuidará de preparar los regimientos de infantería y caballería que creáis convenientes. Para su alimentación, paga y equipo se habrán de sacar medios de los campos y de la tierra.

Aquí, interrumpióse Luis. Estaba pensando si no debería darle permiso también para utilizar el sol, el

agua, el aire y el mundo, de cuya distribución se basta Dios para encargarse. Al cabo de unos momentos, continuó con la expresión de quien procura no mentar el dinero:

—En resumen, no os faltará nada. Os cubriréis de gloria, conduciréis el ejército a la victoria y haréis que de nuevo resplandezca la fama de nuestras armas. Pero aún hay otra cosa. Espero que tengáis numerosas oportunidades para compensar los gastos a que la guerra nos obliga. No perdáis ninguna ocasión propicia de que nos indemnicen las naciones a las que aportamos nuestros sacrificios, ya sea mediante el pago en moneda o en forma de obras de arte, joyas, tejidos y bordados valiosos y otros objetos. Porque así es mi deseo y voluntad. Y ahora — concluyó el rey—, buenos días y que Dios os acompañe.

Al decir estas palabras tendió una mano en dirección al señor de la Trémouille y la posó sobre el sombrero que el mariscal le acercó. Éste, después de inclinarse ceremoniosamente, y besar la mano del rey, se retiró. A continuación el monarca montó a caballo y se fue a cazar ciervos al cercano bosque de Senlis.

* * *

Esta segunda campaña italiana de los franceses resultó todavía menos afortunada y gloriosa que la primera, dirigida personalmente por el rey Carlos VIII nueve años antes. En lugar del gran mariscal de Gié, de un Robert de la Marche, de unos Cleve, Vendóme, Luxembourg, Maulevrier y otros conocidísimos capitanes, el séquito de la Trémouille estaba formado por unos pocos condes casi desconocidos y algunos caballeros de escasa importancia. En lugar del millón en oro con que habían pagado su rescate las ciudades por donde Carlos pasara, en lugar del cuantioso botín constituido por pinturas valiosas, piedras preciosas, lapislázulis, brillantes y brocados con los cuales se agobiaron más de veinte mil animales de carga — aunque luego todo se perdiera, con los restantes bagajes, en la batalla de Fornuovo—, el dinero circulaba con excesiva parsimonia. La Trémouille casi no se atrevía a apoderarse de cuadros, joyas, tejidos o estatuas de alabastro de algún valor, ni tampoco a recaudar en metálico el importe de las contribuciones para enviarlas a París, tal como era el deseo y la voluntad de su soberano.

El mariscal necesitó bastantes meses para poner en pie de guerra el ejército indispensable, y ya era pleno verano cuando éste se puso en movimiento. Atravesó la Lombardía, cruzó los escarpados Apeninos y penetró en la Toscana. Cuando sus fuerzas se aproximaban a la Romagna, acompañadas por el ruidoso sonido de los atabales, tocados los soldados con cascos adornados con airosas plumas de avestruz y precedidos por ondeantes banderas cubiertas de polvo, el mariscal, acompañado por algunos nobles, se presentó en Florencia donde deseaba pasar algunos días. Luego, viajando rápidamente, se uniría al ejército en marcha.

A pesar del escaso prestigio de los franceses, comparado con las ciento veinte mil monedas de oro que la ciudad tuvo que pagar en su día a Carlos VIII, y a pesar de que ahora no podía pensarse siquiera en nada parecido, ya que la Trémouille había tenido que contentarse con las exacciones miserables hechas a pequeñas ciudades, no quería renunciar en cambio a la compra de obras de arte. Aunque a él no le importaba personalmente tal tipo de objetos, le habían recomendado calurosamente el taller de Da Vinci. Nunca había oído nombrar a tal artista antes de ahora, pero se decidió a visitar al gran pintor puesto que éste era el deseo y la voluntad de Luis.

Da Vinci era hijo natural de un noble italiano, *ser* Piero. Antaño vivió durante algún tiempo en la pequeña ciudad de Vinci, aunque posteriormente se instaló en Florencia. En ella se encontraba entonces, en casa de su padre, que aún vivía, después de haber permanecido largo tiempo en Milán y Venecia.

La Trémouille escogió para su visita las primeras horas de la tarde. Las altas torres de los castillos de los nobles, que se elevaban a centenares en la ciudad, extendían sobre ella sus largas sombras y daban la impresión de una fábrica con infinidad de chimeneas.

Acompañaban a La Trémouille varios señores de su séquito. Además iban con él los Donati, emparentados con Dante, apasionados por el arte aunque no entendieran demasiado, Buondelmonte, Alberighi y Calfucci, todos jóvenes pertenecientes a las más renombradas familias florentinas, que se le habían unido para hacer de cicerones.

Una colección de mirones seguía a la cabalgata. Los jóvenes florentinos se pavoneaban satisfechos al verse contemplados en compañía de extranjeros. Pero los gritos de la multItud, que abandonando sus tareas marchaba al paso detrás de los caballeros, se asemejaban más a maldiciones y demostraciones de animosidad que a muestras de alegría y respeto. Para cambiar un poco, el gobierno de la ciudad se había vuelto muy democrático. Los Médicis tuvieron que partir hacia el destierro y se había llegado a una época en que tan pocas cosas buenas se esperaban de los nobles extranjeros como de los del país.

Tras atravesar el ruido, la suciedad y las apreturas del mercado, llegó el cortejo a los silenciosos barrios

donde residía la nobleza. Al aproximarse a la mansión de Leonardo, la cual había sido alquilada a su padre por el arzobispo de Florencia, se oyó ya desde cierta distancia la música producida por instrumentos de viento y cuerda, como si se estuviese celebrando una fiesta. Lo que se tocaba y cantaba era música de baile, pero no se oían las risas y gritos de las bailarinas ni el resonar de los pies en el suelo. Al detenerse La Trémouille ante la mansión, enmudeció también la música.

De la casa, construida con pequeñas piedras, sobresalía una torre de unos ciento cincuenta pies de altura, muy útil para su defensa. Abajo, en las troneras, anidaban blancas palomas y en la parte superior moraban las águilas majestuosas. De las galerías colgaba ropa mojada.

A una distancia de apenas quince pasos, se elevaba otra torre perteneciente a una de las más sobresalientes familias florentinas. Era estrecha pero de 180 pies de altura. En toda la vecindad se erguían un sinnúmero de torres. Toda Florencia estaba plagada de ellas y, comparadas con la pequeñez de las viviendas, parecían altísimas. Muchas estaban inclinadas o torcidas, otras empezaban a desmoronarse, pero algunas eran tan altas y esbeltas que semejaban grandes postes destinados a sostener el cielo que sin ellas creeríase iba a desplomarse sobre la ciudad. Multitud de halcones las sobrevolaban trazando círculos a su alrededor.

El mariscal y su séquito, tras observar la casa y sus defensas, desmontaron y se disponían a entrar cuando, en dirección contraria, se les acercaron varios hombres llevando bajo el brazo instrumentos musicales. Al parecer eran los mismos que antes oyeron. También se encontraban en el grupo dos personas con las vestimentas de juglares o funámbulos.

Al llegar a la puerta dejaron paso a los nobles y luego se alejaron. El silencio que reinaba en la casa contrastaba extrañamente con la alegría anterior. Súbitamente aparecieron algunos criados y en la parte superior de la gran escalera se mostró Leonardo.

El hijo bastardo de *ser* Piero era un hombre corpulento y guapo, aunque barbudo, de unos cuarenta y cinco a cincuenta años. Hablaba y se movía con la desenvoltura de una persona que ha visto mucho mundo. Acostumbrado al trato de soberanos y grandes capitanes, descendió algunos peldaños con porte digno y natural.

—Señor mío — dijo La Trémouille, al tiempo que se descubría y subía la escalera—. Soy mariscal del rey de Francia y os pido que me recibáis, y conmigo a mi soberano, en vuestra casa.

Leonardo le contestó en un francés gramaticalmente puro pero con acusado acento italiano:

—Príncipe — ya que La Trémouille poseía además del vizcondado de Thouars el principado de Talmond, y conocer aquellos detalles era más importante para un artista de aquellos tiempos que saber anatomía—. Príncipe, el honor es totalmente mío. Poder recibir a uno de los más renombrados capitanes de la caballerosa Francia es una gran dicha para mí. ¿Cómo se encuentra Su Majestad?

—Según mis noticias, el rey está bien — contestó La Tremouille al tiempo que con sus acompañantes ascendía el último peldaño y contemplaba el agujero practicado en el suelo, característico de las casas de la nobleza florentina y que en caso de alguna incursión servía para arrojar pez hirviendo a los asaltantes que estuvieran en la planta baja—. ¿Y vos, señor mío? — prosiguió—, ¿cómo va vuestra salud?

—¡Maravillosamente bien! — aseguró Leonardo mientras abría la puerta de una pequeña salita—. Me siento honrado al tener ante mí al propio dios de la guerra, por cuya salud espero me pueda interesar.

—No puede ser mejor — respondió La Trémouille entrando con su séquito en la sala.

Advirtió con satisfacción la existencia de un orificio practicado en el suelo de mosaico blanco y azul propio para echar pez hirviendo a los eventuales asaltantes, y continuó:

—Me causa extraordinario contento conocer al gran artista que no solamente eclipsa a Zeuxis, Protógenes y Apeles, sino también al ingenioso Vulcano.

—Considerada la mundialmente conocida rusticidad de este último, que además fue engañado, y cuya importancia aún disminuye al compararlo conmigo, es muy escaso el mérito que en verdad puedo atribuirme.

El mariscal se había aconsejado con un fraile respecto a los cumplidos y símiles mitológicos más adecuados para dirigir a Leonardo, pero no tenía ni idea de la capa de tizne y suciedad que cubría al marido de Afrodita, ni del adulterio de ésta que con él cometiera bajo la personificación de Marte. Por tanto, ignoraba a qué rústico marido y a qué dama se refería el artista y si se lo debía tomar como una zalamería o si Leonardo se estaba burlando de él.

Por tanto, le dirigió una aguda mirada y le dijo:

—¡Pardiez, señor! Por mi honor y mi palabra de honor que no sé a qué diablos os referís. Y aunque lo supiera, no lo comentaría. Un caballero no es nunca un charlatán. Será mejor que hablemos de otras cosas. Pero permitidme que os presente primero a estos señores que me honran acompañándome en el campo de

batalla.

—Será un placer para mí — aseguró Leonardo.

—Éstos son — explicó el mariscal señalándolos — los condes de Villeneuve, de Goutaut Biron y de Jarnac, así como los señores Costé de Triquerville, du Plessis, de Chauvelin y de Bridieu, el vizconde de Châteaudun y el joven señor de Bougainville, sobrino del gran capitán Duval de Bonneval. A los nobles florentinos que se han encargado de traerme hasta aquí vos debéis ya conocerlos sobradamente.

—Señores míos — dijo Leonardo—, soy vuestro más rendido servidor.

Los caballeros, cuyos nombres citara el mariscal se inclinaron profundamente. Luego se apoyaron en sus espadas como si tuviesen la intención de dejar sitio para que alguien pasase más cerca de ellos. Pero no pasó nadie en absoluto y se hizo una pausa. Una vez pronunciadas las palabras corteses y felicitaciones usuales, hechas las convenientes presentaciones, nadie supo de qué hablar durante un buen rato. En tanto reinaba tan fatigoso silencio fueron entrando varios criados y dispusieron en la estancia toda suerte de refrescos. La Trémouille miró con atención en torno suyo y preguntó:

—¿Nos haríais el gran honor, señor mío, de dejarnos admirar vuestro taller?

—¿Mi taller? — exclamó Leonardo—. Os encontráis ya en mi taller, señor.

Efectivamente, esta sala con pocos muebles y cerrada al fondo por una cortina era el taller de Leonardo. Unas cuantas sillas vacías se apoyaban contra las paredes. Sobre una enorme arca había dos mapas, versos, dibujos, proyectos y diseños de máquinas de guerra, canales y cosas parecidas. Esto era todo.

Leonardo no era únicamente uno de los hombres más portentosos del mundo sino que al propio tiempo era el más desordenado y perezoso de su época. Existen docenas de pinturas que se consideran obras suyas en las que se limitó a dar cuatro sencillos trazos. Dejaba el continuarlas y completarlas a sus discípulos. Se dedicó también a modelar toda clase de esculturas, de bronce, piedra y barro cocido, pero casi nunca llegó a terminarlas. La mayoría de lo poco que terminó completamente lo destruyó más tarde el tiempo. Lo intentó y lo empezó todo, pero casi todo lo abandonó y lo dejó a medias. Se ocupó de muchas cosas menos de su propio trabajo. A lo mejor se dio cuenta de que, en realidad, no se podía acabar nada definitivamente y que apenas existe nada o casi nada totalmente terminado y aún este poco es de creer que sea un engaño.

—¡Cómo, señor!—exclamó La Trémouille—. ¿Aseguráis vos sinceramente que esto es vuestro taller? Yo me lo había imaginado completamente diferente. Cuando yo abandono el campo de batalla, que viene a ser mi taller, deberíais vos ver cómo las cortadas cabezas, brazos y piernas quedan esparcidos por tierra. Pero, ¿dónde están vuestras pinturas y vuestras estatuas? ¿Dónde los bocetos en los cuales trabajáis actualmente?

—Por el momento no trabajo en nada de este tipo — explicó Leonardo—. Mejor dicho, no tengo en la actualidad oportunidad ninguna de volver a reanudar mis intentos artísticos. Durante dos años he estado trabajando como ingeniero del duque de Valentinois. Hace poco que regresé del campamento de Pisa en donde me llamaron para dibujar máquinas y aparatos de guerra y toda suerte de elementos bélicos destinados al ejército. Desde mi llegada estoy muy ocupado en otros asuntos.

—¿Qué clase de asuntos, si me está permitido preguntaros?

—Me ocupo ahora de música, de anatomía y un poco de filosofía — respondió Leonardo—. He emprendido la tarea de traducir en versos la esencia y la naturaleza del amor y de buscar los fundamentos corporales del mismo. Para ello he realizado la disección de los cadáveres de dos mujeres, después de lo cual también hubo brazos y piernas esparcidos por mi taller. Pero no he conseguido encontrar nada digno de mención.

—Yo os lo hubiera podido advertir de antemano — objetó el mariscal—. ¿Cómo es posible que vos creyerais encontrar algo, allí donde lo único que se espera hallar no es de tipo material ni visible? Si ya las mujeres de París son tan difíciles, ¿qué aguardabais vos de dos italianas muertas? ¿Y qué decidisteis en vista de ello?

—Dejé estar el asunto.

—No debierais haberlo hecho, sino seguir el ejemplo de la humanidad entera. Ésta empezó a investigar en tiempos de Adán y Eva y aún no lo ha dejado correr. A pesar de todo debo confesar que vos habéis elegido el mejor sistema para no llegar al aburrimiento. ¿Así, pues, qué os ocupa en la actualidad?

—Estoy proyectando y dibujando una nave con la cual se conseguirá navegar por el fondo del mar y otra que servirá para ir por los aires.

—A mi parecer — observó el mariscal — esto ya tiene más pies y cabeza. Cuando menos, así lo creo. Personalmente prefiero un buen caballo a cualquier clase de nave, pero con éstas que vos preparáis se podría hostigar al enemigo yendo bajo el agua sin ahogarse y volando por los aires sin caer de cabeza. El Valentino — se refería a César Borgia — os hubiera quedado muy obligado con tales invenciones. Deberíais haberlas puesto a su disposición mientras aún estabais a su servicio.

—Los experimentos sobre la presión y las corrientes del agua y del aire — explicó el artista — me condujeron a otros caminos. A continuación me ocuparon totalmente el pensamiento los enigmas que ofrece el infinito poder de Dios.

—Bien. ¿Y qué poder tiene en realidad? — preguntó el mariscal que iba teniendo más y más la sensación de estar tratando con un hombre que intentaba burlarse de él. En consecuencia se decidió a llevar la conversación a un terreno irónico. Cambiando de tono preguntó—: ¿A qué resultados finales llegásteis, mi distinguido bromista?

—A ninguno, naturalmente — contestó Leonardo con toda seriedad—. Además, en el fondo, yo no pretendía en absoluto llegar a ningún resultado. ¿Quién lograría conseguirlo tratándose de Dios? En realidad no he hecho más que tomarme la libertad de dedicarle durante cierto tiempo todos mis pensamientos. Eso es todo.

—¿Nada más? — preguntó La Trémouille levantando las cejas—. Porque en tal caso podría asegurarse que no hacíais nada.

—¡Claro que hacía! Estuve estudiando la naturaleza de las náyades, dríadas, hipogrifos y dragones, además del unicornio y otros seres poco comunes.

—Bien — asintió el mariscal—. Esto ya está mejor y puede servir para algo. Pero las peculiaridades de los restantes animales, ¿también las estudiasteis?

—No. Éstos son ya conocidos sin necesidad de nuevos estudios.

—¿Así lo creéis? Entonces tened la bondad de decirme cuántas patas tiene una mosca.

—¿Una mosca? — repitió Leonardo—. Cuatro, ¡naturalmente!

—No — replicó La Trémouille satisfecho—. Seis. Ya me imaginaba que vos no lo sabríais.

—Mi señor — insistió el artista—. Seguro que la mosca tiene únicamente cuatro patas y ni una más.

—Yo, señor mío — arguyó el mariscal con obstinación—, estoy completamente cierto de que tiene seis, y no puedo permitir que nadie le quite ninguna.

—En un libro que copié en mi juventud para ejercitarme — dijo Leonardo—, en el que se trataba de las diversas clases de animales, pude ver palmariamente que la mosca sólo tiene cuatro patas.

—¡Seis, señor! Pero es mejor que no ofrezcamos una escena desagradable al mundo cuyos ojos están fijos en nosotros. Pudiera creer, que estamos desavenidos en un punto que cualquier escolar lograría aclarar fácilmente. Por tanto os ruego deis vuestro permiso para dejarnos cazar una mosca y así tendréis la oportunidad de contarle las patas. Señor de Bougainville — agregó dirigiéndose a uno de los nobles de su séquito—. Vos sois uno de mis más jóvenes caballeros. Concedednos el honor de cazar una mosca para nosotros.

El joven señor a quien el mariscal dirigiera la palabra, se quedó asombrado al principio por el extraño encargo. Pero luego se dedicó a la tarea jovialmente asegurando:

—Así se hará, monseñor.

—¡Encima de los hombros del señor de Bridieu! — indicó el mariscal con severidad; difícilmente toleraba que no se tomasen en serio sus órdenes, fueran del tipo que fuesen—. Sobre los hombros del señor de Bridieu se ha posado una mosca. ¡Quedaos completamente quieto, señor de Bridieu!

El señor de Bougainville se acercó al momento al señor de Bridieu para cazar la mosca. Ésta, al advertir que el noble joven se acercaba, huyó de los hombros del señor de Bridieu y se puso a volar zumbando por la estancia perseguida por Bougainville y los restantes caballeros que sacudían sus sombreros junto a ella. Tras dar varias vueltas, se coló por la cortina que cerraba la sala. El señor de Bougainville, enardecido por la caza, apartó impulsivamente la tela.

Un resplandor fantástico le dio de lleno en la cara. Su primera impresión fue que se trataba de un fuego o de un cegador brillo de joyas. Pero la luz salía simplemente de un cuadro que debía estar pintado sobre madera o metal con la nueva técnica, es decir no exclusivamente con yema de huevo sino utilizando también determinado aceite. La pintura estaba apoyada en un sillón y ligeramente inclinada.

Tenía aproximadamente tres palmos de altura por dos de ancho; quizá un poco más. Estaba enmarcada provisionalmente y representaba una mujer joven con traje azul plateado y las mangas de color amarillo. La mujer, cuyo rostro estaba vuelto hacia el espectador, miraba ligeramente hacia la izquierda, hacia el sitio donde estaba Bougainville y sonreía encantadora y enigmáticamente como a través de dulces sombras o velos. Un brillo que cegaba los ojos salía de esta sonrisa, así como del fondo del cuadro: un cielo cuyo azul, cruzado por radiantes cintas plateadas, era mucho más intenso que el del paraíso.

El señor de Bougainville dispuso de muy poco tiempo para admirar a la hermosa mujer. Casi al instante notó la mano del artista sobre su hombro y la cortina volvió a caer ante él.

—¿Qué es? — preguntó el joven noble desconcertado.

—Nada — respondió Leonardo. Luego pasó un brazo sobre los hombros del joven y lo condujo al centro de la sala—. Nada más que un cuadro — agregó.

—¿Un cuadro? — intervino el mariscal interesado—. ¿Qué clase de cuadro? ¿Se puede ver?

—Está sin acabar — explicó el pintor—. Trabajo en él sólo de vez en cuando.

—A pesar de todo creo me estará permitido darle una mirada...

—Es mejor que no lo hagáis, mi señor — lo interrumpió Leonardo—. Está totalmente inacabado. Carece de importancia.

—¿No me lo venderías? Es el más ferviente deseo de mi rey...

—A lo mejor. Pero no lo venderé antes de haberlo terminado. Y yo no sé...

—Quedaríais contento del precio — insistió el mariscal—. Puedo imponer alguna pequeña contribución a cualquier ciudad y...

—Pero, ¿quién es la mujer? — gritó Bougainville interrumpiéndoles—. ¿Cómo se llama?

Leonardo vaciló un momento. Luego dijo:

—La Gioconda.

—¿Y quién es?

—¡Oh! Nadie importante.

—Mi señor — insistió Bougainville—. Si me permitís aún otra pregunta...

—¡Ninguna, mi señor!

Con tan categórica respuesta terminó virtualmente la visita, en apariencia sin resultado, pero trascendental en sus consecuencias, como se demostró posteriormente. No se habló más de la mosca ni del número de sus patas. Después de haber cambiado algunas palabras intrascendentes sobre temas diversos con el pintor, el mariscal se despidió, abandonó la casa y montó a caballo. Al señor Bougainville no le quedó más remedio que seguir al mariscal y a los nobles del séquito.

* * *

Felipe de Bougainville, perteneciente a una familia que al cabo de doscientos años se haría mundialmente famosa a causa de un gran marino del mismo nombre, contaba veintitrés años cuando siguió las banderas del mariscal de La Trémouille a Italia. Resultaba completamente anormal la impresión que le causara el retrato de la bella desconocida. Para saber quién era se informó a fondo entre sus conocidos florentinos. Los nobles italianos le afirmaron que no conocían a ninguna Gioconda, pero que podría ser esposa o pariente de un tal Giocondo. No había más que un hombre que se llamaba así en Florencia, Francesco del Giocondo, que vivía cerca del Bargello. No obstante, éste era viudo. Si el cuadro — que ninguno de ellos había tenido ocasión de ver — representaba a su mujer, o a una de sus mujeres, ya que había estado casado tres veces, era indudable que la dama hacía tiempo que había muerto. No se sabía que tuviese ninguna parienta, joven o vieja, que usase el mismo nombre. A él se le veía muy contadas veces, a pesar de pertenecer a la nobleza y desempeñar varios cargos en la ciudad.

Al joven Bougainville le parecía completamente imposible que Leonardo estuviese pintando el retrato de una mujer difunta. En el curso del día, durante el cual se dedicó a seguir buscando información, se enteró por otros conductos de que, en efecto, el Giocondo se había casado tres veces y que sus tres mujeres habían muerto. La última, Mona Lisa, hija de Antonio María di Noldo Gherardini y pariente del secretario secreto de César Borgia, Agapito Gherardine, falleció hacía dos años, durante la peste de 1501. Después, el Giocondo no volvió a contraer matrimonio.

Bougainville se decía que el cuadro del que se había enamorado o, mejor dicho, del modelo, tenía que representar forzosamente a otra mujer. Estaba decidido a conocerla, y a pesar de lo poco amablemente que había terminado Leonardo la conversación, decidió ir de nuevo la mañana siguiente a visitar al pintor.

Cuando Bougainville llegó a la vía Ghibellina e iba acercándose a la casa de Da Vinci, notó que de la misma salía también música esta vez y asimismo era música de danza, interpretada por varios instrumentos acompañados de cantos. En esta ocasión no paró la música cuando el joven noble penetró en la mansión. Como que iba a pie era muy probable que nadie hubiese advertido su llegada. Entró en el vestíbulo sin tropezar con nadie, subió las escaleras y se detuvo en la antecámara.

La música procedía de la misma estancia donde el día anterior Leonardo recibiera a La Trémouille.

Después de un corto titubeo, Bougainville abrió la puerta de la sala y miró al interior.

La cortina que él levantara el día anterior estaba completamente descorrida hacia un lado. Leonardo, de espaldas a la puerta, tenía ante sí una caja (igual a la usada por los carpinteros para contener las herramientas y que llevan colgadas del hombro con una correa) rebosante de pinturas y un manojo de

pinceles en la diestra. El artista estaba sentado en una silla y contemplaba el retrato de la Gioconda colocado ante él sobre otra. Esta forma de pintar resultaba muy poco común y corriente. Mientras, varios músicos, seguramente los mismos del día anterior, acompañaban su trabajo con alegres melodías y dos saltimbanquis bailaban y sacudían aros provistos de cascabeles.

La escena todavía resultaba más curiosa al no representarse ante la vista de Leonardo sino a su espalda. Él no la veía. Podía decirse que todos actuaban para la mujer del cuadro. El pintor no trabajaba en aquellos momentos; se limitaba a estarse sentado, rígido e inmóvil, en una postura de príncipe enfadado. Únicamente se movían los dedos de su mano izquierda que iban siguiendo el compás de la música.

Bougainville también se quedó completamente inmóvil cuando volvió a hechizarlo el resplandor del cuadro. En cuanto los músicos advirtieron su presencia pararon de golpe la canción.

El pintor se volvió con precipitación y al cabo de unos segundos se levantó de un salto.

Semejaba ver a Bougainville de un modo confuso, sin llegar a reconocerlo y tenía el rostro tan rojo que parecía a punto de estallar.

—Señor mío — llegó a barbotar finalmente—. ¿Qué motivo me proporciona el repetido honor de veros?

A continuación tiró los pinceles dentro de la caja y sacudió impetuosamente las manos para que los músicos y los danzarines abandonasen la habitación.

—Perdonad la presencia de estas gentes — añadió presuroso—. No esperaba recibir ninguna visita. Justamente ahora me disponía a probar qué tal me va como pintor. Pero mi trabajo me aburre enormemente y esta gente me sirve para distraerme un poco.

Cabe imaginar que había olvidado ya que el día anterior Bougainville debió haberles visto salir de la casa.

—*¡Via, via!* — exclamó repetidamente. Los músicos que se entretenían recogiendo sus instrumentos salieron de la sala a toda prisa.

Leonardo se disponía a correr de nuevo la cortina para ocultar el cuadro, pero Bougainville se acercó a él y le sujetó el brazo. El pisar del joven había sido tan suave y silencioso que se hubiera podido creer en un susurro producido por las plumas del sombrero que sostenía en su mano al rozar el suelo con la suavidad de unas alas.

—¡No! ¡Por favor! — suplicó con un gesto que por su natural dulzura y joven apasionamiento desarmó por completo al pintor—. Permitidme, aun cuando sólo sea durante unos minutos, contemplar a esta hermosa dama que desde ayer ocupa por completo mis pensamientos. Soy lo bastante sincero para confesarle que, en realidad, es por ella por quien he hecho esta visita. De otra forma jamás me hubiera atrevido a ocupar por segunda vez su precioso tiempo. Usted quizá lo considere una niñería; lo cierto es que carezco de facultades para distinguir entre la belleza de una obra de arte y la del modelo. ¿Quién es este modelo? Os ruego, señor, que os dignéis aclarármelo. Ayer afirmabais que se trataba de la mujer de Francesco del Giocondo, pero...

—¡Cómo!—interrumpió Leonardo asombrado—. ¿Os dije yo que era la mujer del Giocondo?

—Seguro. Así lo dijisteis vos.

—¿La mujer de *ser* Francesco?

—Así es.

—¡Oh! —exclamó Da Vinci—. Yo no dije que él fuera su marido. ¡Indiqué solamente que ella era la Gioconda!

—¡Justo, justo! Pero Mona Lisa está muerta. Falleció hace dos años. Y las otras dos mujeres de *ser* Francesco todavía hace más tiempo que desaparecieron de este mundo.

—¿Tuvo antes otras dos esposas?

—Sin duda alguna. Mona Vanna y Mona Bice.

—¡Ah! ¿Sí? No lo sabía — murmuró Leonardo—. No obstante, ¿cómo lo sabéis vos? ¿De dónde lo habéis sacado? ¿Qué es lo que vos deseáis en realidad de mí?

Luego, haciendo una transición, añadió:

—¿Es que acaso no deseáis concederme el honor de tomar asiento? — Y acercó dos sillas.

—*Messer* Leonardo — dijo Bougainville mientras se sentaba y ponía el sombrero encima de sus rodillas —, decidme quién es esta mujer. ¡Os lo ruego! ¡Os lo suplico sinceramente! Si no es la difunta esposa de *ser* Francesco, ¿se trata acaso de alguna pariente suya que reside en otra ciudad? Si insistís en no querer decirme quién es, ¿tendré que suponer tal vez que se trata de vuestra propia amada?

—Mi joven amigo — respondió Leonardo sonriendo ampliamente—. Si yo tuviera una amante me resultaría muy divertido presentárosla, ya que ambos formaríais una buena pareja. Yo mismo, si dependiese de mí, estaría encantado de tener vuestro aspecto y poder decir lo mismo de mi persona. En realidad, casi

siempre se ven unas parejas horrorosas. Pero, volviendo a nuestro tema, creo que no podréis lograr nunca la amistad por la que tanto suspiráis y os preocupáis. Vos mismo asegurásteis que la mujer de *ser* Francesco había muerto.

—¿Entonces, el retrato es realmente de la Gioconda?

—Sí.

—¿Y es cierto que Mona Lisa ha muerto?

—Sin ninguna duda.

—Entonces — exclamó Bougainville con un gesto de dolor—, entonces no me queda más consuelo que llorar sobre su tumba. En el momento que creí encontrarla hacía ya mucho tiempo que la había perdido para siempre. Pero vos, señor, vos que llegasteis a conocerla, que hablasteis con ella y que habéis respirado el mismo aire que ella respiró, decidme todo cuanto sepáis, explicadme hasta el más nimio detalle. Con esta descripción quiero formar un cuadro en mi mente que ha de llegar a ser mucho mejor que el de vos.

—Sólo la conocía muy superficialmente — dijo Leonardo levantando las cejas—. El retrato que veis aquí no es el suyo ni el de ninguna mujer. La verdad es que aunque yo la hubiese querido reproducir exactamente habría salido el retrato de otra cualquiera. Siempre se pintan mujeres que no existen; nos limitamos a reproducir los rasgos de un ser ideal al que nos gustaría poder amar. A pesar de todo, es posible que este cuadro tenga alguna semejanza con ella. Se podría creer que ésta y la otra Gioconda... que, que por causa de los nombres recordasen... Yo la llamo Gioconda únicamente porque sonríe. Esta palabra, en italiano, significa la alegre o la sonriente. Mona Lisa era otra. A pesar de todo, no saldría de lo posible que, justamente por la similitud de nombres, el recuerdo de esta última se filtrase a través del cuadro y se identificase con la figura soñada... Ninguno sabemos quién o qué es lo que habla por nosotros, por nosotros escribe y guía el pincel en nuestra mano. Así muchos hombres lejanos y olvidados, que murieron hace muchísimos años, viven aún a través de nuestros ingenios. En verdad...

Bougainville lo interrumpió sin intención al levantarse.

—Si yo no supiese de cierto — dijo este último avanzando un poco de modo que los ojos del retrato le mirasen directamente—, si no estuviese seguro de que la mujer que inspiró este cuadro está muerta, si no fuera cosa sabida en toda la ciudad, que hace ya más de dos años que está enterrada, juraría que tiene más vida que ninguna de las restantes criaturas vivientes. Es casi inconcebible que estos ojos ya no vean, que este pecho ya no respire, que la sonrisa de estos labios que ya no existen sea inmortal. Yo...

—La sonrisa — intervino Leonardo mientras con un pie apoyado en la caja de pinturas se agachaba hacia adelante para coger un par de pinceles y luego volvía a dejarlos caer uno a uno—, la sonrisa no es inmortal. Lo único que ocurre es que no está acabada. Eso es todo.

—¡Es maravillosa! — exclamó el joven.

—No. No tiene importancia. Las mujeres son las criaturas más completas que existen y cuando sonríen se muestran en su mejor aspecto. El gesto es, sencillamente, la expresión de la plenitud. Todo lo que se mueve está desfigurado; todo cuanto permanece en reposo sonríe. Pero no hay nada tan ridículo como una representación inacabada y no logro de ninguna manera pintar de modo definitivo y a mi entera satisfacción la sonrisa de esta mujer. Cualquier sonrisa es indescifrable, no sólo por sí misma sino en sentido general. Desconozco la solución del enigma. Ignoro de qué se ríe. Os habéis asombrado al encontrar aquí a músicos y funámbulos. Bien, la explicación es que yo he imaginado que la mujer tal vez sonreía al oír la música y contemplar los bailes de esta gente. Puede decirse que están encargados de distraer al cuadro y de obtener un resultado que a mí me ha sido completamente imposible conseguir. Yo, personalmente, encuentro que la expresión del retrato carece de sentido. La sonrisa de una mujer de verdad, de una mujer de carne y hueso, incluso de la más vulgar, es siempre más completa que cualquier intento de reproducirla, aun cuando lo haga el mejor de los artistas. Tal vez no exista la plenitud en el arte. Seguro que no existe, únicamente lo verdadero es completo.

Tras una pequeña pausa en la que dirigió una mirada a la pintura añadió:

—Mientras la mujer de este cuadro no esté viva, no será verdad que ría verídicamente.

—A mí me satisface por completo — murmuró Bougainville—. El dolor que experimento al enterarme de que ya no existe no podría causármelo mayor la muerte de la persona más querida...

—Es decir que vos, prácticamente, os habéis enamorado del cuadro.

—Del cuadro no — explicó Bougainville—. De la mujer.

—En este caso, por lo menos, viene a ser lo mismo.

—Para vos quizá sí, pero no para mí — dijo el joven con la vista como perdida en un punto imaginario situado ante sí. Luego, añadió mientras se levantaba—: No tiene sentido pasar el tiempo discutiendo cosas que no pueden hacerse retroceder a su estado primitivo. Además, ya os he molestado con exceso sin tener

para ello derecho alguno. Os ruego, con la mayor sinceridad, que perdonéis y disculpéis mis preguntas, mi intrusión y mi necedad. Achacadlo a los sueños; a los suyos y a los míos, especialmente a los suyos que pueden llegar a ser más verídicos que la propia vida.

Y sin volverse siquiera una vez para mirar el cuadro, se inclinó ante Leonardo y abandonó la estancia tratando de disimular su excitación.

* * *

Mona Vanna y Mona Bice del Giocondo, así como una hija pequeña de ser Francesco, estaban enterradas en la pared exterior de Santa María Novella. Mona Lisa, en cambio, en Santa Croce. A causa de la nobleza de su familia, en el interior del templo, en la nave lateral derecha.

La tumba se hallaba en la pared, entre la llamada capilla de los Baroncelli y la entrada a la sacristía. Empotrada en la pared destacaba una cuadrada losa de mármol, del gusto de aquel tiempo, que ostentaba una inscripción latina que Bougainville no entendió. Cuando penetró en la iglesia, seguido de un criado que llevaba una corona de oscuras rosas rojas, sería ya mediodía, pero aún se estaba celebrando una misa para aquellos que se levantaban tarde, una de las que entonces se llamaban misas perfumadas. Casi todos los asistentes pertenecían a la nobleza, iban bien vestidos y perfumados y acudían a la iglesia sólo para exhibirse o bien para charlar, comentar, criticar y reír. Del cura, del altar y de lo que sucedía en él no se preocupaba nadie.

Bougainville acogió con mal humor la presencia de tanta gente bien vestida conversando entre sí. No se fijó siquiera en las miradas que le dirigían las damas. Apartóse hacia el lado de los caballeros, se abrió paso como pudo entre las protestas de aquéllos y se hizo mostrar el camino que conducía a la tumba de Mona Lisa.

Adornó el lugar con las rosas. Luego permaneció en pie delante de la sepultura y se la quedó mirando fijamente.

Había imaginado que, mientras permaneciera en Florencia, encontraría junto a la tumba tranquilidad absoluta y que podría pasar el tiempo ante la misma pensando únicamente en la muerte. Pero ahora que estaba allí, se daba cuenta de repente que no sabía qué extraño impulso lo había conducido ni qué era lo que realmente buscaba en aquel lugar.

Ante el retrato de Mona Lisa no pudo llegar a imaginarse que estuviera realmente muerta. Junto a su tumba no podía tampoco decir que ella siguiese viviendo para él de alguna forma. El haber coronado con rosas la tumba de una mujer totalmente desconocida le pareció de súbito una acción impertinente y de mal gusto, una intrusión llena de irresponsabilidad en los asuntos personales de otra persona. No hubiera sabido qué decir de habérsele aproximado alguien perteneciente a la familia de la dama o bien su propio marido. El intenso rojo de las rosas lastimaba sus ojos. Para eludirlo volvió la cabeza y dejó correr la mirada por las paredes adornadas con grandes tapices y las largas filas de escudos triangulares que colgaban bajo las policromadas vigas del techo.

Echó asimismo una distraída mirada a la capilla de los Baroncelli. En ella había también tumbas, tapices y escudos.

Pero lo que despertó su curiosidad fue que la pared que separaba la capilla de la iglesia era muy delgada. Como pudo comprobar cuando penetró en la nave de la iglesia, en la fina pared de la izquierda de la entrada no había ninguna tumba. En la de la derecha, sin embargo, estaba la tumba de Mona Lisa.

Más a la derecha y casi tocando al pasillo que conducía a la sacristía había asimismo otra tumba, perteneciente a una época mucho más antigua, pero que estaba abierta dentro de los gruesos muros de la propia iglesia. Detrás de la lápida de la mujer de *ser* Francesco, la pared no debía ser de un espesor mayor que un codo y medio. A continuación ya venía la capilla.

Bougainville miraba una y otra vez la pared y no comprendía cómo habían podido enterrar en aquel lugar tan exiguo a la muerta, a no ser que la hubiesen puesto de pie, lo que era completamente improbable y en contra de todas las costumbres establecidas. Tal vez la tumba estuviese situada bajo el suelo de la iglesia y en la pared solamente se había colocado la lápida. En tal caso lo más normal es que se hubiese puesto también la lápida grabada en el pavimento.

El joven se estremeció. Su corazón pareció pararse como si alguien lo hubiese cogido y lo apretase fuertemente. Dio un par de pasos en la capilla, se volvió de nuevo y sus miradas vagaron errabundas por la pared.

Le pareció completamente imposible que una mujer ya crecida estuviese enterrada en aquel lugar. Para contener a un cadáver la pared hubiera debido tener, por lo menos, una toesa de anchura. En otro caso no

había espacio suficiente. Pero, si no la habían enterrado allí, ¿dónde estaba?

Es de suponer que Bougainville, en su estado de ánimo y no habiendo querido creer en la muerte de aquella mujer desde un principio, dejó todas las posibilidades a un lado y sólo quiso profundizar en la que más satisfacción le producía: que la dama del retrato aún estaba viva.

«Si alguien — se gritaba en su interior — no está en la sepultura en la que se dice y afirma que está, cuando, a causa de las medidas extremadamente exiguas de dicha tumba es evidente que no puede estar enterrado en ella, entonces es que no ha muerto. Cuando un pintor sigue pintando todavía el retrato de una mujer, ante el cual a uno le parece que la está viendo en carne y hueso a dos pasos y se le corta la respiración, en este caso, aun cuando se trate de un artista tan grande como Leonardo, no puede ser ningún cuadro del reino de los sueños y resulta imposible que tal mujer esté muerta desde hace más de dos años. Está mintiendo cuando afirma que ella ya no le sirve de modelo. Cuando el Giocondo hizo construir esta tumba estaba mintiendo también. ¡Están engañando a todo el mundo! No sé en qué se fundarán ambos para esconder la existencia de una criatura tan espléndida. No sé dónde la esconde su marido ni por qué motivo lo hace. Es posible que en un escondrijo de su propia casa. Puede ser que sea víctima de un exagerado enamoramiento indigno y doloroso. ¿Por qué? Ella debió engañarlo. Un hombre que en vez de matar a la mujer que le está engañando le da el castigo de enterrarla en vida, que es tan cobarde que no se atreve a reconocer su vergüenza y la de su consorte, si no que la hace purgar valiéndose de martirios desconocidos, a un hombre así es natural que lo engañase ella cuando comprendió qué clase de persona era su marido. No hay otra solución. Y él se venga ahora de manera inhumana y en una criatura indefensa de la desesperación en que está sumido por su propia culpa.»

Decidió acto seguido que haría cuanto pudiese para conseguir su total libertad. No le pareció necesario comunicar su descubrimiento a las autoridades de la ciudad. Tal vez no le creerían o no comprenderían lo monstruoso de los acontecimientos que se desarrollaban ante sus propios ojos. Acaso llegarían a reírse ante sus propias narices. No tenía ningún deseo, después de haber hecho ya el ridículo ante el pintor, de que le ocurriese lo mismo a los ojos de todo el mundo. Tampoco quiso comunicar su secreto al señor de la Trémouille, demasiado ocupado en aquellos momentos dirigiendo los movimientos militares necesarios para sofocar las revueltas políticas de Italia. Le pareció mejor dirigirse sencillamente a alguno de sus amigos y con su ayuda y la de sus servidores entrar a la fuerza en casa del Giocondo, registrarla y libertar a la desdichada prisionera.

No obstante, se dijo que antes de dar un paso semejante tenía que estar completamente seguro de sus suposiciones, cuando menos más seguro de lo que estaba en aquel momento, que ya lo estaba mucho. Pero quedaba aún en su mente el resto de una posibilidad de que la Gioconda estuviese verdaderamente enterrada en la tumba que todo el mundo tenía por suya.

Por lo tanto decidió convencerse personalmente de la exactitud de sus deducciones y abrir la tumba por la noche.

Pasó parte de la tarde haciendo cábalas sobre la espantosa situación en que se encontraba su amada y otros ratos pensando, lleno de gozo, en que todavía vivía, que podría verla y hablar con ella. A veces le asaltaba el temor de haberse podido equivocar y que el sepulcro de Santa Croce fuese realmente el de Mona Lisa.

Le pareció que el día no llegaba nunca a su fin. Cuando la oscuridad cubrió la ciudad, hacía ya rato que Bougainville estaba en la iglesia acompañado de dos de sus lacayos portadores de los útiles necesarios disimulados debajo de sus capas. Se quedaron escondidos en uno de los altares laterales hasta la hora en que se cerró el templo. Entonces salieron y pusieron manos a la obra para abrir la tumba.

A la luz de algunos cabos de vela que cogieron de un altar, consiguieron hacer saltar la lápida con la inscripción; detrás había aún otro obstáculo que les impedía el paso. Derribado éste y estando libre la entrada iluminaron el interior. Bougainville no se había equivocado: la tumba estaba vacía.

* * *

Allí debió estar enterrado tiempo atrás el cadáver de un niño muerto al nacer o muy pocos días después del nacimiento. El espacio disponible no tenía una profundidad mayor de un codo. *Ser* Francesco debió comprar la tumba y hacer creer a todo el mundo que en ella estaba sepultada su tercera esposa. En la confusión completa que reinaba en la ciudad a causa de la peste y como seguramente casi nadie se atrevió a acompañar al entierro, no se había notado la superchería ni tampoco después se había suscitado ninguna sospecha.

Bougainville, que quería caminar completamente sobre seguro, mandó levantar también las losas que

cubrían el suelo en el lugar situado debajo de la lápida. A pesar de remover la tierra no encontraron nada.

Ordenó que se dejara en orden toda la parte superficial y más visible. Luego se dirigió a la puerta de la iglesia y sus lacayos se dispusieron a abrirla. Las personas de su clase tenían entonces fama de ser efractores de nacimiento y no tardaron mucho en conseguir que la cerradura cediese.

Cuando Bougainville salió a la plaza que se extendía delante de la iglesia y se sumergió en la oscuridad purpúrea, serían aproximadamente las diez de la noche. Se dirigió, sin pérdida de tiempo, a casa de Leonardo.

Ésta estaba ya cerrada. Tuvo que pasarse bastante rato llamando antes de que la puerta le fuese abierta. El artista acababa de meterse en la cama. El padre de Leonardo, el anciano notario, Lucrecia, la madrastra, los hermanastros y las mujeres de éstos, así como Francesco da Vinci que vivía en la casa sin hacer nada, aparecieron a medio vestir porque el ruido los había despertado en el primer sueño. Los criados iluminaban la escena.

Bougainville, sin darse siquiera cuenta de su presencia, pasó corriendo por su lado y entró en la habitación del artista. Todos tuvieron la sensación de estar viendo a un loco. Lo mismo pensó Leonardo cuando Bougainville le dijo que era un granuja, al igual que *ser* Francesco, ya que Mona Lisa no estaba muerta, sino secuestrada y sufriendo un cautiverio totalmente inhumano.

El artista, sentado en la cama, miró fijamente al joven francés, que parecía fuera de sí. No llegaba a comprender sus palabras. Luego le preguntó qué era lo que le hacía creer una cosa semejante.

—¡Mi vista! — exclamó Bougainville—. ¡Lo que he visto personalmente! ¡Vos sois un truhán, señor Leonardo, y además un embustero sin rival! ¡Queríais hacerme creer que Mona Lisa había muerto! ¡Pero, de muerta no tiene nada! Ni siquiera piensa en ello.

—¿No está muerta? — replicó Leonardo—. Entonces, ¿cómo está?

—¡Está viva! — gritó Bougainville—. ¡No es posible otra cosa! ¡No está en su tumba!

—¡Cómo! —replicó Leonardo—. Vos decís que no está en su tumba. ¿De dónde lo habéis sacado?

—¡La he abierto! — dijo impetuosamente el joven.

—¿Os habéis atrevido a abrir su tumba?

—En efecto. Y estaba vacía. Decidme, por tanto, dónde está. Descubridme el proyecto espantoso gracias al cual ha sido sacrificada. ¡Decídmelo todo, por Dios!—gritó desenvainando su espada—. De lo contrario en un santiamén os clavo a vos en vuestra cama.

Leonardo, atónito, retiró las ropas del lecho, se levantó y se plantó ante Bougainville mirándole fijamente. Estaba completamente desnudo, como entonces era costumbre para dormir. Su luenga barba le cubría el pecho, pero el resto del cuerpo ponía al descubierto una musculatura extraordinariamente desarrollada. El noble francés retrocedió un paso de modo involuntario.

—Mi joven señor — dijo Leonardo con calma—. Permitidme un momento.

Y con un movimiento rápido y sin emplear demasiada fuerza apartó un poco a Bougainville.

—¿Qué significa esto? — preguntó irritado este último.

—Nada — dijo Leonardo. Cogió una capa que estaba sobre una silla y se cubrió con ella—. Nada, jovencito. ¡Quitad vuestra espada de mi vista! Creéis que tenéis razón al afirmar que la mujer de *ser* Francesco no está en su tumba. En tal caso, ¿dónde puede estar?

—¡Esto es lo que os pregunto a vos! — exclamo Bougainville—. ¿Dónde está? Vos lo sabéis. Tenéis que saberlo puesto que habéis seguido pintándola cuando desapareció para todo el mundo. ¿Está en casa de *ser* Francesco? ¿Es que la tiene escondida? ¿Se esconde ella por su voluntad? ¿Por qué niega el Giocondo su existencia? ¿Es que acaso ella lo engañó y él no se ha atrevido a matarla, sino que la tiene encerrada? ¿Quién era su amante? ¡Vamos, decídmelo! ¡Decídmelo de una vez!

Leonardo observó al joven durante unos instantes. Finalmente dijo:

—Señor mío. ¿Creéis vos que porque estéis aquí con la espada en la mano podéis obligarme a hablar? Espero que os quede bien grabado en la cabeza que me sería facilísimo quitaros el arma y echaros escaleras abajo. Sólo vuestra necedad, por no decir la locura espiritual en la que por lo visto habéis caído, os disculpa parcialmente. También podría yo, por ejemplo, responder a vuestras preguntas como si tuvierais derecho a hacérmelas. Pero no es siquiera necesario que os dé una respuesta. Vos mismo os contestáis y yo, por mucho que quisiese, no os podría responder tan satisfactoriamente. Dejadme recapitular con brevedad: vos me hacéis una visita en compañía del mariscal. Veis por casualidad el retrato de una mujer que no existe en realidad y de la cual os enamoráis perdidamente. Creéis que esta mujer es la esposa de *ser* Francesco del Giocondo, muerta hace ya dos años. Pero no podéis soportar la idea de que la tal dama haya muerto. Vos suponéis que habéis registrado su tumba y que la habéis encontrado vacía. Por lo cual, coordinando y relacionando todo esto, adquirís la seguridad de que la esposa de *ser* Francesco aún vive. Disparáis a vuestro

gusto infinidad de preguntas a través de las cuales se puede deducir con facilidad que ya habéis desarrollado en vuestra perturbada mente todos los acontecimientos restantes. ¿Vale la pena el que yo intente haceros ver claramente que Mona Lisa está muerta? ¿Que el Giocondo no la tiene secuestrada? ¿Que yo no la he retratado y que ella no engañó a nadie? Vayamos por partes: engañar a su marido es muy posible que lo hiciera. Corren rumores de que su amante fue Ameringo Capponi, el hijo de *ser* Piero, a quien tanta gratitud debe Florencia. Cuando vuestro rey Carlos, después de haber vencido a nuestra ciudad, impuso condiciones totalmente inaceptables, *ser* Piero rompió el tratado y las exigió mejores. Supongo yo que todo esto aún debe representar más agua para vuestro molino. Ya que es seguro que consideráis natural que la, para vos, mujer más hermosa de Florencia tuviera como amante al hijo del más sobresaliente noble etrusco. Pero, ¿qué queda ya de todo ello? La cosa sucedió hace muchos años. Desde luego, vos no lo creeréis, como tampoco habéis dado crédito a todo lo restante que os he dicho. Es igual, quedaos atrincherado en vuestra obstinación: Mona Lisa vive, engañó a su marido, éste la tiene escondida y yo, yo la he pintado, ¿Estáis contento ahora?

Bougainville, que le había estado escuchando con los ojos llameantes, respondió:

—Los epítetos con los que calificáis vos mis suposiciones, ¿qué digo yo?, mis convicciones, me tienen completamente sin cuidado. Tanto si lo creéis como si no. ¿Afirmáis vos que Mona Lisa vive aún?

—¿Qué resultado daría — objetó Leonardo — el que yo asegurase una cosa diferente?

—¿Y este señor Capponi sigue siendo su amante?

—No hubiera debido decíroslo — masculló Leonardo encogiéndose de hombros—. Si vos creéis lógico el hecho de que una mujer que está encerrada por su marido pueda aún conservar un amante, entonces, ¡en buena hora! Las mujeres, vos seguramente lo sabéis, son a veces muy astutas y usan toda clase de estratagemas para llegar a los fines que se proponen. Por su parte, los amantes de las mujeres desdichadas, por respeto a los sentimientos anteriormente experimentados, son casi siempre fieles en demasía. Así, pues, ambos se siguen queriendo. Ahora, si tuvieseis vos la bondad de dejarme solo, os quedaría infinitamente reconocido. Espero poder dormir aún algunas horas. En todo caso, supongo que tendréis alguna vez la bondad de honrarme con vuestras visitas. Molestadme en buena hora a mí, pero, por favor, no molestéis al Giocondo ni a Capponi. Ellos se ofenderían. En cambio yo estoy muy acostumbrado a ser molestado. Entretanto, ¡que Dios os acompañe!

Bougainville, que se había puesto la espada bajo el brazo, permaneció un momento en la habitación como si pretendiese decir alguna cosa.

—Por el instante no me interesa saber nada más — murmuró finalmente.

Y sin saludar dio media vuelta e igualmente sin saludar salió de la casa.

* * *

Bastantes de los nobles que acompañaban a La Trémouille estaban aún levantados cuando Bougainville regresó. Reunidos en casa de un tal Filante se emborrachaban en compañía de algunas muchachas y cantaban con todas sus fuerzas *Mignone, allons voir* y *Ah! belle blonde*!

—Señores míos — dijo Bougainville al unirse a ellos—, no toméis a mal que os venga a molestar ahora que estáis tan contentos. Necesito ayuda para solucionar un asunto muy importante.

Los cantores callaron de súbito. Una muchacha a la que estaba haciendo cosquillas el señor de Pierredon, que no había advertido la entrada de su compañero, empezó a chillar. Sin embargo, cuando Pierredon notó que en el completo silencio que reinaba en el lugar todas las miradas convergían hacia él, se trocó de amable en inflexible y pegó una bofetada a la muchacha. Ésta se levantó rabiosa y se marchó corriendo al exterior.

Entretanto, Bougainville pasaba sus brillantes ojos de uno a otro.

—Bien, señor mío — preguntó finalmente el vizconde de Châteaudun—, ¿de qué se trata en realidad? Espero que nos haréis el honor de decírnoslo.

—Una dama... —empezó Bougainville.

—¡Naturalmente! ¡Una dama!—exclamó el señor de Chavelin—. ¿Qué es lo que le ocurre a la mencionada dama?

—Está en una casa de esta ciudad sufriendo un cautiverio indecoroso. Os ruego que no me preguntéis de qué modo he llegado a descubrir su espantosa situación. Deberá bastaros con que os diga que es muy joven, muy hermosa y muy desdichada. Creo que es mi deber correr en su ayuda. Y para lograrlo, señores, cuento con vuestra colaboración desinteresada. ¡Vayamos inmediatamente a la casa, registrémosla y salvemos a la dama!

Los proyectos de Bougainville fueron acogidos en seguida con múltiples gritos de alegría y júbilo. A los nobles no les satisfacía el hecho de saberse meramente tolerados en lugar de haber entrado en la ciudad como dueños y señores, tal como hacía nueve años lo consiguiera la caballería de Carlos VIII. También ayudó a enardecerlos el estado en que se hallaban cuando su joven compañero hizo la petición. Prorrumpieron en alborozadas y espontáneas exclamaciones:

—¡Mi señor de Bougainville, esto es estupendo!

—¡Será magnífico, señor de Bougainville!

—¡Vuestra proposición es de las mejores que hemos oído!

—¡Es para nosotros un placer poner a vuestra disposición nuestras espadas.

—¡Estamos encantados de poder serviros!

—¡Es la propia imagen de su tío, el señor de Bonneval! ¡Sigue fielmente sus huellas!

No se informaron siquiera del nombre de la dama a la que se disponían a prestar ayuda; se limitaron a ir en busca de sus caballos y armas. Poco después la tropa montada se ponía en movimiento seguida por los criados y, armando gran estrépito, se dirigió hacia la residencia de *ser* Francesco, con Bougainville a la cabeza.

La entrada de la casa y los postigos de las ventanas recibieron una rociada de piedras y adoquines. Finalmente la puerta saltó. Los gritos y el tumulto se oían en toda la vecindad. En las ventanas se asomaban gentes medio dormidas y asustadas que se preguntaban qué sucedía. Una campana empezó a sonar cadenciosamente.

Ser Francesco salió al encuentro de los asaltantes. Era un hombre entre los cuarenta y los cuarenticinco años de edad, buena presencia, algo canoso, pero con aspecto de persona todavía joven. Apenas iba vestido y llevaba una espada desnuda en la mano. Detrás suyo se agolpaban multitud de criados armados con palos, hachas y espetones.

—Mis señores franceses — los interpeló—. ¿Qué derecho tenéis a entrar a la fuerza en mi casa? ¿Cómo es que os habéis atrevido a romper la puerta? ¿Qué buscáis aquí?

—¡Esto, mi señor granuja — gritó el conde de Jarnac—, lo vais a saber en seguida!

En realidad, él mismo lo ignoraba casi del todo. Pero en aquel momento, Bougainville se plantó delante del Giocondo y airadamente le preguntó:

—¿Dónde está vuestra mujer?

Ser Francesco lo miró extrañado y no contestó.

—Sí. ¡Vuestra mujer! — repitió el joven—. ¿Dónde está? Queremos saberlo.

—Señor mío — respondió el florentino—. ¿Quién sois y por qué os metéis en mis asuntos? ¿De dónde sacáis el derecho para preguntar y averiguar? Sabed que no tengo esposa. Tuve tres y todas ellas murieron.

—Mentís — argüyó Bougainville—. Desde luego, Mona Vanna y Mona Bice están muertas, pero, en cambio, Mona Lisa no lo está.

—¿De dónde habéis sacado cosa semejante? O, mejor dicho, ¿por qué lo creéis así? ¿La conocíais vos? ¿Por qué os interesa tanto lo concerniente a mi familia?

—¡Estoy muy bien informado acerca de todo! — exclamó el joven francés—. Además he descubierto cosas que ignora muchísima gente. Por ejemplo, que vuestra mujer no está, ni por pienso, enterrada en Santa Croce. ¿Qué me decís ahora, mi señor italiano?

El Giocondo dio dos pasos hacia atrás y palideció. Parecía dolorido hasta lo más hondo del alma.

—¿Qué queréis decir? — articuló penosamente.

—Quiero decir exactamente lo que estoy diciendo — exclamó Bougainville encolerizado.

—Pero, ¿cómo os atrevéis a suponer y afirmar una cosa parecida?

—Porque lo he ido a comprobar.

—¡Cómo! —gritó el horrorizado Giocondo—. Vos tendríais...

—Sí, señor. ¡No sólo tendría sino que tuve! Así, pues, decidme de una vez dónde está vuestra mujer. Decídmelo en seguida si no queréis que descubra yo el secreto con la punta de esta espada. ¡Bribón, que os atrevéis a apartar del mundo a una criatura tan maravillosa, haciéndola sufrir! ¡Y, encima, aún encargáis su retrato!

El Giocondo permaneció un momento quieto. Después, de pronto, en lugar de responder, apartó de un manotazo a Bougainville, atravesó corriendo entre los nobles franceses y bajó con rapidez la escalera apoyándose en la barandilla.

—¡Alto!—le gritó Bougainville.

Pero el Giocondo había alcanzado ya el portal y corría hacia la calle. Cuando Bougainville, que bajó tras él las escaleras, pasó la puerta, *ser* Francesco había desaparecido entre la multitud estacionada delante de la

casa y que recibió a Bougainville con hostil y estruendoso griterío. Por tanto, le resultó imposible seguirlo.

Entretanto, los caballeros franceses apartaron a un lado a los servidores de *ser* Francesco y se dedicaron a registrar la casa de arriba abajo. Pero no encontraron el menor rastro de Mona Lisa. Dos muchachas jóvenes y relativamente bonitas — los únicos seres de sexo femenino con que pudieron dar — fueron sacadas de las camas completamente desnudas y paseadas triunfalmente entre gritos y lloros hasta que se supo que ninguna de ellas era la que buscaban. Una vez en libertad, ambas regresaron a sus habitaciones teniendo que pasar entre los caballeros franceses con su traje paradisíaco. Grande era el regocijo de éstos, más su alegría terminó súbitamente. El Giocondo regresaba encabezando un nutrido y bien armado grupo de nobles florentinos a quienes había ido a buscar en demanda de ayuda. Al penetrar estos últimos en la casa los franceses tuvieron que pasar a la defensiva. Se entabló una pequeña lucha en el transcurso de la cual se dispararon algunos pistoletazos. Por fortuna nadie salió de ella con heridas graves; todo lo más, algunos golpes. Los compañeros de Bougainville se vieron obligados a batirse en retirada. Una vez en el exterior, la irritada muchedumbre que llenaba las calles adyacentes los recibió con una lluvia de piedras, hortalizas y fruta podrida.

* * *

Al enterarse el señor de la Trémouille de lo ocurrido y saber que los causantes eran los nobles de su séquito, le dio un ataque de ira y de rabia. Con aquel incidente sus relaciones con las autoridades de la ciudad, que desde un principio no fueron demasiado cordiales puesto que su presencia no era deseada, sino a lo sumo tolerada, empeoraron hasta el grado máximo. Tuvo que acudir aquella misma noche a casa de Su Señoría para disculparse. El mariscal prometió que los causantes de la algarada serían castigados. Luego obsequió a sus nobles con un completo repertorio de insultos. Le interesaba, ante todo, saber cuál había sido la causa de toda aquella tontería. Pero cada uno de los caballeros aseguraba que en aquel momento ya no se acordaba. En general se disculparon alegando la borrachera que cogieron la noche anterior. Como no encontraron a la mujer que Bougainville estaba empeñado en buscar, empezaban a dudar de su existencia. En todo caso creían era mejor no nombrarla tan siquiera. El señor de la Trémouille no tuvo otro recurso que quedarse sin averiguar nada en concreto y darles la orden de que se quedasen arrestados en sus respectivos alojamientos. También el Giocondo, naturalmente, se guardaba muy bien de decir algo acerca de la verdadera razón de aquellos sucesos. Por tanto todo el mundo creyó que no se trataba más que de una correría de caballeros extranjeros embriagados.

Bougainville, encerrado entre cuatro paredes, se desesperaba por el mal resultado de su investigación. No podía llegar a explicarse por qué no había conseguido encontrar a su amada. Al propio tiempo aumentaban sus temores de que el Giocondo, enterado de que todo se sabía y de que él la había ido a buscar, la encerrarse en algún lugar más escondido y aún la atormentase más.

En su desesperación se decidió a convertir al señor de la Trémouille en su confidente. Envió a uno de sus criados con el ruego de que lo visitase para hablarle de algo de suma importancia.

En cuanto el mariscal apareció, Bougainville le dio primero las gracias con palabras muy atentas por el placer que le concedía al acudir a visitarle.

—Este placer, señor mío — respondió de la Trémouille mientras tiraba su sombrero sobre la mesa y se dejaba caer en uno de los sillones de la estancia—, no tengo el gusto de compartirlo. Podéis creerlo sin ninguna duda.

—Os ruego, pues, señor — dijo Bougainville — que aceptéis la expresión de mi sentimiento. Sin embargo, ignoro por qué causa he incurrido de nuevo en vuestro desagrado. Espero de vos que me hagáis el honor de decírmelo.

—Señor mío — replicó de la Trémouille azotándose las botas con su fusta—. Mientras venía hacía aquí no sólo he sido insultado junto con mi séquito por la multitud, sino que se han lanzado maldiciones contra Francia y contra nuestro rey. Los nobles florentinos están hasta la coronilla de nosotros y la población parece una colmena a la que se ha molestado. Terroristas disimulados procuran darnos algún golpe traicionero que por fin nos haga marchar. Su Señoría apenas prestó atención a las disculpas que me vi obligado a ofrecerle. Esta noche, en las cuadras, un patriota ha azotado las ancas de mi caballo hasta hacerlo sangrar. En resumen, nos hallamos en constante peligro, teniendo en cuenta el nerviosismo reinante, de vernos sencillamente detenidos y encarcelados sin ninguna explicación. ¿Qué me decís vos ahora? Si hubiese llegado a figurarme a qué bromas irresponsables daríais lugar, señor mío, habría ordenado que uno o dos regimientos permaneciesen en las cercanías para nuestra salvaguarda. Pero nuestros soldados se encuentran muy al sur y nosotros estamos inermes en manos de la República, tanto

para el perdón como para el castigo. Ni siquiera puedo abandonar esta maldita ciudad, de la que desearía verme muy lejos, sin despertar sospechas. Y todo ello únicamente por culpa de vuestras necias bromas. ¡Si por lo menos me dijérais los motivos que las provocaron!

Furioso como estaba, se dedicó a atar fuertemente alrededor de los muslos las betas de sus calzas de brocado dorado y morado.

—Señor. No pido nada mejor que vuestro permiso para poder decíroslo todo — dijo el compungido Bougainville—. Éste ha sido el motivo de que me atreviera a pediros el honor de que vos...

—¡Cómo!—exclamó el mariscal—. ¿Queréis de veras explicármelo?

—Así es.

—Pues entonces, ¡decídmelo de una vez!

Escuchó el complicado informe del joven acompañándolo primero con movimientos de cabeza, luego con las cejas muy levantadas y los ojos saliéndosele de las órbitas y, a continuación, con la intranquilidad que se experimenta cuando se está encerrado en una habitación junto con un loco. Al terminar, Bougainville insistió en que el señor de la Trémouille debía interesarse personalmente en la salvación de Mona Lisa.

De la Trémouille se levantó sin apartar los ojos del joven noble por lo que tuvo que buscar su sombrero casi a tientas mientras se expresaba.

—Señor mío. No se trata únicamente de que yo de ningún modo acepto meter la nariz en este necio asunto, sino que asimismo os prohíbo en absoluto que sigáis haciendo el estúpido por ahí. En caso de que desobedecierais vos mis órdenes llegaría hasta haceros desposeer de vuestra espada. Desde luego, el arresto que pesa sobre vos sigue vigente. Tampoco podréis recibir ninguna clase de visitas. Espero sepáis usar el tiempo y el descanso que nuestro encierro os proporciona para ir recobrando un poco el juicio. Doy por descontado que no pondréis dificultades para que el médico que os enviaré os haga una sangría. Eso es todo y quedad con Dios.

Dicho esto abandonó con gran prisa la estancia sin tener en cuenta para nada las protestas de Bougainville, ni querer oír los argumentos con que éste intentaba porfiar. El joven se quedó en un estado de completo abatimiento. De no haber encontrado vacía la tumba de su amada, tampoco se atrevería a jurar sobre el Santo Sacramento que no estuviera equivocado. También él, como los otros, llegó un instante en que empezó a dudar de su razón. Además, iban creciendo las dificultades que se oponían a sus propósitos. Lo inalcanzable del encierro de su amada, los infortunios que parecían coronar todas sus hazañas, su desesperación y su pasión se aglomeraban de tal modo que llegó a creerse al borde de la locura. Le parecía no poder resistir un momento más encerrado entre aquellas cuatro paredes. Después de reflexionar un rato, se resolvió a desobedecer las órdenes de la Trémouille y dedicarse de nuevo a la búsqueda de la desaparecida. Si conseguía encontrarla — cosa que no le ofrecía ninguna duda — lograría alcanzar fácilmente el perdón del mariscal.

En el transcurso de la tarde y acompañado por sus criados registró dos fincas que le fueron señalados como propiedad del Giocondo. Pudiera ser que Mona Lisa estuviera allí; en todo caso no obtuvo ningún resultado positivo. Después de lo sucedido la noche anterior, era más que probable que a aquellas horas *ser* Francesco la hubiese trasladado a cualquier lugar más seguro.

Las casas, viñas, jardines y huertos que el joven registró le eran completamente desconocidos. No obstante, le pareció que en sueños ya había estado allí alguna vez.

Al hacerse de noche regresó. Había pasado las dos o tres últimas horas sin pronunciar palabra. Se sentía como herido en lo más profundo del corazón por el recuerdo de la sonrisa de la amada, al igual que por dos finas flechas envenenadas. Al cabo se decidió a volver a la ciudad para dirigirse, otra vez a casa de *ser* Francesco y obligarle a confesar su secreto apoyándole la espada en el pecho.

En el cielo flotaban inmóviles unas esponjosas nubes de color gris paloma matizadas a trechos con pinceladas rosadas como las plumas de los flamencos.

La fatalidad dispuso que al prepararse Bougainville para descabalgar ante la mansión de *ser* Francesco, en la oscura calle hubiese un noble acompañado de dos criados a punto de entrar en la casa. Bougainville saltó rápidamente del caballo y se dirigió raudo hacia él.

—Un momento, señor mío — dijo en francés mientras le obstruía el paso.

—¿En qué puedo serviros? — contestó el interpelado empleando el mismo idioma.

Se trataba de un apuesto joven, tal vez altivo en exceso, con ojos oscurísimos bajo unas tupidas cejas. Al hablar dirigió una mirada al grupo de caballos y lacayos que tenía detrás suyo.

—¿Conocéis vos acaso, señor, a *ser* Francesco del Giocondo? — le preguntó Bougainville—. Teniendo en cuenta que quizá posteriormente tenga que pediros que me facilitéis algunos informes, ¿puedo permitirme

preguntaros si sois vos amigo suyo?

—Tanto — respondió el florentino — que en este instante iba a su encuentro para expresarle mi sentimiento por ciertos hechos desagradables ocurridos anoche en su casa.

—¿De qué clase fueron dichos sucesos? — insistió Bougainville frunciendo el entrecejo.

—Un necio — explicó el otro claramente, al parecer con la idea de recalcar cada palabra por si el extranjero no le entendía — entró a la fuerza en la casa en compañía de algunos caballeros de los que acompañan al señor de la Trémouille. Quería saber a cualquier precio dónde estaba la esposa de *ser* Francesco, dama que hace tiempo falleció. Como yo, que, además de tener amistad con *ser* Francesco, sentí siempre gran estima por su difunta esposa, he considerado mi deber hacerle presente el asco que me produce el deshonor lanzado contra la memoria de la muerta.

Después de pronunciadas tales palabras observó con atención y disimulado contento el rostro de su interlocutor.

—Caballero — dijo Bougainville apoyando una mano en la cadera y sintiendo que la sangre le subía al cerebro debido a la cólera que sentía—, si tuvierais la bondad de decirme por lo menos quién sois vos, yo os comunicaría en seguida cuál es mi nombre.

—Es un favor que puedo hacer sin dificultad. Para que lo sepáis, soy Amerigo Capponi.

—Y yo, señor Capponi — exclamó el joven francés—, y os lo digo a vos, que, no bastándoos con engañar a *ser* Francesco, tenéis la desvergüenza de visitarlo en su propia casa, no soy otro que el necio que anoche penetró a la fuerza en la mansión que está frente a nosotros. ¡Ahora espero que querréis pelear a espada conmigo!

—No siquiera se me ha ocurrido tal idea — replicó Capponi con altanería—. Sois un loco conocido en toda la ciudad y yo no tengo ningunas ganas de ponerme a disposición de cualquier perturbado al que pueda encontrar por la calle. Por tanto, no os crucéis más en mi camino y desapareced de una vez.

Bougainville desenvainó la espada y con ella en la mano retrocedió un paso mientras decía:

—Sois un cobarde, señor mío. Pero os equivocáis si creéis que podréis libraros de mí a base de charla. ¡Desenvainad si no queréis que os ensarte como a una rata!

—Ya basta — replicó Capponi—. No me sigáis molestando con vuestras estupideces. ¡Dejadme el paso libre! ¡Eh, a mí, criados! — ordenó en italiano después de dar unas palmadas—. ¡Sacadme a ese pazguato de delante!

Al oír la orden se adelantaron solícitos los servidores de Capponi y cayeron sobre Bougainville armados de garrotes. Éste tenía las manos ocupadas y no podía parar los golpes. Pero casi en seguida acudió su servidumbre y se mezcló en la pelea. Empezaron a agolparse también algunos transeúntes que consideraban la ocasión pintiparada para infligir algún daño a los franceses. Se armó un verdadero zipizape y se oían gritos de «¡A las armas!» Los golpes menudeaban en uno y otro bando de modo que Capponi se vio obligado a sacar la espada. No la había desenvainado aún del todo cuando uno de los criados de Bougainville, situado detrás suyo, le saltó al cuello. A Capponi le resbaló la espada, cayó también él hacia delante a causa del peso del crciado y se clavó la hoja de su propia espada, que lo atravesó de parte a parte.

Cuando lo volvieron ya tenía los ojos cerrados. Sólo se movían sus párpados de pestañas sedosas y largas, casi femeninas. De su boca salía abundante espuma formada por pequeñas burbujas de sangre.

* * *

Tras la muerte de Capponi, hijo de uno de los florentinos de mayor renombre, la Trémouille no quiso interceder para salvar la vida de Bougainville. Se reunió tal cantidad de gente ante la residencia del mariscal que éste hubiera hecho llamar de buen grado a toda su artillería de no estar tan lejos los cañones que el señor de Amboise hizo fundir por los fabricantes de campanas y a costa de los milaneses. Le parecía en su excitación que ya nunca podría abandonar la ciudad. Se preguntaba de continuo cuánto tardarían las turbas en entrar en su alojamiento y en saquearlo. Por tanto, no tenía más remedio que sacrificar a Bougainville.

Lo condenó a morir decapitado con espada.

Sabiendo próxima su muerte, el joven sólo tenía un deseo: Ver por fin a la mujer del Giocondo.

En lugar de ésta, fue Leonardo quien le visitó en su habitación, que ahora le servía de calabozo. Delante de su puerta había una nutrida guardia, no sólo para impedir todo intento de fuga, sino también, y con mayor motivo y probabilidades, para que si el pueblo se amotinaba el preso no resultase descuartizado.

—¡Mi pobre y desdichado amigo! — exclamó espontáneamente el pintor—. ¿Así es que seguís sin convenceros de que hace largo tiempo que murió?

—¿Quién? — preguntó Bougainville.

—¡La Gioconda, naturalmente! ¡La esposa de *ser* Francesco! ¡La causa de vuestra desesperación incurable! ¿Estáis realmente loco?

El joven no respondió de inmediato. Apretó los dientes y, por fin, dijo:

—¿Es verdad, pues, que esta mujer ya no existe? Debo creer que vos me estáis diciendo la verdad, señor mío. Sé que a un moribundo nunca se le miente.

—¡Desde luego que estoy diciendo la verdad! — exclamó Leonardo—. Siempre os la he dicho. Pero vos, desdichado, en vuestra locura nunca la habéis creído.

Bougainville se encogió de hombros y miró fijamente el suelo. Al cabo de un rato, sin levantar la vista, preguntó:

—¿Por qué, encima, me llamáis desdichado, *messer* Leonardo? Lo sería si permaneciese con vida. Mientras viviera nunca encontraría a Mona Lisa. Ahora, en cambio, la veré muy pronto.

—Cualquier hombre cuyo fin está próximo está moralmente extenuado, y algunos por su propia naturaleza y a causa de sus flaquezas interiores se consuelan haciendo de la otra vida un objetivo. Pero cuando un hombre está tan cerca de la muerte como os ocurre a vos ahora, no se le puede despojar de sus creencias respecto al acontecimiento que nosotros llamamos muerte. Aunque los turcos y los moros crean que hasta que no estén en el cielo no empezarán a disfrutar de la vida, desde un principio se desarrolla en nuestro interior lo que ha de conducirnos a la perdición. Como hombre de honor a un hombre de honor que está obligado a la sencillez y al valor, y sobre todo como hombre de espíritu a un hombre de espíritu, aun cuando vos no siempre os habéis mostrado como tal, me veo obligado, empero, a deciros: Temo que vos poseáis tan poco en la muerte como habéis poseído en vida. No tengo que temer que vos, un condenado, logre seguir viviendo. Por tanto, puedo afirmar que no creo en ninguno de estos dos moribundos fantasiosos o vivientes asustados: el cielo y la tierra. Ni la esperanza ni el consuelo de la creencia en otra vida, ni las alegrías carnales de un paraíso terrenal tienen que obligarnos a la rectitud mientras vivimos, sino que hemos de obtener nuestra fuerza de todo cuanto nos ofrecen la verdad y la belleza, nuestro honor y nuestra propia moral.

—Es muy posible que tengáis razón, señor mío — intervino Bougainville pasados unos instantes—, en algunos de vuestros puntos de vista. He tenido tiempo para pensar en ciertas cosas; muchas horas que he sabido aprovechar. Creo que hay cosas eternas e inmortales. Y sobre todo, señor mío, el amor. Nada es tan indestructible como el amor. Con él las almas de los seres se abrazan más estrechamente que los cuerpos de los amantes. Ni siquiera es preciso dividir el amor en uno corporal y otro espiritual, en uno terreno y en otro del cielo. Existe sencillamente un único amor. Nada se ha dispuesto para confeccionar un cerebro doble para los amantes, estrellas que se mueven por toda la eternidad; ni tan sólo Dios puede hacerlo. Hay que haber amado de verdad para comprender que todo lo restante, incluidos el cielo y el infierno, es indiferente por completo. Tampoco existe la muerte verdadera. En verdad, existe una única cosa: el amor. ¿No lo creéis vos también?

Leonardo no respondió. Callaba y observaba pensativo al joven noble, a quien en un principio tomó por loco y que ahora, por la grandeza de sus sentimientos e ideas, le avergonzaba.

—Ahora — prosiguió Bougainville — explicadme vos, por favor, cómo fue posible que yo creyese con tanta firmeza que la mujer del Giocondo aún seguía viva. Que, al no encontrarla en su tumba, yo no pudiese en modo alguno hacerme cargo de que estaba muerta.

—Muy sencillo — dijo Leonardo—. Ocurrió con gran sencillez. Vos la amabais. Me he dedicado últimamente a hacer averiguaciones y he descubierto que, en efecto, Mona Lisa no está enterrada en su tumba de la iglesia de Santa Croce. Murió durante la gran peste. Sepultureros encapuchados se la llevaron y la enterraron junto con docenas o centenares de otros cadáveres en un lugar cualquiera. No obstante, el Giocondo, por el decoro de su propia familia y la de su esposa, no podía permitir se dijese que ésta había sido arrojada a la fosa común e hizo creer que se la había sepultado en Santa Croce. Éste es el engaño del cual vos habéis sido víctima. Pero no debéis desesperar, mi querido amigo. Ya en otra ocasión os dije que la mujer que se pinta no es nunca la verdadera. De igual modo, también se ama, en verdad, a una mujer que nunca ha existido.

—No tenéis que consolarme — intervino Bougainville—. El amor no necesita consuelo. Ni siquiera necesita ser correspondido. Únicamente se necesita a sí mismo.

La conversación no prosiguió. El prisionero fue sacado de su encierro, conducido al antiguo mercado y decapitado.

La decapitación se realizó delante de todo el mundo. Estaba el mariscal con su séquito, el gonfalonero de la Giustizia, Piero Soderini, muchas representaciones de las autoridades de la ciudad, gran parte de la

nobleza florentina y, asimismo, Leonardo Da Vinci. La abigarrada mezcla de la multitud, la visión de las brillantes armaduras, de los caballos, de las capas moradas de los verdugos, de los brillantes reflejos de las espadas, de las formas y de los colores resultaba grandiosa y maravillosa a un tiempo. Leonardo era el único que observaba la escena distraído. Tras cumplirse la pena se dirigió apresuradamente a su casa y alteró la sonrisa de la Gioconda con algunos retoques de su pincel. Mientras lo hacía estaba situado ligeramente a la derecha del cuadro, en el mismo lugar donde una vez estuvo Bougainville para contemplarlo. Los ojos de la mujer, algo desviados hacia la izquierda, parecían escrutarlo, al igual que un día observaron al joven francés. En cuanto Leonardo hubo pintado durante cortos instantes, la sonrisa era completamente distinta. El pintor se dijo que ahora era ya una sonrisa terminada. Resultaba maravillosa, plena de secretos, enigmática. No se sabía si la hermosa se reía de Bougainville o si, sonriente, lo contemplaba en el cielo; nadie podía adivinar de qué se reía exactamente.

Al día siguiente el mariscal abandonó Florencia para dirigirse a Nápoles. La veloz diosa de la victoria lo abandonó y fue muerto por los españoles a las órdenes de Consalvo en diciembre de 1503.

Se asegura que Leonardo siguió trabajando en el cuadro de la Gioconda durante cuatro años. Lo cierto es que la mayoría de las veces se limitaba a sentarse frente a él y se abismaba en sus pensamientos.

Al marcharse a Milán se lo llevó consigo. Posteriormente también le acompañó en su viaje a Francia, donde lo vendió al rey Francisco I por una cuantiosa suma en oro. Desde entonces se cuenta entre los cuadros más conocidos y admirados del mundo. En París, donde se exhibe, también hubo muchos que se enamoraron del cuadro: un idiota, que lo repintó, y un tal Vincenzo Peruggia, un vidriero, que lo robó, y que tiempo después lo devolvió en la ciudad de Florencia, sin que se conozcan todavía las razones que le indujeron a ello. Se ha intentado relacionarlo con una historia de amor en la que una mujer de carne y hueso tiene el papel de protagonista. Pero los motivos verdaderos no son ni serán conocidos. En realidad, nadie conoce nunca las razones de nada.

Asimismo, se ha pretendido que el cuadro expuesto en el Louvre no es el verdadero, sino una copia. Pero nadie que no conozca la grandeza de un verdadero artista ni comprenda la profundidad del amor puede afirmar una cosa semejante.

EL BARÓN DE BAGGE

Hace poco, durante la recepción ofrecida por el ministro de Agricultura, hubo un cambio de palabras entre cierto barón de Bagge y el joven señor de Farago, persona de pocos años, excesivamente impulsivo y propenso a la cólera, al cual se le metió en la cabeza prohibir que Bagge conversase con su hermana. El barón eligió para representarle a un mayor de mi regimiento que estaba presente, y dicho mayor, a su vez, me eligió a mí como segundo testigo. Los representantes de Farago creían que éste tenía razón al cuidar a su hermana y velar por ella. Se decía que Bagge tenía la muerte de dos mujeres sobre la conciencia. La noticia resultó nueva para nosotros. Ignorábamos por completo su pasado. Sólo sabíamos, poco más o menos, que vivía en su propiedad de Ottmanach, en Carintia. A pesar de todo, adujimos que unos asuntos de naturaleza privada y además legalmente tan improbables, no tenían nada que ver con el caso. A Farago no le quedó, por tanto, más remedio que retractarse y excusarse. Bagge escuchó las disculpas de su contrincante con faz risueña e inexpresiva, luego se inclinó ante Farago y a continuación nos retiramos. Debió pensar posteriormente que estaba obligado a darme algunas explicaciones, por lo cual me contó la siguiente historia.

* * *

Aún a pesar mío, es desde luego cierto que aquellas dos criaturas a las cuales se ha mencionado, se quitaron la vida — explicó el barón—. Se asegura que fue por culpa mía. Pero en verdad aseguro que no tuve ninguna intervención. Tan presuntuoso sería vanagloriarme de haber sido causa de su fin como de ser rico, ya que hace muchísimo tiempo que no me he preocupado de ninguna mujer. Al contrario, cuando advierto que no soy del todo indiferente a una u otra, procuro escabullirme. Si esto ya me resulta difícil, contraer matrimonio es totalmente imposible para mí. En cuanto a las dos mujeres a que nos referimos, no puedo decir que no me preocuparan. Primero una y luego la otra hicieron todo lo posible para casarse conmigo y me pusieron en un gran compromiso. Yo no podía complacerlas porque ya estaba casado. Las cosas ocurrieron del siguiente modo:

El principio de la guerra me cogió estando de viaje por la América Central. Quise estar presente en la ceremonia de apertura del Canal de Panamá y, de paso, visitar las Antillas. Pero tuve la suerte de poder regresar a Europa en un buque holandés. Intervine en el principio de la marcha sobre Rusia, formando parte del regimiento de dragones de Márchese y del conde de Góndola. A principios del año 1915, debido al empuje de las fuerzas del príncipe Nicolai, nos vimos obligados a replegar nuestro frente sobre los Cárpatos. Sufrimos grandes pérdidas y, por tanto, no nos faltó trabajo. En febrero se decidió organizar el nuevo frente. Se concentraron tropas de refresco, especialmente en Munkatsch y Nireghaza. Cuando nos disponíamos a iniciar el avance, nuestra división recibió órdenes de ir desde Tokay hacia el norte con objeto de abrir brecha.

Al lado de Tokay se yergue, como última estribación de los Cárpatos, un volcán apagado con viñedos en sus laderas, como una boca muda del fondo de la tierra abierta en la planicie. Nuestra división, integrada por dragones del Góndola y del conde de Scherffenberg, de los regimientos de ulanos de la Ost y del Gran Duque de Toscana, estaba parcialmente acuartelada en Tokay y el resto en los pueblos de los alrededores. Yo estaba de primer teniente en el cuarto escuadrón, como se decía entonces, de mi regimiento, mandado por un capitán de caballería llamado von Semler de Wasserneuburg, junto con el teniente J. Hamilton — ya que los americanos no nos habían declarado aún la guerra — y un muchacho muy joven, Karl Maltitz, como oficiales. La tropa se componía principalmente de polacos de Galitzia, alemanes de la Bukovina y rumanos.

Semler pasaba por tener un carácter impulsivo y carecer del necesario control de sí mismo. La gente murmuraba por lo bajo que era un verdadero idiota. Es evidente que no debió ser lo mejor para sus nervios

la vida en las pequeñas guarniciones donde el regimiento estuvo durante los últimos años, el espantoso aburrimiento que reina en ellas y el exceso de bebida. Además, su naturaleza estaba ya algo tarada por la herencia. Mi madre, por lo menos, lo creía así y ella conocía bien a los Semler de Carintia. Fue mi madre también la que sirvió de excusa para que mi padre, que había servido en el ejército prusiano, fuese a Carintia y luego de su casamiento se trasladase a Ottmanach. Ottmanach es una finca propiedad de mi madre. Ésta conoce bien a los Semler de Wasserneuburg o de Wasserleonburg, como también se les llama. El lugar de donde son originarios dista sólo una jornada en coche de Ottmanach. Se explicaban muchas historias de fantasmas de Wasserneuburg, y las historias de fantasmas en una familia significan que hay alguna cosa que no marcha bien. Las cosas extraordinarias que se dice ocurren en casa de los Semler parece que fueron ocasionadas por cierta señora Neumann, que dio origen a la existencia de fantasmas en dicha familia. Se rumorea que la señora Neumann mató a cinco o seis de sus maridos, hasta que el último de ellos, un Schwarzenberg o Lobkowitz, supo hacerse dueño de su cariño y de su voluntad. Por mi parte, creo que se trata sólo de fábulas para niños. A Semler no se le notaba exteriormente en absoluto su *spleen*. Podía ser muy alegre y agradable. Era en los momentos críticos cuando perdía el control, cosa que no tardaría mucho en demostrarse. No se limitó a ser el culpable de su propia muerte, sino también de la de Hamilton, de Maltitz y de ciento veinte suboficiales y dragones. Por un pelo no lo fue también de la mía. Podría ser posible, asimismo, que no fuese él el culpable de dichas muertes. Tal vez su necesidad no era más que un medio encaminado hacia un fin. Tampoco es inverosímil que la catástrofe a que condujo a su escuadrón, la gran hecatombe de hombres y caballos por él ofrecida únicamente sirviera para que algo que durante la vida ya no podía suceder, porque para ello era demasiado tarde, ocurriese después de la vida, o sea en la muerte. Pero no tuvo lugar realmente en la muerte, sino en el lapso y en el espacio que van entre el morir y el verdadero estar muerto. Casi todos tenemos por cierto que existe un intervalo. Para unos es un instante, para otros algunos días; determinadas creencias y supersticiones aseguran incluso que son nueve días. Ya sabes que antes se enterraban o quemaban los cuerpos con mayor premura; pero hubo tiempos en que, en la antigua Rusia, por ejemplo, se esperaba por lo menos una semana antes de sepultar a los difuntos. ¿Existe acaso diferencia entre un instante y algunas semanas...? Creo que no me entiendes, será mejor que te aclare mis palabras explicándote las cosas exactamente cómo sucedieron.

Tengo que hablarte todavía de Hamilton y de Maltiz. Como ya te he dicho, Hamilton era un norteamericano, perteneciente a una antigua familia del Sur, creo que de Kentucky. ¿No está este Estado en el Sur? No lo sé exactamente. Recordarás que estuve en las Antillas, pero no conozco los Estados Unidos. Hamilton, era alto, huesudo y ancho de hombros. No dedicaba mucho tiempo a las mujeres, como pudimos comprobar todos nosotros. En lugar de ello bebía en abundancia y en tales ocasiones era muy aficionado a conversar. Muchas veces bebía en compañía de Semler. Él aguantaba bien el alcohol, pero Semler no. Hamilton abastecía de whisky al regimiento, bebida que en aquellos tiempos llegaba con mucha dificultad, pero que conseguía directamente de Escocia a través de Suiza. Todo el mundo lo tenía por persona acomodada. Los motivos que le indujeron a participar en la guerra nunca los vimos demasiado claros. Quizá lo hizo porque era muy varonil o porque soñara en hechos heroicos o por gozar de la camaradería que nace con la guerra, aunque fuera con hombres de un país extraño al suyo. En todo caso, las mujeres de los pueblos anglosajones, especialmente las norteamericanas, ponen tantas dificultades y tienen tanta afición al dinero y al chantaje que allí los varones tienen mayor facilidad para convertirse en hombres hechos y derechos. Maltitz, por el contrario, no era un hombre sino un niño. Aunque apenas lo he mencionado y le he dedicado escasas palabras, su muerte fue la que más me dolió. Aún los estoy viendo ante mí: A Semler sobre un media sangre color castaño oscuro. Con el cuello de piel alzado y ceñido por un cordón dorado, las riendas sobre el brazo y las manos en los bolsillos. Debía tener un frío intenso en los dedos mientras estaba inmóvil, algo separado del escuadrón y mirando la lejanía. El viento helado que lo azotaba por la espalda hacía temblar al caballo, cuyas patas traseras hería la nieve. Siempre ocurría lo mismo; como si tanto a nosotros como al capitán nos moviera algo extraño a nosotros, como el viento que nos azotaba. Hamilton se cubría con el gran gorro gris, que usábamos siempre, aunque inclinado hacia atrás, al igual que los americanos lucían sus sombreros de copa, según se puede ver en las fotos de finales de siglo. También veo a Maltitz, siempre con su cara de niño, completamente helado. Veo asimismo los rostros aldeanos, con rasgos eslavos, de las clases y de la tropa, todos ellos vestidos con los coloridos uniformes que antes se usaban, únicamente bajo los cuales a veces podía verse algún fragmento de tejido de color verdaderamente gris. Todos se arrebujaban en sus abrigos de piel y llevaban encasquetadas las gorras para la nieve. Montaban en sobrecargadísimas sillas sobre caballos fogosos con las crines largas, como se les deja en invierno... Todos desaparecieron, todos a un tiempo. En verdad te digo que si alguien quisiera desenterrar al escuadrón, lo encontraría completo. Excepto yo y tres o cuatro jinetes no faltaría nada ni nadie: ningún hombre, ningún

caballo, ninguna correa, ninguna herradura, ninguna silla de montar, ningún plato; todo estaría allí. Pero no por ello la verdad resplandecería más clara, porque los acontecimientos quedaron grabados en mis ojos como agujas al rojo, y no los olvido ni los olvidaré jamás.

Bagge se detuvo un momento, miró hacia un lugar indeterminado y luego prosiguió:

El 26 de febrero, hacia mediodía, se alertó al escuadrón y se le dio orden de dirigirse hacia el Norte como destacamento de reconocimiento de la división y del ejército. Nuestras tropas habían conseguido deshacer al enemigo en el Sur, pero la parte situada entre nosotros y las montañas era completamente desconocida. Al propio tiempo, cada regimiento recibió órdenes de destacar un escuadrón, para que todos juntos se fuesen escalonando en los Cárpatos. La división seguiría a continuación. En el momento que montamos a caballo, toda la llanura de Tokay hervía con los movimientos de los distintos regimientos. Los jinetes aislados parecían estar a enorme distancia y semejaban diminutos puntos de sangre roja, a causa del color del uniforme, sobre la gran llanura cubierta de nieve. Muy débilmente, no más fuerte que el canto de un gallo, el viento nos traía los sones de las trompetas.

Cuando por fin salimos, el cielo se aclaró un poco y algunos rayos de sol cayeron sobre nosotros como chispas de metal candente. Luego volvió a desaparecer el astro y ya no volvimos a verle durante todo el tiempo que cabalgamos. El día se oscureció y sentimos mucho frío. Finas masas de niebla se tendían sobre el terreno y sobre el río Bodrog. Las nubes fueron tomando un tono azul oscuro. Creimos que pronto nevaría.

En su camino hacia Scharoschpatak el escuadrón iba cargado con provisiones y todo lo indispensable, puesto que había dejado atrás la cocina y su tren de bagajes. Al pasar por un lugar muy empinado situado junto a unas viñas, cruzó por donde estaba el teniente mariscal de campo de Coulant de Kolb. Se veía el escarlata de su fajín a través del abrigo que llevaba abierto. De su cuello colgaba la cruz de una distinguida Orden. Su bastón de mando era liso y muy barnizado; brillaban los correajes y metales del arnés del caballo.

Detrás del frente, hasta Schatoralja-Ujhely, donde llegamos hacia las cuatro de la tarde, la marcha fue tranquila y sin incidencias, a pesar de que la carretera estaba llena de artillería y de pertrechos bélicos. Llegamos entonces a la línea sin fin de nuestra infantería, que se extendía de Este a Oeste, refugiada en sus trincheras. Aun cuando se aseguraba que no se había visto ni rastro del enemigo, éste podía aparecer de un momento a otro ante nosotros si seguíamos avanzando. Por precaución destacamos a una patrulla de avanzadilla y otra para que vigilase el flanco, y luego atravesamos las posiciones de la infantería. La tropa recibió el rancho abajo, en las trincheras. Las cocinas acababan de llegar; se notaba el olor a humo y a café. Algunos jinetes españoles se apartaron para dejarnos paso y proseguimos nuestro camino. Los que estaban de guardia en el campamento contemplaban cómo nosotros, vestidos con uniformes pertenecientes a otra época, cabalgábamos hacia el horizonte. Pronto todo quedó atrás. Sólo algunas familias de cornejas volaban trazando círculos en el campo solitario, delante de las posiciones. A nuestra izquierda veíamos siempre oscuras montañas cubiertas de viñedos; a la derecha, la interminable llanura nevada en la que abundaban los pozos para abrevar a los animales. Muy a la derecha, y casi perdido en la lejanía, divisamos asimismo un volcán extinguido.

Hacia las cinco llegamos a otro de dichos volcanes. Tenía forma de cono truncado, unos doscientos pies de altura y semejaba un pequeño cráter lunar. Todo estaba vacío y desierto a su alrededor. No veíamos ningún pueblo, ningún ser humano, nada. La carretera, que hasta entonces siguiera la vía del ferrocarril, torció un poco hacia la derecha. Empezó a oscurecer. Las parduscas rodadas por las que cabalgábamos se perdían en lo desconocido. Al Norte, bajo las nubes de nieve e iguales a nubes, los Cárpatos desaparecían bajo la niebla.

Sin que mediara ninguna influencia exterior, nuestra marcha iba haciéndose más lenta; los caballos respiraban silenciosamente por las narices. De pronto tomaron un trote vivo, como si temieran tocar el suelo con los cascos y pisar algo que pudiera saltar y caer sobre nosotros.

Lo más natural hubiese sido parar y no seguir marchando hacia lo desconocido en la creciente oscuridad. Las patrullas y destacamentos de información o exploración tienen que hacer alto durante la noche, sobre todo en las circunstancias en que nosotros nos encontrábamos, ya que no podíamos tener ningún éxito en la misión de vigilancia que nos había sido asignada. Pero Semler no ordenó nada parecido. No se volvió ni una sola vez hacia nosotros; no veíamos más que sus espaldas y las del trompeta, que trotaba a su lado, siempre avanzando. Casi no distinguíamos a la patrulla de reconocimiento. Avanzaba por la nieve, delante de nosotros, como una sombría tropa de fantasmas montados. Un viento flojo soplaba hacia nosotros y nos acariciaba el rostro. Había en el ambiente un olor dulzón, no precisamente de nieve, sino de habitaciones mal ventiladas, de humo de leña. Yo pensé — aun cuando no tengo costumbre de imaginar cosas de este tipo — que era el olor de la muerte o, por lo menos, algo muy parecido.

Muy pronto supe a qué se debía el olor. La patrulla de reconocimiento se paró; al cabo de un momento los hombres lanzaron un grito y corrieron con las carabinas preparadas hacia un árbol solitario. Bajo el árbol había tres hombres. Quiero decir que desde lejos parecía que estuviesen de pie, pero, al acercarnos, vimos que estaban ahorcados.

Colgaban los tres juntos de una rama horizontal y parecían rozar el suelo con los pies. En realidad no llegaban a tocar tierra porque el aire los balanceaba. Al moverse, la rama rechinaba. Debía hacer varios días que estaban colgados; de ellos, a pesar del frío, se desprendía un olor espantoso y dulce, el mismo que notábamos desde hacía un buen rato. Debían ser espías ajusticiados durante la retirada. Tenían las manos atadas a la espalda, las cabezas les colgaban torcidas, los rostros, que habían adquirido una extraña expresión de idiotez, nos taladraban con sus ojos medio abiertos. Los cuerpos presentaban un aspecto esponjoso, casi podría decirse amorfo; las proporciones parecían alteradas, y se me figuraba como si alguien hubiese llenado, descuidadamente, las ropas de paja, como se hace con los espantapájaros. Carecían de zapatos o botas: de seguro que alguien se las habría robado. Los zorros les habían devorado los pies. Cada uno ostentaba en el pecho un pedazo de papel en el que había algo escrito. Hamilton encendió una cerilla e iluminó los carteles. En efecto, en ellos se explicaba lo que habían sido: «Cerdos delatores».

Entretanto, todo el escuadrón se había acercado y rodeaba el árbol. La tropa miraba a los muertos a la luz de la cerilla de Hamilton. Bajo las largas ramas se aglomeraban los caballos, al igual que en una escuela de equitación. Pero al cabo de un momento, Semler dio orden de partida a la patrulla con un movimiento de la mano. El escuadrón se retiró un poco, volvió a formarse y siguió al trote hacia delante, tras el capitán de caballería.

Ya era completamente de noche. Por la derecha los montes cubiertos de viñedos cada vez estaban más próximos a la carretera. Semler no tenía ninguna justificación para hacernos seguir avanzando. Podíamos caer en cualquier emboscada que nos costase la vida a todos. Hice una observación sobre ello a Hamilton y le pregunté si no podríamos dárselo a entender a Semler. Hamilton murmuró en inglés:

—A este idiota no hay quien lo pare. Si hay tiros ya se retirará sin necesidad de decirle nada.

Así continuamos, acompañados del continuo y sordo rumor producido por nuestras armas y pertrechos. A lo lejos empezó a aullar un perro, otro le contestó; luego una cantidad creciente de perros siguió aullando durante un buen rato. Parece ser que pasamos muy cerca de algunos pueblos, pero nosotros no llegamos a verlos. Distinguíamos alguna luz durante un breve instante, luz que pronto desaparecía. No teníamos la menor idea de dónde estábamos; el único plano que poseíamos lo llevaba Semler. Únicamente notábamos que las montañas de nuestra derecha iban apartándose otra vez de nosotros. La noche se hizo un poco más clara, como si la luna se dispusiese a salir de detrás de las nubes.

Nos faltaba todavía cabalgar cerca de una hora y media para alcanzar Tóketerebesch. Por fin se le ocurrió a Semler que podríamos pasar allí la noche. Lo único que podía ocurrir es que a la mañana siguiente nos encontrásemos a cualquier ruso acostado en la cama situada junto a la nuestra. No podíamos inspeccionar debidamente aquella gran población en que nos hallábamos. No tuvimos más remedio que hacer patrullar a nuestras fuerzas de vigilancia alrededor del pueblo mientras nosotros lo atravesábamos por la calle principal, siempre con el temor de recibir de cada casa una descarga cerrada. Por añadidura, veíamos menos que si estuviera completamente oscuro, pues la luz que salía de las ventanas sin cortinas nos cegaba. Ignorábamos en absoluto adonde nos conducían nuestros caballos. Lo cierto es que Semler nos llevaba por un riachuelo helado que circulaba a través del pueblo, en lugar de utilizar el puente tendido sobre el mismo. Al oírnos los vecinos salieron de sus casas y nos saludaron con exaltado patriotismo. En su mayoría eran viticultores húngaros. Un griterío entusiasta surgía de la muchedumbre, cada vez más numerosa. Los hombres gesticulaban, las mujeres y muchachas nos sonreían y nos ofrecían jarras de vino. De la ruidosa multitud surgía un espeso vaho, parecido al que se ve en un circo.

Decían que no había ni rastro de los rusos. En cambio, en los alrededores había muchos eslavos y muy bien pudiera ser que algunos de ellos ya estuviesen en camino para delatar nuestra presencia. En todo caso pernoctamos tomando algunas precauciones. Los caballos permanecieron ensillados y los hombres vestidos y armados. Sólo contábamos con permiso para aflojarnos los correajes de modo que, en caso de emergencia, pudiésemos prepararnos rápidamente.

Cenamos aquella noche en el alojamiento de Semler, situado en una vivienda de un solo piso. Dos criados nos servían, no teníamos motivos para sentirnos molestos o incómodos. Yo seguía enfadado por el modo en que Semler condujera el escuadrón y, mientras tomábamos el café, hice una observación un poco cáustica. Semler, que durante la cena había representado el papel de hombre exquisitamente amable, me respondió sumamente encolerizado. Había consumido un par de vasos de vino de Tokay, que a mi parecer no le sentaron bien. Yo me levanté inmediatamente y me retiré. Maltitz me siguió al instante. También

Semler se levantó de mal talante y fue a inspeccionar la vigilancia. Pero Hamilton se quedó bebiendo vino y whisky mientras dos violinistas tenían que interpretar para él una melodía tras otra y en el exterior los campesinos, con las narices aplastadas contra los cristales de las ventanas, contemplaban todos sus movimientos.

Al salir a la calle Maltitz inició algo parecido a una conversación con algunas muchachas, aun cuando no sabía una palabra de húngaro. Según parece les gustó bastante y se quedó atrás con ellas, por lo que tuve que marcharme solo a nuestro alojamiento, radicado en una casa de labor. El dueño, un viticultor, había cogido una borrachera fenomenal con la excusa de la alegría que le causaba nuestra entrada en el pueblo. Me estuvo hablando largamente y no entendí nada de todo cuanto dijo. Cuando por fin se marchó se quedaron sus dos hijas moviéndose por la habitación. Me figuro que creían una obligación patriótica el estar hablándome constantemente y mostrarse muy cordiales conmigo, o quizá fuese una escena normal de la famosa amabilidad húngara para con los huéspedes. Ambas llevaban puesto el vestido de fiesta, completado con las altas botas de piel y el complicado peinado adornado con cintas. No eran feas del todo, pero yo tenía una ligera idea de lo que podría suceder y por ello no mostré ningún interés por las muchachas. Incluso las obligué a salir de la habitación. Dormí mal; el dormitorio estaba demasiado caldeado y tuve sueños muy agitados.

Soñé que estaba en un teatro de variedades de una ciudad indeterminada. Las dos hijas del campesino húngaro salían a la pista y bailaban una danza con un hombre cubierto con una capa de seda chinesca de color rojizo. Las altas botas de las muchachas sonaban como si llevasen espuelas, pero vi que no las llevaban. Era posible que en sus talones hubiese cascabeles. Entonces subieron a una mesilla, quiero decir las muchachas. El hombre de la capa de seda se quedó abajo y las muchachas se dejaban resbalar desde el borde de la mesa y caían en sus brazos. De repente, el movimiento se detuvo o, mejor dicho, se convirtió en un bamboleo y en un vaivén y vi que las muchachas colgaban de lazos corredizos atados a su cuello. A pesar de ello no dejaban de sonreír. El hombre empezó a sacarles las botas. Así, pues, continuaron bailando en el aire con los pies desnudos. En este punto decidí que era imposible que el público pudiese soportar tal espectáculo, y aunque en mi interior estaba fascinado con él y no podía apartar la vista de la escena, salté de mi asiento para protestar. Cuando me desperté, sentado en la cama, me irrité por haber tenido aquel sueño. La habitación estaba espantosamente caliente. Me levanté para salir fuera y respirar un poco de aire puro. Delante de la puerta tropecé con mi ordenanza y me comunicó que tenía que ir a relevar a Hamilton.

Faltaba poco para el amanecer. Cuando salí a la calle nevaba y soplaba un fuerte viento. Hice aproximadamente un par de horas de servicio en el lugar donde estaba acampada la tropa e inspeccioné los puestos. No se veía a dos pasos. El viento fue aumentando de intensidad de modo que, al prepararnos para marchar en plena oscuridad, se había convertido en una tormenta de tierra y nieve. Cuando el escuadrón terminó su formación, todos los caballos y jinetes tenían medio cuerpo completamente nevado. La luz del día, de un color azul blancuzco, que parecía venir de todas partes y al propio tiempo de ninguna, se extendió sobre nosotros como una masa lechosa.

Antes de abandonar el pueblo vimos venir hacia nosotros al teniente conde Chorinski, de los dragones de Scherffenberg, con algunos jinetes. Comunicó que hacía ya tres días que estaba en misión de reconocimiento y que la última vez pernoctó en Wetsche. La tarde anterior, a eso de las cinco, recibió una nutrida descarga desde el puente que atraviesa el Ondawa junto a Hor. Resultó un jinete muerto y un caballo herido, al que dejaron abandonado. La carretera estaba vigilada en aquel punto por grandes contingentes del enemigo y si nosotros teníamos que pasar el Ondawa sería mejor que eligiéramos algún otro lugar para hacerlo.

Semler contestó a Chorinski en una forma que hacía suponer se encontraba todavía bajo los efectos del vino de Tokay bebido por la noche. Vino a decirle, en resumen, que él recibía la noticia, pero que a Chorinski no le importaba en absoluto cómo iba él a pasar el Ondawa. No estaba dispuesto a cambiar sus planes por un par de centinelas que hubiese sobre el puente y a los que Chorinski había tomado por un batallón. Por si éste quería saberlo estaba decidido a pasar sobre dichos centinelas.

Tras expresar su decisión, en la que se mostraba obstinado, como se vería más adelante, volvió la espalda a Chorinski y emprendió la marcha. Nosotros miramos al teniente durante un momento y éste nos miró a su vez, se encogió de hombros, montó en su caballo y se alejó. Pero antes nos deseó buena suerte.

Tuvimos que ir en pos de Semler que, al llegar fuera del pueblo, inició un trote rápido. A causa de la tempestad de nieve casi no veíamos nuestra patrulla de reconocimiento. Al alcanzar Wetsche, Semler ordenó a la patrulla que se uniese a nosotros.

—¡Atrás! — les gritó—. ¿Qué hacéis metidos en la niebla? Ya no os necesito. Sin necesidad de vosotros sé dónde está el enemigo.

Así pasamos por Wetsche. También aquí salían los aldeanos a la calle, gritaban y nos ofrecían vino, pero Semler no nos dio tiempo para parar y descansar. Desde el pueblo reemprendimos la marcha en dirección nordeste manteniendo un sostenido trote.

Estuve un buen rato callado, pero, de repente, tomé una decisión y corrí hacia donde estaba Semler. Al propio tiempo vi que Maltitz y Hamilton se unían a mí como si lo hubiésemos convenido de antemano.

Al notar que los tres estábamos junto a él, se volvió en la silla y nos miró con las cejas fruncidas.

—¿Qué? — preguntó en tono quisquilloso—. ¿Podría saber qué desean los señores?

—Atacar el puente — le contesté yo — no podemos prohibírtelo, aunque el combatir no sea precisamente la misión de un destacamento de reconocimiento, cuyo objetivo es únicamente el de observar, informar y abrir camino. Ayer hubiéramos debido ya recordarte el Reglamento cuando, en plena oscuridad, seguías...

—¡No acepto críticas!—exclamó Semler y su rostro, cubierto en parte por la nieve y el cuello de piel, tomó una, expresión de odio y desprecio.

—Por favor, por favor — le dije—. Como que, según mis cálculos, antes de que transcurra media hora estarás tendido en el suelo y no sólo tú sino que también la mayoría de nosotros y de la tropa, creo deberías tener la bondad de decirnos cuáles son las órdenes exactas recibidas por el escuadrón, para que cualquiera de nosotros, si queda con vida, pueda conducir a los pocos que se salven. Esto si le es posible continuar, porque sería más acertado tal vez hablar de una retirada.

Semler, tragándose la rabia que estas palabras le causaban, y estrujando el borde de su guante, dijo:

—No está en mis manos permitir que retrocedan aquellos de entre ustedes que no quieran venir conmigo. En otro caso lo haría. Pero no tengo más remedio que ordenarles que me sigan.

No creí que semejantes palabras merecieran ninguna respuesta, así como tampoco los otros dos que se lo quedaron mirando.

—Las órdenes — volví a insistir—, si me está permitido pedirlas.

—Las órdenes son éstas — contestó enfurecido—: Hay que conducir el escuadrón hasta Nagy-Mihaly y quedarse allí. Enviar patrullas de reconocimiento y, después de obtener nueva información, seguir hacia el Norte, hasta el valle del Laborza. En el bolsillo de la chaqueta de piel de mi cadáver encontrarán los señores un mapa del distrito de Ungwar. Se ha de ir donde en él se indica. Y ahora, ¡todos a sus sitios!

* * *

No nos quedó otro remedio que volver a nuestros lugares respectivos. Hamilton y Maltitz con sus pelotones y yo al final del escuadrón. Naturalmente, la orden indicaba conducir al escuadrón hasta Nagy-Mihaly si era posible, y no como Semler creía a cualquier precio y de cualquier manera. El nombre de Nagy-Mihaly, aunque citado en momentos tan críticos, me conmovió en grado sumo y me hizo recordar todas las cosas que para mí estaban ligadas a él. Por tanto, olvidé casi por completo la situación en que nos encontrábamos y aquélla en que el hombre con afán de superarse que mandaba sobre nosotros estaba en trance de colocarnos. Es posible que el nombre me conmoviera más precisamente porque estaba en una situación comprometida. En Nagy-Mihaly, o Mihalowze, como se la llama en eslavo, vivió mi madre dos o tres años durante su primer matrimonio, cuando su marido fue comandante de un regimiento en aquel lugar. Lo explicaba muchas veces con multitud de detalles, y que había trabado allí amistad con una familia llamada Szent-Kiraly, o algo parecido. Estos Szent-Kiraly tenían una propiedad en Nagy-Mihaly o en las cercanías, ya no lo recordaba con exactitud. Tampoco llegué a conocerlos personalmente. Mi madre los había vuelto a encontrar en Viena, poco antes de enfermar y morir. En la capital vienesa estaba con ellos una muchacha, hija suya, de la que mi madre hablaba con mucha frecuencia. De acuerdo con la manía general de las señoras ya mayores, siempre con proyectos matrimoniales en la cabeza, imaginaba que algún día yo podía llegar a casarme con ella, puesto que era una muchacha bonita y muy dispuesta. Me dejó entrever a menudo que este matrimonio colmaría sus más vivos deseos. Mi madre intentó varias veces presentarme a dicha familia, pero nunca lo consiguió porque, o bien yo estaba de viaje o no mostraba ningún interés en conocerlos. También me citó repetidamente el nombre de la muchacha, pero lo había olvidado. Después murió mi madre y ya no pensé más en ello. Ahora volvía a recordarlo todo de golpe, en especial la muerte de mi madre y cómo ésta, en sus últimos días, se convirtió en una persona menuda y desamparada. En aquellos momentos imaginé que habría algún Dios, o alguno de los antiguos dioses de nuestra raza, parientes lejanos de tiempos remotos, o bien algún antepasado canonizado que acogería bien a mi madre al lugar donde ésta fuese. Incluso llegué a pensar que tal vez saldrían a recibirla, a lo mejor llegándose hasta nuestra casa, como siempre hacen los parientes cuando ocurre algo trascendental. El

parentesco se ha hecho para aconsejar, para ponerse a favor de la familia o, en todo caso, para hacer acto de presencia. Lo cierto es que el fallecimiento de mi madre ocurrió con tanta naturalidad, discreción y silencio que pensé que ella encontraría allá el mismo orden que aquí dejaba en todas las cosas.

Me hubiese gustado saludar a sus amigos de Nagy-Mihaly, pero creí que tenía pocas o casi ninguna probabilidad de llegar allí si Semler continuaba obrando como hasta ahora. En aquellos momentos cabalgaba a un trote rápido y el escuadrón, con el mejor paso que podía sacar a los caballos, seguía tras él en formación de a cuatro. No podía adivinar lo que pensaba la tropa ni si habían descubierto alguna cosa. Las achatadas caras de los campesinos eslavos no dejaban adivinar nada, pero la masa entera de hombres y caballos dejaba traslucir su nerviosismo. Se notaba gran intranquilidad en el ambiente como si en un momento próximo fuese a desaparecer todo el escuadrón. El caballo irlandés de caza de Hamilton era el que demostraba mayor agitación y pasaba sin transición del galope al trote lento. Una vez el americano se volvió hacia mí, hizo un movimiento especial, se señaló la sien y encogió los hombros, con lo cual no supe con exactitud si se refería a nuestro capitán o al caballo. La tormenta nos arrojaba por detrás grandes masas de nieve y de arena, lo cual podía favorecernos en caso de un ataque, pero, por otra parte, no veíamos a más de cien pasos. Los jinetes trotaban completamente doblados sobre la silla, con las cabezas escondidas dentro de los cuellos de las pellizas. Se habían retirado todas las vigilancias. De repente, oímos hacia el Oeste rumor de lucha atraído por el viento, pero terminó en seguida. Otro destacamento de reconocimiento se habría topado con el adversario, pero de seguro logró retirarse a tiempo. Al poco rato la carretera torció más hacia la derecha, con lo que empezamos a ir directamente hacia el Este. Poco después apareció ante nosotros una elevación del terreno estrecha y larga. Eran los ribazos completamente nevados del elevado río Ondawa. Súbitamente divisamos el puente y, a su izquierda, las escasas y esparcidas casas del pueblo de Hor.

Simultáneamente, Semler ordenó marchar al galope. El escuadrón, raudo como una centella, recibió algunos tiros de frente acallados por la tormenta de nieve. Oí al trompeta tocar la señal de ataque. La masa entera de jinetes avanzó al galope tendido. La tropa llevaba los sables ingleses modernos desenvainados, con el filo hacia delante y apoyados en los cuellos de los caballos. Alcanzamos a poco la rampa que conducía al puente. En dicho lugar vi a tres o cuatro dragones que parecían haber sido arrebatados o barridos de sus sillas, así como a algunos caballos que caían. Nieve, hielo y guijarros volaban por los aires; dos de estos últimos me alcanzaron. Uno me dio en el casco, sobre la sien, con un sonido metálico. El otro en el pecho, cerca del hombro. Bien, pensé yo, menos mal que no son tiros. Bajo los cascos de nuestros caballos resonaba el pavimento del puente. Vi que las fuerzas rusas que lo guarnecían habían retrocedido. Delante nuestro, a una distancia de más o menos cien pasos, se encontraba el pueblo de Wascharhely, oculto hasta entonces de nuestra vista por el alto ribazo, del cual salía una cantidad nada despreciable de rusos que se desperdigaban por todas partes: algunos iban hacia la orilla occidental del río, otros a campo abierto donde se tendían en el suelo y abrían fuego contra nosotros.

Con todo, ya habían llegado tarde. Después de haber volado más que corrido por el puente, nos juntamos formando una especie de frente y tras habernos movido y correteado de aquí para allí sin ninguna especie de orden, cargamos contra los adversarios; algunos nos hicieron frente, pero otros huían a toda prisa. En resumen, recorrimos vertiginosamente la distancia que nos separaba del pueblo. Quizá en menos de medio minuto llegamos a las primeras casas, arrollamos a los rusos y rechazamos a los restantes hacia el interior del pueblo. Allí arrojaron las armas y se rindieron.

Todos estos acontecimientos no duraron más de un minuto. Nosotros ni siquiera nos habíamos dado cuenta de lo sucedido, de que habíamos vencido, cuando en la calle del pueblo ya se tocaba a reunión. Me era imposible acordarme de todas las fases de la lucha ni de las incidencias de la pelea. Me parecía como si no hubiese cabalgado hasta allí, sino que hubiese volado, y de pronto me hubiese encontrado en mitad del pueblo. Una gran satisfacción de seguir con vida llenaba mi cuerpo. Casi siempre los ataques de la caballería contra la infantería están abocados al fracaso. En este caso se trató de una victoria. Los enemigos debían estar durmiendo o, por lo menos, debimos cogerlos por sorpresa. Así cómo es posible que la tormenta de nieve les quitase visibilidad. Lo evidente era que el escuadrón estaba allí con los caballos resoplando y temblando. Un grupo de los nuestros gesticulaba y hacía colocar contra la pared de una casa a un grupo de prisioneros. Los aldeanos iban atreviéndose a salir de las casas y nos rodeaban con aclamaciones estrepitosas. Nuestras pérdidas eran proporcionalmente muy escasas. No faltaban más que unos quince jinetes.

Entretanto, Semler, separado de nosotros, esperaba que el escuadrón se formase tras él. Estaba montado nuevamente en su caballo castaño oscuro, en una posición descuidada, el cuello de la pelliza levantado y las manos en los bolsillos. El viento hacía que la cola del caballo golpease sus patas y ancas... No podía negar

mi admiración a un hombre que dirigiera tan extraordinario ataque con un resultado tan estupendo.

Vi que hacía girar el caballo lentamente hacia nosotros. La primera mirada de sus ojos me dejó absolutamente estupefacto. Era muy distinta de la de siempre, tranquila y serena; sus rasgos, curtidos por el aire y la nieve, que no estaban enrojecidos, sino que parecía como si sobre ellos hubiera caído una sombra, no dejaban traslucir la menor emoción, ninguna alegría por la victoriosa pelea, ni triunfo, ni siquiera un poco de superioridad por haber mantenido sus proyectos aun en contra nuestra. Sus ojos aparecían casi cerrados, como muertos, y no dirigían la más ligera mirada en nuestra dirección. El escuadrón, descontado el resoplar y el pataleo de los caballos, se formaba en un silencio nunca visto, sin los tirones de las riendas y las naturales maldiciones de los sargentos. Los rostros de los hombres estaban asimismo tranquilos, inmóviles, y eran de un extraño tono oscurecido.

De súbito todo había cambiado, todo era diferente. La tormenta se había vuelto más floja y, a pesar del griterío de los aldeanos que sonaba como si estuviesen muy lejos, había un extraño silencio que aumentó de intensidad al apagarse el griterío de aquéllos. Ahora oíamos tan sólo el silbar de algunas ráfagas de aire en los tejados, algún que otro rumor de campanillas cuando un caballo mordisqueaba su bocado.

Después de observamos durante unos segundos, Semler dio a Hamilton la orden de que con su pelotón asegurase el flanco oriental. Su voz sonaba como el tañido de una campana, clara y suave. Ordenó luego a Maltitz que descabalgase junto con medio pelotón e inspeccionase las casas. Mandó la otra mitad al campo de batalla para comprobar nuestras pérdidas... Finalmente, Semler miró a los prisioneros. Me impresionó por el porte digno y descuidado con que marchó al paso para acercarse a la pared donde estaban aquéllos. Se supo que eran los restos de dos compañías del regimiento de tiradores de Eriván. Entre ellos había tres oficiales y les preguntó dónde había más enemigos. Los interpelados respondieron que no querían decirlo.

—No es necesario — decidió Semler, tras una corta reflexión. Y otra vez sonó su voz como una campana.

En total, nos quedamos cerca de una hora en Wascharhely. Este lapso pasó para mí como en un sueño fantástico. Estaba montado a caballo en medio de la calle y no recibí ninguna clase de órdenes directas. Se estaba preparando una sección para llevar los prisioneros y algunos heridos a retaguardia y comunicar la noticia del combate librado. Entretanto, nadie se preocupaba de mí. Casi llegué a tener el presentimiento de haber sido olvidado. Tampoco las cosas que iba viendo y las impresiones que recibía llegaban a un ritmo continuo, sino cortadas con extraños intervalos, es decir, que cuando veía o advertía alguna cosa ya había ocurrido y ya estaba pasada. Tomé esta alteración de mis nervios como consecuencia del peligro corrido. No estaba seguro del todo de haber sobrevivido a la batalla. Pero entonces empecé a recordar pequeñas cosas y el recuerdo de ellas resultó más intenso que la percepción de lo presente. Oía con gran naturalidad si ruido de los disparos dirigidos contra nosotros, vi vacilar a los rusos y a mí mismo corriendo a toda velocidad hacia el pueblo. A partir de este momento tuve verdaderamente la impresión cierta de estar en la calle del pueblo. Miré a mi alrededor y vi que el escuadrón, compuesto tan sólo de tres pelotones, estaba preparado para seguir su marcha. El otro pelotón con los heridos y prisioneros ya se había ido.

En todo este tiempo Semler no me había dicho ni una palabra, pero al ponernos en movimiento cabalgó hacia mí y me dijo:

—Tengo que pedirte perdón por mi brusquedad de antes. Me duele mucho haber sido descortés con vosotros. Te estaría agradecido si quisieras decírselo a los otros dos oficiales.

—Pero — le respondí extrañado—, en realidad soy yo quien debería disculparme. Ante todo te felicito por tu maravilloso éxito.

—También por ello —añadió Semler — tengo que darte las gracias.

Luego, tras haberme observado sin mirarme durante un momento, saludó, dio la vuelta y se puso en cabeza del escuadrón. Éste se puso en marcha produciendo un insólito rumor, no el normal al ir por la nieve, sino como si marchase por encima de un montón de hojas secas.

* * *

Al salir del pueblo fuimos en dirección nordeste. Avanzábamos tomando toda suerte de precauciones. A nuestra izquierda volvían a aparecer viñedos; la carretera discurría en parte por las laderas de las montañas. A la derecha de la llanura corría el terraplén del ferrocarril. Se trataba de la línea que va hasta Nagy-Mihaly. La tormenta de nieve se iba calmando. Cuando estábamos en el pueblo ya noté que no era tan fuerte, ahora los copos caían muy espaciados. En cambio el frío se agudizó y la capa de nubes se aclaró un poco. Pero el sol no conseguía atravesarla. En la lejanía podíamos ver las últimas estribaciones de los Cárpatos.

Yo había imaginado que después de un combate tan felizmente terminado el talante de la tropa sería un tanto alegre. No ocurrió nada parecido. Los hombres se encerraban en un silencio poco común. Trasladé a Hamilton y a Maltitz las disculpas que Semler tuvo a bien darme. El hecho no pareció afectar en absoluto a ninguno de los dos. Posteriormente tuve ocasión de mencionar la suerte que tuvimos en un combate cuyo éxito había yo considerado imposible. Ambos me respondieron de una forma asombrosa y también un poco brusca, que tan imposible no era, puesto que ellos habían creído desde un principio que acabaría de aquella manera o de forma bastante parecida.

—No me lo hubiera imaginado en ningún caso — respondí asombrado.

Añadieron que ellos ya lo tenían previsto y que cuando ocurrió estaban preparados. Al preguntarles si no observaban el extraño cambio sufrido por Semler, adujeron que no tenía nada de asombroso y que lo encontraban muy natural.

Terminé la conversación con un movimiento de cabeza porque vi que los otros no tenían ningún interés en seguirla. Además, Maltitz tuvo la osadía de hacerme un comentario que no comprendí.

—No se te puede decir todo — murmuró.

—¿Qué quieres decir con esto? — exclamé yo. Pero no obtuve ninguna respuesta.

No había visto nunca a unos vencedores que demostrasen tan mal humor, sobre todo Maltitz que, con la poca cordura propia de su edad, imitaba cuanto Hamilton hacía.

Llego ahora a uno de los puntos más notables de mi relato. Por la tarde estábamos acercándonos a Nagy-Mihaly. El escuadrón iba carretera adelante sin disimular su presencia. De haber enemigos en algún lugar de por allí hubiéramos sido vistos y atacados al momento. No sucedió nada parecido, sino que de la población salió mucha, muchísima gente a nuestro encuentro.

Nagy-Mihaly es una pequeña ciudad situada en parte sobre la llanura y en parte a la entrada del valle del Laborza, alrededor del cual empiezan las montañas a cerrarse. En medio de la parte llana del valle sobresalía una colina muy empinada y cubierta de bosque; se trataba de uno de aquellos volcanes apagados que tanto abundan en la región. Sobre él se levantaba una pequeña iglesia o capilla. Por esto el aspecto que ofrece este valle es tan característico.

Desde el pie de la montaña donde estaba enclavada la iglesia hasta la carretera había una alameda. En el cruce de dicha avenida con la carretera se reunió la gente que salió a recibirnos, y desde aquel lugar nos miraban. También vi un coche abierto parado. Debía ser un vehículo destinado a la caza.

Al acercarnos al grupo de personas nos saludaron muchas de ellas con pañuelos. Nos detuvimos y les preguntamos si había enemigos en la población o cercanías. Respondieron que no había ninguno por allí. Del coche bajó una muchacha o dama muy joven, cubierta con una capa de pieles; se acercó hasta mi caballo y preguntó:

—¿Barón de Bagge?

No tuve tiempo apenas de examinarla, porque cuando me incliné afirmativamente, su cara quedó tan cerca de la mía que por unos instantes no vi más que sus ojos hermosísimos y luego sentí sus brazos alrededor de mi cuello y que' un beso cerraba completamente mi boca.

Me enderecé más que asustado y ella retrocedió un paso. Observé entonces que estaba delgada en grado sumo y que, parada allí, tenía tal gracia, que casi podría decirse que se balanceaba. Tenía los ojos de un azul fantástico, brillantes como si todos los cielos se mirasen en ellos y siempre dirigidos hacia mí sin parpadear, al igual que los ojos de las diosas, de las que se asegura que sus pestañas no se cierran.

—¿Quién es usted? — pude articular por fin.

Sin haber sonreído, ni enrojecido, ni mostrado ningún otro signo de turbación, contestó:

—Soy Carlota, Carlota Szent-Kiraly. ¿No le suena mi nombre? De usted me han hablado muchas veces. — Luego añadió—: También he visto fotografías suyas. Por esto lo he reconocido en seguida. ¡Lo conozco a usted muy bien!

«¡Ah! —pensé yo—. Es la hija de aquella familia de la cual... Se ve que mi madre le regaló fotos mías incluso...»

—¿Cómo es que está usted aquí? — exclamé—. Quiero decir, fuera de la ciudad. ¿Sabía usted que yo iba a venir?

—Sí — afirmó ella—. Podría ser que lo supiese. No que tuviese que ser ahora ni precisamente hoy. ¡Pero sabía que usted acabaría por venir, barón de Bagge!

Eché una rápida mirada hacia Semler, Hamilton y Maltitz. El primero hablaba con un par de personas de la ciudad que le aseguraban que no había ningún enemigo a la vista ni era probable lo hubiese por los alrededores. El capitán no miraba en mi dirección. En cuanto a Maltitz y Hamilton, aunque me veían, no demostraban ninguna extrañeza por el recibimiento que se me había hecho. Al cabo de un momento

volvieron la vista hacia otra parte, sin siquiera sonreír, como si todo fuese normal y corriente. También los ojos de la tropa miraban como si fuese la cosa más natural. Otra vez volví a experimentar la sensación de que todo lo que me ocurría era un sueño, como ya me sucedió después del combate, y dudé durante un instante si era yo mismo el que estaba allí, al igual que alguna vez al andar, viajar o cabalgar me pasaba que no sabía si era yo quien andaba, viajaba o cabalgaba. Pero lo atribuí al poco descanso o a la falta de sueño.

—Perdóneme usted — dije a Carlota — que me sienta tan extrañado porque, aun cuando al saber que íbamos a pasar por Nagy-Mihaly me hice el firme propósito de buscar a su familia, no llegué a imaginar que usted saldría a esperarme...

—No le dé más vueltas al asunto — me aconsejó ella—. Muchas veces vengo hasta aquí, me sitúo junto al coche y miro a la carretera por si llega alguien. Es muy posible que fuese usted este alguien a quien yo esperaba. ¿Se quedará usted en la población?

—A ser posible durante algún tiempo.

—En mi casa — aseguró — se alegrarán infinitamente al verle. Venga a visitarnos. ¿Querrá usted venir hoy a tomar el té con nosotros?

—¿Hoy?

—Sí.

—Iré si el servicio me lo permite — prometí—. Pero todavía no sé si será posible. Estamos en una situación muy expuesta y en cualquier momento podemos trabar contacto con el enemigo...

—Aquí no hay ninguna clase de enemigo — arguyó Carlota.

—Eso es lo que se dice. Pero hace pocas horas que entablamos un combate. ¿Por qué se ha quedado en esta localidad? ¿No les advirtieron, cuando los rusos se aproximaron, que sería mejor se marchasen hacia Pest o hacia Viena? No comprendo...

—No esté todo el tiempo mencionando a los enemigos — me interrumpió—. Ya le he dicho que aquí no hay ninguno y que usted tampoco verá ninguno...

—Desde luego, esto es lo que más me admira. Con toda seguridad ya hubiéramos tenido que chocar con algunas de sus fuerzas.

—Deje ya este tema de una vez — dijo sonriendo—. ¿No tiene usted otras cosas que decirme? En todo caso ya recuperará el tiempo perdido de cinco a cinco y media en nuestra casa. ¿No es así? Hasta entonces, adiós.

Con estas palabras se despidió de mí. A continuación se encaminó hacia su coche, subió al pescante, junto al cochero y el carruaje emprendió la marcha.

Seguí mirándola, un tanto impresionado, mientras se iba. Pronto desapareció el coche tras las primeras casas de la ciudad. Estaba esperando que Maltitz o Hamilton dijesen algo, me preguntasen quién era Carlota, o cosas por el estilo. Pero no me dijeron palabra. Miraban a un sitio cualquiera y, al parecer, no nos prestaron ninguna atención. Semler se despedía entonces de las personas con las que estuvo hablando. El escuadrón se puso de nuevo en movimiento y se dirigió hacia la ciudad. Yo seguía teniendo el convencimiento de que debía disculpar a la muchacha delante de los dos tenientes. Cualquiera sabía lo que estarían pensando.

—¿Qué pensáis de esto? — pregunté.

—¿De qué? — dijo Maltitz.

—El recibimiento que me han hecho.

¿Qué quieres que pensemos?—

—Es — dije yo — una costumbre húngara besar alguna vez a un oficial. Lo hacen especialmente al saludarlos. Es una costumbre que resulta muy agradable. ¿No la habíais observado?

—Sí — afirmó Maltitz—. Los hombres se besan entre sí y las mujeres también. Pero las mujeres no besan a los hombres a menos que no sientan algo por ellos.

—¿Qué quieres decir? — le pregunté—. Los padres de esta joven eran muy amigos de mi madre.

—Así, tanto mejor.

—¿Qué es lo que está mejor? ¿Qué quieres dar a entender?

—¿Yo?, nada.

—Así, ¿cómo quedamos?

—¿Qué pretendes de nosotros? — intervino Hamilton—. No te hemos hecho ninguna observación.

—No, pero me desagradaría que lo interpretaseis al revés o torcidamente. Yo no hubiera pensado nada malo si alguno de vosotros hubiese sido recibido de la misma forma.

—¡Oh!—exclamó Hamilton, y me miró de una manera muy especial—. A nosotros no se nos saluda de

este modo. Pero tratándose de ti es algo completamente distinto.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué conmigo ha de ser diferente? Estáis los dos muy extraños. Me habláis de pronto de una forma tan especial. ¿Qué os pasa?

Hamilton y Maltitz se miraron. Luego el último dijo:

—Nada. No nos pasa nada. ¿Por qué crees que nos ocurre algo? ¿Contra ti, quizá? No, que yo sepa.

—Sí — exclamé dejando caer las riendas—. Me contestáis siempre de una manera muy rara. Últimamente te has vuelto muy presuntuoso y no pienso tolerártelo. Soy bastante más viejo que tú y tienes que saberte reportar y comportarte bien. ¿Me has entendido?

Volví a coger las riendas, sintiéndome molesto por las observaciones de ambos. Parecía como si estuvieran escondiendo algo. Seguí cabalgando y dirigí la vista a otra parte.

Oí murmurar alguna cosa a Maltitz, pero no me volví hacia él. Empezaba a entretenerme contemplando la población. Nagy-Mihaly es una ciudad pequeña, pero yo no había visto nunca tal cantidad de gente en un lugar tan reducido. Al entrar nosotros venía a nuestro encuentro en grandes riadas. Al llegar a la plaza del mercado estaba ésta tan repleta que nos resultó en extremo dificultoso abrirnos camino. Me hubiera parecido más natural encontrar la ciudad casi vacía estando tan cerca el enemigo. Para mí resultaba asimismo un enigma dónde podía vivir y acomodarse aquella espesa multitud. Más tarde supe que era gente de la región que había acudido a la ciudad. Cuando menos esto era lo que se decía. Desde luego, muchas de las personas que vi eran ciudadanos y no campesinos. A algunos los conocí más tarde. Nagy-Mihaly estaba sobrecargada de funcionarios con sus familias, oficiales, pensionistas, personas importantes de la comarca, los llamados en Hungría jefes del palatinado, canonesas nobles, caballeros de distintas órdenes, sacerdotes, párrocos y otros. Encima había el servicio de toda aquella gente, una gran cantidad de comerciantes, así como los propietarios de los alrededores, que parecía no tuvieran más trabajo que pasearse todo el día por la ciudad. Incluso los campesinos, con sus ayudantes y criadas, se veían por las calles en cantidades ingentes; por lo visto no tenían tarea en el campo. Me hubiera gustado saber de dónde sacaban todo el dinero que estaban gastando, ya que no vivían en un plan económico, sino que, como comprobé posteriormente, todos iban en busca de diversiones. La alegría empujaba a la gente a las tabernas y mesones y allí dejaban volar el tiempo. No me quedó más remedio que decidir que se creían más protegidos de los rusos en la ciudad que en el campo, y que se gastaban el dinero en lugar de dárselo a los pobres o que los rusos se lo robasen. Pero los naturales de la ciudad eran tan gastadores como los otros y tiraban el dinero a manos llenas. La gente demostraba vivir tan bien, no sólo en calidad sino también en cantidad, había tal hormigueo de personas, cada familia era tan numerosa y cada persona tenía, además de infinidad de hijos y sobrinos, tal cantidad de parientes, que yo, encima de deducir que los húngaros son muy prolíficos, pensé que sería muy difícil para nadie aniquilarlos a todos ellos.

* * *

Al acercamos a la plaza del mercado, la multitud nos rodeó con gritos de júbilo agitando pañuelos. En cuanto desmontamos, nosotros, los oficiales, nos vimos cercados por muchísima gente de nuestra condición que nos dirigía la palabra con suma amabilidad y aseguraban sería un honor para ellos que nos alojásemos en sus casas. Vivían algo apretados, pero ya verían la forma de hacer un poco de sitio. Puede decirse que se peleaban por nosotros. Llovían asimismo invitaciones completamente inesperadas a comidas, cenas y fiestas de sociedad. Nadie mencionaba a los rusos. Nadie parecía acordarse de que el enemigo podía volver y entrar en la población. No tenían más preocupación que celebrar nuestra llegada, invitarnos y pensar en nuestra diversión.

En verdad, el alojamiento representaba un verdadero problema. A pesar de tantos sitios como nos habían ofrecido era difícil hallar donde cobijarse, especialmente en lo que atañía a la tropa y a los caballos. Semler dejó un pelotón completo de vigilancia. Tres cuartas partes se instalaron en la zona nordeste de la ciudad y los hombres restantes en el Hradek, nombre de la montaña donde había la pequeña capilla. Desde allí tenían que vigilar toda la llanura, incluso de noche, por si se veían las luces en movimiento de algún tren ruso. Hubo muchas dificultades para alojar a los dos pelotones restantes.

Los oficiales nos acuartelamos por fin en el convento. Era la mejor solución para no ofender a ninguno de los que nos ofrecieron hospitalidad, cosa que hubiera ocurrido de aceptar la invitación de uno rechazando las de los demás. Puede decirse que el convento era un lugar neutral. Contábamos con más sitio disponible, estábamos juntos y teníamos el escuadrón cerca, alojado en el recinto de la administración.

Empezó a oscurecer y Semler y yo inspeccionamos los puestos de vigilancia. Aún con alguna luz penetramos en la alameda del Hradek, donde teníamos los caballos y, finalmente, subimos hasta la capilla.

Cabalgamos por un camino en zigzag durante unos cinco minutos para llegar a la cima. Dicho camino, abierto entre los pinos y muy empinado, seguía las estaciones de un *Via Crucis*. Arriba, en la capilla, la tropa había encendido una fogata. El humo pasaba a través de las rendijas de las ventanas a pesar de estar bien cerradas. Para que no se pudiera ver desde fuera ningún rayo de luz, Semler ordenó cubrirlas con algunas de las enormes capas grises de la tropa. Los hombres se dedicaban a entrar grandes montones de paja para dormir sobre ellos. Estaban a las órdenes de un despreocupado sargento.

Apoyados en la balaustrada barroca de piedra que rodeaba la explanada de la capilla, miramos los dos hacia el profundo valle. No obstante ser cada vez más intensa la oscuridad, la vista era tan vasta, tan dilatada, que a lo lejos se veían las cadenas montañosas de los Cárpatos como si fuese el telón de un teatro. Es posible que hubiésemos abarcado más de no estar el paisaje cortado por una masa de nubes espesísimas que lo tapaban todo y se cernían sobre todas las cosas que desde allí divisábamos. A pesar de ello veíamos el valle del Laborza casi hasta Homonna. Contrastando con lo repleta que estaba lo ciudad, la comarca que la rodeaba se notaba vacía y sin vida. No había huellas de hombres, carros, coches o tropas; ni siquiera salía humo de las chimeneas de las casas de las aldeas. La tierra no presentaba ningún movimiento: parecía de hierro. Reinaba un silencio de muerte. Ningún perro ladraba, no se oía el chirrido de ningún vehículo. Únicamente del propio Nagy-Mihaly, que empezaba a esconderse tras una niebla de tono rosado, subía hasta nosotros un apagado murmullo, producido seguramente por la multitud que residía en la población.

La vista de esta comarca me llenaba de una tristeza inmensa; este sentimiento era tan grande y fuerte como habían sido hasta ahora todos los experimentados durante aquel día. Gran tensión nerviosa, vértigo muy pronunciado, la sensación de soñar, resentimiento debido a las contradicciones, asombro y desconcierto. Nada faltaba. Únicamente había una cosa que no había notado. El sentimiento de indiferencia propio de los sueños verdaderos.

Semler también se había detenido. Miró hacia abajo durante largo tiempo callado y en una inmovilidad absoluta y, según me pareció, con una mirada llena de odio que me produjo pena. Iba a preguntarle qué le sucedía, cuando volvió a moverse con unos gemidos muy leves, como si se estuviese revolcando por el suelo con el cuerpo atormentado por el sufrimiento.

—¿Qué te pasa? — le pregunté.

—Nada — me contestó. Pero su rostro estaba desfigurado.

—¿Te ocurre algo?

—No — contestó—. ¡Vámonos!

Y se volvió para irse.

Creí se trataría de otro de sus ataques de locura, tan corrientes.

A las seis estábamos de vuelta en la ciudad.

Aunque, entretanto, se había hecho completamente de noche, las cales estaban atestadas. Parte de la población se había retirado a sus domicilios de los que surgían toda suerte de gritos, cánticos, risas y restantes demostraciones de diversión y alegría. La alegría de la vida tan especial y aturdidora de aquella ciudad se ponía en marcha y no tenía momento fijado para acabar, por lo menos durante el tiempo que yo estuve allí.

Al descabalgar, delante del convento, me despedí de Semler con objeto de hacer una visita a los Szent-Kiraly. La casa no estaba muy lejos. Vivían a un extremo de la ciudad, en una mansión estilo regional de hacendados acomodados. En la valla del jardín montaba la guardia uno de nuestros hombres.

También esta vivienda estaba iluminada y había en ella gran cantidad de gente. Dos de los salones estaban completamente llenos. Carlota me recibió en la puerta. Llevaba ahora un vestido de tarde y pude ver lo delgada que estaba, sobre todo las caderas. Tenía la cara algo pálida y los labios color escarlata, aun cuando no los llevara pintados, puesto que llevar la boca pintada-no era corriente en aquel tiempo. Su pelo era de un tono rubio oscuro, semejante a seda, y parecía más claro de lo normal en contraste con las cejas, de un color casi azulado. Lo que más destacaba era la longitud del cuello. Su cabeza semejaba las de los faraones egipcios, con las proporciones aumentadas a causa de las altas tiaras y coronas. También podía deberse al peinado que aquel día lucía Carlota. En todo caso le confería cierta majestad y, al propio tiempo, una expresión de obstinación juvenil. Cuando me sonrió vi el resplandor de sus dientes, con un esmalte del color de la nieve, casi excesivamente blanco, como en los animales muy jóvenes, y sin ningún defecto, como la dentadura de las heteras griegas descubiertas en las tumbas. En resumidas cuentas, la vista de una persona tan poco corriente recordaba gran cantidad de cosas difusas y lejanas. El fabuloso azul de sus ojos, sobre todo, parecía reflejar grandes distancias en las cuales hubiera cielo y mares y auguraba catástrofes grandiosas y cosas singulares y magníficas. En conjunto, la impresión que recibí fue muy profunda, tanto por cómo me había recibido delante de toda la ciudad, como por, en nuestra época de mujeres triviales, ser

una mujer tan reflexiva a pesar de su juventud, tal como una renacida aristócrata de la antigüedad, de Siracusa, Cirene o Corinto; su figura tenía el resplandor y la riqueza de las criaturas de antaño. Lo que allí había sido brillo corporal aquí era brillo interior. Su cuerpo brillaba como a través de polvorientos velos, de flotantes cenizas de urnas cinerarias, con un cabello trabajado primorosamente por orfebres y luego oscurecido lentamente al correr de los años.

La estuve observando, mejor dicho, escrutando, durante mucho rato. Debió decirme alguna cosa que no oí o que dejé de contestar. En todo caso, noté que ella, sonriendo, repetía su pregunta. Me dijo, más o menos, si no deseaba conocer alguna otra persona de las que allí estaban. La seguí al momento, sonriendo, aunque algo desconcertado. Tuvimos que apretarnos para poder pasar a través de todos los presentes. Había grupos que conversaban, jugaban o tomaban refrescos; en la sala de al lado sonaba música y se bailaba, aun cuando el bailar por la tarde era todavía una costumbre muy poco difundida.

Carlota me presentó a su padre y a su hermano, mucho mayor que ella. El viejo Szent-Kiraly me estrechó entre sus brazos. Me aseguró que se sentía más que feliz al poderme conocer. Mientras tanto me iba dando golpecitos en la espalda.

—¡Oh, tu pobre madre!—exclamó—. ¡Era tan amiga de mi mujer! Tampoco ella está ahora aquí.

—¿Dónde está? — le pregunté—. ¿En Pest?

—No. Murió — explicó con una expresión muy vaga.

Yo lo ignoraba completamente y manifesté que lo sentía muchísimo.

—¡Ah! — exclamó—. Era una mujer muy buena. Era una de las mejores mujeres que han existido. Hace ya tiempo, pero parece que fue ayer cuando las dos, entonces muy jóvenes, estaban sentadas aquí, en nuestro jardín, hablando entre ellas en francés y bordando en *petit-point* o haciendo otras labores. Tu madre — añadió ante mi extrañeza — esperaba entonces su primer hijo. Aún las veo a las dos delante de mí. Llevaban grandes sombreros florentinos que les ensombrecían la cara. Las dos tenían rostros maravillosos, especialmente tu madre. Creo que llegué a estar un poco enamorado de ella... No, no puede ser que esto sucediera ayer. Ayer aún era invierno y fue en pleno verano cuando ambas estaban sentadas en el jardín. Tampoco era tu madre la que esperaba un hijo, sino mi esposa. ¡Perdona! Cada vez me vuelvo más desmemoriado. Suele ocurrir cuando uno se vuelve viejo; se confunde todo, las épocas y las mujeres. Por suerte entonces ya no se tienen mujeres, de otro modo se volverían celosas una tras otra. En verdad, no se sabe muy exactamente quién vive y quién ha muerto, ni siquiera se sabe de uno mismo. La gente se lo explica a uno muy a disgusto. Pero dejemos esto. Es mejor que nos alegremos de tenerte aquí, a pesar de que haya tenido que intervenir la guerra para que te acordaras de venir a visitarnos. Estás aquí con un escuadrón, ¿verdad? ¿Qué clase de uniforme es el que llevas? ¿De los dragones de Góndola? Un nombre divertido. ¡Perdón! ¿Cuántos oficiales sois? ¿Cuatro? Naturalmente, os alojaréis en nuestra casa. No sé por qué Carlota no os ha invitado desde el primer momento. Es muy tímida. Otra vez, y de todo corazón, sé bienvenido.

Y me restregó su bigote gris, caliente y un poco húmedo, contra ambas mejillas.

—Eres muy amable — le contesté—. Pero no creo que podamos venir aquí; vivimos todos en el convento.

—¡Es inaudito! — exclamó—. Son gente joven y se alojan en el convento. A ser posible en la propia clausura. No, vosotros os venís aquí y, además, inmediatamente.

—No será posible en modo alguno — le respondí—. La tropa está acuartelada a nuestro lado. Y, estando cerca el enemigo, podemos...

—¿Enemigo cerca? — me interrumpió—. No sé qué manía tenéis con el enemigo. No lo hay, por lo menos en todo lo que alcanza la vista y más aún. La ciudad entera se está riendo de que hayáis colocado centinelas y vigilancias por todas partes.

—Perdona — objeté—. Pero el famoso optimismo húngaro no debería hacerte ver así la situación... Está completamente justificado que nosotros...

—Nada — me interrumpió otra vez—. Todo son excusas. Pero no las doy por buenas y te vendrás a vivir con nosotros. Tus compañeros, si no quieren cambiar de residencia, por lo menos que vengan esta noche a cenar con nosotros. Nicolás — dijo dirigiéndose a su hijo—, vete inmediatamente a ver a los oficiales y les pides que vengan. De pasada haces traer el equipaje de Bagge.

La cosa quedó así. Hasta que llegaron Semler y los dos tenientes fui presentado a gran cantidad de gente: Zrinys, Marschallowskis, Rakoczys, Türheims, Rabattas, Langenmantels, Halleweyls y muchísimos más. Estuve hablando con ellos y luego fui con Carlota a la sala de al lado y bailé con ella.

Mientras bailábamos pensé: «¿Cómo es posible? Anoche atravesamos nuestras líneas creyendo que estaríamos durante varios días viendo tan sólo nieve y algunas casuchas de campesinos. Durante varias

horas no encontramos más que a tres ahorcados. Pernoctamos en un pueblo, en el cual tuve el presentimiento de que la muerte aguardaba delante de la casa. Más tarde libramos una dura batalla en la que estaba seguro que únicamente sobreviviría uno de cada cinco de nosotros. Luego volvimos a cabalgar largo tiempo sin ver a nadie y, por fin, llegamos a una ciudad, abarrotada de gente dedicada tan sólo a sus diversiones. En cambio de los rusos nadie habla. Se limitan a reír cuando se mencionan. Las estancias de todas las casas están llenas de personas que charlan entre sí y yo estoy bailando con una mujer que desde luego es la más hermosa, o cuando menos la más atractiva que haya visto jamás. Ya me besó de buen principio... ¿Cómo puedo llegar a creérmelo?» Finalmente, tuve que confesar que estaba desbordado por la situación que no comprendía y me maravillaba, y más aún por la proximidad de Carlota. Bailaba de un modo maravilloso. Su brazo izquierdo me oprimía con suave firmeza, mostraba una flexibilidad increíble y, al propio tiempo, algo de rigidez. Sus ojos, color azul marino brillante, y sobre todo su boca, estaban tan cerca de mí, que tenía que hacer un esfuerzo para mantenerme en una posición natural. Bailábamos un vals y no puedo decir lo que duró; según parece fue interminable puesto que al acabarse éramos la única pareja que seguía en el centro de la sala. Todos aplaudieron jubilosos, incluso Semler. Maltitz y Hamilton también estaban en la casa y se dedicaban a observarnos.

Me extrañó que Semler hubiese acudido con los otros oficiales. Deseaba preguntarle si no consideraba necesario que alguien se quedase de servicio, pero, después de reflexionar, lo dejé correr. Me estaba cansando tener que recordarle siempre sus irregularidades.

—¿En qué pensaba usted — me preguntó Carlota cuando volvíamos a nuestro sitio—, mientras bailábamos?

—Estuve mirando sus ojos, que me parecieron inmensos mares en los cuales navegasen galeras de oro.

* * *

Poco después nos sentamos a la mesa.

Estaba dispuesta en una estancia contigua. Había, en realidad, dos mesas y en total éramos unos cuarenta o cincuenta comensales. La comida era cuidadísima y durante la misma reinó infinita alegría. Duró bastante rato y yo me pregunté si sucedería siempre igual. En este caso, los Szent-Kiraly debían haber gastado gran parte de sus riquezas ofreciendo banquetes.

Después de la cena se jugó y se bailó. Carlota y yo nos sentamos muy juntos en un diván para contemplar a los que bailaban.

—Explíqueme usted — dije finalmente—, cómo ha sido posible, en realidad, que usted estuviese fuera de la ciudad y que me reconociese.

Carlota no me respondió inmediatamente. Guardó silencio durante cierto tiempo, luego me miró fijamente y dijo:

—Las cosas sucedieron así porque yo le amo a usted.

Yo ya había notado que ella se interesaba por mí, pero lo cierto era que no estaba preparado para una declaración tan espontánea. Fue tal la impresión recibida que no supe hacer más que agacharme para ocultar mi desconcierto y murmurar:

—¡Perdón...!

—No pretenda usted que no lo sabe — me dijo Carlota sin ninguna cortedad.

—Señorita — conseguí tartamudear—. Desde luego usted me ha demostrado cierto interés. Pero yo no soñaba siquiera en semejante declaración. Y, en todo caso, tampoco explica lo que le he preguntado. En total nos conocemos desde hace seis u ocho horas; cuando llegué a la ciudad no nos habíamos visto nunca...

—Ya le dije al principio — arguyo Carlota — que le conocía desde hacía muchísimo tiempo.

—No es posible — exclamé—. Me dijo usted que le hablaron de mí... A mí también me hablaron de usted, pero tengo que confesarle que, a pesar de ello, no fue suficiente para que surgiera en mí un verdadero interés. Me mencionó también unas fotografías...

—Usted me está resultando muy especial — replicó Carlota—. Busca explicaciones a los sentimientos, como si pudiesen estudiarse al igual que cualquier determinación, como, por ejemplo, la de levantarse porque ya es hora, subir a un coche porque se tiene que ir a algún sitio, o comprar cualquier cosa porque a uno le gusta o la necesita. Los sentimientos no son determinaciones. Aquéllos nacen por sí solos. Le he dicho varias veces que lo conocía muy bien. Mis padres me contaron muchas cosas de usted que sabían a través de su madre. Y ésta, según usted asegura, también le habló de mí. Creo que incluso se llegó a proyectar un casamiento entre nosotros dos. O sea que no se ha ahorrado ningún esfuerzo para presentarnos a cada uno de nosotros bajo su mejor aspecto. Pero todo ello carece de importancia. Sólo sirvió para

ponerme un par de fotografías en la mano, gracias a las cuales lo he reconocido. Igualmente me hubiese ocupado el pensamiento el hecho de que usted existiera aun cuando no hubiese logrado saber nada más de usted. Es posible que yo soñara asimismo con usted aun cuando usted no existiese en absoluto. Se asegura que sólo se sueña con seres que no existen. También hubiera podido quedar defraudada al verle. Ocurre muchas veces a causa de uno mismo y de los objetos y criaturas con los que uno trata. Pero usted personificó al hombre con quien había soñado. Por casualidad, si es que la casualidad existe, se convirtió en lo que yo esperaba, probablemente porque ya me había sido mencionado. Del mismo modo entra dentro de lo normal que se hubiese hablado de otra persona con la cual mis padres desearan casarme. No ha sido por la fuerza por lo que le he hecho mi declaración. No le obliga a usted a nada; puedo añadir, incluso, que usted no podría hacer nada por mí si se sintiese obligado, como tampoco podría hacer nada contra mí. Cada uno de nosotros tiene suficiente trabajo consigo mismo; nadie puede ayudar a sus semejantes. Creo yo que cada uno está solo, muy solo, completamente solo. No hay verdaderas relaciones entre los seres humanos. No puede haberlas. Cada uno, para los restantes, es sólo una causa, y nada más. Un motivo para el odio o para el amor. Pero tanto el amor como el odio nacen de nosotros y duran y mueren también con nosotros. No se teje ningún hilo de una persona a otra. Todo cuanto uno puede ser para sus semejantes es un hermoso o feo pretexto para los propios sentimientos. Por esto, cuando le vi, me sentí feliz; me gustó, era lo que yo había ansiado. Lo más que puedo esperar es que yo no le desagrade.

Estuve escuchando las poco corrientes palabras de aquella mujer sintiéndome cada vez más extrañado, sin contestar y, además, sumido en una gran admiración. ¿Era posible que hablase de aquella manera? ¿Eran aquéllas las palabras propias de una joven de dieciocho o diecinueve años? ¿De dónde sacaba todas aquellas cosas que yo tal vez llegué a pensar alguna vez interiormente sin lograr expresarlas en ninguna ocasión? En conjunto, Carlota me producía un efecto increíble. En realidad las mujeres no necesitan ser sabias, ni siquiera ser bonitas. Si todo cuanto me dijo tan hermosa muchacha lo hubiese oído a una fea, la impresión de sus palabras no hubiese sido menor. Si ellas quisiesen, las mujeres lo tendrían todo muy fácil. Si todas fuesen como debieran ser, o como pudieran, si dejasen de no hacer más que escucharse a sí mismas, si no cubriesen la voz de Dios con sus tonterías, pequeñeces y manías, si no fueran víctimas del miedo, del afán de desfigurarse y de la poca naturalidad, haría mucho tiempo que estarían sentadas sobre los tronos del mundo, en lugar de amargarse su propia existencia con las nonadas de cada día y las exigencias de hombres desagradables y mezquinos.

Sentí grandes deseos de cubrir de besos la mano de Carlota y me decidí a hablarle:

—Carlota, yo...

Pero ella me interrumpió de inmediato:

—No hable usted ahora — me dijo—. No tiene obligación de decir nada. Me siento feliz al haberle podido decir lo mucho que le quiero. ¿Qué puede usted replicar a cosa semejante? Déjeme ahora y váyase con la otra gente. Charle usted con las jóvenes y las damas, con los Langenmantel, los Zrinys, los Rabatta. Entreténgase con ellos hasta que consiga ver claramente en su interior lo que Carlota representa para usted.

* * *

La reunión duró hasta cerca de las dos de la madrugada. Llegó un momento en que los huéspedes fueron despidiéndose, pero no para irse a dormir, sino para dirigirse a algún otro sitio donde la charla y el jolgorio pudiesen continuar.

Cuando los últimos se despidieron todos nosotros estábamos un poco bebidos. Szenh-Kiraly no permitió que me dirigiese solo a mi habitación, sino que me acompañó personalmente. El dormitorio, situado en el primer piso, era bastante pomposo, decorado con seda roja y detalles dorados. Mi ordenanza me estaba esperando. Szent-Kiraly se sentó sobre la cama y se estuvo balanceando para probar si era bastante blanda. Siguió charlando por los codos, nos fumamos un par de cigarrillos y bebimos algunas copas de aguardiente que mandó traer, con lo cual resultó que casi estaba a punto de tumbarse en mi cama y dormirse. Pero reaccionó, se irguió un poco, se levantó, me besó otra vez en ambas mejillas para desearme una buena noche y salió de la estancia.

Me dejé caer sobre el lecho. Mi ordenanza me desnudó y a continuación también desapareció. Tan pronto me quedé solo tuve la sensación de que aún vendría alguien. Ésta era tan apremiante que me levanté de nuevo y cerré la puerta con llave. Volví a la cama, apagué la luz y me dormí inmediatamente.

No hacía un par de minutos que estaba sumido en el sueño cuando noté que alguien se apretujaba contra mí.

Era Carlota.

Me resultaba inconcebible cómo se las había arreglado para entrar estando la puerta cerrada con llave por dentro. Me disponía a preguntarle si hacía lo mismo siempre que tenía huéspedes, pero algo detuvo las palabras en mi boca. El cuerpo de la joven parecía de seda.

Si con mi extemporánea pregunta la hubiese obligado a marcharse, siempre más la hubiera juzgado equivocadamente. Pero así comprendí muy pronto lo mucho que ella me quería.

Carlota era virgen.

* * *

A la mañana del día siguiente dispuso Semler tres patrullas: una a las órdenes de Hamilton, la segunda mandada por Maltitz y la tercera supervisada por un sargento veterano. La primera debía explorar el valle del Laborza, la segunda dirigirse hacia Fekeschhaza y la tercera llegarse hasta una montaña, llamada Kiowisko, situada al nordeste de Nagy-Mihaly.

Todo aquel día lo pasé yo en el ensoñador sentimiento amoroso indescriptible, mejor dicho, arrebatado, que me inspiraba Carlota. Nos dimos otras pruebas de nuestra mutua pasión, por ejemplo, cuando, después de un rato de intercambio social, nos alejábamos hacia la puerta de las casas donde habíamos sido invitados a mediodía, o bien del hogar de los Triny, donde tomamos el té, para poder estar solos durante un momento. Carlota era una amante inmensamente seductora y, además, desconcertante. Apenas nos hablábamos, sino que nos entendíamos con miradas. No éramos más que dos, una pareja, aislados en medio de una multitud aterradora. Pero no veíamos más que a nosotros mismos.

Por la noche, el puesto de observación instalado en el monte Hradek anunció que desde allí arriba no se había visto ningún movimiento en toda la llanura, descontados los de nuestras tres patrullas. En cuanto éstas estuvieron de vuelta informaron que no habían chocado en ningún punto con el enemigo y ni siquiera divisaron huellas del mismo.

Carlota y yo estábamos sentados tomando el té cuando Maltitz y Hamilton entraron y nos dieron la noticia. La absoluta despoblación de la comarca y la ausencia de fuerzas rusas en ella resultaba incomprensible para mí. Debo confesar que todo ello me causaba una sensación extraordinaria e indescriptible. Semler, al recibir los informes, cogió un ataque de ira verdaderamente impresionante, tanto que todos nos preguntamos qué le sucedería. Pero al saber que no se trataba más que de un ataque de rabia del capitán de caballería que pensaba que había rusos por todas partes y no conseguía encontrarlos, todos rieron mucho. Tampoco llegaba a comprender la insólita alegría de la gente. Se comportaban como si no existiese la guerra. Lo más singular era que los tenientes dieron su informe con una sonrisa ambigua que podía tomarse en varios sentidos, como si estuviesen completamente seguros de no encontrar ningún enemigo en su camino. «¿Qué les ocurre a este par?», pensé yo. Hamilton parecía haberse contagiado del tono sarcástico de Maltitz y se divertía pinchando a Semler más de lo permitido. Llegó un punto en que este último salió disparado de la habitación. Como luego supe, fue en busca del sargento que condujo la tercera patrulla, con el cual estuvo durante una buena media hora sin lograr sacar del mismo más que de los restantes oficiales.

Al regresar, llevaba el mapa en la mano y me ordenó, con un tono de voz algo más dominado, pero que todavía traslucía mucho nerviosismo:

—Saldrás mañana, a primera hora, con tu pelotón e irás y explorarás el valle del Laborza hasta que encuentres rastros del adversario. Tienes que dar con él. En todo caso, pasado mañana por la noche regresarás aquí. Te aconsejo que no vuelvas diciéndome que no has encontrado nada.

Esta orden me produjo penosa impresión y me hizo el efecto de que pasaba de la raya. Pero no tenía más remedio que obedecerla. Pensando entre mí me dije que si no se veía al enemigo por allí es que no había ninguno, cosa que yo mismo no llegaba a comprender. Era evidente que yo no podía evocarlos haciendo el papel de mago y, en fin de cuentas, era siempre mejor no encontrar rusos que toparse con ellos y tener cuantiosas pérdidas. Estaba yo llegando a dicha conclusión cuando oí que Semler gritaba:

—¡Tenemos que encontrar al enemigo sea como sea!

Todas las personas presentes se fijaron en él y sonrieron, pero él, sin darse cuenta de nada, repitió:

—¡Tiene que estar por alguna parte! ¡Si no lo encontramos estamos perdidos!

—¿Por qué? — le pregunté—. ¿Temes que te supriman la paga? ¿Intentas acaso ganar la Orden de M.ª Teresa? ¿O bien alcanzar el título de barón? En tu lugar, yo no me preocuparía demasiado. La división llegará de un momento a otro y se darán cuenta de sobra de que por aquí no hay ni un solo ruso.

—¡Ah! — exclamó Semler—. ¡La División! Ésta...

Sin razón aparente se interrumpió, me saludó rígidamente y luego me volvió la espalda.

Tanto si había rusos en la región como si no, lo cierto era que Semler parecía haberse vuelto idiota del todo. A pesar de ello no tuve más remedio que cumplir sus órdenes y partir el día siguiente.

Por la noche estuvimos en casa de los Szent-Kiraly. Expliqué a Carlota que tenía que marchame. Ella calló durante un instante y cerró los párpados en un gesto dolorido. A continuación me dijo:

—Volverás. Pero es lástima tanto por el día de mañana y la noche, como por el día siguiente. Temo que no disponemos de muchos días ni de muchas noches.

Yo insistí que, fuera donde fuese, siempre regresaría a su lado.

Pero me pareció que Carlota se refería a otra cosa distinta.

Esta vez, la reunión se prolongó también hasta muy tarde. Luego, Carlota vino otra vez a mí.

* * *

A las siete de la mañana del día siguiente abandoné la ciudad con mi pelotón. La tierra llana aparecía completamente muerta. El toldo de nubes que cubría el cielo era bajo, sombrío y opresivo. Por añadidura caía un abundante rocío.

(Durante todo el tiempo, por lo menos mientras me fue posible observarlo en Nagy-Mihaly, la posición del barómetro fue muy poco natural, desmesuradamente baja, como jamás viera anteriormente. Se hubiera creído que se avecinaba un terremoto.)

Para decirlo en pocas palabras: cabalgué durante todo aquel día, siempre siguiendo el río y la despoblada línea del ferrocarril, pasando Homonna hasta la confluencia del Laborza y del Wirawa. La región se adentraba mucho en las montañas y en ella había gran cantidad de nieve. Llegamos a Hedjeschtschaba, donde pernoctamos. Durante todo nuestro recorrido no vimos a nadie, excepción hecha de un par de mujeres viejas que parecían brujas, algún lisiado y algún idiota de pueblo en Laborzber. Los habitantes restantes se habían ido. ¿Adonde? No lo sé. Era imposible averiguarlo. De los rusos no encontré ni la más leve señal.

El hecho me resultaba incomprensible; me rompía la cabeza tratando de adivinar cómo era posible. El ejército adversario no podía retroceder, en lugar de avanzar, sin que nosotros les hubiéramos presentado cara. No podía haberse esfumado por encima de los Cárpatos... No se oía un disparo ni nada parecido. Todo estaba completamente silencioso. En Hedjeschtschaba no había nadie; hasta los establos estaban vacíos. Para colmo helaba. Tuvimos que medio derribar dos casas deshabitadas para procuramos un poco de fuego. Luego comimos y nos dormimos después de disponer una buena vigilancia.

A la mañana siguiente semejaba que el sol no quisiese salir de ninguna manera; al parecer el fenómeno se debía a la proximidad de las montañas. Estaba oscuro y las nubes, mejor dicho, la niebla lo cubría todo. Abandonamos la desierta población y estuvimos cabalgando hasta Mesólaborz bajo una luz pesada y de color de hierro. En esta última localidad el valle se inclina hacia la derecha; allí volvimos grupas.

Según el mapa que Semler me prestara, habíamos hecho dos buenos días de marcha, pero, casi siempre envueltos por la niebla, no llegamos a ver nada de particular.

En aquel momento eran las once de la mañana y tenía que ordenar ir a marcha forzada si queríamos estar de vuelta en Nagy-Mihaly por la noche. Pero el camino de regreso fue más rápido de lo que yo había imaginado, quizá porque tomamos menos precauciones que a la ida. Lo cierto es que daban las once y media de la noche cuando entramos en la ciudad.

Nos dijeron que todo el mundo había acudido a un baile de máscaras ofrecido por un príncipe — o conde como se les llama en Hungría — cuyo nombre no recuerdo. Tal vez lo olvidé porque aquella noche los acontecimientos comenzaron muy pronto a acumularse.

Semler me esperaba intranquilo, en el exterior de la casa donde se daba la fiesta. Corría de aquí para allá, con una sola espuela de plata que tintineaba agudamente. La otra se ve que la había pisado y perdido. Al verme, gritó:

—¿Ahora llegas?

Cuando oyó mi informe verbal cogió un verdadero ataque de furia. Me vi obligado a protestar.

—Haz el favor — le dije — de reprimirte un poco. He estado cabalgando sin parar ayer y hoy; en total unos doscientos kilómetros. Estoy cansadísimo. Sencillamente, no hay ningún enemigo por donde hemos pasado. No puedo hacerlos venir para complacerte. No hay ni sombra de rusos desde aquí hasta los Cárpatos, por lo menos. Mañana...

—Sí. Mañana a primera hora — exclamó él—, volveremos. Quiero verlo con mis propios ojos. Lo cual significa que saldremos a las tres, dentro de cuatro horas. Ya que por aquí no hay enemigos, al menos según vuestros informes, podemos adelantar camino por la noche. Cuando sea de día seguro que yo los

encontraré.

—Así lo espero — le contesté yo exaltado. El que quisiera obligarnos a partir me exasperaba a causa de Carlota—. Y espero que no dudes tampoco de la veracidad de mi informe.

—Eso es asunto mío — me replicó—. Yo ya sé lo que pienso. ¿Vas a entrar a esta hora?

—Naturalmente — exclamé amargado.

—¿A pesar de tu cansancio?

—¡Claro que sí!

—Si ves a Hamilton y a Maltitz — añadió — puedes advertirles que el escuadrón tiene que estar debidamente preparado a las tres.

Sin añadir palabra recogió el mapa, tomó su abrigo y abandonó la casa, a mi parecer para dictar otras disposiciones, aunque para ello le quedaba tiempo más que suficiente. Lo seguí con la vista durante unos instantes, luego me volví soltando una palabrota y entré en la casa. Todas las estancias y salones estaban completamente repletos de personas disfrazadas. Se veían innumerables vestidos, casi todos históricos, en su mayoría de honestos granjeros de tiempos pasados, a los que yo tengo cierto odio. Es posible que por ello el conjunto me hiciera pésima impresión desde un buen principio. Además, el ambiente festivo no concordaba con mi cansancio excesivo y con mi ánimo amargado. Vestidos estilo imperio casi no se veía ninguno, y barrocos quizá sólo un par. En cambio, había gran cantidad de antiguos uniformes, fracs de funcionarios antañones bordados en oro, vestidos de corte masculinos, uniformes de húsares y de magnates y gran cantidad de capas blancas del antiguo ejército. Pero no eran completamente blancas sino que tenían cierto tono amarillento, como si fuesen más que viejas. En conjunto, parecía que toda aquella gente se hubiese dedicado a exhumar los vestidos de sus padres y abuelos de los armarios y que sin más complicaciones se los hubiesen puesto. En cambio, no se veían por ninguna parte vestidos de fantasía, dóminos y trajes exóticos. Deduje que la consigna de aquel baile era disfrazarse lo más anticuadamente posible. Por todas partes había confetti y serpentinas de papel. Todos los asistentes parecían ya un poco bebidos; la música hacía un ruido ensordecedor.

Pensé que me costaría trabajo encontrar a Carlota, pero fue ella la que acudió hacia mí; por lo visto distinguió mi uniforme inmediatamente. Lucía un traje estilo imperio muy sugestivo. La muselina, casi transparente, dejaba entrever su busto sorprendente. En su pelo brillaban gran cantidad de joyas. Le colgaba de la muñeca un abanico de marfil con agujeritos en los cuales estaban incrustadas esmeraldas. Largos guantes blancos le cubrían los brazos. Calzaba sus pies desnudos con sandalias de piel dorada. Estaba más pálida que nunca, con una palidez seductora y desconcertante. Aunque parecía imposible el color de su cara todavía disminuyó al mirarme.

—¿Qué sucede? — me preguntó.

Noté entonces que aún llevaba la guerrera de servicio, la pistola en el cinto y en la mano el casco y los guantes de montar. Tenía las botas y los hombros cubiertos de salpicaduras de barro y de restos de nieve. Estuve dudando unos instantes pero al fin me decidí:

—Carlota...

—¿Qué pasa? — balbuceó—. Habla de una vez.

—Nos vamos esta noche a las tres.

Al ver que ella no decía nada, agregué:

—Naturalmente, no hemos encontrado ningún ruso. Pero ahora Semler quiere percatarse por sí mismo con todo el escuadrón. Es un idiota, pero está decidido a irse y no...

—Ven — me interrumpió Carlota y me cogió nerviosamente del brazo—. Aquí no se puede hablar tranquilamente; ni siquiera oímos nuestras propias palabras.

Me condujo entonces entre las apreturas de los disfraces. Aparentaba estar muy nerviosa. Noté que sus labios temblaban. Me pareció que quería decirme algo pero no la comprendí. Tuvimos que atravesar bastantes salas hasta conseguir llegar a una estancia en la que, proporcionalmente, había menos gente.

—Bueno — consiguió articular mientras se sacaba el abanico de la muñeca y le dejaba caer sobre un diván—. ¿Qué significa todo esto? Acabas de llegar. ¿Por qué os marcháis tan de repente en plena noche? ¿No podrías esperar un poco?

—Naturalmente — exclamé—. Según está la situación, bastantes días. Pero Semler cree que no podría vivir sin ver al maldito enemigo.

—Sí — murmuró con la vista fija en el suelo—. Así piensa él. Todos lo dicen. Pero sería posible que estuviese en lo cierto.

—¿Qué es lo que sería posible? Rusos no los hay, ni tampoco ninguno de los nuestros, por lo menos en todo el espacio que hemos explorado. Ni yo mismo lo comprendo, pero sencillamente no hay nada ni nadie.

En lugar de alegrarse...

—¿Semler?

—Sí. En vez de alegrarse, cree que el enemigo anda por ahí y que lo encontrará. ¡El muy idiota! Se ve que quiere recibir a toda costa la Orden de María Teresa o cualquier otra, o bien que quiere ascender de grado. ¡Qué sé yo lo que desea!

Carlota calló. Como si se hubiese quedado súbitamente sin fuerza, cayó el abanico de su mano y resbaló por el borde del diván hasta el suelo. Me agaché para recogerlo. Al caer se había abierto y vi que en él, entre la parte trabajada y el borde superior, allí donde el marfil se trocaba en plumas de cisne, había una poesía escrita en letras de oro. Empezaba con las palabras:

Teniendo por todo lenguaje sólo un aletear de los...

Era uno de los más hermosos poemas de Mallarmé, el que escribió en el abanico de su esposa y en el cual dice que ella estaba delante de un espejo y que a cada golpe de abanico se iluminaba el espejo y un poco de ceniza invisible se cernía sobre el mismo.

Ayant comme par langage Rien qu'un battement aux deux Le futur vers se dégage Du logis très precieux
Aile tout bas la courrière Cet éventail si c'est lui Le même par qui derrière Toi quel miroir à lui
Limpide (où va redescendre Pourchassée en chaque grain Un peu d'invisible cendre Seule à me rendre chagrin)
Toujours tel il apparaisse Entre tes mains sans paresse.

No adivinaba cómo tal poesía había llegado a aquel abanico, pero la leí arrodillado hasta el final. Mil veces desde entonces he vuelto a leerla arrodillado. Después me levanté, plegué el abanico y se lo devolví a Carlota.

—¿De quién lo tienes? — le pregunté.

Sin contestar cogió el abanico y levantó sus ojos hacia mí. Los tenía llenos de lágrimas.

—Si te vas — me dijo—, ya nunca más volverás.

El tono con que habló y las lágrimas me dejaron nervioso, admirado y confuso.

—¿Qué quieres decir? — le pregunté—. Sabes que volvería incluso del otro extremo del mundo para verte otra vez. ¿Cómo puedes dudarlo?

—¿Del fin del mundo? — balbuceó—. No. ¡No volverás nunca más!

Tiré mis cosas sobre el diván y le cogí las manos.

—No te pongas así — le dije, apretándoselas fuertemente—. ¿Por qué crees que no volveré? ¿Por qué tienes malos pensamientos?

En lugar de responder, Carlota dejó caer su cabeza sobre mi hombro.

—Carlota — dije mientras intentaba levantarle la cabeza—, repórtate un poco. Todo el mundo mira hacia aquí. No temas nada. No son más que creencias tuyas. ¿Cómo podría ocurrirme nada desagradable no habiendo ninguna clase de enemigo...? ¿Has pensado, acaso, que podría dejarte sin... sin que te conviertas en mi mujer?

Ella levantó su cara completamente inundada de lágrimas y me miró.

—Sí — añadí—. Ya te lo quería decir hace tiempo. Creo que estamos destinados el uno para el otro. Nuestros padres lo hubiesen visto de muy buena gana. Cuando menos, era el mayor deseo de mi madre. Si es posible quiero hablar ahora mismo con tu padre. ¿Dónde está? ¿Está aquí? Vayamos inmediatamente a su encuentro.

—Pero — sollozó ella—, no es esto...

—Es todo cuanto puedo hacer para demostrarte lo que representas para mí. Te quiero, Carlota. Te quiero más que a mi propia vida.

Se colgó a mi cuello.

—Mejor la muerte contigo — me aseguró llorando — que tener que vivir sin ti. Pero, ¿cómo será la muerte si tú no estás conmigo?

—¿Qué es lo que dices, Carlota? — exclamé—. ¿De verdad temes por mí? Ya te he dicho que no debes hacerlo. ¿Qué es todo esto, finalmente? Una corta despedida por unos días, todo lo más una o dos semanas. Son muchos los que se han ido y han regresado de nuevo.

—Pero tú — balbuceó Carlota — no volverás. Lo sé.

—No te atormentes a ti misma — le aconsejé. Me levanté y la cogí de la mano—. Ven — añadí—. No tenemos tiempo que perder. Vamos ahora mismo en busca de tu padre.

* * *

Pasaré por alto la alegría estrepitosa de Szent-Kiraly al saber la noticia. La exteriorizó al estrecharme

contra su corazón con movimientos semejantes a los de las aspas de un molino con las mangas de su frac y al frotar su bigote lleno de lágrimas contra mi cara.

—¡Ah! — exclamó—. Si las señoras hubieran podido verlo.

Se refería, desde luego, a su mujer y a mi madre. Lo único que le disgustaba era que el matrimonio tuviese que efectuarse tan de repente. Hubiese deseado, pienso yo, un casamiento grandioso con centenares de invitados y con fiestas de algunos días de duración. Aun así, intentó reclutar a la mayoría de los invitados al baile para que asistiesen a la boda. Con paciencia pude hacerle desistir de su proyecto. Llegamos a ponernos de acuerdo en que únicamente estuviesen presentes los parientes más próximos, además de Hamilton y Maltitz en calidad de padrinos míos. El hermano de Carlota recibió el encargo de ponerse de acuerdo con el sacerdote.

(Este Nicolás de Szent-Kiraly sólo se me ha quedado en la memoria porque alguna que otra vez recibía encargos de su padre y los resolvía rápidamente. En cuanto al resto, al parecer sólo le interesaba la agricultura, hablaba tanto como nada, no leía y estaba casi siempre cansado o dormido. En cambio, cuando recibía algún encargo sus ojos adquirían la expresión atenta del campesino al que se le explica algo. Era, por lo menos, diez años mayor que Carlota y no se parecía a ella en nada. En realidad, tampoco se parecía en nada a su propio padre.)

Me puse en busca de los dos tenientes. Pronto los encontré en animada conversación con algunas jóvenes. Mejor dicho, Maltitz era quien hablaba con ellas haciendo gala de su habitual simpatía. Hamilton se limitaba a permanecer allí, callaba y bebía un vaso tras otro, que un criado le presentaba en una bandeja de plata. Al verme, ambos rieron y me preguntaron desde muy lejos si había encontrado a todo el ejército ruso.

—Dejad las bromas a un lado — les contesté—. Es evidente que no hemos encontrado nada. A pesar de ello, no es menos cierto que esta noche partimos a las tres.

No me querían creer.

—Pero, antes — añadí—, me caso con la señorita de Szent-Kiraly. En estos últimos tiempos os habéis comportado conmigo de un modo muy especial. A pesar de ello, os pido que queráis ser mis padrinos de boda.

En vez de contestarme de inmediato, cruzaron entre sí miradas muy poco naturales.

—¡Dejaos ya de tonterías! —exclamé irritado—. ¿Queréis ser mis padrinos o no?

—¡Naturalmente! — decidieron por fin—. Y te felicitamos de todo corazón.

En el transcurso de la hora siguiente, el rebaño de gente presente en el baile se apretujó alrededor de Carlota de Szent-Kiraly y de mí para felicitarnos. El padre de Carlota correspondía besando a todos los felicitantes masculinos y a buena parte de los del sexo femenino, cuando menos a las mujeres más jóvenes y bonitas. Nos vimos obligados a beber continuamente champaña y vino para corresponder a los brindis. Finalmente, a las dos fuimos a la Iglesia, donde nos siguieron la mayoría de los invitados al baile.

El casamiento resultó una ceremonia memorable. En el gran espacio, escasamente iluminado por algunas velas, se apretujaban las máscaras, de las que surgían destellos de las joyas y adornos, mientras el sacerdote pronunciaba la plática. La situación era tan especial y al propio tiempo tan espiritual que, en verdad, se hacía difícil creer que dentro de los disfraces respirasen personas con vida. Por fin el sacerdote unió la mano de Carlota y la mía. Este leve roce fue toda nuestra noche de bodas. A pesar de ello, pensé yo, nunca se han unido dos seres tan completamente como nosotros dos en aquel instante. Mi corazón se convirtió en el corazón de Carlota y su corazón en el mío para el tiempo y para la eternidad.

En aquel momento, Szent-Kiraly se sonó haciendo mucho ruido. La multitud se dedicó asimismo a sonarse y a enjugarse las lágrimas, mientras individualmente se acercaban a nosotros para felicitarnos de nuevo. A continuación, fuimos todos hacia el convento donde el escuadrón se preparaba para emprender la marcha.

Con un ligero abrigo sobre su fino traje y con sus sandalias de oro, casi podría decirse descalza, Carlota caminaba conmigo por la nieve y los demás nos seguían. Íbamos lentamente, con las manos unidas, sin decirnos una palabra. Así nos acercamos a la doble fila de jinetes brillantes, a los caballos que piafaban y hacían surgir un sordo rumor de las armas que entrechocaban. Semler, que con su caballo y acompañado del trompeta estaba a la cabeza del escuadrón, vino hacia nosotros con el casco puesto y nos deseó felicidades.

—Me ha sabido muy mal — afirmó — no haber podido estar presente en la ceremonia. Pero he tenido trabajo con las disposiciones necesarias para nuestra misión. También siento de corazón no poderte dejar aquí y que tengas que estar fuera unos cuantos días. La situación es muy crítica y no podemos descuidarnos. ¡Discúlpeme usted también, baronesa!

A continuación se aproximó a Carlota y le besó la mano. Luego se inclinó ligeramente delante de todos nosotros y volvió al sitio que antes ocupaba, acompañado por los murmullos de todos los reunidos con motivo de la boda. Éstos no se recataban de murmurar que su amabilidad llegaba tarde y de afirmar que consideraban la marcha nocturna una completa necedad.

Fuera como fuese, no nos quedó otro remedio que despedirnos. Miré a Carlota un instante, la estreché entre mis brazos y la besé por última vez. No había pronunciado siquiera una palabra después de la boda, tampoco lloraba ya. Se limitaba a mirarme fijamente, con una expresión insólita, con los ojos completamente abiertos y sin pestañear, como en una orden de firmes, clavados sobre mí. Me pareció que le faltaba incluso fuerza para devolver mi beso. Su boca estaba sin vida. Temí que la escena sobreexcitara sus nervios y me volví rápidamente. Estreché la mano de Nicolás y noté por última vez el bigote de Szent-Kiraly contra mis mejillas. Salvé con ligereza los diez o veinte pasos que me separaban del escuadrón y monté a caballo de un salto. Hamilton y Maltitz me siguieron y subieron a sus monturas.

En el transcurso del medio minuto que siguió antes de que Semler y el corneta montasen, reinó un silencio absoluto. Desde el caballo intenté distinguir el rostro de Carlota, pero únicamente divisé el vislumbre blanco de su vestido, visible a través del abrigo abierto. Parecía apoyarse en su padre y su hermano. Detrás de ella se apiñaba la silenciosa y sombría multitud.

En aquellos instantes me parecía que no había vivido allí escasamente unos días sino años y que me sería imposible residir en otro lugar cualquiera. Por añadidura tenía la extraña sensación, la absoluta convicción, de que no regresaría. No pensaba que todo sería distinto a mi vuelta, como siempre sucede cuando uno regresa y todo es diferente y no se parece en nada a como había sido. Lo que me ocurría era que supe con entera seguridad que me sería más fácil llegar a la luna que regresar. No tenía la más remota posibilidad de volver aquí. Aquí no. Jamás regresaría. ¡Nunca más!

En una especie de locura momentánea, en un estado de temor irresistible, sentí el fuerte deseo de tirarme del caballo, correr hacia Carlota, cogerla en mis brazos y dejarme matar antes que consentir que me separasen de ella. Pero Semler, el cual había montado entretanto al igual que el trompeta, dio entonces la orden de marcha. Quiero decir que, en realidad, no llegué a oírla pero vi correr al capitán hacia la derecha y a los jinetes, en formación de a cuatro, que avanzaban en la misma dirección. El escuadrón salió disparado por la carretera que lleva hacia el Norte, llevándome a mí consigo.

No obstante, como si hubiese roto el dique que no se limitaba a contenerme a mí sino que contenía a toda la multitud allí congregada, surgieron de la gente, hasta entonces extrañamente silenciosa, gritos, llamadas y exclamaciones. Todos nos saludaban con las manos despidiéndonos. Aún me volví otra vez para ver a Carlota. Algo semejante a un velo de nieve nocturna o de ceniza se había interpuesto entre ella y yo y no pude verla ya.

* * *

Cabalgamos durante tres días enteros y algunas horas del cuarto.

No tengo intención de ocuparme de las pequeñeces de aquella marcha. En el fondo no tienen relación con mi relato. Mencionaré sólo algunos hechos. Cerca de las nueve de la mañana llegamos a Homonna, en donde el valle del Laborza, desviándose de la Tschiroka, sigue en dirección norte. Pensé que Semler lo seguiría, pero éste tomó una ruta hacia el Este por otro valle. A mi pregunta de por qué no íbamos hacia el Norte, murmuró:

—Porque no hay nada. Tú mismo lo dijiste.

Mostraba siempre tendencia, por poco que pudiera, a no tomar la dirección norte, como si temiese algo existente en aquel punto. Encontró multitud de excusas, más o menos fundadas, para no obedecer las órdenes taxativas que el escuadrón recibiera.

En los tres días siguientes llegamos a Sinaja, Taktschany y Nagy-Polany, siempre inclinándonos más y más a la derecha, hacia las montañas y, finalmente, siguiendo un camino con profundas roderas, por un paso hacia el valle del Solnika, que pronto dejamos atrás para pasar por alturas muy nevadas, carentes de caminos, en donde los caballos tenían que abrirse paso en la nieve como si fuesen arados. Al tercer día, por la noche, alcanzamos el valle del río San, cuando la oscuridad se acentuaba. Durante todo el tiempo no vimos ni rastro del enemigo. Tampoco divisamos alma viviente, por lo menos desde Sinaja. Los pueblos estaban desiertos. Los habitantes debieron huir y no encontramos nadie que pudiera decirnos dónde estaban metidos.

La masa de nubes que parecía sostener el cielo se ennegrecía por momentos. Cubría totalmente las montañas y fue descendiendo hasta el valle para convertirse en una espesa niebla negruzca a través de la

cual avanzábamos sin saber a dónde nos dirigíamos. El alba se retrasó por lo menos una hora. También la oscuridad de la noche se adelantó igual espacio de tiempo y apenas presentaba diferencia con la penumbra que reinaba durante el día. Nevaba sin parar, pero la nevada era como un rompimiento de la nieve, como sacos de ceniza vaciados sobre nosotros y cubriéndonos de copos agrisados que parecían proceder de los volcanes que nosotros creíamos extinguidos, pero que tal vez habían reanudado su actividad. Además, durante este tercer día se nos terminaron las raciones de carne, de modo que llegamos a considerar un regalo de la suerte el que Hamilton consiguiese cazar un ciervo. Éste apareció delante de nosotros; carecía de cornamenta y nos miró sin vernos, podría decirse que con las pupilas muertas, iguales a las de un difunto. Luego huyó cojeando. Hamilton lo persiguió a caballo un corto trecho y lo mató con varios tiros de su pesado revólver americano. Fui el único en negarme a comer la carne de aquel animal que me pareció estar enfermo. Los demás afirmaron más tarde que estaba un poco duro, pero que tenía un exquisito sabor a hierbas finas.

A la mañana siguiente aún tenía que ver otra prueba de la destreza de Hamilton. Tras pernoctar aquella noche en unas cabañas medio derruidas situadas muy cerca de la orilla del río San y que nos ofrecieron el alojamiento deseado, vi, en la triste oscuridad matinal que reinaba todos aquellos días que más parecían noches, a Hamilton que, armado con una especie de bastón, se paseaba por debajo de los árboles cercanos y miraba hacia sus copas. Ante mi extrañeza me mostró el artilugio que llevaba en la mano: un arma muy larga de tipo anticuado. El americano me explicó que aquello era el llamado rifle de Kentucky, que lo había traído de su patria y que siempre lo llevaba consigo. Lo que no pude adivinar era dónde lo escondió hasta entonces. Seguramente entre los pertrechos cargados en el caballo puesto que era más alto que un hombre y a la fuerza hubiéramos tenido que observarlo hacía tiempo. No pude reflexionar mucho puesto que Hamilton se encaró el exótico artilugio, que se cargaba por la boca, y disparó un tiro contra la copa del árbol del que cayeron dos pavos salvajes. Yo no daba crédito a mis ojos. Imposible, pensé. Aquí no hay ninguna clase de pavos silvestres que vivan en los árboles. Creí estar soñando o que me había vuelto loco. Hamilton, empero, mostrando absoluta tranquilidad, colgó los pavos de la silla y montó a caballo.

A poco el escuadrón, que mientras se había reunido, se puso otra vez en movimiento. Seguíamos ahora el curso del río y nos dirigíamos al Norte. Seguramente Semler había desechado sus temores o bien el valle le atraía poderosamente. A nuestra derecha el río San hacía tal ruido que parecía arrastrar pedazos de cristal en lugar de agua y un agudo tintineo llegaba hasta nuestros oídos. El valle por el que proseguíamos nuestro camino se iba hundiendo más y más profundamente y la niebla que nos cubría y ocultaba las montañas se hacía cada vez más clara. Vimos que las cimas de éstas, con bosques de secos abetos, estaban a gran altura y apenas dejaban paso a la luz del día. Pero muy arriba y entre cada montaña, había una fina franja de luz de color plateado. Hamilton rió y dijo:

—*Every cloud has a silver-lining*!

Por contra, en el fondo del cañón el día se convirtió de nuevo en noche oscura. De pronto, surgió del río un extraño centelleo semejante al rebrillar de las olas del mar por la noche; también el suelo empezó a refulgir, como si estuviese cubierto de fósforo, y los mismos caballos y jinetes despedían una luz poco corriente, mejor dicho, estaban rodeados de un halo luminoso, al igual que si detrás de cada uno ardiese una vela. Yo veía todos aquellos cambios con una sensación indescriptible y plena de angustia. Creía estar soñando y lo mismo que en un sueño me pareció imposible moverme, hablar o gritar por mi propia voluntad. Seguía a los demás sin obligar a mi caballo, deseando preguntarles qué significaba todo aquello que estaba ocurriendo. No pude articular palabra. Los otros seguían su camino como si no notasen nada, como si no se maravillasen de nada.

Súbitamente, un poco delante de nosotros, destacó un fulgor intenso y metálico. Al acercarme más vi que se trataba de un puente que cruzaba el río. De las profundidades subían rugidos gigantescos, el fragor de cataratas de cristal que se despeñasen desde los cielos; un vapor que parecía proceder de agua muy caliente formaba un arco iris. El puente estaba cubierto de placas de metal que brillaban como oro. Sí, era efectivamente oro aquello que lo revestía.

Todo esto no podía ser verdad. Debía tratarse de un sueño aun cuando no tuviera la menor noción de cuándo había empezado. No existen puentes forrados de oro. Con un esfuerzo intensísimo, con una contracción dolorosa de todos mis músculos, pareciendo que las articulaciones de mis mandíbulas se fuesen a romper, conseguí abrir los labios y moverlos para pronunciar algunas palabras casi ahogadas por los rugidos de las cataratas.

—¿Dónde queréis ir? — pregunté—. ¿Pretendéis... pretendéis cabalgar por el puente?

—Sí — contestaron todos a una y sus voces sonaron como un coro de campanas—. ¡Nos vamos hacia allí!

Los cascos de los caballos tocaron el pavimento del puente y éste resonó como un trueno dorado.

«Yo — grité en mi interior mientras obligaba a mi caballo a apartarse a un lado—, yo no sigo con vosotros; no quiero ir al otro lado. No quiero. Debe ser un sueño y quiero despertarme.»

Y me desperté.

* * *

Estaba en medio de un puente, pero no el de oro que cruzaba el ruidoso río sino el de Hor, el puente sobre el Qndawa en el que, hacía unos ocho días según me parecía pero, en realidad, ahora mismo, Semler atacara a los rusos. Las dos piedras que al ir hacia el dique me habían tocado impulsadas por los cascos del caballo, no eran tales piedras sino dos tiros que me derribaron. Sangraba por una herida abierta en la sien y por otra en el lado izquierdo del pecho. Perdí el conocimiento a causa de la caída, pero mi inconsciencia no había podido durar más allá de unos pocos segundos. Aún tenía en los oídos el trueno aúreo de las planchas metálicas del puente tendido sobre el río de cristal, pero el ruido pertenecía en realidad al golpeteo de los cascos de los caballos contra el puente de madera que atravesaba el Ondawa. Los tablones todavía se movían y chirriaban debido al galope de los jinetes que acababan de pasar, pero ya no se veían caballos ni jinetes. El escuadrón entero había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Barrido y derribado por el nutrido fuego que continuaba por encima de mí, el escuadrón estaba esparcido por el suelo. El ataque falló tal como yo previera. Grandes riadas de rusos cubiertos con abrigos color castaño, surgían del cercano pueblo y con sus agudas y largas bayonetas clavaban en la tierra a los heridos que aún se movían. La artillería del adversario se unió a la refriega y advertí el intenso ruido y el humo venenoso y negro de las granadas japonesas. Únicamente sobrevivieron un suboficial y tres o cuatro dragones que cabalgaban conmigo a retaguardia. Hicieron retroceder a sus caballos, desmontaron y me llevaron hacia atrás protegiéndose tras el dique de contención. Cuando se disponían a izarme a una montura perdí de nuevo los sentidos.

* * *

Al cabo de muchos días desperté por segunda vez. Estaba en un hospital, en Hungría. Tendrían que transcurrir varias semanas, meses o años para convencerme de que todo cuanto había soñado mientras estuve inanimado en el puente no era más que esto: un sueño. Ni siquiera ahora estoy seguro del todo. A no ser que, si la muerte es sólo un sueño, también la vida debe poder ser un sueño. Entre ambos sueños existen puentes que conducen de aquí para allá. ¿Quién puede decir con seguridad qué es la muerte o qué es la vida? ¿Cuál es el espacio o el tiempo que median entre una y otra? ¿Dónde empiezan y dónde terminan?

En el hospital me tenían inmovilizado, con bolsas de hielo sobre el pecho y con prohibición absoluta de moverme; podía hablar pero en voz baja y muy lentamente. Por samaritana me estaba destinada una señorita ya mayor, perteneciente a la buena sociedad húngara. Conocía a todo el mundo y sabía de todo. Me contaba cosas durante horas para distraerme, pero no me permitía que contestara ni una palabra. Bien pronto me enteré de los asuntos de toda Hungría. Cada vez que me preguntaba si su conversación me aburría, negaba con los ojos. Esperaba que en alguna ocasión llegara a citar lo que a mí me interesaba y por ello escuchaba con atención todo cuanto me contaba a pesar de que no me importase. Finalmente llegó un día en que tocó el tema que tanto había aguardado. Sin saber que me uniera ningún lazo con los Szent-Kiraly, la oí pronunciar el deseado nombre.

Carlota Szent-Kiraly hacía mucho tiempo que estaba muerta cuando yo soñé que la había encontrado... Bandas de cherkeses que bajaron de los Cárpatos asesinando e incendiando cuanto encontraban a su paso, la mataron a ella, a su padre y a su hermano. La madre — de la que el viejo Szent-Kiraly dijera que hacía tiempo falleció— vivía todavía. Actualmente residía en la capital.

En resumen, parecía que yo soñé únicamente con los muertos. En mi sueño no vi a ninguna criatura viva. A ello se debían nuestras correrías por una región desértica — pero que, en realidad, rebosaba de rusos—. Por esto lo repleto que estaba Nagy-Mihaly, lugar donde se habían reunido las sombras. Por esto también mi éxodo de varios días de duración junto con el escuadrón que murió mientras yo estaba soñando. Semler era el único que siempre estuvo buscando al enemigo. Tal vez pensaba que si llegaba a encontrarlo ello querría decir que no estaba verdaderamente muerto. Pero no consiguió topar con ningún ruso. El capitán hizo el camino de nueve días hacia la muerte como prescriben determinados mitos, se dirigió hacia la tierra del sueño eterno, caminó en dirección norte hasta alcanzar el puente de Hor o de Har, donde nace el camino de los héroes que, por el puente de oro, conduce a lo irrevocable de donde nadie vuelve. Sólo yo logré pararme. Gracias a ello había vuelto. Hay quien afirma que si uno desea ardientemente volver del

camino de la muerte, lo consigue.

* * *

Después de la guerra rehice, en mi coche, el itinerario completo. Cierto es que se parecía a la ruta soñada; coincidía con el mapa que yo viera y con lo que yo recordaba de aquellos alrededores. En casos extremos, el cerebro y los nervios de una persona se ponen a trabajar de pronto con una intensidad muy superior a la normal, miles de veces mayor, y nos infunden una sensación parecida a la que deben experimentar los dioses. A pesar de lo dicho, tengo que añadir que el camino verdadero era, al mismo tiempo, completamente diferente al imaginado. El puente de Hor, sobre el cual estuve tendido durante una parte del minuto entre la vida y la muerte era, naturalmente, igual a como había sido. Sólo que ahora había en sus alrededores rebaños que pacían tranquilamente en la tierra cubierta de hierba. Al otro lado se divisaba una pequeña elevación, semejante a los túmulos que en la antigüedad se elevaban en honor de los héroes. Bajo él estaba el escuadrón entero, la hecatombe ofrecida por Semler, que en lugar de las cien víctimas rituales, constaba, en realidad, de ciento veinte. Inmediatamente después de nuestro avance, que tuvo como consecuencia la conquista de toda Polonia, llegó el ejército al lugar del combate y procedió a enterrar a los muertos. A los héroes, porque cada uno de los que mueren luchando es ya por ello un héroe. El propio Semler fue un héroe, aun cuando hablando sinceramente, se limitase a portarse como un necio...

Proseguí luego mi viaje hasta Nagy-Mihaly. Esta población, en cambio, era completamente distinta de tal como la soñara. Su verdadero aspecto era el que ofrece cualquier ciudad pequeña y casi desierta. Por contra, la comarca de su alrededor rebosaba de campesinos. Tampoco la casa de los Szent-Kiraly, que conseguí encontrar en seguida, tenía nada en común con la que yo guardaba en la memoria. Me hubiera gustado asimismo ver y visitar la casa donde antaño vivió mi madre, pero no encontré a nadie que supiera decirme cuál era.

No quise marcharme sin ver la tumba de Carlota. El emplazamiento de la misma presentaba un aspecto abandonado y selvático; sobre el montículo que cubría su cuerpo crecían matas de espuela de caballero con flores color azul pastel. Estaba delante de la tumba y no sentía nada, como si la que allí estaba enterrada fuese completamente desconocida para mí. En realidad se trataba de una desconocida. Al dar la vuelta para irme vi a un hombre bien vestido, de unos cuarenta años, en pie junto a la entrada del cementerio, que me miraba fijamente. Pensé se trataría de algún Szent-Kiraly o pariente próximo que ahora residía en la casa y que debían haberle dicho que alguien estaba visitando las tumbas de la familia. Quizá saliera corriendo de su casa para hablar conmigo y disculparse del estado desastroso en que las tumbas se encontraban. Incluso pareció sentir remordimiento y, al acercarme a él, bajó los ojos al suelo. Pero pasé por su lado sin decirle una sola palabra. Me interesaba tan poco como aquella tumba extraña para mí.

Seguí luego la ruta por el valle del río Laborza. Era completamente llano y vulgar, de ningún modo tortuoso y sombrío. Tampoco los valles que se extendían hacia el norte y nordeste estaban rodeados de montañas altísimas o cubiertos de niebla negruzca semejante al humo de las granadas japonesas. No logré dar con el lugar de la montaña donde Hamilton mató el ciervo, aunque aquel tramo lo recorrí a pie. En cambio encontré otra vez el puente al que llegamos últimamente, el puente de oro que conducía a través del río de cristal. Por supuesto, en la vida real estaba construido de madera y, por debajo de él, el San acarreaba agua en lugar de vidrio. Había varios carpinteros arreglándolo. De modo que tampoco esta vez pude atravesarlo. No niego que respiré tranquilo. Dudo que hubiese tenido fuerza de voluntad para cruzarlo y así encontré una excusa plausible para no hacerlo. Ignoro si aquel era el puente que tiene incrustadas infinidad de placas de oro y sobre el cual cabalgan centenares, muchedumbres de hombres muertos, o bien el puente de Es Sireth de los árabes, estrecho como un alfanje moruno y que conduce al paraíso, o si sencillamente era un puente de madera tendido sobre el río San. Lo cierto es que en ningún caso me hubiera atrevido a poner los pies en él.

Aun cuando normalmente me gusta muy poco fantasear, aquel extraño sueño es en mi interior una realidad palpable y fehaciente y la verdad tan sólo un leve sueño. Y por mucho que se me haya asegurado repetidas veces que Carlota Szent-Kiraly era decididamente de estatura mediana, con el cabello más bien oscuro, no fea del todo, pero en ningún caso una belleza extraordinaria, ella es para mí la muchacha que siempre soñé, la amada que ha quedado metida en lo más hondo de mi alma, resplandeciendo con aspecto de diosa a través de la lluvia de ceniza de la muerte, de los velos silenciosos de ceniza de los volcanes del reino de los muertos, la mujer que final y luminosamente se aparta hacia lo irrevocable para siempre jamás.

MARESI

Un suceso increíble ocurrió hace veintitantos años en una de las más concurridas calles de Viena.

Cuando el carretero Matthias Loy circulaba por los alrededores del Mercado entre un intenso tráfico urbano en el que menudeaban los vehículos de transporte, surgió de entre los transeúntes un hombre que parecía gozar de buena posición aun cuando vistiera bastante descuidadamente, bajó de la acera, se acercó al carro que marchaba al paso y disparó varios tiros con una antigua pistola de repetición, disparos que alcanzaron a uno de los dos caballos, una vieja yegua alazana.

La yegua sólo quedó arrodillada y no acabó de caerse por causa de los arreos. El otro caballo, espantado, se encabritó. El conductor saltó del pescante y profiriendo exclamaciones airadas se dispuso a detener al autor del atentado cogiéndolo por el cuello. Éste había dejado caer la pistola y se había quedado allí, pálido y rígido, defendiéndose como podía de los golpes del carretero y de algunos cocheros y transeúntes que habían corrido al lugar del incidente y que daban rienda suelta a su ira gritando y empujándole. Dos policías que acudieron corriendo y llegaron casi al instante pudieron a duras penas salvar al agresor de la furia de la multitud, cada vez más airada, puesto que aquél no daba respuesta ni explicación alguna a las preguntas que se le hacían. ¿Por qué cometió la locura de asesinar a un caballo desconocido? ¿Qué le había hecho el pobre animal? Se lo llevaron molido a golpes, sin sombrero y con la chaqueta destrozada. Los gritos de la multitud lo acompañaban. Debía tener de cuarenta y dos a cuarenta y tres años; anteriormente debió ser bien parecido, ahora estaba flaco y tenía el aspecto descuidado. El cochero caminó un rato separado de él, pero imprecándolo. El hombre hacía como si no oyese nada de lo que se le decía. Al llegar a la comisaría de policía dio asimismo explicaciones incompletas, poco satisfactorias. En especial afirmó que no sabía la razón que le indujo a matar al caballo. Aseguró a continuación que no recordaba el barrio donde viviera en los últimos tiempos. Finalmente quedó detenido, tanto más cuanto uno de los disparos había alcanzado la mano de una muchacha. No quiso dar ninguna explicación hasta que su caso no pasase al juzgado. Al llegar este momento proporcionó explicaciones muy extensas.

* * *

Su absurda acción tenía interesadas a las comadres y se dio desmesurada publicidad a la misma de modo que, cuando fue juzgado, había una cantidad ingente de personas que se apretujaban en la sala. A las preguntas de ritual contestó el detenido que se llamaba Franz von Hübner, que tenía cuarenta y cuatro años, de estado soltero y que, desde hacía varios meses, carecía de medios de subsistencia.

Mientras examinaba los papeles que tenía ante sí, el juez replicó que Franz von Hübner no existía y que en todo caso habría un Franz Hübner. Tras poner las cosas en su sitio preguntó al acusado si querría molestarse en dar una explicación respecto a los motivos que le indujeron a matar el caballo de Matthias Loy.

Hübner siguió callado y con la vista baja.

—¿Qué dice usted? — preguntó el juez algo molesto.

Hübner levantó los ojos y pareció taladrar con la mirada a Loy que estaba allí en calidad de testigo.

—Porque — dijo finalmente — el carretero pegaba al caballo.

—¿Pegaba?

—Sí y, además, se trataba de un caballo bastante viejo.

—Así, pues — exclamó el juez—, porque el dueño le pegaba y porque era viejo lo ha eliminado usted de golpe de este mundo.

Los asistentes empezaron a comentar entre sí hablando desaforadamente. El carretero se levantó y gritó indignado que no era cierto que hubiese pegado al caballo, sino que únicamente lo había espoleado alguna

que otra vez con el látigo, tal como estaba permitido. En cambio aquel individuo, refiriéndose a Hübner, sólo había actuado contra el querido animal por pura maldad. El juez intervino y le ordenó que guardase silencio hasta que fuese interrogado. También se intimó al público a que se callara.

Mientras, el acusado observaba al juez y cuando se restableció el silencio, dijo:

—Ya dije que nadie comprendería porque maté al caballo.

—La aclaración de este asunto — intervino el juez con severidad — no le compete a usted sino al jurado.

Hübner se encogió de hombros.

—Si así lo cree usted — dijo—. Primeramente debo decir que el animal no era un vulgar caballo de tiro, sino una yegua pura sangre. Pero teniendo ya más de veinte años de edad y en el deplorable estado en que se hallaba no podía adivinarse el espléndido animal que fue un día. Se llamaba *Maresi*. Su padre era *Scherasmin*, uno de los mejores garañones de los *Lesczynskischen*, un semental soberbio, y su madre se llamaba *Scheherazade.*

—¿Cómo lo sabe usted? — preguntó el juez.

—Lo sé perfectamente — explicó el acusado — con absoluta certidumbre, porque la yegua me perteneció hace tiempo y yo mismo la eduqué en mi propiedad, cuando todavía poseía una.

Un estremecimiento recorrió la sala.

—Dicha propiedad — prosiguió Hiibner — se llamaba Sankt Marien. Yo la dirigía tras habérmela legado mi padre. En aquella época contaba yo veinte años escasos, pero procuré continuar la cría de caballos pura sangre que él iniciara. Poseíamos tres yeguas de cría: *Ayescha, Fátima y Scheherazade*. Esta última esperaba un potro. Todavía recuerdo perfectamente el día en que éste vino al mundo. Mi madre, que en aquella época vivía aún, había invitado a nuestros vecinos más cercanos, el conde y la condesa de Steinville, a tomar el té. Trajeron consigo a Blanca, la menor de sus hijas. Ésta debía tener entonces unos cinco años.

El juez tamborileaba con el lápiz sobre la mesa.

—¿Pertenece todo esto al caso? — preguntó.

—Efectivamente — afirmó Hübner y tras una pausa continuó—. Fue en septiembre. Estábamos tomando el té en nuestro saloncito. Steinville y yo nos aproximamos a la ventana, que estaba abierta; encendimos unos cigarrillos y contemplamos el patio. En aquellos momentos *Scheherazade* cruzó por delante de nosotros. Había dado orden de que la sacaran de la cuadra una hora por la mañana y otra por la tarde y que la pasearan conduciéndola con la mano. Expliqué al conde que se esperaba al potro de un día a otro. En aquel preciso momento oímos el toque de trompetas.

—¿De qué trompetas? — preguntó el juez.

—En las cercanías había una división de caballería que desde por la mañana hasta la noche estaba de maniobras en los campos ya segados. El sonido de las trompetas venía de muy lejos, pero desasosegó a *Scheherazade*. A casi todos los caballos, aun cuando no hayan pertenecido al ejército, les produce un efecto especial tanto el toque de trompeta como la música marcial. *Scheherazade* empezó a bailotear y a moverse alrededor del palafrenero que la cogía por el bocado. Cuando volvía a tranquilizarse se oyó otro toque de trompeta, esta vez mucho más cerca. El animal dio dos o tres saltos, a pesar del palafrenero que intentaba contenerlo, y tiró al muchacho al suelo. Nosotros gritamos desde la ventana. La yegua arrastró al muchacho durante un trecho, luego hizo saltar el bocado con un movimiento muy ingenioso, corrió hacia una esquina de la casa y desapareció en el parque. El palafrenero se levantó inmediatamente, corrió tras ella, pero no la pudo alcanzar. *Scheherazade* atravesó el parque al galope y pudimos ver cómo saltaba la tapia del jardín. Nosotros dejamos el salón, bajamos la escalera y nos dispusimos también a seguirla.

—¿Y qué ocurrió? — preguntó el juez interesado.

—La yegua se fue en pos del regimiento, el cual se estaba preparando para un ataque simulado según pudimos advertir. Al llegar Steinville y yo junto a la tapia del jardín vimos que el animal estaba pasando en aquellos momentos por detrás de una de las largas formaciones de jinetes, bajo las patas de cuyos caballos surgían nubes de polvo. La yegua desapareció tras ellas. Más tarde nos dijeron que había alcanzado a los escuadrones, galopado a través de la tropa preparada con los sables desenvainados y en alto, dejado atrás a los oficiales y que no se había detenido hasta que se acercó a unos cien pasos de las supuestas líneas enemigas y se tocó la orden de alto. Cuando se disipó el polvo se vio a *Scheherazade* parada junto al general. Bailoteaba mientras mordisqueaba la hierba que por allí había. Empezaron a reunirse militares que reían y se preguntaban de dónde había salido aquel caballo. Precisamente en aquel instante la yegua vaciló, inició su lucha vital y empezó a dar vida a su potro...

Corrieron murmullos entre la gente que estaba oyendo la explicación.

—Primero nadie sabía lo que estaba ocurriendo — prosiguió Hübner—, pero pronto saltaron de su caballo dos o tres veterinarios del regimiento y se acercaron al animal. Cuando nosotros conseguimos llegar

junto a la yegua, el regimiento formado se había apartado hacia un lado y el potro ya estaba en el mundo. Era una potranca hermosísima. Blanca se escapó de junto a su madre y también vino corriendo, llena de entusiasmo por ver el pequeño caballo. Gritaba, reía y lo acariciaba, a pesar de que aún estaba completamente mojado. También a nosotros nos llenaba de contento que todo se hubiese desarrollado naturalmente. Lo primero que hicimos fue dar un nombre al potro. Yo ya tenía pensado uno para el caso de ser una yegua: *Sobeida*. Pero como nació frente al regimiento de dragones de María Teresa, le pusimos el nombre de *Maresi.*

—¿Cómo? — preguntó el juez.

—*Maresi*. El nombre que familiarmente se daba a María Teresa. Condujimos a la yegua lentamente a casa y la potranca seguía detrás por sí sola, intentando mamar de su madre. Blanca continuaba acariciándola. La niña me preguntó infinidad de cosas sobre caballos y tuve que explicarle todas las historias acerca de ellos que conocía. Cuando le dije que la potranca se conocería por su nombre entero, como se hace siempre con los pura sangre, es decir con su nombre añadido al de sus padres, *Maresi* de *Scherasmin* y de *Scheherazade*, quiso saber también quiénes fueron sus abuelos y bisabuelos. Yo expliqué a la niña que los pura sangre descendían de caballos anglosajones y árabes y que estos últimos procedían de las célebres yeguas del Profeta. Retrocediendo en el tiempo, todos eran descendientes de los caballos salvajes, que eran pequeños y overos, de cuello grueso y con las crines negruzcas y de los cuales todavía queda alguno en Mogolia. También le mencioné las grandes yeguadas americanas, de las cuales sacaban sus caballos los indios, y que dichos caballos americanos descendían de los que llevaron los españoles y que con el tiempo se habían vuelto montaraces. Que hacía muchos muchísimos años fueron transportados por mar por orden del Emperador, cuyo imperio era tan grande que el sol jamás se ponía en sus dominios.

El acusado dejó de hablar. Parecía como si buscase algún recuerdo. El juez aprovechó la pausa para decir:

—Siga usted, pero cíñase a lo estrictamente necesario.

—La potranca — prosiguió Hübner—, estuvo algún tiempo junto a su madre. Luego la llevamos a la pradera. Cuando el animal tuvo dos años lo confié a un entrenador. Demostró ser muy bueno para las carreras, pero al año siguiente quedó relativamente en mal lugar. En resumen, mientras que en los tramos cortos no hacía nada de particular, corría estupendamente las distancias largas y también saltaba muy bien. Desde luego venció en bastantes carreras de obstáculos. Luego me llevé la yegua a casa y cabalgué en ella durante dos o tres años, especialmente durante las partidas de caza. En Pardubitz quedé campeón y gané el gran premio de dicha ciudad montando a *Maresi.*

Ni el juez ni ninguno de los asistentes parecieron tener la más mínima idea de que el gran Premio de Pardubitz era la carrera de obstáculos más difícil del reino. El juez se limitó a decir:

—¡Ah, sí! ¿Y qué ocurrió luego?

—Entonces — explicó Hübner — se declaró la guerra. Me uní a mi regimiento junto con la yegua y otros dos caballos. El regimiento entró en acción inmediatamente. Durante los primeros meses de la guerra la caballería combatía aún con los clásicos uniformes, llenos de colorido. Llevábamos pantalones rojos, guantes de manoplas, cartucheras doradas, cascos altísimos con brillantes relieves representando leones a ambos lados de la cimera. Llevábamos asimismo una capa de piel colgada de los hombros y los cordones dorados de la misma nos los atábamos alrededor del cuello para protegernos de los sablazos. Los regimientos ofrecían un aspecto maravilloso y todos nosotros creíamos que combatiríamos montados sobre nuestras caballos. Pero, naturalmente, no llegamos a hacerlo. En cuanto surgían los jinetes con sus coloridos uniformes eran batidos por el fuego de los rusos, camuflados en sus uniformes color de tierra, que se acercaban en cantidades ingentes. Nosotros no teníamos más remedio que desmontar de los caballos y luchar a pie. Por lo tanto no vimos a nuestros caballos durante meses. La última vez fue durante el avance de 1915, cuando los rusos se retiraron en toda Polonia, pero en aquella ocasión sólo cabalgábamos durante las marchas. A continuación empezó la verdadera guerra de trincheras. Los caballos estaban muy detrás del frente; en primavera nos los quitaron del todo para utilizarlos en el arrastre de cañones y otro material pesado. Los oficiales tuvimos que vender nuestras monturas puesto que dejamos de recibir comida para ellas. Me vi obligado, pues, a vender a *Maresi*, aunque me dolió muchísimo. Dios sabe lo que debió pasar el pobre animal en los años siguientes. Es muy probable que lo destinaran a un Intendente o bien que arrastrase grandes y pesados cañones. Pensé muchas veces en la yegua y también que no es vida para un caballo cuando hay gas y tanques y cuando se utilizan tractores y vehículos a motor. Llegué a pensar también que quizá hubiera muerto, cosa que me apenó grandemente por lo cariñosa que se había mostrado siempre *Maresi*, sobre todo cuando al resoplar frotaba sus ollares contra mi mano.

El acusado hizo una pausa mientras en la sala reinaba silencio completo.

—Después de la guerra — siguió al cabo de unos momentos—, regresé a mi finca. Mi madre había muerto entretanto y los cultivos estaban totalmente abandonados. Tampoco iban mucho mejor las cosas en casa de los Steinville. No les quedaba ningún trabajador ni ningún caballo. Nos dijimos que lo que debíamos hacer primeramente era conseguir cuantos caballos pudiéramos de los que volvían al campo. En aquellos momentos, en todas las carreteras y ciudades se deshacían los trenes y baterías y podía obtenerse un caballo a cambio de un bocadillo. En las ciudades de provincias había riadas de caballos que no pertenecían a nadie y que vagaban sin rumbo fijo durante días e incluso semanas. Reunimos tantos como creíamos nos sería posible alimentar. Pasamos grandes apuros para lograr hacerlos sobrevivir durante el invierno. Teníamos que comprarles la comida a precios exorbitantes. En primavera, empero, pudimos enviarlos a los prados y muy pronto empezamos con los cultivos.

»El hijo de Steinville había muerto durante la guerra. Blanca debía contar catorce o quince años cuando volví a verla. Lo primero que me preguntó fue dónde estaba *Maresi*. Le contesté que no lo sabía, que me vi obligado a vender el caballo. La muchacha dijo que era una lástima, que le tenía gran estima y que aún recordaba perfectamente el día que llegó al mundo. Me habló otras muchas veces de la yegua y finalmente le prometí que haría lo posible por averiguar si aún vivía. Quizá conseguiría saber dónde la llevó la comisión que en 1917 se quedó con ella. Poco después, al ir yo a Viena, me informé en el ministerio de la Guerra y en los comandos que todavía quedaban. No pudo encontrarse ningún documento, ya que la venta se hizo en Polonia. Escribí entonces a varios amigos míos residentes en Polonia y Hungría y les rogué que hiciesen cuanto pudiesen para informarse sobre aquel asunto. Pero no había la más remota pista de *Maresi*. De no haber muerto, tanto podía estar en Istria como en Rumania, Bohemia o Croacia, o en otro lugar cualquiera de la antigua Monarquía. Finalmente me dirigí a los tratantes de caballos y describí la yegua y sus particularidades lo mejor que pude. Al correr del tiempo se me presentó mucha gente con caballos que pretendían venderme, asegurándome que aquel era el animal que yo buscaba. Pero llegó un día en que recuperé la yegua de una manera espectacular.

»Apareció de pronto en una escuela de equitación vienesa, dos años después de terminada la guerra. No podía saberse de dónde la sacaron los dos hombres propietarios de la escuela. En todo caso la utilizaban para dar clases de equitación. La gente que había hecho dinero con la guerra, es decir los nuevos ricos, empezaron a dedicarse a montar a caballo porque encontraron que era una cosa de buen tono. Cuando en verano acudían a los balnearios, las escuelas de equitación organizaban en dichos lugares carreras sobre el terreno, ya que el veraneante es un mono de imitación de las costumbres de los habitantes del campo. Sea como fuere, lo cierto es que, por las razones antedichas, *Maresi* fue en el mes de julio de hace unos diez años, a un balneario situado muy cerca de Sankt Marien.

»Los que frecuentaban aquel tipo de escuelas de equitación eran casi siempre pésimos jinetes. Un día, durante una cabalgada, *Maresi* tiró de la silla a uno de estos individuos que se lucraron con la guerra y huyó. La inteligencia de un caballo es muy pequeña, nadie debe equivocarse con respecto a ello. En cambio posee instintos profundos y heroicos, por ejemplo, la voluntad de vencer y también la alegría de luchar. Pero las propiedades características de un caballo no se purden ni siquiera comparar con las de un perro. De todos modos los caballos recuerdan perfectamente el camino que conduce a la cuadra y también algunas veces los lugares en los cuales vivieron otra vez. A *Maresi*, al escaparse, le debió parecer conocida la comarca y siguió galopando. En todo caso aquel día estaba yo en el patio con un tratante que me quería endilgar una yegua alazana cualquiera, pretendiendo que era la que yo buscaba. De pronto oí un claro y tembloroso relincho que sonaba fuera de la cuadra, cosa que me asombró puesto que todos mis caballos estaban en aquel momento empleados en el transporte de la cosecha. Seguí todavía hablando algunas palabras con el tratante, pero como el relincho se repitió, fuimos ambos hasta el establo para ver qué sucedía. Entonces vi que *Maresi* se acercaba a mí arrastrando las riendas y con la silla atada bajo el vientre, pero con la cabeza levantada, y sus relinchos tenían un tono claro y argentino.

Un murmullo recorrió toda la asistencia, murmullo que demostraba que todos se hallaban conmovidos sentimentalmente, lo mismo que si estuviesen contemplando una película enternecedora. Pero Hübner frunció las cejas y prosiguió apresuradamente:

—Como es natural, compré el caballo a los propietarios de la escuela de equitación en seguida. Éstos, al ver que yo lo deseaba fuera como fuese, se aprovecharon y pidieron un precio excesivo por él, que yo pagué sin protestar. A continuación monté sobre *Maresi* y me dirigí a casa de los Steinville. Blanca estuvo más que contenta y aquella misma tarde nos prometimos.

Al pronunciar estas palabras el rostro del acusado tomó un violento color rojo. Luego prosiguió con cierta precipitación y embarazo:

—Queríamos casarnos en cuanto Blanca cumpliese los veinte años. Mientras, me dispuse a mejorar mis

métodos agrícolas para poder ofrecer a mi mujer una vida decente y tranquila. Primero adquirí varias máquinas y el año siguiente usé incluso tractores. Vendí todos los caballos de tiro y solamente me quedé con *Maresi* para poder cabalgar por los campos. Vendí asimismo los caballos que tiraban de los coches y carruajes de Sankt Marien y me compré un automóvil americano. Con todos estos cambios de orientación y adquisiciones comenzaron mis desdichas. En primer lugar tuve una cosecha malísima, luego concerté muchos créditos en el momento en que la inflación llegaba a su fin. Demostré ser muy poco previsor y era evidente que nunca podría devolver las sumas que me habían prestado.

»Steinville lo observó todo con profundo malestar. Debía darse cuenta de lo que me estaba ocurriendo, pues circulaba gran cantidad de letras firmadas por mí. Encima empezaron a descender los precios de los cereales, en parte a causa de la importación húngara, rumana y transoceánica y en parte por la superproducción provocada por la instalación de máquinas en casi todas las explotaciones agrícolas. Mi vecino obró con mucha más cautela que yo y pudo superar la crisis. Trabajó mucho durante los últimos años y estaba libre de deudas. Tampoco había dejado los caballos para lanzarse a la adquisición de maquinaria. Yo en cambio, a pesar de trabajar encarnizadamente, apenas alcancé a pagar los intereses de mis deudas y a renovar mis letras de cambio.

»No hablábamos nunca directamente del empeoramiento de mi situación económica, pero al acercarse la fecha en que Blanca y yo teníamos proyectado contraer matrimonio, los Steinville no hicieron ningún preparativo. La fecha de la boda se aplazó tácita y silenciosamente. Blanca tenía siempre los ojos llenos de lágrimas y yo mismo no estaba menos triste que la muchacha. Pero no me atrevía a forzar la boda. Mi situación era tan insegura e iba empeorando más con el transcurso del tiempo, que no podía unir mi vida a una mujer para convertirla en una desdichada. Probé de mejorar mi posición vendiendo algunas parcelas y expliqué a los Steinville que me deshacía de ellas porque no me eran de utilidad para su explotación agrícola. Vendí también todas las joyas que heredara de mi madre. Pero todo ello únicamente servía para contentar durante un corto tiempo a los acreedores más exigentes. Finalmente Steinville me condujo a una posición desairadísima.

»Compró, tal vez inducido por su hija o porque quisiera ayudarme a remontar mi situación, algunas de mis letras de cambio. Luego me hizo una visita y me informó que las tenía en su poder. Tenían que cancelarse dentro de dos semanas, pero si me era molesto hacerlo, podrían renovarse sin dificultad. Había sido una suerte, añadió, que hubiesen llegado a sus manos por pura casualidad, ya que siempre sería más cómodo para mí que las tuviese él en lugar de cualquier persona extraña.

»Es muy posible que lo pensase tal como decía. Y si Blanca lo había forzado a comprar las letras sólo lo habría hecho para evitarme incomodidades y molestias, pues creería que yo podría arreglar las cosas mejor con su padre que con cualquier otro. Pero el hecho de que Steinville poseyese mis letras de cambio me sentó como un tiro. Yo me había propuesto volver a renovarlas, pero teniéndolas él ya no podía pensar en hacerlo y no me quedaba más remedio que pagarlas. No debía permitir, creía, que se enterase de lo apurado de mi situación puesto que de ser así tenía que perder toda esperanza de poderme casar con Blanca.

»Por lo tanto me levanté y, tan tranquilo como me fue posible, dije que desde luego me haría cargo de las letras en cuanto él quisiese. Los siguientes catorce días los pasé reuniendo todo el dinero posible y sacándolo de los más diversos lugares. Tuve que vender algunos cuadros antiguos que aún conservaba, la poca plata que había en casa y, finalmente, también a *Maresi.*

»No me dieron mucho por ella. Se había vuelto vieja y los caballos estaban entonces muy mal pagados. Se me hubiese roto el corazón al ver cómo la sacaban del establo si mis restantes preocupaciones no hubiesen sido tan agobiadoras hasta casi hacerme olvidar al caballo.

»Cuando las letras vencieron, fue Blanca quien acudió en lugar del anciano Steinville. Su padre no se encontraba muy bien, dijo la muchacha y temía pudiese enfermar gravemente. En un principio no quería ella aceptar el dinero de las letras. En resumen, todo aquello no era más que una formalidad, arguyó reiteradamente. Es muy posible que tuviese plenos poderes para solventar el asunto en el caso de que yo no dispusiese del dinero suficiente. Afortunadamente pude entregárselo. Luego estuvimos paseando por la granja. Como que la cuadra de *Maresi* estaba vacía le dije a Blanca que la yegua estaba en casa del veterinario. Antes de subir al coche para irse, la joven empezó a llorar. Yo intentaba tranquilizarla pasándole una mano por el cabello, pero no pude pronunciar una sola palabra. ¿Qué podía decirle a mi prometida?

»Desde entonces fui cada vez con mayor rapidez al encuentro de mi ruina. Al cabo de unos meses comprendí que no podía sostener por más tiempo la propiedad. Esto ocurrió hace dos años, en otoño. Las letras firmadas por mí que aún circulaban fueron protestadas y, una vez cumplidas las formalidades de rigor, se fijó la subasta de Sankt Marien para mediados de noviembre.

»Hacía tiempo que no veía a los Steinville, me hubiera resultado imposible atreverme a mostrarme ante sus ojos. También ellos parecieron querer evitarme un bochorno y dejaron de visitarme. Se decía, además, por la comarca, que Steinville estaba enfermo del corazón. Dos días antes de la subasta me atreví por fin a llamarlo por teléfono para pedirle ayuda.

»Fue Blanca quien se puso al aparato. Me dijo que su padre estaba bastante mal, pero que le transmitiría mi petición inmediatamente. Al interesarme por la salud de mi vecino, su hija me explicó que padecía de hidropesía desde hacía varias semanas.

»El día siguiente su administrador me trajo una carta en la cual Steinville me notificaba que si en la subasta le era posible adquirir la propiedad, yo podía desde luego contar con ella. Para el caso había nombrado a un apoderado con plenos poderes. Yo le di las gracias por escrito y le deseé una pronto mejoría.

»Dos días después había muerto.

»A causa de ello estaba también yo completamente perdido. Antes de que la herencia estuviera arreglada (y podrían pasar meses antes de que se liquidara), los Steinville no podrían disponer de ninguna suma. Por añadidura tendrían que pagar derechos reales muy elevados, o sea que no les sobraba dinero para ayudarme a mí.

»El día de la subasta partí muy pronto de Sankt Marien en un coche de alquiler. La noche anterior nevó y ahora la nieve fundida formaba charcos que reflejaban el cielo, que seguía de color gris como la ceniza.

»Cuando pasé por el pueblo sonaban las campanas. En aquel momento estaban enterrando a Steinville. Mandé parar el coche, bajé y me coloqué junto a los aldeanos y personas menos importantes que rodeaban la tumba. Blanca y la condesa, cubiertas con enormes velos negros, estaban entre un grupo de parientes. Me mantenía apartado, deseando que nadie me viese. Pero cuando, antes de terminar la ceremonia, me disponía a subir de nuevo al coche, repentinamente vi que Blanca estaba a mi lado.

»Se levantó el velo; sus ojos estaban tan rojos como si sobre dos zafiros hubiese caído un rocío de sangre. Se colgó llorando de mi cuello y me rogó que no la abandonase. Me quería igual que siempre me quiso. Ahora que había heredado tenía que casarme con ella y regentar la propiedad.

»Me resultó muy difícil y penoso tener que decirle que no podía hacer una cosa semejante. Ahora no era nadie ni tenía nada que me perteneciera. Ella podría casarse cuando quisiese con un hombre joven y además rico, con el cual viviría mejor que conmigo. Era suficiente que yo hubiese arruinado mi finca, no podía a continuación hacer lo mismo con la suya.

»Después la besé, subí rápidamente al coche y ordené al cochero: «¡Vámonos!» Blanca quería obligarme a quedarme y me llamó varias veces, pero mi corazón no hubiera resistido el mirarla ni una sola vez más.

»Por la tarde llegué a Viena.

»Para decirlo en pocas palabras: probé de invertir el resto del dinero que me quedó después de la subasta en varias empresas, con lo cual no conseguí más que perder asimismo dicho resto. A continuación obtuve un empleo en una empresa constructora, pero a poco lo perdí cuando la compañía se disolvió. Desde entonces no encontré nada más. Cuando hube gastado mi última moneda, cogí mi pistola de reglamento, entré en un café y escribí un par de cartas de despedida. Luego salí a la calle para suicidarme en un parque cualquiera. En aquellos momentos vi de nuevo a *Maresi.*

»La reconocí de inmediato, aunque estaba muy dejada y desmejorada. Había envejecido en exceso, estaba muy flaca y completamente desatendida. Tiraba, junto con un alazán gris muy malo, del carro de este hombre de ahí.

Al pronunciar las anteriores palabras, el acusado señaló a Matthias Loy. Todo el mundo miraba al carretero que, de pronto, se sintió sumamente incómodo y se dedicó a pensar cómo podría salir de aquella molesta situación.

—Tan bien como con usted — dijo finalmente—, donde la yegua no tenía que hacer nada en absoluto, es natural que no pudiese estar conmigo.

—El carro — añadió Hübner — iba cargado con exceso y los pobres caballos tenían que hacer un esfuerzo desesperado para poder seguir adelante. Y este hombre no dejaba de pegarles con el látigo.

—¿Quién? — gritó Loy — ¿Yo?

—Sí. Usted. — El acusado se dirigió de nuevo al juez—. Me acerqué en seguida a *Maresi*, fui andando junto al caballo y le acaricié las crines de la frente. Luego miré hacia atrás, hacia el carretero, y le pregunté cómo se atrevía a pegar de aquella manera a los caballos, encima que los pobres arrastraban tanto peso de la mejor manera que podían. Pero él me gritó que aquello a mí no me importaba.

—¡No sucedió nada de eso! — exclamó el carretero—. Tampoco es verdad que pegase a los caballos, sólo los hacía mover un poco.

—¡Cállese usted! —intervino, el juez—. Ahora está hablando el acusado.

—Le dije que era una maldad pegar a los caballos y aún más siendo tan viejos y estando tan mal alimentados?. Él empezó a gritar que los caballos eran suyos y que era mucha insolencia meterme donde no me importaba, y que si no me marchaba en seguida me daría a mí también un poco con el látigo. Y al decir esto volvió a golpear a los animales.

—Este tipo haría mejor cerrando el pico — se entrometió de nuevo el carretero—. Ya he dicho y repetido que no los pegaba de verdad. No soy de esos que se dejan atropellar por cualquiera.

El juez perdió la calma y le advirtió irritado que lo echaría de la sala. Cuando el carretero empezó a renegar, el juez ordenó con palabras entrecortadas por la ira que lo detuviesen y lo metiesen en el calabozo. El carretero fue sacado de la sala entre el consenso general del público. El acusado lo siguió con la mirada.

En cuanto se restableció el silencio, Hübner se volvió hacia el juez y continuó:

—Seguí discutiendo con ese hombre hasta que pasamos al lado de un policía al cual me dirigí. Pero, naturalmente, el carretero había dejado de golpear a los animales, por lo cual el guardia no me creyó. En cuanto lo perdimos de vista, empezó de nuevo el hombre a molerlos a golpes. Yo creo que lo hacía más para molestarme a mí que para hacer daño a los caballos. En cuanto lo noté, me alejé un poco del carro y lo seguí caminando por la acera.

»Fui durante cuatro días al lado del carro. No quería separarme de los caballos y dejarlos solos en su desgracia. Los acompañaba hasta que por la noche los conducían al establo. Pernoctaba en cualquier sitio, dormía sobre un banco y, por la mañana, estaba de nuevo allí cuando el carro se disponía a salir. Veía constantemente cómo golpeaban a los caballos, pero cada vez que hacía una denuncia contra el cochero a cualquier agente de la autoridad, aquél se comportaba tan santa y astutamente que se daba más crédito a sus afirmaciones que a las mías. Con algunos de los guardias ocurrió que volvían a tener servicio al día siguiente por algún lugar donde nosotros pasábamos y me tomaban por un quisquilloso o un maniático y ni siquiera me hacían caso. Llegué por fin a la conclusión de que no tenía más remedio que comprar la yegua al carretero. Tal vez hallaría algún medio para reunir el dinero necesario. En todo caso la yegua no tenía ahora demasiado valor... El hombre me pidió un precio tan exorbitante que tuve que dejar de pensar en la compra. No me era posible reunir tanto dinero y él no quería oír hablar de rebajarme el precio. Dios sabe las veces que le pedí y rogué que me dejara de una vez a *Maresi*, pero él sin escucharme siquiera subió al pescante y siguió como siempre maldiciendo y golpeando a los caballos. Continué unas cuantas horas más al lado de mi yegua, para ver de librarla de las peores crueldades, pero llegó un momento que decidí que no me sería posible prestar ninguna ayuda efectiva. *Maresi* era ya vieja y no tenía ningún porvenir. Por lo tanto me acerqué al tiro de caballos, saqué rápidamente mi pistola y maté a *Maresi.*

La explicación fue acogida en un silencio absoluto. A poco el acusado continuó:

—Fui soldado de caballería austríaco y sé que era mi obligación hacer lo que hice. En la cárcel me ha venido a ver Blanca de Steinville y le he pedido que entregara otro caballo al carretero; me ha asegurado que así lo haría. Más tarde, cuando esté libre, iré a la finca de los Steinville e intentaré no volver a desperdiciar mi vida. Ya que la yegua que he matado ha impedido que me suicidase. Disparé los siete tiros que había en el arma, pues al ver lo lentamente que caía quise acortar su lucha con la muerte. De este modo no quedó ninguna bala para mí. Puede que sea ésta la verdadera razón de que haya visto de nuevo a *Maresi*. Es muy probable que ella no me reconociera; los caballos pocas veces recuerdan a un hombre determinado. Pero el que ella se haya puesto ante mí para impedir mi muerte ha sido su último servicio. Era todo cuanto aún podía hacer por mí, aunque *Maresi*, con su pequeño cerebro de irracional, no pudiese imaginar siquiera el gran favor que me estaba prestando. No todos los hombres saben tampoco la misión que tienen destinada.

El juez se levantó. Con un par de palabras entrecortadas por la emoción dejó en libertad al acusado.

EL VEINTE DE JULIO

En el año 1936 un tal Alberti se casó en Viena con la hija del doctor Joël. Ambos hombres estaban unidos por la común afición a los estudios lingüísticos. Joël, hijo de un rabino, era médico y dedicaba sus horas libres al estudio de idiomas orientales, tarea en la cual fue iniciado en un principio por su padre. Joël se había especializado en el estudio de las raíces de las palabras arábigas. Alberti se ocupaba de un trabajo en el cual tenía que confirmar la relación existente entre la religión lunar de los sabeos y el culto a Jeovah, tesis que preparaba para ser nombrado catedrático. Debido a la índole de sus investigaciones tuvo que dirigirse a Joël para obtener información complementaria. Éste se mostró bastante libre de prejuicios, no sólo al admitir los descubrimientos y opiniones de Alberti con respecto al sencillo y asombroso comienzo de una religión, sino también al aprobar la unión del mismo con su hija. Suzette Joël era en aquel tiempo una maravillosa joven de diecisiete años.

Aunque el padre no tuvo nada que oponer a aquel matrimonio, no ocurrió lo mismo en la Academia y más aún en aquel entonces. Hacía tiempo que se tendía por todos los medios a mantener la pureza de una raza que en realidad no existía. La cátedra de Alberti se vio en un gran peligro. En 1938, cuando el país cayó víctima de la dominación alemana, la perdió irremediablemente. Pero esta circunstancia hubiese sido menos dolorosa de no haberse hundido también su autoridad científica. Al principio de la guerra el ministerio de Asuntos Exteriores le ordenó de mala manera que tradujese al alemán los documentos, escritos y despachos cifrados orientales que se relacionaban con un levantamiento que se pensaba provocar en el Próximo Oriente y en África del Norte. Alberti no se atrevió a rehusar semejante trabajo: a pesar de que no entraba del todo en sus verdaderas aptitudes. Le ayudó muchísimo Joël que, aparte, seguía su trabajo como médico de los judíos de la ciudad. Estos últimos iban menguando rápidamente hasta que, por último, Joël y su esposa fueron asimismo detenidos y desaparecieron. En vista de las pocas precauciones que tomó, podría hablarse del sacrificio de sí mismo, ya que Joël no pensó nunca en la huida, sino que siguió avanzando serenamente hacia su propia destrucción, Alberti le había dicho muchas veces que lo consideraba uno de aquellos treinta y seis varones justos que hay siempre sobre la tierra y que por la voluntad de Dios siempre estaban completos, puesto que caso de faltar uno solo el mundo llegaría a su fin. A lo que Joël, esbozando una sonrisa, le contestó que, al parecer, el mundo estaba corriendo hacia su fin y que, además, su yerno hacía muy mal haciéndole saber que le tenía por un hombre justo. Alberti replicó que correspondía esencialmente a la personalidad y manera de ser de aquellos hombres justos el que no supieran ellos mismos que lo eran.

Alberti sobrevivió a su suegro muy poco tiempo. Una afección pulmonar que hacía tiempo le aquejaba empezó a empeorar a ojos vistas y como que por causa de su mujer no le permitían una cura en el extranjero murió al finalizar la primavera de 1944.

Falleció en su casa. La mayor parte de las ciudades alemanas estaban entonces en ruinas, pero Viena se conservaba casi intacta. Los ataques aéreos únicamente lograron afectar algunas zonas de la periferia. Los aliados acababan de poner el pie en Normandía. El teatro de la guerra estaba, en el sur, en las cercanías de Roma y en el oeste, aún muy lejos, en Polonia.

A Alberti nunca se le ocultó que a su muerte su mujer se encontraría perdida. Hasta entonces había gozado de relativa seguridad gracias a estar casada con él. Intentó lo imposible para convencerla de que huyera a tiempo. No consiguió nada a pesar de que una amiga de Suzette, la joven señora de Josselin, estaba presente en aquellas conversaciones y le apoyaba en sus esfuerzos. La señora Josselin estaba casada con un oficial que no veía con buenos ojos sus idas y venidas a casa de los Alberti; afortunadamente casi siempre estaba de viaje por asuntos del servicio, por lo cual la amiga de Suzette podía prometer que cuidaría al enfermo después de la huida de la esposa de éste. Suzette no quiso hacer caso. Juró que no se

iría dejando al enfermo en cama.

La catástrofe, que debería haberse pronosticado tras los síntomas de los últimos días, ocurrió de pronto una tarde. Cuando Alberti murió sólo estaba con él su mujer, sin médico, sin servidumbre, sin ninguna clase de ayuda. Gracias al tipo de trabajo que él realizaba no tenían tampoco realquilados forzosos. Alberti no sabía que era la muerte lo que le llegaba, pues en tal caso con el último suspiro hubiese ordenado a su mujer que se pusiese a salvo. Cuando la vio romper en angustioso llanto, movió los labios sin conseguir articular sonido alguno. Suzette se marchó para intentar poner a su amiga en antecedentes de lo que sucedía. Cuando volvió, su marido había muerto.

La señora Josselin acudió en seguida. Las dos mujeres prepararon lo necesario. Por la noche el cadáver fue sacado de la casa. Resultaba imposible conseguir ataúdes, por lo que se lo llevaron en unas parihuelas. La señora Josselin quería quedarse de todas formas a dormir en casa de Suzette. Ésta no se lo permitió. Su amiga peligraba, le dijo, sin ninguna ventaja para nadie. Desde luego, habiendo muerto Alberti tenía que ir pensándose en la seguridad de Suzette. Pero ésta no lo veía así. La señora Josselin tenía que marcharse inmediatamente. Ella misma haría, mientras, los preparativos para huir. Su marido había ya dispuesto algo al respecto y le habló de un hombre, cuyo nombre no quería revelar a su amiga, que, si le entregaba todas sus joyas, era muy probable que la ayudase a salir del país.

A continuación se puso a revolver los armarios en busca de las cosas más imprescindibles. Su amiga la dejó con el corazón oprimido. Hasta más o menos las diez, Suzette se dedicó a poner orden en las cosas que le pertenecían. Pero llegó un momento en que no pudo más. Se dejó caer en una silla, se inclinó hacia adelante y se cubrió el rostro con las manos. Era una noche calurosa y muy húmeda. Por añadidura las ventanas tenían que estar obligatoriamente cerradas y oscurecidas. Únicamente estaban abiertas en la habitación de al lado, en la que no había luz. Hacia las once paró el ruido de los tranvías que hasta aquel momento se oyó muy cercano. De la calle llegaba tan sólo el rumor producido por los talones claveteados de los soldados, a quienes sobraba el tiempo, y los indecorosos chillidos de las muchachas que los acompañaban.

A veces Suzette no podía creer que su marido ya no respiraba a su lado y al cabo de un momento, en cambio, le parecía que hacía muchísimos años que hubiese muerto. Se había ido al reino de las sombras, era un muerto entre los muertos. La habían criado en la creencia según la cual existía la posibilidad de que él fuese premiado por todo lo bueno que hizo en su vida, ya invisiblemente a su alrededor o, en todo caso, en otro país. Su creencia le daba la convicción de que todo hombre bueno es premiado. Suzette no temía a la muerte, lo que la asustaba era la vida.

Más o menos a las doce oyó un coche que se paraba delante de la casa.

Dos minutos después llamaron a la puerta y la llamada se repitió casi inmediatamente.

Suzette tembló hasta lo más profundo de su corazón, pero intentó animarse a sí misma diciéndose que debía ser algún vecino que le hacía una visita de cortesía para darle el pésame por la muerte de su marido. Al abrir la puerta, alguien empujó violentamente la hoja desde fuera; en el mismo instante se apagó la débil iluminación de la escalera y traspasaron el umbral tres personas semejantes a tres sombras.

A la mortecina luz de la entrada vio que iban vestidas de paisano. Uno le preguntó si era ella la señora Alberti y, cuando, sin lograr emitir una palabra con los labios, afirmó con la cabeza, le ordenó que lo condujese a la mesa de trabajo de su marido. Mientras éste entraba en el despacho de Alberti, otro se quedó de pie y vigilando junto a la puerta de entrada del piso y el tercero empezó a revolver y a registrar el dormitorio que hasta entonces ella compartiera con su difunto esposo.

El hombre que Suzette dejó pasar delante de ella era relativamente joven, con el cabello ralo de un rubio blanquecino y ojos pálidos e inquietos que denotaban a un bebedor. Le ordenó que abriese la mesa de trabajo de Alberti. Las llaves estaban sobre una mesita. Suzette abrió un cajón, pero el hombre le cogió el manojo de llaves y abrió asimismo los cajones restantes. Tiró sobre el tablero de la mesa todos los papeles que encontró. Luego le preguntó si su marido se había llevado alguna vez papeles fuera de casa. Cuando Suzette, sin poder pronunciar palabra, sacudió la cabeza denegando, el hombre le comunicó, sin añadir ningún comentario, que quedaba detenida.

Ella quería explicar que los trabajos que su marido había terminado fueron recogidos por personas que tenían poderes para ello, al parecer pertenecientes al ministerio de Asuntos Exteriores, más no tuvo la fuerza necesaria para decirlo. El hombre la estuvo observando un rato y seguidamente dirigió una rápida mirada a los papeles. En aquel momento, la joven siguió los consejos que le dictaba su miedo y salió corriendo de la habitación.

El hombre hizo un rápido movimiento para salir tras ella con lo cual la alfombra que estaba ante la mesa de trabajo resbaló hacia un lado y el hombre quedó tendido en el suelo cuan largo era. Suzette alcanzó el

recibidor; delante de la puerta estaba el hombre que la guardaba. No se veía por ninguna parte el tercer individuo. El caído armaba un alboroto espantoso en el despacho. El hombre de vigilancia en la puerta se disponía a coger a Suzette, pero ella logró alcanzar la puerta de la cocina, la abrió y tuvo la suficiente serenidad para cerrarla tras de sí.

Detrás de la cocina había una especie de cuarto de la calefacción y después una escalera de servicio, ya que antes aquella casa había sido un palacio. Suzette la bajó rápidamente en la más completa oscuridad. Entretanto, los tres hombres que quedaron en la casa hicieron la tontería de lanzarse todos al mismo tiempo contra la puerta de la cocina para derribarla y poder perseguir a la joven en tanto ésta atravesaba el patio y conseguía llegar a la puerta de entrada a la casa. Una hoja de la misma estaba abierta. Delante había un coche estacionado con la placa de la matrícula iluminada.

Suzette se quedó parada dentro del portal y se apoyó en la pared de la entrada. La sangre le rugía en las sienes cual una hirviente catarata. Al volante del coche había un hombre sentado, completamente inmóvil. Debía estar profundamente dormido. Finalmente, la joven se armó de valor, salió de la casa con aparente tranquilidad, pasó junto al coche y se dirigió andando hasta la próxima esquina. Entonces vio que el coche llevaba matrícula de la policía.

Al doblar la esquina empezó a correr tan rápidamente como sus pies podían llevarla. Al cabo de algunos minutos se detuvo vacilante y trató de escuchar a pesar del zumbido que notaba en los oídos. No había nadie detrás de ella. Las calles estaban silenciosas y oscuras. Sólo en la lejanía se oía alguna que otra vez el zumbido de un automóvil. Continuó su camino con lentitud, respirando dificultosamente, en dirección a la vivienda de su amiga.

* * *

Elisabeth Josselin la aceptó en su casa sin ninguna clase de vacilación.

Debían ser las dos de la madrugada y ambas estaban a punto le meterse en la cama, después de haber hablado largamente sobre la situación espantosa en que se encontraba Suzette, cuando oyeron que alguien se movía en el recibidor. No podía ser más que el marido de Elisabeth, de regreso de su viaje.

Elisabeth decidió al momento que, por lo pronto, no podía decirle a su marido que deseaba que Suzette se quedase. Por tanto, hizo que ésta recogiese todas las prendas de vestir y la empujó a la habitación vecina.

Josselin, que vestía el uniforme correspondiente al grado de comandante, tenía por aquel entonces la edad de treinta y cinco años, Durante la guerra resultó herido de tal forma que no podía estar en activo en ninguna guarnición — tenía el brazo derecho imposibilitado y la pierna derecha bastante más corta que la otra—, y se había dejado asignar un puesto como auxiliar del comandante de la ciudad. Su familia, de ascendencia francesa y creencias protestantes, hacía ya mucho tiempo que residía en Berlín y fue ennoblecida a mediados del siglo anterior. En el año 1939, al ser destinado a Viena, el joven oficial contrajo matrimonio con Elisabeth, hija del consejero áulico barón Buschek, que en la actualidad había pasado al retiro.

Antes de que entrase el comandante, quien estaba cambiando algunas palabras con su ordenanza, Elisabeth tuvo tiempo de poner en orden la cama sobre la que se sentara su amiga.

—¿Aún estás levantada? — preguntó Josselin al tiempo que besaba a su mujer.

—Me he despertado al oírte entrar en casa — contestó ésta.

Hizo el efecto de que él desease replicar algo. Parecía notar que hacía un instante había alguien más en la habitación. Pero, cansado del viaje, no prestó demasiada atención a esta percepción o presentimiento. Se limitó a hacer un par de observaciones acerca de la incomodidad del viaje. Al tiempo que el ordenanza abandonaba la casa, Josselin entró en el cuarto de baño. Elisabeth lo aprovechó para correr a la habitación de al lado. Cogió a su amiga del brazo y ambas salieron del piso de puntillas. Elisabeth llamó a la puerta de enfrente, para probar su buena o mala suerte. Tuvo que llamar varias veces. Cuando, finalmente, abrieron pidió con gran premura si podrían albergar a su amiga, que pasaba la noche en su casa, hasta la mañana siguiente. Josselin había vuelto y no podía tragarla. Para no tener un disgusto con su marido les rogaba encarecidamente que quisiesen darle cobijo.

Todavía no se ha averiguado si creyeron aquellas palabras pronunciadas tan precipitadamente. Dirigieron miradas suspicaces a Suzette, pero la aceptaron por caridad hasta la mañana siguiente. Elisabeth volvió a su casa en el momento justo; su marido salía en aquel momento del cuarto de baño.

Ni siquiera se atrevió a confiarle que Alberti había muerto. Al día siguiente se levantó muy pronto pretextando tener que ir de compras, fue a buscar a Suzette al piso de los vecinos y la acompañó a casa de su padre.

Buschek, que odiaba el régimen con toda su alma — había sido jubilado por el mismo con una pensión irrisoria — y que puso gran cantidad de objeciones contra el matrimonio de Elisabeth con un alemán — llamaba a su hija una víctima de la guerra—, estuvo contentísimo de poder ofrecer un refugio a la encantadora amiga de su hija. Suzette se lo agradeció mucho y pudo articular alguna que otra palabra; no más deploraba que, a causa de la situación en que se hallaba, sería para él una pésima compañía.

—Si se trata únicamente de eso — objetó Elisabeth — mi padre se las arregla muy bien para hablar solo.

Efectivamente, empezó una diatriba en contra del Tercer Reich y asimismo sobre el comportamiento tan fuera de lugar de su yerno. En el transcurso de esta charla Elisabeth los dejó a ambos.

En su piso encontró aún a su marido. Éste estaba a punto de vestirse cuando recibió la visita de la policía estatal secreta, la Gestapo, la cual sabía que su mujer había frecuentado mucho a Suzette Alberti y ahora buscaba a la evadida en su casa. El comandante, muy enfadado y sin poder dominar sus nervios, echó fuera del piso a los agentes policíacos, cosa que éstos no se hicieron repetir. Pero ahora descargó sobre su esposa toda la tensión nerviosa acumulada, aun cuando no estaba del todo clara la razón de que se pusiese de aquella manera, si se debía al comportamiento de Elisabeth o a la visita de la chusma de la Gestapo. A Elisabeth pareció detenérsele el corazón al pensar que, sin la inesperada llegada de su marido, era seguro que habrían encontrado a su amiga en el piso. Gritó que ni siquiera sabía que Alberti hubiese muerto. En su excitación, el comandante pasó por alto aquella inverosimilitud. Elisabeth se dijo que sería completamente imposible tener a Suzette en su casa, por lo menos sabiéndolo su marido.

El vínculo que existía entre Josselin y Elisabeth había dejado de ser el normal en un matrimonio. Al principio los dos jóvenes agradables y despreocupados se llevaron bien. Actualmente, el oficial se había convertido más bien en un anciano que en un verdadero hombre, tanto por los continuos ataques por parte de Buschek como por la gravedad de las heridas sufridas. Perdió totalmente la confianza en sus nuevos parientes y cuando volvía a casa, en especial después de un viaje largo, se sentía como si estuviese entre gente extraña. En total, se decía, era demasiado sincero para poder compenetrarse con aquellos austríacos. Cuanto más creía haberlos entendido más descubría que no los comprendía en absoluto. En resumen, Elisabeth no podía contar con el permiso del comandante para tener a Suzette en casa.

Empero, al día siguiente, se presentó la necesidad urgente de resolver el problema de algún modo. Buschek apareció en casa de su hija y con una mezcla de irritación y turbación explicó que Suzette, a pesar de ser encantadora, tendría que marcharse de su casa aunque a él le doliese. Su ama de llaves había empezado a enfurruñarse contra su huésped. Probablemente la mujer aquella estaba celosa y además había empezado ya a sospechar que Suzette no tenía ninguna clase de cartillas de racionamiento. Como que el «Decorador» — se refería a Hitler — había revuelto la cabeza a toda la gente y muy especialmente a los criados y servidumbre en general, ahora había más razones para temblar ante una cocinera que ante un ministro. O sea, que era preciso tener mucho cuidado. Había tenido que desechar la idea de echar a la calle al ama de llaves en lugar de prescindir de Suzette. Caso de hacerlo podía estar seguro de ser víctima de una denuncia.

Los ocho días que Josselin estuvo en Viena los pasó Suzette albergándose cada noche en una casa distinta y en peligro constante de verse denunciada y detenida. Entretanto, se había enterrado a Alberti. Tardaron casi una semana en hacerle el ataúd. Tuvo que esperar en el depósito de cadáveres todos aquellos días y al sepultarlo presentaba ya evidentes signos de descomposición. ¿No le ocurría una cosa parecida a medio mundo? El día siguiente al entierro Suzette se atrevió a visitar la tumba. En cambio no osaba visitar a los parientes de su esposo. Estaban muy ligados al nuevo régimen y habían roto casi por entero con Alberti tras su matrimonio con Suzette. «Locos completos carentes de gusto», como Buschek los llamaba. «Lo espantoso no es que todo el país se hunda, sino que se haya apoderado del poder una persona “con semejante peinado”», añadía.

Durante el día Suzette vagaba por las calientes calles de los suburbios, en los cuales iban amontonándose día a día ruinas y escombros; a veces iba a los feos jardines de los distritos más alejados del centro donde otros paseantes se dedicaban a hacer proposiciones poco honrosas. Cuando encontraba algún lugar donde pudiera quedarse algunas horas o medio día se dedicaba al trabajo de modista, del que tenía algunas nociones, con ayuda del material que le prestara Elisabeth. Deseaba conseguir algo de dinero para poder sufragar su manutención o, en todo caso, no resultar una carga excesiva para su amiga. Alguna que otra vez se atrevía a llegarse hasta el centro de la ciudad, mezclada a los rebaños de gentes que, desde primera hora de la mañana abandonaban las barriadas más expuestas a los ataques aéreos y se pasaban las horas haciendo cola a la entrada de los sótanos y catacumbas. Al principio se creía que tales lugares constituían refugios seguros; además la gente esperaba que Viena, que interiormente estaba de parte de los aliados, no vería bombardeados sus distritos del corazón de la capital... «Si lo hacen será una porquería», decía

Buschek, quien — acertadamente, según iba a descubrirse muy pronto — empezaba también a dudar de los aliados.

Suzette tenía verdadero pánico a resultar muerta durante un ataque aéreo mientras estaba delante de algún subterráneo. Cuanto peor era su situación menos deseaba morir. Con la muerte hubieran terminado de una vez todas sus preocupaciones, pero no deseaba llegar a ningún final. No se dejaba llevar por la equivocación de que, por lo menos en la vida misma, no todo es vida... En aquel momento no podía pensar siquiera en huir al extranjero. Sus joyas, junto con el dinero disponible, quedaron en su vivienda y seguramente se habrían incautado de todo ello.

Finalmente, al marcharse otra vez de viaje Josselin, pudo volver Suzette al piso de Elisabeth. Las dos estaban siempre preocupadas y angustiadas pensando que volverían de nuevo los agentes de la Gestapo. De todas maneras las dos mujeres tenían preparado un camino de huida: se limitaba a una tabla puesta entre su ventana y la ventana vecina, muy fácil de traspasar.

Por aquel tiempo Suzette confesó a su amiga que iba a ser madre. Estaba segura de esperar un hijo. Debía estar en el tercer mes.

Elisabeth, que al principio de su matrimonio había tenido dos niñas muertas, hubiese dado cualquier cosa para salvar a su amiga en el estado en que ésta se hallaba, para salvarla de la desesperación e incluso de la perdición. Hacía por ella lo que hubiese hecho por sí misma. Pero aun así no pudo darle otro consejo que el de huir lo antes posible. Aun cuando le faltase toda clase de medios debía ponerse rápidamente en movimiento. El hombre de que Alberti hablara a su mujer se llamaba Bukowsky y tenía su residencia permanente en el *Grand Hotel*. Suzette no sabía nada más de él. Cuando las dos amigas pasaron revista a las joyas de Elisabeth y a todo cuanto ésta tenía disponible vieron que era tan poco que, aun cuando hubieran podido hacerse con el triple de lo que tenían, no sería suficiente para que aquel intermediario corriese el riesgo de ayudar a huir a nadie al extranjero.

Por consiguiente, se decidieron a vender parte de las joyas para que, con lo que les diesen, encontrar a alguien que ayudase a Suzette a deshacerse de su hijo. Para decirlo rápidamente, Suzette fue una tarde a ver a dicha persona y regresó por la noche. Se encontraba mal, seguramente debido a la intervención. Muy pronto tuvo escalofríos, luego fiebre alta y, a continuación, otra vez un frío anormal. Buschek fue advertido y se acercó a verla, pero no supo qué aconsejar y se dedicó a desacreditar de manera ininterrumpida al Tercer Reich, tanto, que Elisabeth se quedó tranquila cuando, finalmente, se marchó. Acordaron por fin llamar a un médico. Éste, aun cuando tuviera gran amistad con los Josselin, no pudo acudir en dos días por lo muy sobrecargado de trabajo que estaba. Entretanto, se limitó a dar consejos por teléfono. Cuando, finalmente, se presentó, el estado de Suzette era francamente malo.

Casi había perdido el conocimiento. Por tanto, a Elisabeth y al médico les resultó mucho menos penoso hablar sin rodeos delante de ella. El médico aseguraba que la enferma debía ser internada en un hospital sin pérdida de tiempo. Tenía que hacerse todo lo posible, e incluso lo imposible si era preciso, para conservarle la vida. Si Suzette moría, y encima en casa de Elisabeth, lo que ocurriría a continuación ya podía suponerse. Por último, el médico se mostró dispuesto a asumir todos los riesgos y a recomendar a la enferma en un hospital. Al tener que hacerse el ingreso inmediatamente no podía obrarse de otra forma para que la admitiesen, puesto que todos los establecimientos de este tipo en Viena estaban completamente llenos. Dejó a las dos mujeres en cuanto las cosas parecieron ir por buen camino. Una hora más tarde una ambulancia pasaba a recoger a Suzette. Repentinamente, Elisabeth recordó que la enferma no podría ser internada en ningún sitio con su propia documentación y entonces le entregó sus papeles.

Aquella misma noche la joven murió.

* * *

Por los acontecimientos ocurridos durante aquellos últimos días, no sólo perdió Elisabeth la amiga que ocupaba mayor lugar en su corazón, sino que su actitud puso al borde del desastre a ella y a su marido y se encontró con que ella ya no era ella misma. En el fondo no era ninguna persona determinada. Podía decirse que, a través de Suzette, era ella quien estaba en el lecho mortuorio. No se atrevió a quedarse en su hogar. Se fue a casa de su padre con las cosas más necesarias y le rogó a éste que escribiese a su marido diciéndole que había ocurrido una cosa espantosa y que debía regresar de inmediato.

A consecuencia de su educación y carrera, el comandante no era hombre que pudiese encontrar una solución medianamente razonable para salir del apuro en que se hallaban. Se concentró e hizo gala de un dominio de sí mismo verdaderamente extraordinario, pero en seguida explicó que después de todas las locuras que su mujer había cometido hasta entonces no estaba dispuesto a mover un solo dedo para que

aquélla pudiera seguir con sus secretos y ocultamientos tan típicamente austríacos. Iría ahora mismo a informar personalmente del caso al general.

—¿Y las consecuencias? — preguntó Buschek.

—Las consecuencias — respondió Josselin — recaerán sobre mí y Elisabeth y tal vez también sobre usted.

Resultaba completamente perdonable que Buschek le reprochara estar sirviendo a una «banda de ladrones» con idéntica corrección como si se tratase del más ilustre de los reyes. Josselin no se dignó dar ninguna respuesta. Abandonó la casa de su suegro y se puso en camino para informar a su superior.

* * *

El general escuchó el informe del comandante sin pronunciar palabra. Luego le hizo la misma pregunta que Buschek profiriera anteriormente: Si el comandante intuía cuáles serían las consecuencias que derivarían del asunto.

—No me hubiese casado con mi mujer — respondió Josselin — de no haber estado preparado en todo tiempo para afrontar las consecuencias que se derivasen de lo que ella hiciese. Aun cuando, al menos en este caso, repruebo en absoluto todo cuanto ha hecho.

El general depositó sobre la mesa un pisapapeles que había estado moviendo de un lado para otro. Luego dirigió la mirada hacia Josselin, se levantó y se acercó a él.

—Según me consta — empezó a decir mientras tocaba con la punta del dedo algunas de las condecoraciones que el mayor lucía—, ha sido usted designado para recibir otra condecoración, superior a las que lleva usted ahora. — Y señaló ligeramente el cuello del mayor.

Josselin palideció visiblemente.

—Si he hecho algo meritorio — dijo — no ha sido para recibir una condecoración determinada, sino para cumplir con mi deber y... — se detuvo un instante, pero al fin terminó la frase— ... en suma, porque era mi obligación.

El general reprimió una ostensible sonrisa.

—A mi parecer — opinó — a aquéllos que nos dan órdenes en estos tiempos les debe bastar con que usted tenga un brazo imposibilitado y una pierna más corta que la otra.

—¿Qué quiere usted decir, mi general? — preguntó Josselin titubeando.

—Quiero decir, mi estimado señor, que usted pertenece a una buena y distinguida familia y que no sólo sus antepasados, sino usted mismo, han servido al Estado y realizado suficientes sacrificios, que por parte de los que en la actualidad ostentan el poder no han sido debidamente recompensados. Quiero decir que su manera de pensar, por muy inquebrantable que quiera parecer — o tal vez por esto — es mejor que la manera de pensar de la gente con la cual se enfrenta. Quiero decir, en especial, que la considero incomparablemente mejor que dicha gente. Es muy posible que no pueda usted valorar lo que su mujer ha hecho. Ha hecho lo que, por ejemplo, yo hubiera esperado de ella en su lugar. Es digna de ella misma y de su marido y ha obrado de forma maravillosa.

Josselin se sentía incapaz de responder.

—Si yo ahora curso su informe — continuó el general — tanto usted como su esposa están perdidos; usted lo sabe tan bien como yo. La forma de actuar de su mujer denota tanta distinción que la clase de hombres que aún nos dirige no puede comprender una cosa parecida. La clase de hombres — si es que puede dárseles este nombre — que nos han llevado a nosotros, a nuestros hijos, al país y al mundo al borde de la ruina y casi nos están empujando hasta el mismísimo fondo del precipicio. Con estas explicaciones no me pongo yo solo en sus manos, sino también a una gran cantidad de camaradas y a sus familias y parientes, señor de Josselin. Pero confío en su sensata opinión, en su sentido del verdadero honor. ¡Únase usted a nosotros! Dentro de poco, poquísimo tiempo, se llevará a cabo una acción, los preparativos de la cual están en marcha desde largo plazo, para salvarnos a nosotros, a la nación y al imperio.

* * *

Media hora después regresó Josselin a casa de su suegro habiendo perdido por completo el control de sus sentimientos y pensamientos. El general lo había nombrado, para caso de una revuelta general, como a oficial de enlace y comunicaciones con las tropas que se hallaban en Italia. Ordenó a Josselin que no se marchase de viaje, sino que esperase en Viena el desarrollo de los acontecimientos. En uno de sus bolsillos crujían los documentos que, en el momento necesario, le servirían para llegar a Milán.

El comandante pertenecía a aquella clase de personas que, si bien pueden llegar a una decisión

prudente, siempre que no atente contra el honor, no la llevan a cabo si no les es ordenada por un superior. Se había dado cuenta desde hacía mucho que el Imperio se encaminaba hacia su propia destrucción y que una chusma irresponsable llevaba al mundo entero a la perdición, pero nunca se atrevió a reconocerlo. La idea de la responsabilidad que tenían los ejércitos en las destrucciones de ciudades hubiera debido hacerle ver más claro, pero nunca se atrevió a tener semejantes pensamientos. Únicamente las palabras, o mejor dicho, la reacción personal producida por las palabras de aquel general con talento, lograron levantar los velos que cubrían sus ojos, sus reflexiones y su corazón. Para destruir la ilusión en la cual viviera durante tantos años no habían sido necesarios más que unos pocos instantes. Dominado por el amor y la fidelidad a su país, se mostraba asimismo preparado para ponerse de parte de los enemigos de aquellos a quienes había permanecido fiel hasta ahora.

Cuando se reunió con su familia explicó que no había visto al general. Durante el camino había pensado deteniamente en el asunto y se había dirigido al parque del palacio de Schwarzenberg para reflexionar. Intercaló una disertación sobre las deleznables estatuas de piedra arenisca, la alta hierba de los prados y el murmullo de los plátanos del parque, un intento poético que le salió pésimamente mal.

Elisabeth notó en seguida que su marido no estaba diciendo la verdad. Buschek, en cambio, tras un intervalo de desconcierto, dijo que nunca hubiese creído que su yerno tuviese tanto sentido común y que se había quedado sin habla. Luego prosiguió con una serie de consideraciones halagadoras que Josselin interrumpió.

Explicó que, en efecto, estaba decidido a no decir nada de lo sucedido al general. Elisabeth tendría que seguir con su padre hasta que se presentase alguna oportunidad para marchar al extranjero. Él, en cambio, deseaba volver a su piso. Perdonaba a Elisabeth el peligro en que ésta se había puesto, y al que lo había arrastrado a él, y dijo que esperaba que ella viviría en adelante en completo retiro para que nadie la descubriese.

Mientras Elisabeth indagaba aún en su interior las verdaderas causas que habían cambiado de tal manera los pensamientos de su marido, Buschek se levantó dispuesto a deshacerse de su ama de llaves y conseguir que ésta se marchase lo antes posible por tiempo indefinido. Le insinuó que si quería podía irse aquella misma noche para visitar a sus parientes que residían en el campo. Su hija, añadió, ya se ocuparía de la casa durante algunas semanas. Buschek estaba seguro que en cuanto supiese algo acerca de la muerte imaginaria de Elisabeth, habría que vigilar al ama de llaves día y noche para evitar les pusiese en un compromiso. La mujer se marchó llena de suspicacias, aun cuando Buschek le aseguró que se había ganado aquellas vacaciones más que de sobra, pero mientras decía palabras aduladoras en voz alta, mascullaba imprecaciones en su interior durante todo el rato.

* * *

Dos días después se enterró a Suzette. El entierro, que se preparó desde el hospital, fue más rápido que en el caso de su marido. Como causa de la muerte se hizo constar una operación quirúrgica prohibida. Puesto que nadie podía aclarar quién la realizó, se dejaron a un lado las investigaciones consiguientes en consideración al médico que intervino en el ingreso de Suzette en la clínica.

Buschek representó a su manera el papel de un padre que acaba de perder a su hija. Si las circunstancias debidas a las cuales los Alberti habían sido sacrificados no le hubiesen afectado verdaderamente, su papel hubiera llegado a causarle cierto placer. Estuvieron planeando enterrar a Suzette con la mayor discreción posible. Pero siendo la fallecida, cuando menos en apariencia, una baronesa Buschek por su nacimiento, semejante silencio hubiera resultado en Viena una cosa inaudita. En tal caso, las circunstancias hubiesen sido mucho más sospechosas. Por último, acordaron hacer un entierro de primera clase. Buschek aprovechó la ocasión para susurrar al oído de todo el mundo, durante la ceremonia, que las imposibles condiciones sanitarias del Tercer Reich, y en especial la ridícula medicina naturalista, «que tanto se propagaba por todas partes», habían costado la vida a Elisabeth. «¡Una verdadera porquería!», exclamaba yendo de uno a otro de los parientes. Los familiares de la supuesta finada, que no sabían cómo explicarse el que no se les hubiese informado anteriormente de la enfermedad de Elisabeth, todavía comprendían menos que el dolor paternal de Buschek se convirtiese finalmente en rencor político.

Mientras se celebraba la ceremonia sonaron las sirenas de alarma a causa de unos aviones aliados que sobrevolaban la ciudad. Las torres de defensa antiaérea empezaron a vomitar fuego por todos sus cañones. Los asistentes al entierro se desbandaron bajo una lluvia de metralla hasta el depósito de cadáveres, donde estaban más resguardados. En cuanto salieron se enteraron de que uno de los bombarderos atacantes había caído dentro del cementerio. Al estrellarse esparció su tripulación de ocho hombres sobre las tumbas de los

que ya hacía tiempo estaban muertos.

* * *

Para el viaje de su hija al extranjero se dispuso Buschek a conseguir dinero vendiendo algunos valores altos que poseía, ya que su yerno — «naturalmente» — no quería pagar ningún gasto relacionado con ello. El antiguo consejero consideraba que los alemanes eran un pueblo que normalmente sólo se desprendía del dinero cuando podía emplearlo en hacer daño y causar molestias a las otras personas, pero que en cuanto se trataba de buenas intenciones no se podía sacar nada de ellos.

En aquel momento se planteó el problema: ¿Bajo qué nombre se marcharía Elisabeth? Aún no veían con claridad suficiente y con todas sus consecuencias que ella, según la justicia, no existía. (Justicia, decía Buschek, ya no quedaba ni un poco.) Como Elisabeth estaba decidida a dirigirse a aquel Bukowski que Alberti mencionó a su mujer, lo mejor sería hacerlo empleando el nombre de Suzette. En tal caso, argüía Josselin, la detendrían al instante. Pero Buschek lo contradijo después de haberlo pensado bien. Un hombre que hacía salir a la gente al extranjero — explicó —no haría detener a nadie, fuera cual fuese el nombre con que las personas se presentasen a él. En cuanto a los deseos de Suzette de huir del país, Bukowsky ya estaba informado de ellos por el marido de aquélla. O sea que no tendría ninguna eficacia que Elisabeth se presentase a él con su propio nombre sólo para exponerle idénticos deseos. De todas maneras, lo más probable es que él no sacase a nadie fuera de Austria bajo su verdadero nombre. Y ya que ahora se hablaba tanto de nombres, él, por su parte, creía que Bukowsky, teniendo en cuenta su apellido, sería judío por los cuatro costados.

El tiempo demostraría que estaba equivocado.

Josselin, como de costumbre, no comprendía del todo a su suegro. A fin de cuentas, Elisabeth se dirigió un día al *Grand Hotel* a primera hora de la mañana, para no toparse con ninguno de sus conocidos o parientes — todos ellos bastante dormilones—. Además, al pequeño sombrero, que en tal ocasión llevaba, le puso un velo veneciano que cubría sobradamente sus mejillas. En aquella época era moda tal tipo de sombreros y en verdad el suyo le caía muy bien.

Se hizo anunciar al señor Bukowsky por el portero del hotel con el nombre de Suzette Alberti. Tuvo que esperar cerca de un cuarto de hora. Bukowsky aún debía estar durmiendo. Por último, le permitieron que subiese, y cuando llegó y atravesó una de las habitaciones — ya que el desconocido intermediario ocupaba una *suite* completa — vio una mesa sin recoger que debía haberse usado la noche pasada. El apartamento estaba lujosamente decorado. Esta circunstancia por sí sola, en una época en que las habitaciones de los hoteles únicamente se podían retener unos pocos días, le dio a entender que se las tenía que haber con una persona que debía contar con numerosísimas relaciones.

Bukowsky aparentaba unos treinta años, era de mediana estatura, cabello oscuro y ojos claros, que se abrieron un poco más en cuanto vio a Elisabeth. Se le podía considerar un hombre bien plantado, pero iba vestido con una elegancia excesiva, no del todo refinada ni agradable.

—¿Me equivoco — preguntó mientras indicaba con un gesto a Elisabeth que tomase asiento—, o bien su visita ya me había sido anunciada hace bastante tiempo?

—Sí. Mi marido, que entretanto ha muerto, le habló de ello — respondió la joven.

Él no contestó de inmediato. Es muy posible que quisiera preguntar por qué venía ahora o bien dónde se había metido hasta entonces. Tal vez podía ser asimismo que le maravillase que el aspecto de su visitante no dejase traslucir en absoluto que era de raza judía. Al fin se decidió a preguntar en tono superficial:

—¿Así que tiene usted deseos de irse al extranjero?

—Desde luego — respondió ella—. Es mi deseo más ardiente.

—¿A qué país?

—A cualquiera. Pero preferiría Suiza.

—Esto resultaría más difícil, a menos que vaya dando un rodeo. Me sería posible, por ejemplo, llevarla a usted al norte de Italia y darle instrucciones para que, desde allí, atraviese la frontera suiza.

Como él habló de aquella forma tan directa, Elisabeth tuvo la resolución necesaria para preguntar también directamente:

—¿Y en qué precio calcula usted el, digamos, coste del viaje?

Él abrió un cofrecillo que estaba sobre la mesa y le ofreció cigarrillos. Mientras tanto la observó, se podía decir que la examinó detenidamente, empezando su investigación por las piernas, subiendo luego la mirada y deteniéndose, por último, en su rostro.

—No creo — explicó él — que el peligro que correré por usted pueda liquidármelo con los corrientes

medios de pago.

En el Tercer Reich, lo mismo que en otro régimen o país cualquiera, la gente se dejaba pagar de todas las formas imaginables: con influencias, con condecoraciones, con la satisfacción de sus resentimientos, con ascensos, con joyas, con pinturas, muy pocos con dinero, que cada vez iba perdiendo valor, y una escasa minoría — debido a lo preocupado que estaba todo el mundo con los temas ideológicos — con mujeres. Bukowsky pertenecía a los pocos que se hacían pagar sus servicios de este modo.

* * *

Suzette, en todo caso, no había tenido que romperse la cabeza acerca de cómo discutiría el precio de su fuga. Si Alberti lo sabía, ¿cómo no le había dicho nada? Los celos van más allá de la muerte, incluso es posible que los verdaderos celos empiecen de verdad cuando la muerte está ya muy cercana. Sólo se está celoso de la vida misma, de la vida de los otros...

Pero, naturalmente, al tratar con gente que se hacía pagar como Bukowsky nunca se estaba seguro de que cumpliesen las obligaciones derivadas del pago una vez éste se hubiese efectuado.

Elisabeth se entrevistó algunas veces más con Bukowsky en las habitaciones del *Gran Hotel*. A pesar de que la tenía por completo en sus manos nunca aprovechó de manera directa la circunstancia de estar a solas para abusar de ella. Al contrario, le hizo la corte y simuló estarse enamorando, o tal vez es muy posible que se estuviese enamorando verdaderamente.

—Nuestras leyes — le decía — son admirables hasta que se nos aplican a nosotros mismos. No me refiero al ridículo decreto que intenta prohibirnos toda clase de relaciones con mujeres judías. Me refiero a la grandiosa y espantosa ley no escrita que nos obliga *a nosotros y a nuestro pueblo entero a destruirnos finalmente a nosotros mismos, la inmensa ley de los alemanes que nos rige desde hace muchísimo tiempo*. Desde las primeras páginas de nuestra historia hemos estado sometidos a la violencia y a la desgracia y siempre hemos destruido todo cuanto hemos pensado, sentido o hecho, puede ser porque siempre queremos trabajar más de lo que hemos trabajado hasta el momento, o porque nuestros propios dioses sienten envidia de nosotros y no pueden soportar que completemos satisfactoriamente su creación incompleta. *Tampoco tenemos ninguna frontera en el destruir* y nadie puede dudar de que estamos nuevamente incluidos en una de estas autodestrucciones, en una que me parece ser la más extensa y completa que se ha realizado hasta ahora. Sí, es muy posible que estemos dispuestos a destruir buena parte de la Tierra y, al propio tiempo, también aniquilarnos nosotros mismos...

Éste era el singular y equivocado mito de quienes, aun cuando eran los más desdichados, se creían los mejores de la nación y a quienes tanto gustaba jugar con las palabras. Mucho, o puede decirse que todo, de lo que sucedió en el Tercer Reich resultaría incomprensible de no haberse grabado para siempre en las conciencias que un gran número de alemanes, aunque sin confesarlo y con indicios y versiones diferentes, estuvo jugando constantemente, no sólo con el pensamiento de la destrucción, sino también con el de la autodestrucción, con el de una ruina sin igual en la historia.

—¿Pero por qué — continuó—, por qué no nos es posible vivir bien y a nuestro gusto hasta el límite de nuestras posibilidades, antes de que muramos y nos hundamos? ¿Por qué está prohibido amar verdaderamente? ¿Por qué no hay nadie que responda a nuestros sentimientos cuando intentamos vivir? Quien va a hundirse tan profunda y espantosamente como nosotros debe caer de una enorme altura. ¿Por qué no puede ser la altura del corazón aquella desde la cual nos empujen a la perdición? ¿No somos nosotros dos una prueba de todo cuanto estoy diciendo? Yo la quiero a usted y usted no me quiere a mí. Tal vez no sea necesario que el amor sea correspondido, quizá crezca más cuanto menos lo es. Pero, ¿por qué no son mis sentimientos lo bastante fuertes para impedirle a usted encontrar ninguna salida y obligarla a corresponderme por sí sola?

—¡Deje estar todo eso! — dijo Elisabeth. No llegaba a comprender por qué él hablaba de aquel modo. No tenía más deseo que inducirlo, por el motivo que fuese, a que la llevase al extranjero sin tener que plegarse a sus exigencias... — Es absurdo — añadió — que en mi situación me diga cosas semejantes. Usted desea que yo sea para usted, durante un día o dos, lo que corrientemente se dice una amiga. Lléveme usted a Italia y es muy posible que allí lo consiga...

* * *

El día siguiente Bukowsky se dirigió al local de la Gestapo para ver al *Standartenführer* Latheit y le explicó que necesitaba un pasaporte provisto de visado para Italia, a nombre de Suzette Alberti, nacida en tal y tal, de estatura mediana, cabellos rubios, ojos grises y ninguna seña especial.

—Le agradezco mucho — dijo Latheit riendo — que me traiga usted a esta persona servida en bandeja. Hace seis semanas que la estoy buscando.

—Lo sé — dijo Bukowsky, ligeramente intranquilo—, mejor dicho, lo había adivinado. A pesar de todo desearía irme de viaje con ella.

—¿Para qué, amigo mío?

—¿Para qué va a ser?

—No me interpondría en sus caprichos y diversiones — dijo Latheit — porque a esta mujer también puedo detenerla en Italia. Pero ocurre que ya se nos escapó una vez.

—¡Ah! ¿Sí? — dijo Bukowsky—. Ésto a mí me tiene sin ningún cuidado.

—A mí no.

—¿Cómo es que se le pudo escapar? ¿Se ocupó usted personalmente del asunto?

—Desde luego.

—¿Por qué motivo?

—Su marido, que acababa de morir, se ocupaba en traducir documentos para el ministerio de Asuntos Exteriores que yo no deseaba cayesen en las manos de usted, mejor dicho, en las de la S.D.

—¡Que tengamos que trabajar siempre los unos contra los otros!—exclamó Bukowsky en tono irónico—. ¿Consiguió por lo menos los documentos?

—En efecto, pero no a la judía.

—Cree usted, realmente, que se trata de una judía.

—Sin ninguna duda. Alberti no era judío pero su mujer sí lo es.

—A pesar de todo no creo que lo sea. Estoy convencido de lo contrario.

—No se ponga usted en ridículo, Bukowsky — dijo el *Standartenführer*—. Está usted deslumbrado por sus sentimientos y predilecciones un poco especiales. La mayoría de los alemanes son antisemitas sin haber visto nunca un judío. Pero que usted crea que una mujer judía no es judía porque es atractiva ya resulta demasiado.

En vez de contestar, Bukowsky sacó de su bolsillo dos fotografías tamaño pasaporte y las tiró sobre la mesa.

—¿Es ésta? — preguntó.

Latheit echó un vistazo a los retratos.

—No.

—Bueno, pero es ella.

—No. Ésta es otra.

—Sí, es lo que yo estoy diciendo. Es otra distinta a la que usted se refiere.

—No lo creo así. Pienso, en cambio, que deben ser las fotografías de otra mujer.

—¿Con qué objeto? Ella quiere el pasaporte para poder atravesar la frontera

Latheit volvió a mirar atentamente las fotos. Después se encogió de hombros.

—No se lo tome usted a mal — explicó—, pero yo no puedo creerlo hasta que haya visto personalmente a esa señora Alberti.

—Puede usted hacerlo sin ninguna dificultad. Venga hoy a tomar el té conmigo. Ella estará allí.

En cuanto Bukowsky se hubo marchado, Latheit se quedó durante unos instantes con la vista fija en la puerta cerrada. A continuación pegó una foto sobre un pasaporte. La restante la entregó a un empleado a quien encargó averiguase quién la había hecho y a qué persona correspondía.

Al dirigirse a tomar el té con Bukowsky todavía no le había llegado ninguna noticia. Una sola mirada dirigida a Elisabeth le convenció de que aquélla no era la Suzette Alberti a que él se refería. Bukowsky sonreía irónicamente, Latheit, en cambio, no hacía gala de excesivos buenos modales. Repantigado en una butaca, casi no pronunciaba palabra.

—Por lo demás — dijo por último, al levantarse para irse—, aquí está el pasaporte. ¡Buen viaje!

Se sacó el pasaporte del bolsillo y lo tiró sobre la mesa. Elisabeth iba a cogerlo pero Bukowsky se adelantó y comprobó que contenía el visado para Italia. Luego se lo guardó en uno de sus propios bolsillos.

—¿Quién es? — preguntó Elisabeth en cuanto Latheit hubo cruzado la puerta.

—El hombre que se encarga de preparar los pasaportes.

—¿Y cuándo podré irme de viaje? — inquirió la joven.

—Nosotros — recalcó Bukowsky—, nosotros saldremos hacia Italia, digamos... — se detuvo un momento como reflexionando —... mañana por la tarde. Pero mañana por la mañana me gustaría verla de nuevo por aquí. Tendremos que quedar de acuerdo en algunas cosas.

* * *

El día siguiente, en cuanto vio a Elisabeth, Bukowsky le dijo:

—No me voy de viaje con usted. Hubiera sido mucho más sencillo que desde un principio me hubiese dicho que es Elisabeth Josselin. Tendrá que hacerme ahora el favor que pensaba otorgarme en cuanto estuviésemos en Italia...

Elisabeth, aturdida, buscó una silla.

—No pensaba que me recibiese así — fue lo único que pudo articular con un gran esfuerzo.

—Tal vez a usted no le agrade mi manera de expresarme. Pero lo cierto es que me ha defraudado enormemente. Al parecer pretendía escabullirse aun cuando sabe muy bien que la quiero.

—No, usted no me quiere — exclamó la joven—. Si se ama a una mujer no se la trata como usted me está tratando.

—No sé por qué — arguyó él — las mujeres a las que uno quiere pretenden que se dejen a un lado y no se mencionen las satisfacciones que el amor proporciona. En todo caso usted no las desea y tampoco siente ningún interés hacia mí. Pero si no se decide conseguiré que detengan a su marido. Admito que a usted le resulte penoso, digamos, engañarlo, aquí, en Viena. Por tanto, me marcharé con usted. Le doy tiempo hasta esta tarde para que me diga si está dispuesta a salir esta noche de viaje conmigo o no.

En cuanto hubo cerrado la puerta tras Elisabeth, Bukowsky se acercó al teléfono, dudó un momento, finalmente pidió un número a la centralilla y dio orden de detener al comandante Josselin.

* * *

Aunque Josselin tenía servicio cada día en la residencia del comandante de la plaza, aquella mañana no fue a causa de la próxima partida de Elisabeth. Estaba en casa de Buschek donde escuchaba sin oírlas las invectivas de su suegro contra el ejército y contra todo el Reich, y esperaba, con los ojos muy abiertos, el regreso de su mujer.

Al contarles ésta lo ocurrido, Buschek estalló en carcajadas estrepitosas.

Josselin le preguntó si se había vuelto loco.

—No — contestó Buschek—. Soy uno de los pocos que todavía no lo están. Me río porque Alberti tenía un nombre italiano, su mujer un nombre judío, tú tienes un nombre francés, yo lo tengo checoslovaco y Bukowsky eslavo. En todo caso, ninguno de aquellos a quienes el destino ha unido tiene apellido alemán. Y a esto se le llama una tragedia alemana.

Josselin ni siquiera se dignó escucharle.

—No te puedo prohibir — dijo a Elisabeth — que accedas a los deseos de ese hombre. Si no lo haces no sólo causarás mi perdición sino que también peligra tu vida.

—¿No ves tú también ahora — exclamó Buschek— a dónde hemos llegado?

—Desde luego — dijo Elisabeth — no pienso hacer lo que me exige. Tampoco puedo tratarlo con demasiada rudeza. Quizá así consiga evitar que te haga detener.

El comandante se levantó.

—No estoy acostumbrado a depender de esta clase de gente — balbuceó.

—Te equivocas. Hasta ahora únicamente has dependido de ella — exclamó Buschek.

Josselin se dispuso a marcharse. Le era imposible encontrar una solución. Automáticamente sus pasos le llevaron hacia la residencia del general. En cuanto entró quedó detenido.

* * *

Había una denuncia contra él procedente del Servicio de Seguridad. En tales casos las fuerzas armadas tenían que declararse incompetentes y el acusado, militar o civil, tenía que ser entregado a la Gestapo vestido de paisano.

Antes de que se llevasen a Josselin, el general estuvo hablando unos instantes con él:

—No tengo la más remota idea — le dijo — de quién puede haberse enterado de lo ocurrido con los Alberti.

—Yo sí lo sé — contestó Josselin—. Lo sé y estoy seguro de no equivocarme.

—De momento — añadió el general — no puedo hacer nada en su ayuda, señor de Josselin...

—¿Y cuándo, mi general, espera usted se emprenda la acción? — preguntó el comandante.

Aquél se encogió de hombros diciendo:

—Nosotros estamos muy acostumbrados a esperar.

La verdad era que en el Tercer Reich esto se aprendió muy bien: primeramente días, meses y años esperando la guerra, sin que pudiese producirse otra cosa que ésta que no quería llegar pero que finalmente llegó porque no podía ser de otra manera, aun cuando nadie lo deseaba ni nadie lo creía. Y luego esperar otra vez, batalla tras batalla, victorias que pasaban y derrotas que no querían quedarse; esperar a Churchill, al invierno ruso, los desembarcos, la destrucción de todo cuanto se poseía, de todo lo que se era; ya que — se sabía, se sabía exactamente — aún sin haber sido destruido en realidad no se era nada. Esperar la perdición, el hundimiento, el fin que nunca llegaba. Esperar... para saber, por último, que los esperados, que nunca tuvieron que esperar, se portarían como si nunca se les hubiese esperado.

* * *

Dos oficiales condujeron a Josselin a su piso para que se pusiera ropas de paisano. Durante el trayecto en coche intentó convencerlos de que lo dejasen libre. El debate continuó en la vivienda. Josselin tenía un único deseo: buscar a Bukowsky y matarlo en cuanto lo viese. Aconsejó a los oficiales que regresasen sin él y dijesen que se les había escapado. Sabía que el general estaría conforme con semejante solución. Pero los oficiales, aun cuando habían dejado de creer en el Tercer Reich y estaban llenos de odio contra la Gestapo que cada vez se mezclaba más en asuntos estrictamente militares, no se atrevieron a permitir que el detenido huyese. Desde luego no pertenecían a los confabulados. Al parecer el general eligió a propósito dos oficiales que no sabían nada de la conspiración.

Entre unas y otras cosas la discusión duró bastante rato. Cuando volvieron a salir a la calle, al bochorno de aquella calurosa tarde de julio, notaron que por todas partes se veían tropas completamente cubiertas de polvo y de sudor, marchando a pie o en coche. Al pasar frente al cuartel de la policía de Heumarkt, advirtieron que estaba siendo ocupado por un batallón de las fuerzas armadas. Josselin, en cuyo corazón empezaba a renacer la esperanza, rogó a sus acompañantes que pidiesen información a los oficiales de las tropas allí estacionadas. Éstos explicaron que habían recibido órdenes de guarnecer todos los puestos de importancia militar o estratégica de la ciudad.

Habían empezado los sucesos del veinte de julio.

Después del atentado realizado contra Hitler en su cuartel general, desde Berlín se habían expedido órdenes simultáneas a las tres fuerzas armadas de ocupar todas las ciudades del Reich y de los países conquistados y desarmar a las organizaciones del Partido, tanto políticas como policíacas, deteniendo, además, a todos sus dirigentes.

Josselin, con palabras entrecortadas, dijo a sus acompañantes que se notaba como si ya en Viena corriese de nuevo un aire de libertad. Luego, sin más explicaciones, se levantó de su asiento. Los otros dos, completamente alelados, le dejaron bajar del coche.

El mayor proyectó incluso quedarse con el automóvil, pero desistió adivinando que lo necesitarían con urgencia en casa del general.

—Diríjase inmediatamente a la residencia del comandante de la ciudad — ordenó al chófer. A continuación se puso en camino hacia su piso a toda prisa. Quería ponerse el uniforme y coger una pistola, puesto que al detenerle lo habían desarmado.

* * *

Hacia las cuatro de la tarde empezó a saberse que el atentado había fallado. Hitler no resultó muerto por la carga explosiva que Stauffenberg introdujo debajo de su mesa de trabajo escondida dentro de una cartera de mano. El Führer se separó de la mesa para acercarse a un mapa colgado en la pared un instante antes de que la bomba estallase. El edificio se derrumbó y la expansión lanzó al exterior parte de la construcción y gran cantidad de polvo. Inmediatamente después del estallido Stauffenberg regresó al lugar del atentado. Vio a Hitler derribado en el suelo e inmóvil y creyó que estaba muerto. Pero el gran desalmado no tardó en revivir.

Las órdenes dictadas fueron revocadas inmediatamente. Aunque los generales estaban decididos y obligados a continuar la revuelta hasta el fin incluso en caso de fallar el atentado, las tropas no quisieron meterse en complicaciones y abandonaron los puntos ocupados. Los conjurados quedaron detenidos en el acto.

Buschek, en vista de los ruegos desesperados de su hija, se llegó a la comandancia y luego al cuartel donde se había llevado a los revolucionarios. Volvió con la noticia de que la mayoría de los oficiales, entre ellos Josselin, estaban detenidos, y que los fusilamientos ya habían empezado.

Al oír tales palabras Elisabeth se desplomó sin conocimiento. Pasó algún tiempo para que se encontrase

con fuerzas suficientes para reaccionar. Llamó a Bukowsky. Éste no estaba en sus habitaciones. Entonces dejó recado de que por la noche saldría de viaje con él.

* * *

El veinte de julio puede considerarse uno de los momentos estelares de la humanidad o, aún mejor, como una de sus horas desdichadas. Todavía queda por saber si, en el caso de que la revuelta hubiese llegado a buen fin, la suerte hubiese tomado otro rumbo. No decimos esto por la razón de que todo cuanto acontece no puede suceder de otra forma de como sucede y que por esto todo lo que sucede está bien, sino porque la suerte es más fuerte que sus propias condiciones. En el caso de que todo hubiese salido diferente, todo hubiese seguido igual a como estaba, excluidas un par de modificaciones.

Supongamos, sin profundizar demasiado, que los generales hubiesen tenido suficiente energía para independizarse de la casualidad y conseguir un éxito con su revuelta; supongamos, insisto, su triunfo; en este caso los generales hubiesen quedado libres para llevar la dirección de la guerra, sin la influencia y el diletantismo de Hitlér y los aliados habrían estado en peor posición, a pesar de todas las fisuras aparecidas hasta entonces en el interior de las tierras alemanas y de la baja de la producción de guerra. Entonces los generales hubiesen tenido que firmar la paz. Pero, en vista de las condiciones que se les proponían, nunca hubiesen estado del todo conforme en hacerlo y la guerra hubiese continuado. Únicamente cuando las ciudades alemanas hubiesen sufrido los horrores de Hiroshima y Nagasaki se hubieran decidido a una capitulación total. En otras palabras, en lugar de sufrir una derrota se hubiese capitulado sin condiciones.

Hasta terminarse la guerra los resultados hubiesen sido casi los mismos. Naturalmente, quien crea que existe diferencia entre derrota y capitulación, debe examinar cuáles son las consecuencias que se derivan de cada una de ellas y, en tal caso, las que se hubiesen derivado.

* * *

El *Standartenführer* Latheit recibió, en la mañana del veinte de julio, informes de que la fotografía de pasaporte que él entregó para que se hiciesen averiguaciones pertenecía a Elisabeth Josselin. Vio en seguida las implicaciones del asunto, al igual que Bukowsky las había visto.

Pero entre los detenidos a causa de la revuelta no se encontraba el comandante de Josselin. Latheit supo que aquél no había tomado parte en la rebelión. Fue detenido antes por ingerencia de Bukowsky quien informó que el comandante sabía todo lo referente a la fuga y desaparición de Suzette Alberti.

Al saber la noticia el *Standartenführer* coligió que Bukowsky estaba enterado de que se preparaba una revuelta y había querido alejar de toda responsabilidad y compromiso al marido de su querida. No podía entrarle en la cabeza a Latheit que Josselin, conociendo la situación en que él y su mujer se encontraban, no hubiese formado parte de los conjurados.

Latheit se hizo acompañar por dos de sus hombres y mientras en el patio del cuartel aún sonaban los disparos con las cuales se sacrificaba a los oficiales detenidos, subió a su coche para ir a detener a Bukowsky. Pero no lo encontró ya en el hotel.

* * *

Bukowsky llegó hacia las seis y media de la tarde frente a la casa de Buschek. Vestía uniforme de *Obersturmbannführer*. Llamó y apareció Elisabeth, pálida como la cera, seguida de Buschek que le llevaba el equipaje. Éste llevaba el sombrero puesto. Lo llevaba únicamente para darse el gusto de no quitárselo delante de Bukowsky. El chófer cogió el equipaje y se lo llevó abajo para colocarlo en el coche. Entretanto Elisabeth se despidió de su padre. Éste la besó y luego la joven subió al automóvil junto con Bukowsky.

Buschek no dijo una palabra durante todo el tiempo. En cambio, cuando el coche se hubo puesto en marcha empezó a proferir maldiciones sin interrupción, tiró su sombrero al suelo y lo pateó furiosamente.

Vio interrumpidas sus expansiones por Josselin quien súbitamente se plantó delante suyo. Había ido primero a la comandancia, donde supo que la revuelta había sido sofocada. Luego estuvo corriendo de un punto a otro de la ciudad y pudo ver que las tropas se retiraban de todos los lugares en donde habían sido destacadas o acuarteladas.

Buschek miró a su yerno como si viese a un fantasma.

¿No te han detenido? — tartamudeó—. ¡Y yo que incluso le he dicho a Elisabeth que...!

—¿Dónde está? — preguntó angustiado Josselin.

Buschek hizo un movimiento vago e indeterminado.

—¿Dónde está mi mujer? — repitió el comandante.

—En el tren con...

—¿Con Bukowsky?

—Sí. Creíamos que tú...

Josselin dejó a su suegro con la palabra en la boca y salió de la casa de un salto.

—¡Oye! —le gritó Buschek—. ¡Escúchame de una vez!

Josselin ya no oía nada. En la esquina adelantó corriendo a un matrimonio de cierta edad, a quienes no había llegado ningún eco de los acontecimientos de aquel día y que con paso lento y reumático daban su paseo acostumbrado.

* * *

Bukowsky y Elisabeth subieron al tren antes de que se abriesen los andenes a los restantes viajeros. Cogieron dos asientos, uno frente a otro, situados junto a la ventanilla. El chófer de Bukowsky trajo y colocó el equipaje. En cuanto se marchó, Bukowsky entregó el pasaporte a su acompañante. Ésta lo cogió sin decir una palabra. Durante todo el tiempo Elisabeth no había hablado con él en ningún momento.

Poco después fueron abiertas las puertas de los andenes de la estación. Una riada de viajeros irrumpió en ellos y se extendió por el tren llenándolo hasta los topes.

Tenían que esperar una hora larga en aquel caluroso vagón a que llegase el momento de la salida. Poco antes de anunciarse ésta los altavoces vocearon que, en las oficinas del jefe de estación, llamaban al teléfono al *Obersturmbannführer* Bukowsky.

Éste se levantó de su asiento y rogó a Elisabeth que lo dispensase un momento. Ella no contestó. Él se encogió de hombros y se abrió paso como pudo por el pasillo atestado con objeto de salir del tren.

En cuanto entró en el despacho del jefe de estación se vio frente a Latheit. Detrás suyo estaban sus dos secuaces con las piernas abiertas y las manos detrás de la espalda. El jefe de estación, un oficial de la reserva muy viejo que en tiempo de paz probablemente debía ser maestro de escuela, se retiró hacia la pared junto con dos de sus subalternos. Observaban la discusión que se estaba fraguando entre los dirigentes de las dos organizaciones del partido con los ojos de unos pigmeos que estuviesen siendo espectadores de las diferencias de opinión de unos gigantes.

La puerta se cerró en cuanto hubo entrado Bukowsky. Fue el chófer de Latheit quien lo hizo y se quedó plantado ante ella.

Bukowsky dirigió una rápida mirada a la puerta y a continuación la fijó en Latheit.

—Bien, bien — dijo—. No sé lo que puede tener usted contra mí, *Standartenführer*, pero parece que su cerebro alberga algo no del todo claro. Por lo menos así lo demuestran los preparativos que se ha molestado en hacer.

Señaló a su alrededor con un movimiento de la mano. Después se cruzó de brazos.

—*Qbersturmbannjührer* Bukowsky — exclamó Latheit—. Usted ha librado de toda participación en la revuelta al mayor de Josselin. Lo ha hecho detener antes de que ocurriera nada fundándose en un motivo irrisorio. ¡Queda usted detenido, Bukowsky! ¡Levante las manos!

Pero Bukowsky no las levantó. Con la derecha, colocada bajo su brazo izquierdo, tamborileaba sobre la pistolera que llevaba en la cadera izquierda.

—¡Usted es quien se pone totalmente en ridículo, Latheit! — exclamó—. No me he preocupado para nada de sacar del bullicio al marido de una mujer de la que estoy enamorado. ¿Para qué me hubiera servido hacer una cosa semejante? Pero ya lo tengo dicho: en este país no se sabe una palabra de lo que es el amor. Lo han estropeado por completo.

—¡Levante inmediatamente las manos! — gritó Latheit—. ¡De lo contrario, daré orden de disparar!

—¿Así que quiere enviarme de verdad al infierno, Latheit? Bueno, pues entonces puede usted irme anunciando.

Y sin casi terminar de hablar disparó. El tiro derribó a Latheit. Casi simultáneamente dispararon los hombres que lo acompañaban. Bukowsky también se desplomó.

* * *

En los andenes no se advirtió nada de lo ocurrido. Las voces y gritos de la multitud eran más fuertes que el ruido amortiguado de los disparos tras la puerta cerrada.

Elisabeth, recostada en su asiento, miraba ante sí sin ver. Es posible que ni siquiera se hubiese dado cuenta de que Bukowsky se había ido ni de que no volvería.

El tren estaba ya a punto de salir de la estación, cuando un revisor avanzó abriéndose paso por el pasillo al tiempo que gritaba:

—¡Un asiento para un oficial herido de guerra!

Pero nadie se movía. Por último vio el asiento que dejara vacío Bukowsky, situado ante Elisabeth.

—Aquí, por favor — dijo dirigiéndose a alguien que iba detrás suyo.

Josselin cruzó el umbral del compartimiento. Elisabeth lo miraba aturdida y fijamente, como si estuviera viendo un aparecido.

Josselin, sin decir una palabra, ocupó el lugar donde Bukowsky estaba sentado hacía poco.

En aquel momento el tren se puso en movimiento.

Estaba empezando a anochecer. A través de la creciente oscuridad brillaban las escasas luces de la estación e iluminaban el interior del repleto compartimiento, cuya lámpara había sido cegada. Recorrían la cara y las manos de Elisabeth y el rostro y el brazo paralizado de Josselin. Pasado un rato, el mayor vio que su mujer dejaba caer la cabeza hacia atrás. Tenía los ojos cerrados y empezó a sonreír como si soñase. Josselin inclinó un poco el cuerpo hacia adelante. Al hacerlo crujieron los documentos que llevaba en el bolsillo y que le fueron entregados por el general para cuando empezase la sublevación. Hasta entonces no había sabido si le serían útiles en alguna circunstancia. Con la mano derecha tanteó buscando la mano de Elizabeth. Bajo la ventana, en la penumbra, donde no llegaba el brillo de las luces, se encontraron las manos de ambos.

EL DIOS CIEGO

Hace bastantes años se me pidió que asistiese al entierro de un tal Fatz, compañero mío en el regimiento durante la Segunda Guerra Mundial. También como representante del regimiento se presentó un mayor llamado Guenthersberg, y como yo no conocía a ninguno de los demás asistentes, me coloqué a su lado durante la ceremonia.

Ésta tuvo que interrumpirse dos veces porque un perro quería introducirse en la estancia a toda costa. Lo consiguió al entrar algunos asistentes al entierro que llegaron con retraso. Se opuso, rechinando los dientes, cuando pretendieron echarlo a la calle y respondió a las patadas con que uno de los empleados de pompas fúnebres logró deshacerse de él con un aullido lastimero.

—Esto sería ir un poco demasiado lejos — me dijo Guenthersberg a media voz.

—¿Qué es lo que va demasiado lejos? — le pregunté.

—Que el perro quiera figurar en el entierro como antiguamente se hacía con el caballo favorito.

—¿Éste era su perro?

—Sí — dijo Guenthersberg—. Su perro lazarillo.

—¿Por qué lazarillo?

—Fitz se quedó ciego en estos últimos tiempos — explicó Guenthersberg.

—¡Ciego! — exclamé.

—Sí.

—¡No lo sabía!

—Y, al parecer — añadió—, ésta ha sido la causa de que se haya suicidado.

—¿Suicidado? — pregunté.

—Sí, suicidado.

—En este caso, ¿por qué le entierran por la Iglesia?

—Haces unas preguntas que ni un arzobispo — replicó Guenthersberg—. En casos como éste, se acostumbra a determinar que el suicida ha actuado en un ataque de locura y entonces el asunto queda solucionado. Pero yo comprendo muy bien que si alguien es verdaderamente ciego no necesita además estar loco para...

No pudo terminar la frase, pues algunos de los presentes nos pidieron si no podíamos guardar, por lo menos, un poco de silencio.

* * *

Hasta que la comitiva se puso en movimiento hacia la tumba no volvimos a tener ocasión de seguir hablando. Era un entierro paupérrimo y, encima, empezó a llover, lo cual daba al acontecimiento mayor tristeza. La tumba era de la clase más barata y estaba bastante lejos del depósito de cadáveres, con lo cual tuvimos que caminar cerca de un cuarto de hora. Yo no tenía ninguna relación con Fitz desde hacía mucho tiempo. El mayor, empero, oficial profesional como él, había mantenido cierto contacto. Durante el camino me contó todo lo que sabía del difunto.

El perro hizo todo el trayecto a nuestro lado. Era un perro lobo que aún llevaba todos los arreos propios de un lazarillo, un animal muy hermoso pero con una expresión extrañamente excitada como si hiciese mucho tiempo que no hubiese bebido.

Nuestro regimiento fue, en un principio, de caballería. Cuando fue formado a pie y motorizado aparecieron nuevos elementos entre los oficiales, por ejemplo Fitz, quien en realidad era teniente de infantería y, en resumidas cuentas, según Guenthersberg, sólo se había unido a nosotros, al parecer, porque en nuestro regimiento las compañías todavía se llamaban escuadrones y los jefes capitanes de caballería.

Como probablemente nunca o casi nunca había visto un caballo concedía gran valor a convertirse en capitán de caballería. Pero cuando el aspecto del regimiento fue pareciéndose cada vez más a uno de infantería y cuando las bajas se substituyeron con antiguos colegas de Fitz y tropas de a pie, le empezó a desagradar. Al menos así lo creía el mayor Guenthersberg.

Fitz es un nombre campesino. Aun cuando el padre del teniente, y posteriormente primer teniente, había sido un elevado funcionario, Fitz no podía negar el humilde origen de su familia. La madre del difunto, cuyo nombre de soltera era Kral, aún vivía. Últimamente Fitz volvió a reunirse con ella y se mantenían, él de su paga y la madre de su pensión de viudedad. Debía ser aquella mujer que iba en primer lugar, entre otras mujeres de aspecto humilde, inmediatamente detrás del ataúd.

En todo caso, la mezcla de sangre alemana y eslava había hecho de Fitz un hombre de muy buena presencia, según yo podía recordar de la época de la guerra. Pero no aprovechaba sus cualidades físicas para conquistar a las mujeres. Incluso había más: sus triunfos relativos, de los que desdeñaba ocuparse y que se le presentaban por sí solos, sin ningún esfuerzo por su parte, los convertía siempre en medios para satisfacer su ambición social. Deseaba, y su ansia aumentó al terminarse la guerra, ser admitido en la buena sociedad. Inició entonces alguna que otra relación femenina pero dirigida a una única finalidad y siempre con mujeres que pudieran introducirlo.

Encontró fácilmente un empleo en un Banco, no mal pagado del todo. Como había llegado asimismo a una especie de solución de sus ambiciones sociales, hubiera debido sentirse bastante contento. Pero justamente entonces experimentó un notable debilitamiento en su facultad de visión y perdió mucho tiempo antes de decidirse a hacer algo para remediarlo.

Cuando por fin se resolvió a visitar un especialista, era ya demasiado tarde para sanar, cosa ya desde un principio muy problemática.

—¿De qué clase de enfermedad se trataba? — pregunté.

—Un mayor — respondió Guenthersberg — no es precisamente un oftalmólogo y no puedo decirte exactamente a causa de qué se volvió ciego Fitz.

A pesar de ello me dijo que le habían explicado que, al igual como el objetivo de una cámara fotográfica dirige la imagen a la película, también la lente del ojo humano proyecta las imágenes sobre la retina que luego son llevadas por el nervio óptico hasta el cerebro. La facultad de ver consiste en toda esta operación. En el caso de Fitz empezaron a destruirse, primero unas pocas y cada vez en mayor cantidad, partículas de la retina, probablemente debido a una lesión tuberculosa. Porque así como existe la tuberculosis pulmonar y la tuberculosis ósea, puede darse también la tuberculosis de los órganos visuales. En todo caso a Fitz, debido a la destrucción progresiva de su retina, no se le formaba ninguna — o casi ninguna — imagen en la misma y, por tanto, el nervio óptico no encontraba nada para poder retransmitirlo al cerebro. Éste proceso fue el que le llevó a la ceguera.

El mayor calló. Yo seguí también en completo silencio por aquel triste paseo. Los acompañantes del entierro habían empezado a abrir sus paraguas. Por último, Guenthersberg añadió:

—Naturalmente, una cosa así podría ocurrirle a cualquiera de nosotros. Pero la ceguera de Fitz, como en la mayoría de los casos, no era total. Muchos ciegos conservan casi siempre una percepción más o menos clara de la luz. Por esto no se tuvo que llevar a Fitz a una institución especial. Bastó con proporcionarle un perro amaestrado que le ayudase a andar por la calle.

Aquel mismo perro lobo que, medio saltando medio escurriéndose, seguía tras la comitiva.

—Los perros lazarillos — prosiguió Guenthersberg — son sometidos a un entrenamiento muy duro. Tienen que meecer confianza absoluta; de otro modo los ciegos estarían en constante peligro de verse arrastrados por ellos bajo las ruedas de algún automóvil en lugar de contar con ayuda para cruzar al otro lado de la calle. Ya debes haber visto alguna vez cómo ésta clase de perros conducen a sus dueños por la vía pública. Se detienen al borde de la acera, miran hacia la izquierda y esperan hasta que de aquel lado no viene ningún coche. Entonces conducen al ciego hasta el centro de la calzada. Allí vuelven a quedarse parados y miran esta vez hacia la derecha, y si por allí tampoco se acerca ningún vehículo, llevan al ciego hasta la acera opuesta. Mientras cumplen con su obligación no pueden dejarse influir por nada ni aturdirse por ningún motivo: el ruido de la calle, la llamada de cualquier transeúnte, los chiquillos que estén gritando o jugando ni, menos aún, por otros perros. Han de doblegar su naturaleza de perros y llenarse de sabiduría humana. En general son los lobos los que despliegan mayor inteligencia, diríase que verdadero sentido común. Fitz hubiese podido estar realmente contento con su perro y haber logrado hallar consuelo en él después de estar juntos continuamente y notar que cada vez le era más adicto. Pero, según lo que he podido averiguar, sucedía todo lo contrario; hasta parece que llegó a odiar al perro que, por su parte, le tenía un afecto indudable. No hace demasiado tiempo que una vez lo encontré por la calle acompañado de su perro

y, sin que el ciego advirtiese mi presencia, me convertí en testigo de una escena muy desagradable entre los dos.

—¿Qué ocurrió? — pregunté interesado.

—Fue en una callejuela del distrito cuarto por la que en aquel momento no pasaba casi nadie. Tal vez fuese la calle Wohlleben, pero igualmente podría ser la calle Schwind. Para el caso es igual. Quizá Fitz se hiciese conducir hasta allí para poder hacer un poco de ejercicio sin que nadie lo molestase. No sé cómo pudo descubrir que en el callejón había multitud de perros. Es posible que los oyera ladrar o alborotar. Lo que sí sé es que su perro lobo no reaccionó a la vista de sus congéneres, ya que todo lazarillo está imbuido de la importancia de su misión y de que tiene que renunciar hasta a sus menores e inocentes deseos. Fitz se quedó parado y atento al ruido; al cabo de un momento soltó a su perro.

—¿Para qué? — indagué con extrañeza.

—Al parecer para hacerle caer en la tentación, para inducirlo a hacer algo que no le estaba permitido.

—¡No sé qué quieres decir con esto! — exclamé yo incrédulo.

—Ahora mismo vas a saberlo. Lo cierto es que Fitz le ordenó: «ve». Y señaló en la dirección en que oía jugar a los restantes perros. El lobo no quería ir de ninguna manera. A pesar de la orden recibida no se atrevía a dejar al ciego solo en la calle. Éste, impaciente, dio un golpe en el suelo con el pie y le gritó: «¡márchate!» Sólo entonces el perro se separó de él y se dirigió hacia donde su dueño le había ordenado.

—Yo presumo — atajé — que Fitz no quería hacer caer en falta al perro, como acostumbran a hacer los sargentos con los reclutas poco dóciles, sino que debió ocurrírsele la idea de permitirle un poco de expansión.

—¿Eso crees tú? — replicó Guenthersberg—. ¡Pues bonita fue la diversión que le brindó al pobre!

—¿Por qué?

—Escucha. En primer lugar, los otros perros se dirigieron hacia el lazarillo cuando vieron que éste se les acercaba. Empezaron a saltar a su alrededor, lo empujaban con los hocicos y miraban de cogerle las orejas para inducirlo a jugar con ellos. El lobo se resistía a pesar de todo. Seguía conservando la disciplina aun cuando por su evidente intranquilidad y los movimientos de su cola se podía deducir que cada vez le resultaba más difícil permanecer quieto. En aquel momento, una perra dobló la esquina formada por las calles Argentinier y Wohlleben y marchó con pasos acompasados hacia el grupo de alborotados canes.

Guenthersberg hizo una pausa. Únicamente se oyeron entonces los apagados pasos de la comitiva fúnebre.

—Bueno — le interpelé—. ¿Y qué sucedió con la perra?

—Supongo que estaba salida o a punto de estarlo, ya que la cabeza del perro de Fitz se dirigió hacia ella con una fuerza irresistible y toda su educación le dejó abandonado. Ignoro si a los lazarillos se les da de vez en cuando ocasión de aparearse. Es posible que no o, todo lo más, de Pascuas a Ramos con objeto de obtener crías. Sea como fuere presumo que aquel lobo jamás lo había hecho, porque cuando se le acercó 'la perra perdió la cabeza por completo. Fue inmediatamente a su encuentro. Durante unos momentos se estuvieron mordiendo los dos en plan de juego, y después él empezó a corretear con ella trazando grandes círculos, como desde hacía milenios lo habían hecho sus antepasados los lobos para cautivar a las lobas.

»Todos los otros perros le imitaron. Pero el lazarillo se les adelantaba siempre y una o dos veces alcanzó a la hembra, la tiró al suelo jugando y entonces los dos se revolcaban por el polvo. Todos estos movimientos los seguía el ciego exactamente: se notaba que escuchaba con atención y que intentaba hacerse una imagen de cada detalle. Aunque te parezca exagerado casi parecía como si él estuviese asimismo husmeando y persiguiendo a la perra. En aquel instante apareció un *bulldog* blanco cuya piel rosada se veía a través del pelo, de aspecto inofensivo y casi irrisorio, pero en realidad muy peligroso; alcanzó al lazarillo y se lanzó celoso sobre él. Afortunadamente no podía morder porque se lo impedía el bozal, pero el lobo, que no lo llevaba, sí que mordió a su contrincante. Entonces, todos los perros se lanzaron sobre él y se armó un zipizape indescriptible.

»Fitz silbó con fuerza, pero apenas se le oyó en el alboroto de ladrillos. Como que el perro lobo, completamente abstraído en su conflicto con los otros canes, no le oyó, o bien si le oyó no le hizo caso, Fitz siguió silbando de una manera estridente hasta que su perro se separó de los restantes y volvió a su lado. Los silbidos consiguieron también que los ladridos fueran apagándose uno tras otro. El lazarillo no llegó, verdaderamente, hasta el lado del ciego. Seguramente tenía la conciencia intranquila porque se deslizó o, mejor dicho, se arrastró hasta acercarse un poco a su dueño, y a cierta distancia de éste se detuvo. «¡Ven aquí!», gritó Fitz. Jamás he visto un rostro que expresase tanta ira como el suyo. Al oírlo el perro se siguió arrastrando con una inenarrable expresión de miedo en los ojos y recorrió lentamente el último trozo que lo separaba de él. Entonces se levantó apoyándose contra el ciego, le puso las patas sobre los hombros y

empezó a lamerle la cara. Pero Fitz lo cogió por el correaje, y con la tirilla corta y en forma de látigo que se había quedado en la mano, se dedicó a azotarlo. Pegaba y pegaba al perro como un frenético hasta que el pobre, sin poderse librar de las correas por las que le tenía sujeto, se revolcó desesperado por el suelo. Al propio tiempo que lo golpeaba, Fitz gritaba: «¡Maldito! ¡Maldito animal! ¡Ya te enseñaré yo! ¡Mira que dejar a tu propio dueño para irte con una perra, quién sabe de dónde...!» Y profirió una palabra bastante fuerte. Siguió golpeando y repitiendo lo mismo a gritos durante un buen rato, hasta que yo ya no pude aguanar más. Corrí hacia él y le arranqué el látigo de la mano. «¿Te has vuelto loco?», le grité. «¿Acaso estás completamente loco?»

No sé si me reconoció por la voz. En todo caso soltó el correaje del perro. Entretanto, se había reunido gran cantidad de gente a nuestro alrededor, atraída por los gritos, silbidos y ladridos. El perro aprovechó la ocasión para escurrirse, aullando y cojeando. Fitz estuvo unos instantes sin hacer ningún movimiento, luego un temblor recorrió todo su cuerpo, vaciló y palpó el vacío para encontrar donde apoyarse; finalmente me rodeó con sus brazos, prorrumpió en amargo llanto y resbaló hasta el suelo, delante de mí, más gimiendo que llorando...

Aquí había llegado Guenthersberg de su relato cuando la comitiva alcanzó la sepultura. Tengo que reconocer que, al final, estuve escuchándole con evidente indignación. Pero ya no encontré ocasión de decirle nada puesto que, inmediatamente, empezaron las ceremonias de inhumación, rápidas y sin demasiados sentimentalismos, como en todo entierro barato. En éste, además, estaba lloviendo. El susurro viscoso, bajo el cual habíamos acompañado al difunto, aumentó de pronto. Bajo el chaparrón que caía sobre nuestros paraguas, oía, completamente trastornado, el canto monótono que surgía de al lado de la tumba. Como sucede infinidad de veces, que cuando más pasmados o ausentes estamos hacemos las observaciones más mordaces, me llamó la atención que el sacerdote nombrase al difunto por el nombre de Franz. Siempre creí que Fitz se llamaba Konstantin. Al parecer, no encontraba su nombre suficientemente sonoro y se había adjudicado otro que le debía gustar más o que sonaba mejor en los salones, lo cual prueba de nuevo hasta qué acciones miserables puede llevar a un hombre la pretendida buena sociedad.

Por último dejaron caer el ataúd dentro de la fosa y, con ello, el difunto pasó a la eternidad, tanto si se había llamado Franz como Konstantin, tanto si era vidente como ciego, tanto si perteneció a la buena sociedad como si no. En nombre de los familiares afligidos, el sacerdote nos dijo un par de palabras de agradecimiento por nuestra participación en las ceremonias del entierro. A continuación, los asistentes al mismo hicieron todo lo posible para escabullirse. Mientras Guenthersberg, que debía creerse en la obligación de echar un poco de tierra a la fosa, se acercaba a la tumba, me aparté del polvo, mejor dicho del fango, en el cual, al igual que Fitz, todos nosotros tendremos que convertirnos después de nuestra muerte.

No tenía ningunas ganas de oír el final de la morbosa narración del mayor. Bastante molesto estaba ya con que una década después de terminada la guerra me hubiesen «ordenado» asistir a aquel entierro. ¡Qué me importaba a mí aquel muerto al que hacía años y años que no había visto!

* * *

A pesar de mis deseos, aún no estaba libre de aquel asunto desagradable. Dos o tres días después, Guenthersberg, dominado siempre por el escrupuloso detallismo y exactitud de los oficiales profesionales, me mandó un recorte de periódico en el cual, con ribetes sentimentaloides, se informaba de que un tal señor Fitz, recientemente fallecido, poseía un perro al que amaba sobre todas las cosas y que, tras la muerte de dicho señor, el perro — un lobo hermoso y fuerte — se sentía infinitamente desgraciado y no había querido separarse de junto el sepulcro de su difunto dueño e incluso había intentado desenterrarlo. Callaban, en cambio, que Fitz era ciego y que se había suicidado. Los verdaderos periodistas están muy acostumbrados a desfigurar los hechos y, a veces, llegan incluso a alterar la propia vida.

Telefoneé en seguida a Guenthersberg y le pregunté para qué me había enviado el recorte.

—Porque es verdad — me contestó él, demostrando una vez más que era un pedante — y porque el perro ha intentado realmente desenterrar a Fitz. Después del entierro lo echaron sin compasión del cementerio, cosa que todavía llegué a ver cuando tú ya habías desaparecido. Luego, probablemente a favor de la oscuridad, se ve que volvió a entrar, no sé cómo. Debió pasarse la noche cavando porque por la mañana, al ser descubierto, casi había llegado hasta el ataúd y tenía las patas completamente ensangrentadas. ¿Qué me dices de tanta fidelidad? Buena parte de la gente, que al final de la guerra nos dejaron plantados, hubieran podido tomar ejemplo de lo sucedido.

—Te ruego de veras — exclamé yo — que me dispenses por ahora de toda clase de anécdotas del

susodicho perro así como de historias de la guerra.

Guenthersberg pareció no entenderme y respondió:

Por mi parte, me duele mucho no haber demostrado por el perro el respeto que desde un principio mereció. No puedes negar que era el más afligido de todos cuantos figuramos en el entierro.

A continuación colgó el aparato, evidentemente enfadado. Yo también colgué y permanecí absorto unos instantes, mirando fijo ante mí, pero sin ver. Me decidí, cogí el sombrero, salí de casa y me dirigí hacia el instituto municipal para ciegos. Intuí que, tras el fallecimiento de Fitz, quizá hubieran llevado allí al perro lobo. En efecto, así era, aun cuando de momento no estaba en el edificio porque lo habían conducido al Prater para instruirlo de nuevo. Según me dijeron, tenían la impresión de que con su antiguo dueño adquirió una actitud de falta de disciplina, diríase de casi salvajismo a causa del cual no se atrevían a ponerlo al servicio de otro ciego hasta que recobrase la educación. Además en este perro el trauma psíquico producido por la pérdida de su dueño parecía ser bastante fuerte. Era, asimismo, costumbre que todos los perros lazarillos al pasar de uno a otro ciego se sometieran a una renovación de sus conocimientos y prácticas.

«Lástima — pensé — que Guenthersberg no haya oído eso del schok anímico. Le hubiese gustado sobremanera.» Luego me dirigí al Prater en busca del instituto de adiestramiento.

* * *

Estaba situado en un terreno vallado en la llamada Avenida de los Príncipes. Los perros paseaban conducidos por sus profesores, que los llevaban cogidos de la trailla. En elevaciones del suelo que representaban el borde de las aceras aprendían a pararse, después continuar andando, tenderse en el suelo, volverse a levantar, trepar por tablas, defender a su amo y otras mañas que no siempre estaban incluidas en las tareas normales de un perro lazarillo. Desde fuera, a través de las vallas, los observaban los encargados del adiestramiento. La impresión que todo aquello producía no resultaba demasiado agradable, no obstante presentar los animales muy buen aspecto y de que nunca les pegaban. En el fondo se notaba que allí les enseñaban cosas que no estaban hechas a la medida de sus posibilidades intelectuales. El aprendizaje no era voluntario, sino el resultado de una obediencia y una imposición forzadas. La mayor parte de los perros caminaban agazapados, como intimidados o asustados.

Reconocí inmediatamente al perro de Fitz y observé durante un rato cómo eran renovados y depurados sus conocimientos. Marchaba al lado de su profesor y se esforzaba — según yo imaginé, con una obediencia enternecedora — en hacer lo que éste deseaba. Pero de nuevo, como en el cementerio, tenía más la actitud de una hiena enjaulada que la de un perro dedicado a su trabajo. Es posible que todo esto sólo fuesen imaginaciones mías. Pero cuanto más lo observaba más claro creía yo adivinar que lo perruno, en el buen y mal sentido de la palabra, que a través de los hombres se ha ido enseñando a innumerables generaciones de lobos y gracias a lo cual éstos se fueron convirtiendo en perros, en el caso de este animal empezaba a desaparecer y estaba a punto de convertirse otra vez en lobuno. Algo muy salvaje y confuso, un indefinido instinto tenía que eliminarse y salir de él. Aquel perro se había vuelto loco por culpa de una persona, y a pesar de ello — o quizá mejor debido a ello — no había podido dejar de quererla. En la disonancia producida por la desesperación empezó a retroceder atávicamente para convertirse de animal adiestrado en bestia salvaje. ¿No hicieron lo mismo algunos hombres y algunos pueblos que se volvieron locos por sus dioses?

Sea como fuere yo no creí que pudieran volver a adiestrarlo; lo más que conseguirían sería esclavizarlo. Finalmente, me dio tanta lástima que entré y dije que lo había estado observando largo rato y que como para perro lazarillo ya no lo podrían usar yo deseaba comprarlo. Mi interlocutor me miró de un modo raro y me preguntó de dónde sacaba yo que con aquel perro ya no podía hacerse nada. Ya lo creo que podía sacarse mucho partido de él.

—No lo creo así — respondí—. El tiempo lo dirá. Cuando ustedes comprendan por fin que es completamente inutilizable me lo quedaré yo.

Después escribí mi nombre y dirección en una tarjeta. Durante toda la conversación el perro se mantuvo agazapado a nuestro lado como si aún estuviese soportando la lluvia del cementerio.

Desde luego, el tiempo demostró que yo tenía razón en cuanto a la impresión que me produjo. Al cabo de dos meses me comunicaron por carta que el perro había fallado definitivamente como lazarillo. Un ciego, al que acompañaba para atravesar la calle, fue atropellado por un automóvil, después ele lo cual el perro lo dejó plantado y, presa de pánico, se puso a salvo fuera de la calzada. ¿Seguía yo queriendo quedarme con él? Si no era así no tendrían más remedio que sacrificarlo.

Naturalmente, me quedé con el perro. No quise dejar de participar la noticia al mayor y para ello le telefoneé. Lo consideró una broma de mal gusto y me preguntó si le guardaba tanto rencor como para, al cabo de varios meses, decirle por teléfono tales tonterías. Es muy posible que yo hubiese obrado mejor no quedándome con el animal. Pasé meses enteros preocupándome únicamente de él. Estaba completamente corrompido y en vez de mostrarse más amistoso con el tiempo, se mostraba cada vez más desconfiado. Cuando intentaba acariciarlo se apartaba furioso y era de prever que, con el tiempo, llegaría incluso a mostrarme los dientes.

Cosa absurda. Mi propia conciencia me remordía cada vez más por su causa, cual si hubiese sido yo y no Fitz quien lo maltrató y apaleó. Me parecía como si el perro, por culpa mía o quizá a través de mi persona, que sólo quería su bien, no pudiese olvidar el mal que el otro le infiriera. También es posible que él no lograse olvidarnos a ninguno de los dos y nos diferenciara perfectamente. En este caso Fitz habría sido realmente una especie de dios para él, un dios que lo desengañó funestamente. Y tal vez también nosotros le desengañásemos.

En verano me llevé al perro al campo. También resultaba cada vez más desagradable su compañía porque día tras día adquiría manías e inventaba detalles repugnantes. Por ejemplo, no se comía sus alimentos cuando se le daban, sino que siempre los enterraba y esperaba que estuviesen completamente podridos para consumirlos. Llegó un momento que no lo pude conservar más tiempo en casa. Me convencí a mí mismo de que debía otorgarle la libertad que tanto deseaba y por fin lo dejé marchar libremente, tal como él quería. Permaneció durante semanas sin volver a casa, pero lo vieron alguna que otra vez en el coto de caza. Los cazadores creían que destrozaba y espantaba las piezas. Yo, en cambio, estoy seguro de que jamás atacó a ningún animal vivo, sino que vivió exclusivamente de carroña, como se había convertido en su costumbre.

Finalmente lo mató un guarda forestal que, como todo el mundo, creyó habérselas con un cazador furtivo perruno. El hombre disparó primero sobre él un cartucho con perdigones y lo alcanzó sin ninguna dificultad. Esto, desde luego, no tenía excesivo mérito, porque el perro, a pesar de su salvajismo, al oír la voz humana se detuvo y se quedó observándolo. Como después del primer disparo no quedó muerto, ni mucho menos, sino que intentó huir arrastrándose, el hombre se acercó a él y disparó un segundo cartucho más decente y certeramente. Éste fue su fin, muy parecido a la muerte del teniente Fitz... Como dice Rilke en aquella poesía «dedicada a un perro»:

¡No me plantes en tu corazón, yo crecería demasiado rápidamente!
Pero yo quiero guiar la mano de mi señor y decir:
Éste es Esaú cubierto con su piel.

EL UNICORNIO

Empezaba a obscurecer cuando llegué a Chinon. A mano derecha, antes de que la carretera se hundiese en la ciudad, vi que había instalada una tienda de circo. Estaba iluminada con gran cantidad de bombillas eléctricas. A su alrededor se arremolinaba una ingente multitud que se agolpaba en las taquillas para adquirir entradas. El rumor producido por la gente, la música que salía del interior de la tienda y los gritos de los animales siguieron resonando en mis oídos hasta que llegué a la ciudad. A la izquierda, sobre un promontorio en forma de espolón que emergía de la meseta de Chinon, se erguían, iluminadas con focos de color anaranjado, las conocidísimas ruinas del castillo, célebres por los recuerdos históricos que encierran. Rodeé dicho espolón trazando un gran círculo, atravesé la ciudad y llegué al Quai Charles VII, a orillas del río Vienne, donde aparqué en un lugar reservado a los clientes del Hotel Gargantúa.

Durante la cena comí mucho menos que el gigante, con cuyo nombre se conocía el hotel. De modo que, hacia las ocho, no sabía exactamente qué hacer para matar el tiempo. Me decidí a dar una pequeña vuelta por la ciudad. Pero pronto me cansé de pasear entre *blousons noirs* y G. I. americanos por los muelles intensamente iluminados y de vagar por las callejuelas oscuras de la Edad Media, en las cuales también Juana de Arco debió tropezarse de vez en cuando algún imbécil. Finalmente volví a la meseta, al lugar donde estaba instalado el circo. Me comunicaron que hacía ya mucho rato que había empezado la función de la noche, pero que aún se podía entrar a ver a los animales. Por consiguiente, penetré en una tienda suplementaria en donde había animales de todas clases. Algunos esperaban su aparición en la pista del circo; los otros estaban algo nerviosos e iban preparándose para dormir. Gran cantidad de caballos hacían resonar los cascabeles que adornaban sus arreos y movían los airosos plumeros que llevaban en la cabeza; los vinieron a buscar inmediatamente para su actuación al final de la primera parte. Las fieras, todavía sin comer para que no olvidasen el papel que tenían que representar, bostezaban de hambre y rugían en tono melancólico. Una cuadrilla de monos empezó a charlar y a gesticular, semejando lo mismo que un grupo de personas reunidas en una cafetería.

Entre todo este ruido y este reposo, que recordaban la emoción de un gran artista antes de su primera representación, me causó profunda impresión un poderoso rinoceronte, por su comportamiento totalmente distinto. Permanecía en una actitud reservada, paseaba por su cuadra, tal vez haría mejor diciendo por su cárcel, tranquilamente de un lado a otro y con su gran nariz, en forma de dedo y en cierto modo parecida a la trompa de un elefante, husmeaba el heno que cubría por completo todo el suelo de su cercado. Únicamente alguna que otra vez lanzaba una mirada aguda y rápida, a través de la valla, hacia sus ruidosos compañeros de infortunio. Tenía dos cuernos: uno enorme, curvado como la hoja de un sable, inquietantemente afilado, situado en las cercanías de las ventanas de la nariz; detrás, más cerca de la frente, otro bastante menor, pero no por ello menos curvado ni menos afilado, y que tampoco resultaba más tranquilizador.

Nada podía contrastar más con el peligro que ofrecía este tanque del mundo animal como su actitud tranquila y apacible mientras pacía silenciosamente. Casi parecía estar rumiando. No obstante, un guarda me explicó que aquel animal era tan salvaje que no había podido ser domado y que a causa de ello, tampoco era admirado en la pista. En realidad, sólo podía utilizarse como pieza de exhibición. Para ilustrar sus palabras pasó la mano por encima de la valle, tocó la blindada grupa del rinoceronte y gritó: «*Eh bien, mon chou*!» No había tenido tiempo de retirar la mano cuanto el animal se volvió con la rapidez del rayo y arremetió con una furia tan inexplicable contra la valla que el golpetazo se oyó y resonó en toda la tienda. Al instante callaron los restantes animales y reinó silenció durante un buen rato hasta que poco a poco fueron atreviéndosela armar ruido de nuevo.

—Ya ha visto usted — dijo el guarda. Y añadió—: Comparados con el rinoceronte, los otros animales

apenas resultan peligrosos, ni siquiera los leones cuyos dientes y garras no consiguen atravesar la piel de este monstruo. En cambio él los ensarta y después los aplasta como «si no fuesen nada».

Lo más extraño era que aquel animal, a pesar de su sed de sangre, no se alimentase con carne cruda, sino exclusivamente con frutas, verduras y grandes cantidades de heno, que aquí, como pude notar, olía a esencia de Chipre.

Mientras regresaba al hotel, estuve pensando que tal vez el mito medieval del unicornio, el animal puro, símbolo del Espíritu Santo, el único que pudo acercarse a la más bienaventurada doncella, no estuviese fundamentado en el narval, el animal marino provisto de un largo diente, como comúnmente se creía, sino que su origen fuese el rinoceronte. Allá arriba, pensé mientras pasaba cerca de los iluminados muros del castillo, allá arriba sabían mucho de estas cosas en otras épocas. Pero de todos cuantos vivieron allí nada quedaba desde hacía muchísimo tiempo: Felipe el Hermoso, que instaló a los Templarios en la Tour du Coudray y luego los hizo quemar, hacía siglos que se había convertido en ceniza al igual que ellos. Tampoco de Carlos VII de Francia quedaba ya nada, lo mismo que de Enrique II de Inglaterra, en su día ambos tan poderosos en aquel lugar, en aquel castillo ahora en ruinas.

* * *

Al día siguiente subí hasta las ruinas y las estuve observando. Se trataba, en realidad, de tres castillos. El más antiguo al Oeste, el Château du Coudray, que debía tener sus raíces en el siglo X e incluso era factible que estuviese allí desde la época romana o gala; al Este, el castillo erigido por Enrique Plantagenet, llamado Fort Saint-Georges y construido en el siglo XIII; entre ambos el llamado Château du Milieu, de la baja Edad Media. Los tres castillos, en especial el del centro, estaban construidos con la más pura piedra gris, casi blanca. Desde aquella altura la vista se extendía sobre los altos tejados de las casas, sobre la corriente del Vienne, bordeada por maravillosos bosques, sobre hermosísimos valles y sobre apacibles colinas. Incluso en el mes de octubre parecía estarse en pleno verano, en el radiante junio. El viento que soplaba del Oeste olía a vainilla y el aire semejaba conservar el rumor del mar sobre el que había volado para llegar al Anjou y a Turena.

Mientras contemplaba los restos del llamado Logie Royaux, lugar donde Juana de Arco tuvo su primer encuentro con el rey Carlos, inicié una conversación con un inglés que deambulaba por allí. Cuando Juana llegó a Chinon, la Grande Salle, desaparecidas actualmente tres de sus paredes y la enorme chimenea, se iluminaba con cincuenta hachones y en ella se reunieron trescientos caballeros ricamente vestidos, uno de los cuales llevaba las vestiduras del rey. El monarca se mezcló entre los nobles, pero Juana lo reconoció en seguida a pesar de no haberlo visto nunca con anterioridad, según parece por obra y gracia de Dios. Al rey no le sirvió de ninguna ayuda pretender mantener el equívoco. Juana se le echó a los pies, le abrazó las rodillas y le dijo: *Gentil Dauphin, j'ai nom Jehanne, la Pucelle. Le Roi des Cieux voux mande par moi que vous serez sacré et couronné en la ville de Reims et vous serez lieutenant du Roi des Cieux qui est Roi de France*».

El inglés a quien acababa de conocer arguyó que, por precaución, alguien le habría descrito previamente cómo era el rey. Esta clase de «milagros» eran muy conocidos en las colonias, cuando se conquistaba para Inglaterra el territorio de una tribu negra cualquiera.

Parecía seguir estando de parte de Talbot y Poole, quienes hasta el fin llamaron a la Doncella *la poule*, al parecer sin saber lo que aquello significaba.

—Ahora bien — le repliqué—. Cuando el rey, teniendo en cuenta la vida libertina de su madre, dudaba de ser realmente hijo de su padre, preguntó a la joven si era cierto que Carlos VI fue quien lo engendró, Juana le respondió: *Je te dis, de la part de Messire le Christ, que tu es héritier de France et vrais fils de roi*. ¿Tampoco cree usted que esto fuese un milagro?

—No — repuso el inglés—. Además lo considero sumamente indecente. Un rey de Inglaterra jamás hubiese dirigido frases tan incorrectas a una muchacha joven.

Me quedé observándolo y moviendo la cabeza. De súbito empezó a sonar una sirena.

Ambos nos miramos.

—¿Qué significa esto? — preguntó mi compañero—. ¿Se disparan acaso cohetes mortíferos sobre la bella villa de Chinon?

—Debe tratarse de la sirena que anuncia el mediodía. Ahora son más o menos las doce.

—No, sólo son las once y media.

Regresamos hacia la Tour de l'Horloge y mientras siguió sonando la sirena.

—¿A qué se debe este ruido? — preguntamos a un vigilante que allí había.

—No es nada de particular — nos respondió—. De un circo instalado en las cercanías y que posee

multitud de fieras y animales se ha escapado un rinoceronte. La sirena avisa a los habitantes de la ciudad para que tengan cuidado con dicho animal. Pero — añadió con suficiencia—, ¿a quién podría causar ningún daño? Es un animal herbívoro, como todo el mundo sabe.

—Eso es cierto — asentí—. A pesar de ello no desprecie ni disminuya el peligro que representa este animal. Lo vi ayer, cuando todavía no se había escapado. Es gigantesco y posee dos cuernos, de los cuales el delantero es por lo menos tan largo como un sable de caballería. Considero que con él, no sólo ensartará a la gente sino que también destrozará algunos vehículos. Por lo que pueda pasar, no quiero dejar mi coche aparcado por más tiempo en el Quai Charles VII, donde lo tengo en este momento. Prefiero llevarlo al otro lado del río Vienne.

—Pero, señor, no hay para tanto — exclamó el tranquilo guardián.

—No hay pero, señor, que valga. Durante mi viaje por Suiza tuve que cruzar a través de muchos rebaños de vacas y con mis propios ojos vi cómo un toro estropeaba completamente un coche americano al que no quiso dejar paso.

—*Ah, les américains*! — suspiró el vigilante.

El inglés le hizo coro afirmando con la cabeza.

En tanto que el turista británico y yo descendíamos la montaña en que se eleva el castillo por la parte que da hacia el río, cesó el rugido de la sirena.

—Vea por usted mismo — dijo mi compañero—. La sirena se ha parado. Por tanto debe haberse recuperado el rinoceronte.

—¿Cree usted?

—Desde luego.

A continuación señaló unas aberturas situadas en la ladera, bajo el Fort-Saint-Georges, y preguntó:

—¿Qué debían ser todas estas cuevas?

—Probablemente bodegas. El vino de Chinon es conocido en todas partes.

—¿Por qué no las visitamos? — me sugirió.

En la ladera, bajo las ruinas, había gran cantidad de orificios que parecían pequeñas puertas. Tuvimos que subir casi hasta los muros del castillo y penetramos en una de aquellas bocas. En cuanto cruzamos la entrada la bodega resultó ser tan grande como un enorme salón. Estaba aislada del exterior por la estrecha abertura y los pilares de tierra que en ella abundaban la hacían parecerse a un túnel en pendiente abierto en la roca de una carretera alpina, por ejemplo la Axenstrasse. La bodega excavada en la montaña iba descendiendo, y llevaba cada vez más hacia el interior. Naturalmente, no encontramos en ella ni el menor rastro de vino. En tanto que la montaña en que estaba excavada era de una tierra amarilla semejante a loes, el suelo del interior de la cueva estaba cubierto de una capa de esquirlas de piedra verde, que daban la impresión de un montón de escorias o bien de que una parte de montaña de color verde como el fondo del mar se hubiese despeñado y fragmentado.

Primeramente dimos algunos pasos vacilando, pero pronto penetramos valientemente hacia el interior. Cosa singular: la luz del día no se debilitaba en absoluto. No debía limitarse a penetrar por la galería que ya habíamos dejado atrás sino también por otras aberturas que aún no habíamos descubierto. Toda la montaña estaba llena de agujeros, al igual que una esponja.

—Tal vez también aquí — dije a mi acompañante—, como tantas veces ha ocurrido, el castillo se construyó sobre las viviendas de los primitivos habitantes de la montaña. En *Les Baux* de Provenza, por ejemplo, en todas partes se ven carteles anunciadores *Aux caves de troglodytes.*

—En este caso — arguyo el inglés — tienen que encontrarse por aquí algunos indicios de los antiguos habitantes, tales como instrumentos de trabajo o fragmentos de vasijas.

Ambos nos inclinamos para ver si encontrábamos alguna cosa en el suelo. Habíamos descendido por un pequeño barranco muy inclinado o, mejor dicho, nos dejamos resbalar por él. Ahora en el fondo del mismo, buscábamos atentamente entre las esquirlas verdosas. Así pasamos un buen rato. De pronto tuve la sensación de que algo desagradable iba a ocurrir, aun cuando no habíamos cruzado una sola palabra ni hallado ningún resto de tipo prehistórico. Alarmado miré hacia arriba.

Allí, en el borde superior del barranco, estaba el rinoceronte que se escapó del circo. Olisqueaba los escombros verdosos como si se tratase de montones de heno. Al propio tiempo resoplaba débilmente. Percibía su respiración tan claramente como el ruido que hacían las esquirlas de piedra al removerlas con su nariz en forma de dedo. Llegué a creer que llegaba hasta mí el aliento cálido y con olor a establo que salía de las ventanas de su nariz.

Aunque en lo alto, estaba muy cerca de nosotros. Me resultaba incomprensible que aún no nos hubiese descubierto. Puede ser que con sus diminutos ojos únicamente viese por los lados y que, desde una distancia

tan pequeña, le fuese imposible distinguirnos. Transcurrió un buen rato hasta que mi cerebro comprendió lo que sucedía y lo que mis ojos veían. Me resistía a considerar real el gran peligro que nos amenazaba.

—¡En nombre de Dios! — cuchicheé por último al inglés—. ¡El rinoceronte!

Miró hacia arriba y, aunque británico, le costó mucho trabajo ocultar su espanto.

—Veamos si podemos marcharnos en seguida — murmuró.

Deseábamos poner medio mundo entre nosotros y el animal, y aún nos parecía poco, para evitar que nos viese u oyese, cosa que ocurrió al primer sonido de las malditas esquirlas de piedra verde que removimos al ponernos en movimiento. En cuanto advirtió nuestra presencia se preparó para atacarnos. Nadie podía prestarnos ayuda. Con sus pequeños ojos inyectados en sangre nos lanzó una mirada asesina. Bajó su enorme cabeza y al propio tiempo descendió también su escalofriante cuerno que, al volverse a levantar, nos abriría de abajo arriba como una gigantesca guadaña.

—¡Vámonos volando! — exclamé y ambos huimos de aquel lugar.

Lo más curioso fue que el rinoceronte no nos siguiese inmediatamente. Es probable que no se atreviese a bajar por un barranco tan empinado que casi se hundía verticalmente ante él. No pude verlo con todo detalle. Lo que si sé es que caminó por el borde superior hasta que encontró un lugar por el que pudo descender con más facilidad. Nos persiguió entonces con una celeridad que igualaba la de un alud desplomándose de una altísima montaña. Ambos corríamos para salvar nuestra vida y siempre pendiente abajo porque nos resultaba más fácil. De pronto nos encontramos fuera de la cueva pasando por un orificio o abertura situada a un nivel muy inferior a aquélla por la que habíamos entrado. Había por allí mucha gente reunida. De acuerdo a cómo iban vestidos serían empleados del circo. Y asimismo muchos policías. Éstos intentaron hacer lo que todo policía hace cuando no hay tiempo que perder. Pararnos.

—'¡Atrás!—gritaron—. El rinoceronte todavía está en libertad.

—Efectivamente — exclamé—. Nos está siguiendo.

Y continuamos corriendo.

Mientras literalmente volábamos montaña abajo advertimos que el animal, tras haber derrumbado la barrera que cerraba la cueva, nos estaba pisando los talones. En aquel momento estábamos bajando por una estrecha callejuela y veíamos que la gente hacía lo mismo que nosotros: huir. Era únicamente cuestión de segundos que nuestro espantoso perseguidor, que no se dejaba despistar por nada ni por nadie y al que parecía que sólo le interesábamos nosotros, nos alcanzase y ensartase o bien nos convirtiese en papilla. Con el rinoceronte, unicornio, o cómo quisiese llamarse al ser aquél pegado aún a nuestros talones, llegamos a una travesía que o bien nos prestaría gran servicio en nuestra fuga o bien serviría para proseguir la persecución. «Rué Jean-Jacques Rousseau», leí con la rapidez del rayo, con la percepción anormal de la persona que está al borde de la muerte y recoge todas las impresiones posibles antes de que llegue su fin. Nos dirigimos hacia un local que tenía abierta una puerta de dos hojas pintada de verde y junto a ella una ventana, provista de postigos, también verde.

—¡Adentro! — grité.

El inglés y yo irrumpimos en el local y cerramos rápidamente las hojas de la puerta. Luego nos dejamos caer al suelo y fuimos recuperando el aliento.

De detrás de una mesa cubierta de expedientes y otros papeles se levantó un hombre de unos cuarenta años, moreno, tirando a negro, rechoncho y con aspecto ligeramente exótico. Nuestra intrusión parecía haberle vuelto loco.

—Bueno. ¿Qué es lo que sucede? — barbotó sumamente irritado.

Pero ya el rinoceronte empezaba a dar golpes contra la puerta. Parecía que ésta iba a ceder. El exótico individuo palideció lo mismo que la demás gente que allí había y que me parecieron campesinos y otros personas de aspecto humilde, sin duda alguna habitantes de Chinon. Reinaba en el local verdadero terror.

—*L'unicorne*! — exclamé.

—*Quoi, l'unicorne! — articuló el individuo moreno —. Ce sont des fous, ces deux-lá, semble-t'il*!

Cuando la puerta ya estaba a punto de saltar de sus goznes y caer dentro del local, cesaron de pronto los golpetazos del rinoceronte. Los empleados del circo y policías debían haberlo alcanzado y dominado. Nos atrevimos finalmente a abrir la puerta y vimos que, en efecto, sus guardianes lo conducían agarrándolo por los cuernos y que él seguía con una apariencia tranquila y con tanta mansedumbre como el animal fabuloso siguiera a la Virgen María. Se mostraba sumamente condescendiente, como si considerase cumplida la misión para la que estaba destinado. El inglés y yo dimos gracias a Dios. También los campesinos y ciudadanos de Chinon cayeron de rodillas y se manifestó de nuevo, como tantas veces sucede en Francia, «el albo espíritu de la Edad Media». Cínicamente el individuo de tipo exótico dejó de mostrar su medieval alma blanca. Se limitó a mover una y otra vez, para probarla, la estropeada puerta de la tienda y, por

último, la cerró detrás de nosotros. En cuanto la hubo ajustado del todo fui testigo de una circunstancia que me asombró mucho más que el rinoceronte que escogió la libertad.

Afuera, en una de las hojas de la puerta, estaba clavada una placa que no advertimos al entrar. No obstante, ahora, con la puerta cerrada vi claramente que en ella se leía: *Perception de Lerné*

Lo cual significa oficina de recaudación de contribuciones, percepción de impuestos o caja para el pago de contribuciones. En resumen, la oficina de Hacienda de Lerné. El que en Chinon, que no sólo en sentido figurado, sino también en el literal estaba alejado mil millas de mi propia oficina de recaudación de impuestos, me recordasen tan claramente que tendría que pagarlos me horrorizó. Sí, porque parecía que desde aquí hasta Viena estuviesen tendidos sutiles hilos fiscales de modo diabólico para que también en Chinon pudiesen exprimirme el dinero. Esto promovió en mí un terror tan grande, un estado de ira y sublevación tales, que me desperté empapado en sudor.

* * *

Había soñado todo lo que antecede. Ni siquiera llegué a estar en el castillo. El rinoceronte no se había escapado. Lo único cierto es que me limité a estar durmiendo en mi habitación del Hotel Gargantúa. Ya era de día y el claro sol de Turena brillaba a través de las persianas de mi ventana. Me despabilé rápidamente, me vestí, renuncié por entero a toda clase de desayuno y fui corriendo a la calle Jean-Jacques Rousseau.

Estaba convencido de que no habría en ella ninguna *Perception de Lerné*. Me tenía maravillado que soñando hubiese inventado semejante nombre para una oficina de hacienda francesa; estaba seguro de descubrir que si existía en Chinon una oficina de aquel tipo se llamaría de otra manera. Mi asombro fue enorme cuando en la casa que ostentaba el número 101 y en una puerta igual a la soñada, que en aquella hora de la mañana estaba cerrada, descubrí la placa con el rótulo *Perception de Lerné*. También constaban las horas de oficina: Miércoles y jueves de 9 a l2 y de l4 a 16. Precisamente era miércoles y no debería faltar mucho para abrir.

Después de haberme calmado un poco logré reflexionar que no era yo quien tenía que pagar impuestos y satisfacer contribuciones en aquella oficina, sino únicamente los campesinos y modestos burgueses de Lerné, un municipio situado un par de millas hacia el sudoeste de Chinon, cuyos habitantes yo viera en sueños.

Precisamente ahora llegaba a la calle Jean-Jacques — ya debían ser las 9 — el exótico empleado de la oficina de impuestos que también apareció en mi sueño. Quitó el letrero *Perception de Lerné* de la puerta pintada de verde y lo colgó de dos clavos dispuestos en la pared. Lo cual no había hecho en mi sueño porque yo vi claramente el rótulo en la puerta. Abrió la oficina y entró. Como que yo me estaba plantado delante de la casa y la contemplaba fijamente, este último descendiente de la «senescalía» o cobrador de contribuciones de Lerné, uno de los cuales fue el padre de Rabelais, desde la parte interior de la ventana me dirigió una mirada llena de desconfianza. Yo no podía ser uno de los habitantes de Lerné a los cuales él arrancaba el pellejo y seguramente me debió tomar por un poujadista trotamundo que pertenecía a otro pueblo cualquiera.

Pierre Poujade era — y todavía lo debe ser — uno de los peores enemigos del fisco francés. Actualmente la administración lo debía tener más o menos ocupado, pero, hace unos años, tenía una política propia y original y fundó un partido muy popular, partido que reforzó la inclinación natural de los contribuyentes a eludir el pago de los impuestos al Estado. A un momento dado la cosa llegó a tal extremo que el Estado se vio obligado a reconocer oficialmente una gran disminución en sus ingresos que dividió en dos grupos: disminución premeditada permitida y disminución premeditada ilícita. El secretario de Estado, Joseph Fontanet, tuvo que declarar por último, en contra de sus deseos: «En algunos sectores la defraudación ha alcanzado una altura excesivamente elevada.»

Francia es probablemente el país, descontando Italia, en que la defraudación alcanza mayor nivel y en donde la excesiva cuantía de algunos impuestos queda compensada, incluso oficialmente, por el hecho de que en su mayor parte no se pagan. Para demostrarlo basta con saber que de los 32.000 panaderos franceses existentes, en tres años 25.000 han sido descubiertos cometiendo fraude en los impuestos. En resumen, en Francia resulta casi obligatorio defraudar al Estado.

No obstante, no todo lo que se defrauda puede uno quedárselo, si no se quiere rebasar la «cantidad permitida» por la administración. Un punto de apoyo en el que se encuentra la frontera entre la disminución tolerada de recaudaciones y la abusiva, una norma de moderación incluso para las exageraciones francesas, la dio hace poco nada menos que el obispo de Tarbes, Pierre Marie Theas, en el Boletín oficial de su diócesis: «Hay ocasiones en las cuales se puede eludir el pago de los impuestos, por

ejemplo, cuando el Estado sabe que existe defraudación y la consiente, al tiempo que aumenta la cuantía de las percepciones. En este caso, quien está dispuesto a pagar tiene derecho a declarar unos beneficios proporcionalmente más reducidos. O bien cuando, en determinados impuestos, la defraudación se ha convertido en costumbre y el Estado no protesta, el honrado contribuyente puede adherirse a la, misma, puesto que se ha convertido en un derecho consuetudinario. Obrando de otro forma, incluso sería mirado aviesamente por sus conciudadanos...»

Para decirlo con otras palabras, su ilustrísima confiaba en el «sano sentido de los impuestos» de los franceses de la misma manera que Hitler confió en el «sano sentido del derecho» de los alemanes.

* * *

Estaba seguro de que el individuo moreno de la calle Jean-Jacques Rousseau me tomaba por uno de estos «honrados defraudadores», o por una de las ovejas del rebaño del obispo de Tarbes, o bien por un poujadista que encontraría sumo placer rompiendo los cristales de la ventana de su oficina. Pero, ¿qué representaba para mí el Poujade francés estando obligado a ser mi propio Poujade en Viena? Aun cuando la oficina de hacienda de Chinon estuviese dispuesta a sacar todo el dinero posible a los habitantes de su *bon bourg de Lerné* que, por una serie de casualidades extrañas, pero no imposibles se llamaba como yo, yo mismo, en todo caso, no estaba bajo el dominio de aquella *perception*. Por primera vez sentí la alegría de ser extranjero, de gozar de extraterritorialidad para los impuestos al encontrarme en otro país, algo parecido a como debe sentirse un natural de Liechtenstein en Monaco o bien un monegasco en Liechtenstein. Lleno de gratitud decidí visitar el lugar cuya oficina de impuestos no podía causarme ningún daño.

Por tanto, me dirigí hacia mi coche, aparcado en el Quai Charles VII, al cual le habían hecho tan poco daño como a mí las cornadas del rinoceronte. Subí a él. No necesité darle la vuelta para llegar, atravesando el puente sobre el río Vienne, luego una avenida de plátanos maravillosa y finalmente por Saint-Jacques y Saint-Lazare, a las cercanías de la Roche. En dicho lugar un indicador situado en una bifurcación de la carretera principal me informó: *Lerné 6 kilómetros*. Después de pasar el alargado pueblo de Seuilly, cuyo castillo de Coudray dejé a mi izquierda, alcancé el campo libre. Mi objetivo se nombraba allí por segunda vez, en un cartelón que decía *Lerné deux Icilomet'* — tal como se pronunciaba en el lugar, aun cuando no fuese precisamente París—. A pesar de que en el fondo aquel pueblo no me importaba en absoluto, mi interés iba en aumento. Éste estaba totalmente despierto cuando llegué a una señal del camino que rezaba: *Lerné un kilomet*, indicación colocada a mi derecha, en la ladera de una colina cubierta de bosque, prados y viñedos.

Ante mi vista aparecieron toda clase de edificios, pequeños y grandes, parte agrietándose y los restantes en estado ruinoso. Sin embargo, aun los que estaban casi desmoronados eran de piedra gris blanquecina y muy hermosos, como los del propio Chinon. Algunos debieron ser, en su tiempo, palacios fortificados o casas señoriales campesinas y seguramente llevaron los nombres de los cinco feudos que componían el señorío completo o baronía, o como se llamase en aquella época: Chavigny, Maulevrier, Pampron, Cessigny y Verné. Un tal León Desmé, el *Bouthillier* de Chavigny, tomó finalmente bajo su mando los cinco feudos, según constaba desde 1684 en la tumba de la iglesia de Lerné, y se hizo llamar *Seigneur comte*. Pero entonces había por lo menos tanta cantidad de condes en Francia como actualmente los hay en nuestro país.

Se tiene una sensación extraña cuando se conduce el coche por un lugar que se llama igual que uno y en el cual hay que decir el nombre a un policía cuando no se ha circulado como se debía circular. Lo lógico es que le detengan por escarnio y hay que explicar con mil detalles que uno se llama igual que el pueblo donde se halla en aquel momento. La cosa puede acabar muy mal cuando uno que se apellida Löwenstein está en Löwenstein, o bien Oppenheim en Oppenheim y no tiene en cuenta las normas de circulación. A pesar de todas mis reflexiones llegué a la iglesia de Lerné sin experimentar contratiempos, aparqué delante de la nueva oficina de correos y frente a los no menos nuevos pórticos del Ayuntamiento, lo cual demostraba que el pueblo, aunque en parte estuviera en ruinas, por otras se estaba reconstruyendo. Esto hizo que observara con mayor atención a mi alrededor. Era mucho más interesante de lo que yo imaginé o mejor dicho temía; en vez de estar compuesto de dos casas, con ocho habitantes, una vaca y tres cerdos, contaba de ciento cincuenta a doscientas casas, muchas de ellas antiguas casas solariegas y una relativa cantidad de ruinas de estilo gótico. Contaría con cerca de mil habitantes, por lo cual podía resistir dignamente la comparación con los 2.057 habitantes de Liernut bei Mamur, población de la que derivaba realmente nuestro apellido. Poseía también una calle mayor, la Rué Principale, donde tenía su parada el autobús correo de Chinon a Roiffé, a la que desembocaban algunas callejuelas secundarias. Lo más sorprendente era que el antiguo pueblo surgido de la corte real franca con el nombre de Curtis Larriniensis

tenía que buscarse tanto bajo tierra como encima de ella. Casi todos los edificios, especialmente las casas señoriales campesinas cuyos fosos habían sido vaciados puesto que ahora no servían para nada, estaban a una profundidad de varios pisos bajo el nivel del suelo; por el contrario, los pisos superiores de los palacios fueron arrasados en tiempos pasados a causa de un conflicto que tuvo Richelieu con la Grande Mademoiselle. En resumen, casi todas las casas parecían haber sido tragadas por la tierra. Las viviendas de los campesinos y burgueses, por su parte, contaban con extensos sótanos y bodegas subterráneas porque el vino de Lerné se consideraba *Grand Vin*. Durante mi ir y venir por el pueblo y mientras paseaba por las afueras topé con otros fosos misteriosos llenos de hierbajos exuberantes; parecía que llevasen a unas profundidades tan remotas y desconocidas como nuestro pasado y nuestra descendencia. En conjunto el día resultó maravilloso. La atmósfera era clara, como a mediados de verano; en el caluroso mediodía la brisa hacía ondear la hierba de los prados a compás del viento y del sol. Bajo el cielo esplendorosamente azul parecían alejarse hasta el infinito los montes, los bosques y las planicies donde se desarrolló la conocida batalla, relatada en el *Gargantua* de Rabelais, entre los habitantes de Lerné y los de Sueilly y las partidas de caza del parque del castillo de Chavigny.

Al volver a Chinon tenía la mente agitada por multitud de pensamientos y sensaciones. ¡Cuántos secretos debía guardar todavía aquel pueblo tanto bajo tierra como sobre ella! ¿Por qué había tenido yo aquel sueño incomprensible sin el cual desde Chinon hubiese puesto el radiador de mi coche en dirección al este, al igual que un escuadrón pone en dirección al establo las cabezas de sus caballos después de una marcha fatigosa? ¿Qué me importaba a mí Lerné?

Hasta entonces me había dedicado a buscar las huellas de Juana de Arco, acerca de la cual quería escribir un libro, y tenía pensado vagar un poco por Saumur donde ella estuvo después de Chinon. ¿A quién representaba realmente el extravagante inglés que en mi sueño encontré en el elevado castillo de Chinon y que de ninguna manera quería creer en los milagros de la Pucelle? Cuando la sirena interrumpió nuestra conversación yo estaba a punto de explicarle que no era necesario ser un santo para hacer milagros. Bastaba con creer firmemente — cosa que tan pocos hacen — en una deidad. Este fue el secreto de toda la Edad Media. Sobre todo me preguntaba continuamente, ¿a quién representaba el rinoceronte o unicornio de mi sueño? ¿Qué poder o qué fuerza incomparable simbolizaba? Aun cuando no se tratase precisamente del Espíritu Santo de la época feudal, ¿personificaba acaso el espíritu sobrehumano que rige nuestros actos? ¿Representaba tal vez la inflexibilidad con la cual los empleados del ministerio de Hacienda recaudaban los impuestos para el erario público a sabiendas de que políticamente hacían una labor contraproducente y derrotista? ¿O me había sido enviado sencillamente como alegoría de la comúnmente llamada buena sociedad, para que fuese hasta Lerné, a pesar de que dicha buena sociedad está dispuesta a todo salvo visitar los sitios o pueblos de los cuales derivaba su apellido, puesto que, por lo regular, eran lugares totalmente inventados que ni siquiera existían? Lo ignoraba por completo. Ignoraba incluso si el mundo me llamaba según los libros Klafter que hasta entonces había escrito o de acuerdo con el nombre de un par de casas y un establo de un lugar cualquiera. Durante todo el viaje de regreso a casa no se me fue de la mente un fragmento de *Las Bodas de Fígaro*. Algo o alguien me iban diciendo, repitiéndolo incansablemente, alguien me estuvo preguntando durante todo el tiempo:

«¿Y usted? ¿Qué ha hecho para tener este nombre? Ha pasado la fatiga de haber nacido...»

FIN